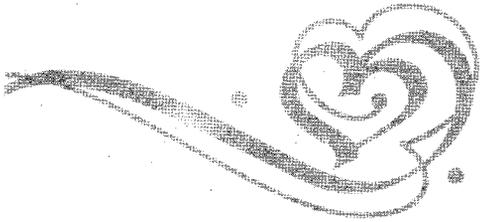


Mitos eróticos de todo el mundo

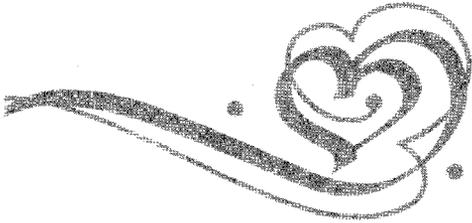
Shahrukh Husain



integral



Mitos eróticos
de todo el mundo



Mitos eróticos
de todo el mundo
Shahrukh Husain

Mitos eróticos de todo el mundo

Título original: *The Virago Book of Erotic Myths and Legends*

Autor: Shahrukh Husain

Traducción: Anuvela

Diseño de cubierta: Enric Muñoz

Composición: Marquès, S.L.

© del texto, 2002 Shahrukh Husain

© de esta edición, 2003, RBA Libros, S.A.

Pérez Galdós, 36

08012 Barcelona

www.rbalibros.com / rba-libros@rba.es

Primera edición: marzo 2003

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio
sin permiso del editor.

ISBN: 84-7901-967-0

Ref.: SEM-17

Depósito legal: B. 10.943 - 2003

Impreso por Novagràfik (Montcada i Reixac)

*Para Nick y Mary Wilson con todo mi amor.
Espero que este libro se convierta en un regalo
de cumpleaños imperecedero y placentero.*

Quisiera expresar mi agradecimiento a Aamer Hussein y Ananda Devi por haber accedido sin dudar a escribir para este libro pese a los exigentes plazos de entrega. A Lennie Goodings por conseguir que no me durmiera en los laureles a la hora de darle coherencia al manuscrito y a Elise Dillsworth por su inagotable paciencia y rigor dando los últimos retoques. También me gustaría agradecer a Harry Robin, en el más allá, su entusiasmo. Siento que no se encuentre entre nosotros para ver la obra publicada.

Índice

Introducción	13
PRIMERA PARTE: EL DESPERTAR	17
La ciudad del anhelo (Persia medieval).....	19
Una canción pastoral (India medieval)	26
Amaltea y Crise (Antigua Grecia).....	50
El palacio primaveral (China medieval).....	61
El despertar de Inanna (Antigua Sumeria).....	79
SEGUNDA PARTE: EL DESEO	95
La planta de tabaco (Indios norteamericanos).....	97
Izanagi e Izanami (Antiguo Japón)	98
La reina de la tierra del verano (Inglaterra medieval)	102
La búsqueda del amor de Eset (Antiguo Egipto).....	114
La balada de Skirnir (Islandia medieval)	145

TERCERA PARTE: JUEGOS DE AMOR	155
Maui (Pacífico Sur)	157
El engaño de Hera (Antigua Grecia).....	161
La concepción de Hatshepsut (Antiguo Egipto).....	177
El (Antiguo Canaán)	186
El ardid de Aroma (China medieval)	189
 CUARTA PARTE: CUENTOS DE LUJURIA Y PROCACIDAD	 205
La muchacha lozana (Galés)	207
Dahama y Moussa (Arabia)	209
La estela de amor de Dagda (Irlanda celta)	212
Un hombre de calidad, I y II (Arabia).....	218
 QUINTA PARTE: EL AMOR MÁS ALLÁ DE LA VIDA	
(O LA MIRADA EXTASIADA)	233
Figuras de polvo (Antigua India).....	235
Safo (Antigua Grecia).....	252
El sacrificio (Antiguos Siria, Irán e Irak)	254
Invierno en Llanddwyn (Antiguo Gales).....	266
Yo giro (Turquía medieval)	271
 Notas	 283

Introducción

El descarado tiene genio, fuerza y magia.

GOETHE

Cuando mi hija supo que estaba escribiendo y recopilando historias eróticas, las llamó «El libro guarro de mamá». Mi hijo, tan lacónico como siempre, se limitó a decir: «Es un farol. Ni siquiera te gusta el porno».

Me alegra poder decir que casi todas las demás personas que supieron de este libro se mostraron más que interesadas. Lo cual no es sorprendente, puesto que el amor es tan básico para el ser humano como la respiración y la realización sexual tan vital para la supervivencia y el bienestar como el alimento. Sin embargo, en algún momento apareció un tabú, sin anuncio previo y de forma inexplicable, que redujo esta indispensable e intensa energía a la categoría de mero vicio. Por desgracia, este miasma persiste. Sin embargo, los textos de la antigüedad nos ofrecen un panorama de una actitud totalmente distinta.

La importancia del sexo para la experiencia vital resulta más evidente en las leyendas y mitos antiguos que en cualquier otro

lugar, y en ellos constituía la base fundacional de los acontecimientos hasta punto extraordinario. Estos relatos compendian la noción que constituye el alma de esta recopilación: el encuentro sexual debe valorarse tanto como disfrutarse. En la época previa a la historia documentada, la promiscuidad fue una importante función de los dioses. Ésta poblaba el mundo y, a cambio, la fructífera humanidad aumentaba la fertilidad de la tierra. Las orgías celebradas en los cultos de la fertilidad durante las festividades vinculadas a la primavera y la cosecha eran ceremonias sagradas. En ellas, tanto matronas como vírgenes eran liberadas del tabú sexual para dedicar su función reproductora a los dioses de la fertilidad a cambio de bendiciones personales y colectivas. Entre las deidades de la fertilidad se encontraban personajes como Zeus y Afrodita (griegos), Dagda y Brigit (irlandeses) y la conocida Ashera/Ashtoreth de Oriente Próximo, condenada por la Biblia entre otras muchas escrituras. El popular desenfreno de estas ocasiones provenía del fervor religioso que puede encontrarse en numerosas obras místicas y gnósticas.

Esto me sugiere que la energía sexual consiste en algo más que en la mera satisfacción física; es un ardor, un escalofrío y una actitud que implica compartir y alcanzar una meta, tal vez comparable a la danza, en la que el cuerpo, la mente y las emociones se entrelazan. Por tanto, el erotismo es holístico: implica cuerpo, emociones y alma, a diferencia de la pornografía, que se centra exclusivamente en el cuerpo, en los genitales y en las partes de la anatomía que los excitan.

En la narrativa del mundo antiguo y medieval de todo el planeta se haya presente un encuentro sexual notable e incluso profundo. Tiene un trasfondo de conflicto, furia, deseo y humor. No es finito, influye en la vida de los protagonistas. Los placeres que proporciona no necesitan validación. La sofisticación sexual se valora enormemente en cuanto a deleite y a adoración

se refiere. Abarca lo secular y lo divino. Estas ideas me influyeron a la hora de escoger las partes en las que se divide la obra.

Ya conocía distintas fuentes del material que utilizaría para el libro cuando le sugerí por primera vez el proyecto a Lennie Goodings como mi cuarta entrega de la colección para Virago, así que no estaba preparada para la decepción que me aguardaba. Los textos especializados en erotismo resultaban áridos y pesados, a menudo incluso ridículos. Además, no eran historias, sino más bien tesis, manuales o ejemplos breves. Hice una criba y rechacé pilas de material por ser demasiado aburrido, demasiado evasivo o demasiado críptico, de redacción mediocre o mal traducido.

Por suerte, al final conseguí encontrar bastantes obras publicadas con anterioridad que se adecuaban a mis propósitos. Por otra parte, tuve el privilegio de contar con colaboraciones exclusivas de dos magníficos escritores para esta recopilación. «La ciudad del anhelo» (pág. 19), de Amer Hussein, es la primera historia de «El despertar», y «Figuras de polvo», de Ananda Devi (pág. 235), inaugura «El amor más allá de la vida (o La mirada extasiada)». Mi propia contribución se puede clasificar en dos categorías: la primera es la reelaboración y nueva interpretación de obras ya traducidas al inglés y la segunda es la reescritura del original.

Espero que este libro contenga algo que complazca a lectores de toda índole y que proporcione, a partes iguales, placer legítimo y la intensa emoción que provoca el atrevimiento de lanzarse a lo prohibido.

SHAHRAKH HUSAIN
Queens Park
Londres

PRIMERA PARTE

El despertar

La ciudad del anhelo

Persia medieval

Una canción pastoral

India medieval

Amaltea y Crise

Antigua Grecia

El palacio primaveral

China medieval

El despertar de Inanna

Antigua Sumeria

La ciudad del anhelo

Cuando solicité la colaboración de Aamer Hussein, él improvisó sobre un célebre texto persa de Nizami. Le agradezco su seductor relato y que me haya refrescado un vago recuerdo.

Acabas de entrar en la ciudad de los hombres de negro, que-
rrás saber por qué nuestra vestimenta es tan sombría. Ésta
es la ciudad donde nunca cae la noche. Aunque la luz suele esca-
sear, porque las nubes bajas se ciernen sobre nosotros durante
días y no cae la lluvia. Es una ciudad de lúgubres jornadas inter-
minables. Pero tenemos tiempo. Siéntate aquí, en el muro, fuma
una pipa con nosotros y bebe un vaso de té. El viento del desier-
to nos envuelve, el hielo de Siberia no tardará en acariciarte la
mejilla. Pero tenemos tiempo. Los carbones del brasero están
al rojo vivo. Siéntate y te contaremos un cuento. Tal vez decidas
seguir el camino que nosotros tomamos, o puede que tomes
nuestras palabras como advertencia; nuestra senda no es para
pusilánimes.

Así que escucha: cuando salgas por la puerta norte de la ciu-
dad, llegarás a una colina rocosa difícil de escalar. Quitate los
zapatos al pie de esa colina. Asciende. Alcanza la cima.

Allí encontrarás un pabellón de piedra con forma de cesto.

Se alza sobre una roca, pende de cuatro cadenas tambaleantes. Observa las cadenas con detenimiento, también están esculpidas en piedra. Alza los ojos, en dirección al cielo. Si tienes buena vista, verás a lo lejos, muy a lo lejos, entre las nubes, las alas batientes de una enorme águila de bronce.

Te dolerán los pies, quizá te sangren. Tal vez quieras regresar, pero tendrás que descansar. Como no hay otro lugar, tras escalar ese muro de piedra entrarás al pabellón con cabida para un solo hombre. Te invadirá un temblor repentino y el cesto, que en ese momento será ligero como la paja, alzará el vuelo. Zarandeado por el viento y la lluvia, te elevarás hasta que la nave que te porta repose sobre una nube gris. Sentirás que se hace añicos a tu alrededor y te llueven sus fragmentos.

A continuación, la gran águila de bronce, liberada de su carga, descenderá en picado sobre ti para agarrarte con el pico. Notarás el fuego de sus ojos en el rostro, olerás su aliento a carroña. Puede que te desmayes.

¿No tendrás vértigo, verdad, querido y joven amigo?

Duerme si puedes. El viaje es largo, el viaje es corto.

Te despertarás y verás que estás desnudo y empapado en sudor por el cansancio, en una isleta angosta que flota sobre un ancho río plateado. Ya no hay ni pájaros ni cestas. Querrás buscar hojas para cubrir tus vergüenzas, pero ¿no sería mejor hundir ese cuerpo dolorido en las tibias aguas y desembarazarse de la fatiga del viaje a través de las nubes?

Adéntrate en el río. Cierra los ojos.

Los abrirás y te encontrarás rodeado por un grupo de jóvenes mujeres de cabellos y ojos multicolores y manos tersas como sedas chinas. Te darán masajes en las extremidades con agua perfumada como los aceites de Arabia. Los delicados azotes de sus dedos jugarán sobre tu piel hasta que se desvanezca la fatiga. Desearás tocarlas, abrazarlas, saborearlas, pero ellas rei-

rán y te apartarán, te hundirán la cara en el agua y empezarán con sus juegos una vez más cuando tú, resoplando, levantes la cabeza.

A continuación se subirán contoneándose en una barca y te llevarán a hombros hasta las lejanas riberas del río. En sus orillas te vestirán con una túnica y bombachos de la más refinada muselina. Síguelas. Pasaréis por bosques de hojas de seda verde, jardines de flores esculpidas en cristal y piedras preciosas. Incluso la fruta desprende un aroma a ámbar y a almizcle. Pero no te pecatarás de ello, aún no.

Estos son los dominios de Turktaz la Hermosa.

Sus esclavas te conducirán hasta la enramada de Turktaz.

Ella está tendida bajo una pérgola de cristal, sobre un diván de brocados de oro.

Tiene el pelo negro y sus ojos refulgen en la oscuridad como fragmentos de jade. Su piel es del color de la luz del sol enfriada en copas de cristal colmadas de vino rosado.

—Siéntate a mi lado —te dirá, y sus palabras sonarán como las notas de un dulcémele. Sus brazos te envolverán con su perfume como enredaderas de jazmín. Sus piernas se revelan ante ti a través de la blanca gasa de sus atuendos, su piel reluce a través de finos velos que se sostienen gracias a un grueso cinturón de platino con incrustaciones de piedras preciosas.

Tumbate a su lado sobre el diván de brocados.

Las escanciadoras van de aquí para allá con licoreras cubiertas de joyas y llenas de aromático vino. Turktaz posará en tus labios copas de jade repletas de licor. Saborearás el jazmín, la rosa y la magnolia. Una mezcla de amargor y dulzor. Degusta sorbo a sorbo esos sabores. No pierdas el control de los sentidos. Alza la vista hacia su rostro. Sus labios te esperan, abiertos. Bésala en la boca. Saborea la rosa y el jazmín, el amargor y el dulzor. Mírale los pechos, que has adivinado tras el movi-

miento de sus manos, para poder descubrir sus montículos dorados. Correteas con los dedos por el valle que hay entre ellos. Sus manos jugarán sobre tu torso, sobre tu vientre. Las tuyas descenderán hacia su vientre. Sentirás la dureza del platino en los dedos. El metal le recubre la entrepierna. Buscas la hebilla del cinturón, intentas desatar a tientas los cordones de tus bombachos. Ella te distrae con sus besos. Tienes el cuerpo dividido: la cabeza perdida en el placer que te proporciona, los muslos encendidos por el calor y la flojera, tus manos, revividas como pájaros recién liberados de sus jaulas, no dejan de buscar.

Sus manos te retienen.

—Ahora no —dice—. Bésame cuanto quieras. Tócame, huéleme, saboréame. Pero no llames, no entres. Espera a mi cuerpo hasta la séptima noche. Entonces encontrarás la llave.

Las escanciadoras van de aquí para allá con licoreras de vino.

Ella volverá a empujarte sobre una pila de perfumados cojines. Los extraños licores han trastocado el funcionamiento de tu mente. Se levanta, le tiras de la falda, se ríe. Observas cómo se aleja.

Las escanciadoras, con las manos vacías, ocuparán el lugar de Turktaz en el diván de brocados. Siete mujeres, cada una vestida de un color del arco iris, te pellizcarán, te arañarán y te morderán. Te hundirán las uñas en los pezones y los dientes en los muslos. Tus manos, consumidas por la impaciencia de cumplir su cometido, intentarán que una de ellas caiga sobre ti para completar el viaje inacabado que has emprendido con Turktaz la Hermosa. Pero tu laxitud te convierte en víctima. Se han apoderado de tu voluntad. Las manos de una de ellas se encargan de los cordones de tus bombachos, los labios de otra saborean tu boca, otra juguetea con tu abyecta hombría, que, en su involuntario letargo, adivina los indicios de un placer oculto.

Cinco noches como ésta.

Todas las noches llegarás ante ella agotado por los excesos de la noche anterior. Todas las noches, su perfume te devolverá a la vida. El vino de Turktaz, de sus labios, de sus pechos, de sus carnosos muslos que se abren un poco más cada noche ante tu oscura y tierna tiente. Luego llegará su risa y su rechazo y su partida mientras tú, sumido en la embriaguez, yaces sobre los cojines perfumados y esperas los cuidados de las mujeres del arco iris.

Ya no sabrás en qué pasaje del placer has penetrado ni quién te alivia ni quién te sacia. Sentirás que los mismísimos pasajes de tu interior son invadidos por dedos, lenguas, juguetes. Ya no sabrás qué mujer del arco iris te ha hecho el amor esa noche. Todas son las sombras hermanas de Turktaz. Lo único que ves con los ojos cerrados son las facciones de Turktaz la Hermosa. En la cara interior de los párpados, las letras negras que forman su nombre se separan y se entrecruzan.

Te, re, kaf, te, aliph, ze.

La vocal que se curva hacia arriba en la quinta posición es el reflejo de tu anhelo.

Entonces no quedará más que una noche de espera.

Crees saber qué hacer. No puedes aguantar otra noche igual. Anhelarás el perfume de las flores, el sabor de la fruta, la visión de una hoja que cae danzando con el viento. Anhelarás la acritud de la cerveza, el ácido sabor del yogur, el suave tacto de la leche.

Anhelarás el contacto de piel contra piel y aún más el placer de la piel envuelta por otra piel.

Anhelarás convertir a Turktaz en tu posesión.

Acude de nuevo ante Turktaz la sexta noche. Túmbate a su lado sobre su diván de brocados. Saborea en sus labios el jazmín y la rosa, el amargor y el dulzor. Saborea con la lengua el rastro de miel del valle oculto entre sus pechos. Deja que tu len-

gua siga el rastro meloso hasta su ombligo. Déjate caer sobre el túrgido terciopelo de sus tobillos, asciende hacia las curvas de sus muslos.

Derrama el vino. Échalo sobre la hierba de seda. Escúpelos en su boca, pero no dejes que se te suba a la cabeza.

Las escanciadoras van de aquí para allá. Debes obligarla a beber el vino que te traen. Tuércele la muñeca, dirige la copa de jade hacia sus labios. Debes decir:

—Dámelo todo esta noche, Turktaz. Tómame entero. Soy tu sirviente, tu esclavo, tu posesión. Recompensa mis noches de espera. Estoy harto de jugar con tu sombra.

Ella te empujará; debes insistir.

—Una noche más —dice—, y luego seré tuya.

Has recobrado tu fuerza viril, tus sentidos.

Estás listo para la lucha, para la conquista.

Le muerdes los labios.

Tus manos asaltan sus pechos.

Le arrancas los velos.

Ella no se moverá.

Lo único que la protege es el calzón de platino.

La llave de plata le cuelga del muslo derecho.

Arráncala de su asidero diamantino. Nuestra fuerza está en tu muñeca, en tu pulso, la fuerza de los hombres de negro.

La cerradura está entre sus muslos.

Introduce la llave en el ojo de diamante.

Dale la vuelta.

Saborea la dicha.

Y cae.

Caes entre aire, nubes y lluvia. Duerme si puedes, el viaje es largo, el viaje es corto. Despierta sobre una isleta del río, medio desnudo, cubierto de muselina hecha jirones. Espera a que el gran pájaro de bronce te agarre con el pico, siente las llamas de

sus ojos, la hediondez de su aliento a caldera. Acércate a la nube de piedra y descansa durante un rato, mientras las rocas despedazadas se amontonan. Observa cómo se bambolean hasta meterse en un cesto. Sube a tu nave. El águila deja caer unas cadenas del pico. Átalas al cesto antes de que se petrifiquen. Ahora, prepárate para viajar.

Estamos en las puertas de la ciudad, esperándote con prendas negras recién tejidas. ¿No te las pondrás? ¿Te volviste a medio camino o ascendiste hasta la cumbre y caíste rodando? ¿O fuiste uno de los elegidos que no vieron el cesto? ¿Esperaste, tal vez, la llegada del pájaro, esperaste en vano? Has estado fuera siete noches. ¿No conoces el secreto? El viaje se desarrolla mientras te contamos la historia. Tú decides: volver de la colina o volar hasta el reino de Turktaz. Si vuelves sin haberla visto, tuya será la senda del hombre corriente. Regresa a tus ciudades y a tus esposas, a los quehaceres para ganarte el pan y al sudor de la frente para conseguir la leche o la cerveza con que empaparlo.

Pero si la has visto y has probado su vino, aprende el secreto de los hombres de negro. La primera noche con Turktaz y sus mujeres es la segunda, y la segunda es la quinta, y la sexta noche vuelve a ser la primera. Nadie alcanza la séptima noche. Sin embargo, en seis noches has aprendido a vivir con el deseo. En la frente llevas marcado el nombre de Turktaz, las letras del deseo. Regresa al mundo de la satisfacción y vive para siempre como el paria en el que te has convertido. O retorna a la colina rocosa y espera en vano la aparición del cesto y el águila. O vive con nosotros y vístete de negro, eso te recordará la vacuidad del anhelo. Quédate con nosotros en nuestra ciudad, donde la noche siempre descansa al filo del día.

Una canción pastoral

Aunque ya estaba casada, Radha no despertó hasta experimentar la mirada de amor de Govinda. El fogoso deseo de los versos originales en los que se basa esta historia alimentó mis expectativas adolescentes.

Priya, la lechera, se cambió de lado la vasija que llevaba apoyada en la cadera derecha, enderezó la espalda e intentó ponérsela sobre la cabeza. Radha no intentó ayudarla, miró a Priya con las cejas enarcadas. Se acercaban a Vrindavan, el exuberante bosque donde Govinda, el vaquero de tez oscura, gozaba con las lecheras de los poblados de los alrededores. Por esos lares lo llamaban de muchas formas: el que blande la montaña, porque en aquella época había derrotado a Indra, dios del cielo, echándose una montaña al hombro; Mohan, por su dulzura y belleza; Manmohan, el roba corazones, por sus artes cautivadoras. Ah, sí, y el portador de la flauta. Sin embargo, Radha prefería llamarlo Govinda, el vaquero. Ese nombre lo equiparaba al resto de hombres.

—Ayúdame, Radha. —Priya abrió los ojos de par en par.

Radha la ignoró y siguió adelante, balanceando las caderas para compensar el peso de su cántaro y callada, en señal de desaprobación.

—¡Radha!

Radha se volvió.

—Me duele la espalda por el peso de la vasija. —Priya golpeó el cántaro que llevaba en la cadera.

—O por el peso de la lujuria —replicó Radha. En unos minutos entrarían en el bosque y pasarían junto a Govinda, rodeado por sus amantes, que cantaban, bailaban y se mostraban provocativas; todas trataban de ser la más atractiva para merecer el beso más largo, el abrazo más intenso.

—¡Lujuria! —exclamó Priya, fingiendo sentirse ofendida.

—No eres distinta a las demás —dijo Radha y posó su cántaro de leche con cuidado a la vera del camino—. Todas están bajo su hechizo.

Puso las palmas de las manos bajo la base del cántaro de cobre de Priya y lo empujó hacia arriba. La tapa hizo un ruido metálico, pero no cayó ni una gota de leche, y el cántaro quedó posado sobre la cabeza de Priya. Radha retrocedió, contempló los brazos de Priya que, estirados con languidez para enderezar y aguantar el cántaro, le ceñían el corpiño y resaltaban sus pechos.

—*Ardha-chandra* —murmuró Radha cuando los montículos dorados quedaron al descubierto como medias lunas relucientes tras un nubarrón. ¿Cuál era el irresistible atractivo de Govinda? Sin duda era hermoso, con sus bucles de azabache y su piel resplandeciente. ¡Pero también era un consentido! El niño mimado de Yashodha, que siempre se salía con la suya. ¡Y con cuánta desfachatez amaba y abandonaba a las lecheras! Las rociaba con sus besos como gotas de los aguaceros primaverales del Vrindavan.

—Es cruel, Priya. Ya sabes cómo engatusa a las jóvenes con su música y su sonrisa, y no vuelve a reconocerlas nunca más. Para él somos todas iguales.

Priya se llevó la mano a la boca.

—¡Radha! ¿Cómo puedes decir eso? Él es... es un dios.

Radha se volvió con brusquedad.

—¡Un dios! ¿Dios de qué?

—A lo mejor dices eso —continuó Priya con malicia— porque tienes un señor para ti.

Radha se pavoneó.

—Ayana-ghosh es un buen hombre. —Sonrió—. Cuida bien de mí.

—¿Acaso no te preguntas por qué todas acudimos en tropel a Govinda?

—¡No! —replicó Radha—. Si yo fuera virgen, lo rehuiría. A mí también me amaría y me dejaría envenenada y mancillada para el resto de hombres.

Radha siguió caminando a grandes y rápidas zancadas. Sentía cómo la leche iba de un lado para otro en el interior del cántaro. La madre y las hermanas de Ayana-gosh estarían esperándola.

Las voces risueñas se oían cada vez más cerca, y Radha pudo escuchar fragmentos de canción procedentes del claro donde las admiradoras de Govinda —las mujeres risueñas y desvergonzadas que eran amigas suyas— se transformaban de manera tan sorprendente en presencia del vaquero. ¿Dónde estaba su modestia?

—Míralo cuando pasemos —le suplicó Priya—. Sólo una vez. Verás lo que yo veo.

—Jamás —contestó Radha—. No pienso levantarme el velo de los ojos. Miro al suelo cuando paso junto a cualquier hombre que no sea mi esposo.

De pronto, el sonido de las risas procedentes del bosque se acalló. La brisa se detuvo, los árboles se quedaron quietos y los pájaros dejaron de aletear al posarse sobre las frondosas ramas. Al mismo tiempo, un sonido inquietante descendió entre los árboles. Una nota musical.

Pa: la quinta nota de la escala. La nota erótica, la nota que

emulaba el grito extasiado de los amantes. A continuación se oyó el fluir de una melodía: Govinda estaba tocando la flauta. Sin advertirlo, Radha aminoró el paso, su cuerpo se dejaba llevar por la corriente de la tonada. Continuó avanzando cabizbaja, la música se le arremolinaba en la cabeza y el cuerpo. La flauta de Govinda sonaba con intensidad ascendente. Era como el cauce de un río que crecía en el interior de Radha; se sentía arrastrada por su corriente. De pronto, el flujo se detuvo en seco. Radha dejó de andar y alzó la cabeza. Una figura estilizada y oscura recostada perezosamente contra un árbol, con la flauta entre los labios y los dedos que la tocaban apoyados sobre su suave superficie, acaparó su visión. Tenía los ojos clavados en los de Radha, como si retara al reflejo de su propia imagen. Con esa mirada parecía decir: «Soy tuyo. Llámame si tienes valor».

Y los ojos de Radha parecían responder: «Y yo soy tuya». Se le resbaló el cántaro y se le cayó al suelo. La leche formó un espeso charco antes de ser absorbida por la tierra.

Al tiempo que lanzaba un grito de desesperación, Radha cayó de rodillas al suelo.

—¿Qué le diré a mi suegra?

—¿Qué importancia tiene? —la voz de Govinda sobrevoló las cabezas de las doncellas que lo rodeaban—. Dile que Govinda, el vaquero, te la ha robado.

—¿Quién iba a creer que un vaquero le ha robado la leche a una lechera?

Govinda sonrió con languidez. Se situó frente a ella y le tendió la mano; sus dedos fueron como seda sobre los de Radha cuando la levantó del suelo y señaló los numerosos cántaros de cobre dispuestos en hileras bajo los árboles.

—Toma cuanto te plazca —dijo.

Radha inclinó la cabeza y aceptó el ofrecimiento. Vertió la leche en su cántaro y juntó las manos en gesto de agradeci-

miento. Cuando dio media vuelta para irse, seguía cabizbaja. Sin embargo, Govinda se adelantó y le colocó un dedo bajo la barbilla para levantarle el rostro con delicadeza y ella volvió a hundirse en los espejos de obsidiana de sus ojos.

—Oh, hermosura, si hubieras vuelto a casa y hubieras dicho: «Govinda me quitó la leche, yo se la di», el éxtasis habría sido tuyo.

Radha apartó la mirada. Sentía en el alma el reproche de Govinda, pero el reproche que se hacía a sí misma le pesaba más. Correría el rumor de que había estado con él, de que había permitido que la tocara. Su nombre quedaría mancillado. Pese a todo, mientras se alejaba, la mirada de Govinda mantuvo cautivos sus reacios ojos.

—Llegas tarde, Radhika —le dijo su cuñada—. ¿Dónde te has perdido?

—¿Perderme? —a Radha se le paró el corazón.

Su cuñada soltó una risita sonora.

—Has estado coqueteando con él, ¿verdad?

El rostro de Radha quedó exangüe.

—¿Coqueteando? ¿Con quién?

La muchacha no se dio cuenta de nada.

—Con mi hermano, claro.

La suegra de Radha acababa de entrar y se encontraba en la puerta. Radha bajó la vista y se cubrió los ojos con el velo.

—El camino es largo y estaba cansada. El cántaro era pesado.

—¿No habrás ido por el camino que cruza el bosque? —preguntó la anciana.

—Por Madhuban... sí...

—¿Conque ahora lo llamas Madhuban, no? ¿Por qué te refieres a Vrindavan con el nombre que utilizan los amantes?

—Bueno... madre, así lo llaman todos.

—No las mujeres casadas.

—Vamos, madre, déjala tranquila. Estaba con su señor. La culpa de su tardanza la tiene mi hermano.

Radha inclinó su esbelto cuello y dejó caer la cabeza sobre el pecho como un delgado tallo doblado por el peso de una flor abierta. Pensó, lacerada por la vergüenza, que jamás había sentido con su marido la sensación provocada por la mirada de Govinda y por su tacto. La invadió un temblor al recordar el momento en que Govinda le levantó el rostro con el dedo para enfrentarlo al suyo. ¿Habría visto él la pasión reflejada en su cara?

«Es algo profano y deshonesto —se dijo tajantemente—. Amo a mi esposo, soy su sierva. Jamás me ha levantado la mano ni la voz. Su amor me hace sentir segura y en paz. Esto no puede ser amor; me siento inquieta, avergonzada e infeliz. Estoy llena de él, su mirada me ha consumido.»

Durante los días siguientes, Radha tomó un camino más largo para volver a casa desde los campos donde visitaba a su esposo y ordeñaba la vaca. Era como una sombra de sí misma, un rastro de luz proyectado en el profundo y oscuro bosque. Un cuerpo radiante y fugaz que se abría paso entre los árboles y que tropezaba con las enredaderas. La primavera lo invadía todo y Vrindavan era un bosque de amor. Cientos de perfumes se mezclaban y formaban un vaho embriagador. Y Radha, al igual que el jazmín, serpenteaba entorno a los árboles y los arbustos para intentar ver a Govinda sin ser vista.

Priya dijo:

—Ve a buscarlo, Radha, querida amiga mía.

Pero Radha se mostró altiva por la angustia.

—Siempre está en brazos de otra mujer.

—¿Y aun así lo acechas? ¿Esperas encontrarlo solo algún día? ¿Por eso intentas verlo oculta entre las hojas?

Al pensar en él, Radha se estremeció, como zozobra la enredadera del clavo de olor al recibir la caricia de la madera de sándalo traída por los vientos procedentes de los *ghats* occidentales.

En primavera, cuando los mangles volvían a la vida con sus primeras flores, el cuco rompía a cantar. Radha seguía buscando a Govinda; verlo la atormentaba y se torturaba si no lo veía. Contemplaba cómo el bosque estallaba en una rapsodia de amor. Las abejas esparcían el polen de flor en flor con sus apasionados remolinos. Los amantes, refugiados por la noche al cobijo de los árboles, exhalaban profundos suspiros mientras bebían de la pasión de Madhuban, el bosque de la embriaguez. Radha los oía mientras vagaba entre los árboles cual espectro.

Durante todo ese tiempo, Priya repetía:

—Ve a buscarlo, Radha. Es primavera, las flores del árbol de fuego son como los dedos del dios del amor que arañan el pecho de la nueva amada. La flor *kesar* amarilla se ha abierto como una sombrilla dorada. Es tiempo de amar, tiempo de florecer.

—¿Y qué hay del pino *ketaka*? —apuntó Radha—. Las mujeres arrancan sus flores para tentar a Govinda.

—Te traeré las flores del *ketaka*, Radha, pero ve con Govinda. Él te ama.

Pese a querer evitarlo, Radha miró a su amiga.

—¿Cómo lo sabes?

—Todas dicen que jamás había dejado de tocar para saludar a alguien. Jamás ha ofrecido socorro a nadie como lo hizo en tu caso. Jamás ha abandonado su círculo de mujeres para consolar a una hembra que no pertenezca al mismo.

Radha respondió con desdén:

—Quizá jamás había tenido la oportunidad de hacerlo.

Priya se impacientó.

—Entonces, olvídale.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, Radha la retuvo. Su

mano brillaba como una flor de jazmín en la oscuridad del bosque.

—No te vayas. No sé qué quiero ni por qué lo busco. Sólo sé que Govinda es el aire que respiro.

Priya pareció expandirse y fundirse con la oscuridad.

—Por fin lo has comprendido, Govinda es el aliento.

Durante un instante, Radha miró el rostro de Priya y a continuación, los arbustos floridos del *bakula*.

Priya la siguió con la mirada.

—¡Las flores del amor son tan hermosas! —Radha contuvo la respiración en un sollozo—. Dicen que el *bakula* no florece a menos que lo rieguen con el néctar de los labios de una joven.

La malicia brilló en los ojos de Priya.

—Entonces florecerá por siempre en Vrindavan. —Rió, aunque se contuvo al darse cuenta de la inquietud de Radha.

—¿No lo entiendes, Priya? Puedo arriesgarlo todo por un hombre que vuela como la abeja, de flor en flor.

Priya le tendió una mano.

—Demos el primer paso, Radha. Vayamos a su encuentro.

Radha sintió cómo la fuerza aumentaba en su interior igual que la primera crecida estival del río Gamuna. Cogió la mano que le tendía Priya, caminó con brío y firmeza hacia el mangle para encontrarse con Govinda.

Al verlo, quedó petrificada. Tenía la cara hundida entre los pechos de una joven; la piel del cuello y los brazos relucía por el sudor de la pasión. Levantaba los hombros y respiraba con dificultad, borracho de lujuria. Otra mujer lo abrazaba por el cuello; otra más, con una risita nerviosa, corrió hacia él y le susurró algo al oído, a continuación le besó la oreja y le mordisqueó el lóbulo. Govinda alzó la vista, dejó caer los párpados por el peso del deseo. Radha sabía que la había visto porque la traspasó con una mirada insolente, aunque no hizo ni el más mínimo intento de zafarse del abrazo de sus amantes.

«Así que has venido a mí —decía su mirada—. No importa ni quién soy, ni cuántas amantes tengo, ni que estés casada. Has venido a mí. Sabía que podía poseerte.»

Radha sostuvo la mirada, inmutable. «Y ahora te demostraré que no soy como las otras», contestaron sus ojos. Con parsimonia, dejó el cántaro en el suelo y se apartó a un claro. Se cruzó el manto sobre los pechos y lo metió en su cinturón dorado, y empezó a bailar, golpeando el suelo con sus pies de loto y las manos en la cintura. En Madhuban, el bosque de néctar, bailó la danza de la pasión. En Madhuban, el bosque de la embriaguez, bailó. Las campanillas de sus brazaletes interpretaban una melodía propia mientras movía los brazos con sinuosidad y dejaba caer el velo sobre su rostro para retar la mirada de Govinda. Ella bailaba y Govinda tocaba la flauta, Radha giraba y serpenteaba cada vez más deprisa al son de la música. El velo dejó al descubierto sus ojos de cierva y Radha bailaba.

Mirad cómo se balancea con la pasión y reluce dorada como la cinta de su pelo. No aparta la mirada de Govinda y sonríe con una dulzura, una malicia y un encanto que nacen de su interior. Radha baila y la flauta de Govinda resplandece con sus movimientos luminosos: nota a nota, ritmo a ritmo. Un tambor percute desde las entrañas de la tierra. Resuena por el bosque, por el mundo, resuena en el interior de Radha.

«Mi corazón —piensa— es el tambor, mi respiración es la percusión.»

Sus pies vuelan con el ritmo creciente. La respiración, el movimiento y la fuerza vital se funden entre sí mientras sus brazos trazan arabescos en el aire. A continuación, con la misma brusquedad y seguridad con la que ha empezado, se detiene, coloca un brazo encima de la cabeza y el otro abierto como un loto, con los dedos índice y pulgar juntos, apuntando al cielo, y los tres dedos restantes ligeramente curvados.

Govinda continúa tocando. Los brazaletes tintinean con los

aplausos. Radha se muestra indiferente ante la ovación. Poco a poco, junta las palmas en un ademán de humildad. Govinda se despega la flauta de los labios e inclina la cabeza. Están solos, atrapados en una mirada inquebrantable.

El cuerpo de piel morena de Govinda está cubierto por una túnica de color azafrán, lleva una guirnalda del bosque sobre el pecho bañado en polvo de sándalo. La coronilla, ornamentada con plumas de pavo real, brilla en la oscuridad forestal. Su cara sonriente luce un gesto intenso, sus aretes de rubí resplandecen a la altura de la barbilla. Radha traza la luminosa belleza de Govinda en el ojo de la mente, la envuelve con su amor, la atesora. Govinda el vaquero, el amante de las lecheras, el torturador amoroso, ése es *su* Govinda.

«Mi Govinda, si me hubieras llamado, yo también te habría llamado», dicen sus ojos, desafiantes.

«Entonces, nada más importa», responden los ojos de Govinda.

Se acerca a Radha y ella se da cuenta de que sus pies la arrastran hacia él. No existe nadie más. Están a dos pasos de distancia cuando Radha advierte que la arboleda está vacía. Están los dos solos y al instante siguiente están uno en brazos de otro.

—¡Cucú! —canta el cuco, la nota erótica que se hace eco del grito embelesado del corazón de Radha.

Allí, en el bosque de juncos y cañas, Govinda invita a Radha a la húmeda y mullida hierba. Le prepara un lecho de tiernos brotes, la acuesta sobre un manto de flores y posa la cabeza sobre su pecho.

Radha permanece muy quieta, como para ocultar la fogosidad del anhelo. Govinda también permanece quieto. Da la impresión de que pasan años hasta que Radha mueve las manos; como si tuvieran voluntad propia, vagan por los suaves cabellos de Govinda y se hunden en ellos. Él levanta la cabeza y busca su rostro para invitarlo. Radha grita:

—¡Govinda!

—Es la primera vez que pronuncias mi nombre —dice él.

La timidez la abruma.

Él estira el cuerpo y se tumba sobre ella, pierna sobre pierna, rostro sobre rostro, como un nubarrón a punto de derramar su presente sobre la tierra agostada.

—Radha, vuelve a decir mi nombre.

Ella cierra los ojos con fuerza y ladea la cara.

—¿A qué viene tanta timidez, mi dulce niña? El matrimonio debería haberte convertido en una amante experta.

La inocente mirada de Radha se llena de inquietud.

—¿Experta? —murmura.

Govinda echa la cabeza hacia atrás y ríe.

—Las mil arterias de la inocencia me resultan más estimulantes que los dedos de la amante más experta. Eres una mujer casada, pero sigues dormida. ¿Debo despertarte, dulce niña? ¿Debo enseñarte lo inolvidable?

Radha se queda callada. Govinda se echa hacia atrás, con una media sonrisa en los labios, pero con la mirada decidida. Con una mano acaricia despreocupado la piel desnuda de ella. Radha no dice nada.

—Así que, después de todo, ¿no me quieres? —Govinda empieza a incorporarse.

—¡No! —exclama Radha. Govinda se ha puesto en pie. Radha lo agarra de la túnica—. Quédate.

—¿Por qué?

—Quiero...

—¿Qué quieres?

—Quiero... quiero tu amor. —Las palabras salen de sopetón.

—¡Radha! —Govinda cae postrado—. Te haré el amor como la lluvia le hace el amor a la tierra. Mira a tu alrededor las flores del bosque de néctar, son el fruto de la pasión amorosa.

Mientras habla, le acaricia las piernas. La piel de Radha

cobra vida, incluso la sedosa cara interior de sus muslos se estremece y tiembla al tacto de Govinda. Los labios de él se encuentran con los de ella, plenos, suaves, cálidos. Radha gime suavemente. Siente que Govinda le separa los labios con la punta de la lengua. Se aferra a él, atrae su cuerpo hacia el de ella, siente su peso sobre ella mientras él le retira las manos de la cara. Se da cuenta de que Govinda le ha puesto las manos en la cintura y que desata el cinturón dorado.

—Descansa un rato, carcelero —murmura y deshace los pliegues del *sari* de Radha.

Ella lanza un grito ahogado cuando siente la piel desnuda bajo sus dedos, la oscuridad del bosque se ilumina. Él la verá; su esposo jamás la ha visto desnuda. Radha deja que se le cierren los párpados temblorosos. Una lánguida pérdida de la inhibición se apodera de su cuerpo, que, de repente, le resulta muy pesado.

«Si ahora muero, seré más feliz de lo que cualquier mujer pueda imaginar», piensa.

—No hablemos de muerte en este momento —responde Govinda.

Ella no pregunta cómo ha adivinado lo que pensaba. Govinda siempre escucha sus pensamientos, como ella los de él. Govinda posa la mejilla sobre la de Radha, cuyo cuerpo está cubierto por una delgada y sensual piel líquida. Ella reconoce el mismo lustre amoroso en el cuerpo de él. Sin pensar, le lame el cuello. ¡Cling! La cadena del pudor se rompe. Govinda atrapa a Radha entre sus brazos y la hace girar, a ratos ella queda encima de él y a ratos debajo de él. Suelta el nudo que mantiene cautivos sus pechos en el corpiño y hunde el rostro en ellos. Sus risas resuenan con fuerza y claridad por los torrentes y cascadas de Vrindavan, hasta la otra orilla del rugiente Yamuna, y ascienden límpidas hasta el cielo.

—¡Radha, te quiero! —grita Govinda.

—¡Govinda, te quiero! —susurra Radha.

—Tienes el pelo lleno de hierba. —Govinda levanta su larga cabellera y deja que se escurra entre sus dedos cual cascada ensombrecida por la piedra negra sobre la que cae. Le quita del pelo las briznas de hierba una a una y deja que el torrente vuelva a caer sobre sus caderas. La recuesta y la rodea de flores de loto. Y durante todo este tiempo no deja de admirar su belleza; tiene la mirada clavada en sus túrgidos pechos.

Ella cruza los brazos y los tapa.

Govinda los aparta con firmeza y cubre los pechos con las palmas abiertas. Radha tira de sus manos y deja escapar un grito repentino. Govinda la ha arañado, ella le devuelve el arañazo, pero él es demasiado rápido para ella, demasiado ducho en los juegos del amor. La agarra por las muñecas y las levanta por encima de su propia cabeza como si de un arco triunfal se tratara. Radha se defiende, se inclina hacia delante y le muerde el pecho.

—¡Ay, fiera! —Govinda le suelta las manos y arremete contra ella. Radha, con el corazón bombeando de pánico y pasión, se levanta de un salto y corre, perseguida por Govinda. Poco después, la atrapa, la levanta en brazos y la devuelve a su lecho de juncos y flores.

Se acuestan empapados en sudor por el esfuerzo. Govinda toma la mano de Radha y se la posa sobre el cuerpo.

—Prepárame para el amor —dice con dulzura.

Radha lo mira, de pronto vuelve a invadirla la timidez.

—¡Ay, mi pequeña niña de ojos de cierva! —exclama él—. ¡Qué poco sabes de las sendas del placer! —Le toma la mano, la acerca a su *sarong* y ella empieza a desnudarlo poco a poco.

De repente se siente incómoda.

—Las otras chicas...

Govinda cierra los ojos por el éxtasis cuando ella le acaricia la piel con los dedos.

—¿Qué chicas?

Radha retrocede.

—Las *gopis*.

Govinda no contesta.

Radha se siente inquieta.

—¿Seguirás haciéndoles el amor? —Se da la vuelta para ocultar las lágrimas.

Govinda la coge del codo.

—Radha, mírame.

Ella no obedece.

Él se inclina hacia delante, la obliga a mirarlo mientras ella intenta zafarse.

—Para mí eres todas las mujeres, eres la única. Jamás podrá haber otra.

Radha rompe a llorar abiertamente.

—¿Cómo puedo creerte?

Govinda le acaricia el pelo y ella reposa la cabeza sobre su hombro y siente su calidez. Su ternura la envuelve; su voz es ligera como una nube.

—Créeme porque digo la verdad. Al fin he encontrado a la única. Radha, mi inocente niña, eres el espíritu del amor.

Radha contempla la intensidad de la verdad en su rostro. Su mirada se topa con las flores del *bakula*, que resplandecen sobre las hojas.

—Que los *bakula* sean mis testigos —dice Govinda, con tanta suavidad que sus palabras no pesan más que un hálito sobre la piel de Radha—. Sólo florecerán cuando estés conmigo.

En ese momento, se abre a Govinda, fluye hacia él y se funde con su amante. Ascienden y caen, se entrelazan hasta estar tan unidos —dos enredaderas de jazmín y clavo— que resulta imposible distinguir cuál es la planta de cada zarcillo, dónde nace la flor y dónde la especia. Ora agitados, ora en paz, dos cuerpos entrelazados a un tiempo oscilan y se detienen, son plantas que se mecen al son de las brisas.

Los dedos de Govinda se entretienen sobre Radha cuando ella intenta irse. Apenas le tocan la piel, pero su fuerza es poderosa.

—El mundo es nuestro enemigo —susurra él—. Intentará mantenernos apartados.

—No lo conseguiré —contesta ella mientras contempla en el fondo de sus ojos cierta tristeza cómplice—. Pero tengo que irme. Mi suegra ha sospechado desde el primer momento...

Govinda sonrío.

—Las ataduras del mundo son resistentes, dulce espíritu —murmura—. Mira cómo te retienen ya.

Radha cae de rodillas, no entiende nada, busca los ojos de Govinda con la mirada confusa.

—No me mantendrán alejada. Vendré a ti de la noche. Mañana por la noche cuando todos estén durmiendo.

—Quizá —responde Govinda—. Y yo te estaré esperando aquí. Aunque las ataduras del mundo son difíciles de deshacer, el amor es extraño. El mundo no puede existir sin él, pero lo rechaza.

Radha acuna a su amado entre sus brazos. No había imaginado lo difícil que sería partir.

—Nada puede alejarme de ti, ya no.

—Ay, Radha, el alma es capaz de cualquier cosa cuando descubre la diferencia entre Maya y Verdad.

Radha ríe, su pelo azabache tiembla y se estremece, y los rayos del sol se esparcen por el Yamuna como diminutas llamas.

—No soy lo bastante inteligente para entender lo que dices —admite—, pero sé lo que siento aquí. —Cierra la mano y la posa sobre el húmedo valle entre sus pechos.

Govinda abre el puño y separa los dedos.

—¿Y qué sientes *aquí*? —le pregunta desafiante.

Radha se ruboriza, oculta los ojos con sus espesas pestañas.

—No puedo explicarlo con palabras —murmura—. Debo irme.

Rápidamente recoge la falda y el velo, y corre hacia el bosque, se esconde tras las conocidas ramas, salta por encima de las afiladas piedras como un cervatillo y no aminora el paso hasta aproximarse a la casa de su esposo.

La suegra de Radha la estaba esperando con los brazos en jarras.

—¿Dónde te has metido, niña? —exhortó—. ¿Y quién hará tu trabajo?

Su cuñada la miraba, horrorizada.

—¡Mira qué pinta traes!

Radha se miró el arrugado *sari*, el manto hecho un guiñapo. Notaba los enredos amorosos en el pelo recogido a todo correr.

—¿Qué ha ocurrido, Radhika? —volvió a preguntar la joven.

—Me he caído —mintió Radha—. Tropecé en el bosque y caí.

—¿Y la leche?

—También se cayó.

—¿Y el cántaro? Supongo que lo has dejado tirado.

—Se me hacía tarde, estaba asustada. Volveré a buscarlo.

La anciana avanzó como una flecha y cogió a Radha por el hombro. La arrastró hasta el patio interior.

—¡No irás a buscarlo! —bramó—. ¡Te quedarás aquí dentro! No creas que no me he dado cuenta de que has cambiado, siempre merodeando por ahí, medio ida... Tienes la cabeza en las nubes...

La piel nívea de Govinda flotaba en la mente de Radha. Una sonrisa hizo temblar sus labios.

—¿Te estás riendo de mí? ¡Eres una fresca! ¡Sé muy bien lo que tramas!

«¡Lo sabe! —pensó Radha, alarmada—. Intentará detenerme. Se lo contará a Ayana.»

—... Todas las nueras lo intentan en algún momento. —Se metió el manajo de llaves en la cintura y produjo un tintineo sonoro y disonante—. Intentas quitarme esto, pero he esperado mucho y he trabajado duro para conseguirlo. Tendrás que esperar a que muera.

Radha se sintió abrumada por el alivio.

—Quédese sus llaves, madre —susurró—. No las quiero. No estoy preparada para gobernar la casa. Quizá no lo esté jamás.

Radha sabía que su esposo no creería las historias que su madre le contaba: que Radha intentaba desbancarla, que Radha no hacía ninguna de las tareas del hogar, que no cocinaba, que no oraba, que jamás ayunaba por su marido.

Sin embargo, le dolía saber que él se preocupaba por ella. Observaba sus movimientos distraídos, su humor cambiante. Veía que la mente de su esposa jamás estaba ocupada en él. Observaba cómo sus ropas estaban cada vez más alborotadas y su pelo más suelto, que escapaba como las serpientes por debajo del velo para proteger sus ojos secos y embravecidos. Y anhelaba la serenidad que había desaparecido de su hermoso rostro, sin dejar más que tormento. Sabía que algo pasaba. Aunque Radha no le pedía nada ni le negaba nada. Como un alma errante y necesitada, hacía lo que le ordenaban sin rechistar.

—Nos mudaremos a la otra orilla del río —dijo la madre de su esposo—. Radha está embrujada.

—Radha —dijo él—, madre quiere que nos mudemos a la otra orilla.

—La corriente del Yamuna, Hermana de la Muerte —contestó Radha, con la voz apagada—. Como gustes.

A la otra orilla del Yamuna, en la orilla opuesta a Govinda.

Bueno, ¿qué diferencia podía haber? Él no había vuelto a llamarla desde aquella noche, no había vuelto a verla, ni le había enviado mensaje alguno. Ella era simplemente una más de las

numerosas mujeres a las que él hacía promesas a diario. La noche que había regresado junto a él, con el corazón rebosante de pasión tras tres días de vigilancia de su suegra, lo había visto rodeado de mujeres. Estaba sentado, tocando una nostálgica melodía amorosa con su flauta, mientras las mujeres retozaban y danzaban a su alrededor. Tal como ya había sucedido, unas lo besaban, otras fingían tropezarse como excusa para apoyarse en él. Y él tocaba su flauta para ellas, invitándolas a danzar al son de sus notas. Y la había hecho formar parte de ello, la había engañado.

Radha quería olvidar, pero él era dueño de su mente, estaba clavado en su corazón como el afilado hueso de un durazno. Era como un fuego que consumía sus sentidos, que danzaba y resplandecía en su mente. ¿Cómo iba a pensar en otra cosa que no fuera el fuego si se estaba quemando? Ya podía meterse al agua o rodar sobre la hierba húmeda, eso no la ayudaría: el fuego era inalcanzable, inexpugnable. Así que se resignó a arder. ¡Si por lo menos las crueles llamas la hubieran consumido en lugar de persistir y lamerla poco a poco, nervio a nervio! Las veía como la pira funeraria de su amor, de su despiadado y celoso señor. Ardía día y noche en una agonía de celos. Sí, tal vez la Hermana de la Muerte, la corriente del río que había sido testigo de su unión con Govinda, pudiera extinguir el fuego. Quizá tomaría a Radha, la mecería entre sus abrazos hasta adormecerla.

Priya irrumpió en la habitación.

—¿Por qué vais a vivir a la otra orilla del río?

Radha se encogió de hombros con languidez.

—Lo han decidido ellos.

—Pero ¿y Govinda?

Algunas chispas del fuego relucieron en los ojos de Radha.

—Para él no soy nadie.

—Radha, él te ama.

Radha rodeó con los brazos a Priya.

—Mi dulce amiga, sé que me quieres, pero no tiene sentido crearse falsas esperanzas. Lo he visto rodeado de mujeres como antes.

—Entonces iré a verlo. He estado en Vrindavan como siempre y hace semanas que no oigo la flauta ni veo a las *gopis*. Aquello es espantoso, como un desierto.

La mirada de Radha se tornó soñadora.

—Estará con otra de las miles de Radhas, jugando con ella a solas, en algún lugar secreto. Aunque ella es más afortunada que yo porque ha estado con él varios días.

Se le anegaron los ojos y rompió a llorar. Priya apoyó la cabeza de Radha sobre su hombro.

—¡No llores! —susurró impaciente—. No te tortures. Iré a verlo. He venido ha decirte que lo he encontrado. Estaba en el mismo lugar junto al Yamuna donde te llevó para hacerte el amor.

—Le he dicho que lo habías visto rodeado de *gopis* y que te habías marchado con el corazón roto. Tu Govinda ha agachado la cabeza, pero no antes de que pudiera ver la vergüenza en su mirada. Él ha contestado: «Lo sé. Esperé tanto a Radha... en tres noches no vino a verme. Supe que las ataduras de las cosas mundanas eran más poderosas que mi amor. Las muchachas llegaron, me rodearon, toqué para ellas y les permití que intentaran entretenerme con sus bailes y sus risas. Sin embargo, no quedaba ni rastro de encanto en ellas, ni néctar en sus labios, ni atractivo en su mirada. Una vez, mientras caminaban ante mí, levantaron los brazos por encima de la cabeza y dejaron al descubierto sus pechos, levanté los brazos y la flauta se encontró con mis labios, inspiré y la hice sonar. Aunque, al albergar a Radha en mi corazón, el deseo por las demás se desvaneció. He buscado a Radha por todas partes. Tengo la men-

te herida por las flechas del amor. La exuberante fertilidad del bosque me hace sufrir, la enredadas vides me llenan de soledad. Incluso las perfumadas brisas que emanan de los estanques de loto me ofenden con su tacto. Mi cuerpo es de Radha, y sólo suyo, así que me quedaré en la arboleda, lamentándome, con la esperanza de que algún día vuelva a mi lado».

—¿Por qué no le has enviado ningún mensaje? —le había preguntado Priya, con las mejillas bañadas en lágrimas.

—Si Radha de verdad me ama, sabrá que yo también la amo. ¡Ay!, Priya. Ningún amante debe buscar a menos que la amada desee ser hallada. Es un mandamiento del amor.

—Pero ¡ella lo desea! Cuando te vio con las *gopis*, la consumieron los celos. Aun así, esperaba una llamada de amor de tu flauta, pero no se produjo. ¿Qué iba a pensar ella, Govinda?

La mirada de Govinda se encendió.

—¿Qué mensaje iba a enviarle? ¿Quién lo leería antes que ella? ¿Lo recibiría alguna vez?

—Entonces —concluyó Priya—, me ofrecí como mensajera del dulce Govinda. Te ha enviado esta canción, pero me ha dicho que te la cantara sólo si estabas segura de lo que sentías por él. «El amor exigido, es amor degradado. Si Radha acude a mí debe ser porque me busca como yo a ella», ha dicho.

—Cuéntame, Priya, me muero de impaciencia por saber cómo te ha engatusado.

Govinda dijo:

—Imagino la rabia en su rostro. Puedo ver su ceja arqueada de furia como el loto rojo atormentado por una abeja. Se ha apartado de mí, pero está en mi ser y ahí le hago el amor a todas horas. ¿Qué es lo que me hace buscarla en el bosque? ¿Qué es lo que me hace llamarla? Ay, esbelta mujer, entiendo tu consternación. No puedo devolverte la paz porque te has desterrado de mí. ¡Perdóname! ¡Regálame una mirada tuya! Me consume la

pasión. El éxtasis de tu tacto, tu inocente mirada, la fragancia de loto de tu aliento, el néctar de tus burlonas palabras. ¡Oh, Radha, si supieras que eres mi meditación, mi más sagrada oración! Y aun así, el dolor por la pérdida continúa creciendo.

Entonces Govinda tocó la flauta por primera vez en mucho tiempo. «Tocaré para Radhika», dijo. Las ondas de su melodía se elevaron hasta la luna, donde vio tu rostro. Repartidas por el Mathura, todas las *gopis* sin excepción escucharon la melodía y las inundó la tristeza por el amor insatisfecho.

Priya acarició el alborotado cabello de Radha.

—Ve, amiga mía, a la oscura arboleda, ocúltate con el manto de la media noche. La brisa sopla con suavidad donde él te espera. Aunque me ha pedido que te recuerde estas palabras: «Amor exigido es amor degradado. Si Radha viene debe ser porque me busca como yo a ella».

La canción de Govinda insufló nueva vida a Radha.

—Priya, ¿acaso cuestiona mi amor después de haber visto cómo acudía a él?, ¿sabiendo los riesgos que he corrido? Sí, acudiré a él, pero no en respuesta a sus exigencias, sino porque lo amo.

Radha caminó contoneándose hacia la puerta. Las campanillas de los brazaletes repiquetearon. Durante los días pasados una serie de taimados enemigos había informado de todos sus movimientos a la otra mujer de la casa.

Priya dijo:

—¡Deprisa, Radha! ¡Si tu suegra te oye, te detendrá!

—Nadie puede detenerme ya. Estos brazaletes me han retenido con demasiada fuerza. Las ataduras mundanas me han limitado durante demasiado tiempo. He permanecido en vela noche tras noche, contemplado la luna que derrama fuego sobre mi cuerpo. Aquí me consumen el calor y la fiebre. Ahora voy al lugar donde obtendré lo que deseo.

Consternada y desesperada, Radha siguió la senda que conducía a la arboleda de Govinda. ¿Serían ciertas las palabras de Priya? Había dicho: «El que lleva las guirnaldas del bosque te espera. Las flores del *bakula* han muerto. Govinda también parece agonizar, consumido por los gélidos rayos de la luna. Está solo, triste... en el santuario del amor, esperando. Pensar en ti lo mantiene con vida. Medita sobre ti, ansía el rocío de tus abrazos».

Radha siguió caminando. Se percató de que las flores del *bakula*, colgadas en racimos, palidecían o se marchitaban entre el lustroso follaje. No había doncellas que las cuidaran. ¿Sería posible que Govinda hubiera cumplido su promesa? Aunque no, no podía permitirse pensar eso. Tenía que haber otro motivo para la aflicción del *bakula*. Se detuvo un instante, para orientarse. ¿Dónde se encontraba? Detenerse a reflexionar la había confundido; mientras había permitido que sus pies se guiaran por la intuición había estado segura de su rumbo. De pronto no supo hacia qué lado dirigirse.

Un momento... Govinda llama a su corazón. El alma sabe qué camino tomar. La respiración de Govinda llena el Vrindavan de anhelo. Su flauta canta sobre Radha. «Oh, brisa de los *ghats* occidentales, oh, brisa con esencia a sándalo que acaricia su cuerpo, tócame también para que pueda volver a sentir a mi Radha.»

Ella sigue la llamada de la flauta mientras respira el aire que Govinda exhala. No tarda en reconocer el lugar donde se encuentra. En cualquier momento lo verá.

Se apoya contra un árbol, se estira cuanto puede, con la cabeza sobre el tronco.

—¡Ay, amor! —grita—. Si él no me quiere, quítame la vida. No volveré a casa en busca de refugio nunca más. Hermana de la Muerte, humedece mis piernas con las olas. Extingue el fuego de mi cuerpo.

Se adentra en el claro.

Govinda la mira, quieto y en silencio. Habla únicamente con la mirada. «Radha, dulce espíritu, por fin has llegado.»

Sin embargo, la coraza de Radha es resistente, repele las palabras de amor. En la nívea piel de Govinda, Radha observa el sombrío resto del kohl de los hermosos ojos de las doncellas. Cree que sus labios están manchados y llenos de los besos de las jóvenes. En los lugares en que su piel ha sido desgarrada por las ramas y espinas, ella ve la laceración de los juegos amorosos.

La furia la recorre por dentro. ¿Habría ido hasta allí para confirmar lo que ya sabía?

—No me mientas o tu interior se ennegrecerá tanto como tu apariencia externa. ¿Cómo has podido atraerme hasta aquí para traicionarme después? Deambulas por el bosque, devorando mujeres. —Se acerca a él como una guerrera indiferente ante la muerte.

Aun así, Govinda continúa en silencio.

—Siento más vergüenza que angustia cuando me mientes. Aunque tu mágica sonrisa me cautiva. Eres el rey de los impostores.

Govinda agacha la cabeza, conforme.

—Pero eso era en el pasado. —Cae postrado de rodillas.

—¡Ojalá pudiera creerte! —Radha se ve flotando en la corriente del Yamuna, Hermana de la Muerte, ajena, con el cuerpo dissociado del alma, por fin libre. Ve cómo el cabello se le alborota alrededor.

Govinda sonríe con tristeza.

—Mira tu pelo, abandonado por la pena. ¿Por qué te torturas, Radha? Escúchame.

—¿Para que vuelvas a herirme? Jamás podré confiar en ti.

—Ay, el amor hace que la mejor parte de nosotros se comporte de forma ilógica. Cuando el amado es tierno, Radha, tú eres dura. Cuando me inclino, tú eres inflexible. Ahora que me muestro apasionado, tú eres hostil. Levanto mi rostro ante ti, pero tú te alejas.

Radha retrocede cuando nota que sus brazos exigen rodear la cabeza de Govinda y abrazarlo con fuerza.

—Tu dulce perfume a sándalo se ha convertido en un veneno, el frío brillo lunar de tu rostro me quema como el sol del mediodía, me hace arder en llamas. Los placeres de mi amor son como amenazas de tortura. La escarcha es la llama.

Radha se queda sin palabras. Govinda está en su interior. Una vez más toca su esencia. Él conoce el flujo de emociones que la invaden y la azotan, embravecidas olas de la Hermana de la Muerte en plena tempestad.

Ola a ola, su pena empieza a amainar. Las palabras de Govinda son como una brisa refrescante que penetra en su cuerpo y alcanza lo más hondo de su ser. Cuando él inclina la cabeza a sus pies, ella cae de rodillas bañada en lágrimas. Desea abrazarlo, pero en lugar de hacerlo, lo coge por los hombros y lo empuja. Él cae de espaldas sin oponer resistencia, y ella se descubre a horcajadas sobre él mientras le araña el pecho y le da puñetazos. Govinda la atrae hacia sí con un fuerte abrazo, firme y seguro, hasta que el odio perece y ella queda tendida sobre él, quieta y agotada, cuando la resistencia desaparece y el alma desprecia las restricciones físicas y se libera. Y por fin, ella lo entiende. No hay forma de separarse de él. Se funden en un apasionado abrazo.

Serás como un colgante sobre mi pecho, como una grulla que revolotea sobre mí, como el rayo de un nubarrón, mi mujer dorada. Brillarás cuando hagas el amor a horcajadas sobre mí. Coloca tus caderas sobre las mías, libres de ataduras, sueltas, descubiertas. Aquí, el pensamiento es amable, no hay nada más que amor.

En este momento, él es la suave corriente del Yamuna; ella, las crecientes ondas de su superficie, son el río en unidad. Y allí, en las aguas de sus dulces escarceos, yacen satisfechos para siempre.

Amaltea y Crise

Justamente cuando estaba a punto de darme por vencida en la búsqueda de alguna muestra de cariño de Zeus con respecto a las mujeres, hallé los encantadores relatos de Harry Robin donde se describe la iniciación del joven Zeus.

AMALTEA

Contaba catorce primaveras. Amaltea me había enseñado las historias de la Cosmogonía, los nombres de los viejos dioses y diosas, los nombres de los árboles, las flores, los pájaros y las serpientes; las costumbres de los animales salvajes y los domesticables; a leer y a escribir. El placer que Amaltea extraía del conocimiento despertó el mío y perfeccionó mis sentidos y mi memoria.

Todas las mañanas, Amaltea llevaba una cabra a la cueva. Mientras observaba sus suaves manos estirando de las ubres de la cabra, sentía una agitación placentera en mi *phallos*. Una mañana me acerqué a ella por detrás, mientras la ordeñaba. A tientas, incapaz de resistir el impulso, cogí sus pechos entre mis manos. Casi al instante sentí la sacudida de sus pezones endureciéndose entre mis dedos.

Mientras continuaba ordeñando la cabra, se volvió para sonreírme por encima del hombro.

—Zeus, no estás preparado para satisfacer lo que deseas —dijo.

Inmediatamente retiré las manos con las formas de sus pechos y pezones todavía calientes y lustrosos en mis palmas.

—¡No me has hecho daño, no estés triste! —añadió cuando vio mi cara sonrojada, y se volvió hacia las ubres de la cabra.

Poco después, ese mismo verano, durante un crepúsculo, un fuerte viento comenzó a agitar las aguas. Las bajas nubes errantes se daban caza por la playa, cubrían las laderas para envolver el monte Ida. El ocaso rápidamente se transformó en una densa y negra noche. Una lluvia torrencial comenzó a caer después de que nos hubiéramos ido a la cama.

Mi habitación dentro de la cueva se encontraba en una cavidad adjunta, cerca de la entrada. Los relámpagos parpadeaban a través de las densas nubes que ocultaban la entrada de la cueva, y el estruendo y el retumbar de los truenos impedían conciliar el sueño.

De súbito, durante el destello restallante de un rayo, Amaltea entró corriendo en mi cámara. Temblando y asustada por la violenta tormenta, me preguntó si compartiría con ella mi lecho hasta que los rayos y los truenos hubieran cesado.

La acogí de buen grado. Nos tumbamos muy quietos boca arriba, sin tocarnos, escuchando la furia del viento y de la lluvia y los largos retumbos de los truenos mientras sentía cómo nuestro calor se mezclaba bajo la piel de borrego. El fragor y la violencia de la tormenta aumentaron, por lo que fue imposible conciliar el sueño.

Amaltea susurró que parecía el momento idóneo para enseñarme algo sobre las mujeres y los hombres. Salté del lecho para encender una tea y rápidamente volví a su lado. Se alzó el camión verde mar hasta las axilas. Lenta y pacientemente, me mostró cómo acariciarle la cara, los hombros, los blancos pechos y

los rojos pezones, el denso vello negro de sus axilas y pubis, y la ebúrnea piel de sus nalgas, sus piernas, pantorrillas, tobillos y pies.

Luego guió mi dedo índice hasta tocar el pequeño cuerno húmedo —lo llamó *klitoris*— en la hendidura de entre sus piernas. Jadeó y me recomendó que siempre fuera delicado y pausado. Cuando ofreció sus pechos a mis labios los besé y chupé los pezones, dejando a un lado cualquier pensamiento, transformando mi mente en un templo de pura y lujuriosa sed.

Continué acariciando el *klitoris* cuando comenzó, ligera y lentamente, a tantear y a tocar la piel suelta en la punta de mi inflamado *phallos*. Gemimos de placer mientras la tormenta se recrudecía hasta que gritó en el mismo instante en que mi *phallos* explotó e hizo que mi cuerpo se sacudiera como los robles que había visto partirse por los rayos. Se estremecía mientras me oía a mí mismo jadear y gemir con el ímpetu de mis poluciones. No me permitió meter el *phallos* en su *konnos*, dijo, porque sólo amaba y quería a Meliseo, su marido, para lo que ella llamaba la «caricia suprema».

Le pedí que se despojara del camisón para que pudiera estudiar su cuerpo. Entonces, lentamente, froté su piel con una tela basta para prolongar mi placer. Me sonrió cuando vio que mi *phallos* volvía a hincharse. Los relámpagos y los truenos disminuían a medida que la tormenta se trasladaba hacia el oeste, de modo que nos abrazamos en silencio y satisfechos antes de volver cada uno a su lecho.

Antes de conciliar el sueño pensé en Gea. ¿Era aquel encuentro tan delicioso con Amaltea un nuevo enigma que me había enviado? ¡De súbito, comprendí cómo Gea, la Madre Tierra, se fecundaba! ¡Invocaba a Cronos para desencadenar una tormenta! Los rayos penetraban su cuerpo allí donde restallaban. Y esos retumbantes y estruendosos truenos no eran más que los jadeos y los gemidos apasionados, como los de Amaltea

y los míos, de los pujos crecientes, álgidos y disminuyentes de Gea. Aquella noche dormí profundamente.

CRISE

Con el alba fui hasta la entrada de la cueva justo cuando el sol comenzaba a vetear el cielo nocturno que se desvanecía de rosa y oro. Sentí cómo mi cuerpo sonreía ante los recuerdos de Amaltea. Observé a mi amigo, el halcón que visitaba la ladera que había sobre la cueva todos los días en busca de alimento, retozando en las ráfagas de viento con sus majestuosas alas.

El contorno de la playa había cambiado durante la noche tormentosa. Sin embargo, las lentas y rompientes olas me hechizaron. Desoyendo las reglas impuestas por bien de mi seguridad, corrí hacia la orilla y me sumergí en el agua. Estaba muy fría, pero podría haberme bebido todo el océano en mi estado de euforia.

El capitán Ilos llegó corriendo hasta la orilla, agitando las manos furiosamente para que saliera del agua. Lo hice. Vi que sus labios temblaban entre la severidad y el cariño. Señaló la cueva y dijo:

—¡Zeus, vuelve!

Traté de disimular una sonrisa ante su orden, «¡Zeus, vuelve!», corrí ladera arriba y entré en la cueva.

Ilos me reconvino tranquilamente por quebrantar la norma sobre no deambular por las afueras de la cueva sin un vigilante. Lo interrumpí con un gesto.

—Gracias, seré más cauteloso. Tengo hambre, ¿me acompañas? —le invité.

Comimos juntos, relajados, disfrutando de nuestra amistad.

Más tarde, me tumbé de espaldas junto a la entrada de la cueva, saboreando el cielo, la playa y los colores del mar.

Amaltea me había enseñado las palabras de sonidos placenteros para aquellos colores: zarco, violeta, púrpura, esmeralda, zafiro, crisopacio.

Oí el sonido de las sandalias de Amaltea y olí su fragancia cuando se acercó. Se detuvo detrás de mi cabeza. Me giré para mirar sus sonrientes ojos boca abajo.

—Zeus, tengo que hablar contigo —anunció.

Me levanté y la seguí hasta mi cámara. Habían ordenado mi habitación; no quedaba rastro del encuentro nocturno. Nos sentamos uno frente al otro en las sillas mullidas.

Amaltea parecía más bella que antes. Cerró los ojos, en silencio hizo acopio de valor para lo que estaba a punto de decirme. Cuando los abrió y me miraron, me estremecí ante la fugaz sacudida que me produjo su verde brillante. Habló con un hilo de voz extraño y trémulo. Por mi mente cruzó el pensamiento fugaz de que iba a romper a llorar, pero no lo hizo.

—¡Zeus! Hemos sido amigos desde que no eras más que un niño. Has alcanzado la madurez como ambos sabemos después de lo de anoche.

»Ahora debes aprender la caricia suprema. Estás sorprendido. Lo esperaba, pero, por favor, déjame continuar, no me interrumpas. Ya sabes por qué no te lo voy a permitir conmigo.

»Conque le he pedido a una de nuestras ninfas, Crise, que te instruya en esa caricia. Crise es estéril...

La interrumpí para preguntar:

—¿Estéril? ¿Qué significa eso?

—Significa que no puede traer niños al mundo. Algunas mujeres son estériles durante toda la vida. Crise ha tenido amantes, pero nunca ha concebido una criatura. De modo que podrás disfrutar de sus enseñanzas sin engendrar un niño. También he de decirte que está encantada de haber sido elegida para este cometido.

Recuerdo la débil sonrisa de Amaltea cuando dijo: «este cometido».

—Crise vendrá a tu cámara esta noche, cuando los demás estemos dormidos. Estará bañada y perfumada, por lo que te ruego que tú también te bañes. Debo recordarte que has de ser delicado y atento ante cualquiera de sus deseos. Por favor, no hagas más preguntas. Te veré mañana, por supuesto.

Volvió a sonreír. Luego se levantó y se marchó sin mayor demora.

Al anochecer, encendí una tea en el rincón más alejado de mi cámara. Tenía la intención de ver a Crise libre de la envoltura de la oscuridad. Me bañé y me froté el cuerpo para secarlo, me vestí con una túnica de tacto suave y me tumbé a esperarla.

Aunque había visto a todas las ninfas que trabajaban en la cueva-palacio en alguna que otra ocasión, no sabía sus nombres. Trabajaban en silencio mientras realizaban sus tareas y siempre apartaban los ojos en mi presencia. Traté de recordar sus caras mientras me resistía al sueño.

El susurrante sonido de las sandalias en el suelo de piedra me despertó. La ninfa se detuvo a la entrada de mi cámara. Vi que temblaba ligeramente, aunque estaba cubierta desde la cabeza a los pies descalzos con un grueso manto de piel de borrego con capucha.

Inspiró hondo para controlar el castañeteo de los dientes.

—Soy Crise. Me estás esperando —anunció.

Me levanté del lecho.

—Acércate, no tengas miedo —susurré.

Dio un paso al frente. Era bastante alta, su cabeza me llegaba a la altura de los hombros. Únicamente podía verle los ojos y las delicadas y doradas pestañas. Algunos mechones de cabello escapaban por debajo de la capucha.

Sonreí.

—¿Puedo verte la cara, Crise? —pregunté.

No respondió. Creía que la noche pasaría antes de que susurrara:

—Me complacería que me descubrieras tú.

No dije nada. Nunca antes la había visto, así que debía provenir del palacio de Timbakion. Su largo y dorado cabello se desparramó cuando retiré la capucha y dejé caer el manto de sus hombros al suelo. Estaba desnuda. Bajó la mirada para evitar la mía y le entrelacé los dedos sobre el vientre.

Nunca había visto nada tan hermoso.

—Crise, mírame —dije.

Lo hizo con una débil sonrisa que le curvó los labios. La miré a los ojos con intensidad mientras le acariciaba el cuello lentamente, los hombros, los brazos... Cogí sus pechos entre mis manos y le toqué los pezones rosados tirando de ellos. Moví las manos hacia sus caderas, saboreé su piel con la punta de los dedos. Luego, agarrando las caderas, hice que se diera la vuelta.

Fui bajando los dedos desde la nuca, recorriéndole los hombros, los brazos y la curva que se extendía hacia abajo, hacia el centro de la espalda, hacia la cintura, hacia la hendidura entre las medias lunas de sus nalgas. Me estremecí cuando sentí su calor envolviéndome la mano.

Mi *phallos* duro emergió por entre la túnica, como si se dispusiera a buscar en su umbría hendidura, pero Crise se dio la vuelta para decir que me desnudaría. Se estremeció con unos pequeños espasmos mientras se agachaba para coger el borde de la túnica. La fue subiendo poco a poco y se detuvo para mirar mi *phallos*.

—Levanta los brazos —me susurró.

Y me quitó la túnica por encima de la cabeza. Nos acercamos el uno al otro, desnudos, sonriéndonos a los ojos cuando la punta de mi *phallos* se estremeció con el contacto de su suave y dorado vello púbico.

—¡Qué hermosa eres, Crise! —susurré.

Ella sonrió mientras hábilmente retiraba la funda de mi *phallos* y dejaba a la vista la cabeza. La envolvió en su suave mano sin dejar de mirarme a los ojos.

—¡Qué hermoso eres, Zeus!

—¿Nos damos calor?

Respondió que sí al instante, fue a mi lecho y se tapó con la piel de borrego hasta la nariz. Vi que sus ojos me sonreían mientras temblaba bajo la manta. Tomé la tea, prendí fuego a los troncos del brasero y lo acerqué al lecho. Sentía que sus ojos seguían mis movimientos por la estancia.

Volví a la cama y retiré la piel de borrego para poder estudiar su desnudez. Sin duda debió de intuir mi deseo porque lentamente se dio la vuelta hasta quedar tumbada de espaldas.

Estiró las piernas, las cerró y cruzó los brazos por debajo de la cabeza para componer una imagen que se grabó a fuego en mi cerebro, la imagen de la hembra esperando el delirio y el éxtasis que ella y el macho pueden ofrecerse mutuamente. Entonces comprendí que Crise se sentía muy satisfecha de sí misma, de su don para dar y recibir placer.

Me tumbé cerca de ella y atraje su cara a la mía, su barriga a la mía, de modo que nuestras narices casi se tocaban. Cuando aspiré su aliento especiado rocé sus labios contra los míos. ¡No sabía yo lo que era un beso!

Sonrió.

—Lo llamaré el beso de la palomilla. Y éste es el beso de la abeja —susurró.

Suavemente, movió la lengua para degustar y abrirme los labios en busca de las comisuras. Movié la mano bajo mi *phallos* para sostener mis colmados testículos. Luego, envolvió mi *phallos* con la mano y los dedos y lentamente acarició su funda arriba y abajo hasta que mi savia caliente manó a chorros. Gemí con el puro placer de su tacto.

—Sí, y así es como te moverás cuando me hayas penetrado.
—Y tocó la savia derramada sobre su vientre y dejó de acariciarme el *phallos* para agarrarlo con más fuerza que antes—. Y esto es lo que sentirás cuando mis jugos fluyan —me susurró.

Besé su suave boca con el beso de la abeja mientras mis sacudidas se disipaban. Yacimos entrelazados, en silencio, descansando.

De nuevo susurró:

—Tus testículos volverán a llenarse pronto. Y como ya has liberado esos jugos impacientes, podrás penetrar y acariciar mi *konnos* durante mucho más tiempo. No fui preparada para un placer tan dulce contigo. Sé que eres un dios, de modo que haré lo que me pidas para que me recuerdes durante todos los días y todas las noches.

Nos tapamos con la piel de borrego y dormimos un rato.

Me desperté con el *phallos* erecto y palpitante. Estudié su cabello dorado y las brillantes y áureas pestañas de sus párpados cerrados. Abrió los ojos para mirarme y vi cómo el sueño la abandonaba.

—¿Ya? —preguntó.

—Sí —susurré.

Me pidió que dejara la cama y retirara la piel de borrego.

Tumbada de espaldas, alzó los brazos hacia mí mientras abría las piernas lentamente y elevaba sus nalgas de modo que pude ver el vello dorado y húmedo que apenas ocultaba el secreto de su *konnos*. Luego, lentamente, cerró las piernas y dobló las rodillas. Alzando las caderas abrió las piernas e hizo un ondulante gesto con los dedos de los pies.

—Ya —dijo.

Comprendí que deseaba que pusiera mis hombros debajo de sus rodillas de modo que mi pecho e ingle tocaran la parte posterior de sus piernas y sus nalgas cuando la penetrara. Así lo

hice, tan despacio como pude controlar mi cuerpo agitado. Ella, delicadamente, impulsó sus caderas ayudándome a abrirme camino hacia su interior hasta que mi *phallos* se convirtió en la raíz y el tronco de mi ser.

Le acaricié los pechos, trabé los brazos alrededor de sus piernas y comencé a embestirla como todos los machos en persecución de la divinidad mientras ella mecía las caderas para emparejar los ritmos de mi caricia ciega, para transportarse conmigo a la agonía desbordante del orgasmo.

Le lamí la espalda y saboreé la deliciosa sal de nuestro sudor mezclado. Lentamente, dejó resbalar las piernas por mis brazos sudorosos y susurró:

—Por favor, quédate, no te retires.

Tenía las mejillas húmedas de lágrimas. La besé con el beso de la abeja.

A medida que nuestra respiración se hacía más acompasada, sentí cómo mi *phallos* se henchía lentamente, profundo y voluminoso dentro de ella. Quería saberlo todo. Lo que no pudiera ver, lo tocaría.

Ella sonrió de placer cuando mi dedo llevó una caricia a la entrada de su *konnos*. Le agarré las nalgas, las pellizqué y las acaricié, luego moví las manos debajo de su espalda para recorrerle los músculos y la columna. Cerró los ojos imaginando las inspecciones de mis dedos. Cuando acaricié un lugar placentero de repente abrió los ojos, sorprendida, con la mirada perdida. En aquellos momentos sus ojos se transformaron en profundos océanos dorados.

Envuelto en su *konnos*, inmóvil, mi *phallos* palpitó, impaciente. Ella volvió a respirar hondo.

Como si poseyeran voluntad propia, mis caderas volvieron a embestir con aquella caricia suprema. Los ojos de Crise se abrieron aún más y mi erección se hacía cada vez más contundente. Se agarró de mis hombros y alzó la cabeza para contem-

plar nuestra cópula. Cuando me ofreció su boca en un beso delirante entramos en erupción juntos como volcanes gemelos, jadeando y gimiendo. Nos derrumbamos en un profundo sueño.

Me desperté antes del alba y, con suavidad, la fui despertando a ella, ascendiendo ambos a un clímax diferente aunque indescriptiblemente dulce. Yo, un dios, y Crise, una ninfa, habíamos sido —¡demasiado fugazmente!— transformados en nuestras esencias, macho y hembra. Volvimos a sumergirnos en el sueño.

La guíé para que se sentara en mi regazo cerca del brasero y froté su maravillosa piel con una prenda templada. Hundió las manos en su cabellera y alzó los brazos, revelando las secretas frondas doradas de las axilas, grabando a fuego la imagen de su desnudez en mi memoria.

Le pregunté si volvería a visitarme. Ella me cogió y me acarició los testículos con suavidad. La acaricé y le besé los pechos hasta que respondió:

—Sí, siempre que lo desees.

Sonrió cuando la ayudé a envolverse en el manto. Nos miramos a los ojos en silencio y nos besamos suavemente con el beso de la palomilla antes de que se diera la vuelta para salir de la cueva.

El mar en calma, a lo lejos, reflejaba los rosas y azules pálidos del cielo durante el alba.

¡Crise! ¡Inolvidable, hermosa Crise!

El palacio primaveral

Me divertí muchísimo con esta irónica narración de cómo un erudito, ducho en artes sexuales, utilizó un detallado manual ilustrado para liberar a una modesta virgen de sus inhibiciones.

El joven pidió a sus sirvientes que acudieran a todas las casamenteras y les encomendaran la búsqueda de las muchachas casaderas más bellas de la ciudad y el campo. La candidata debía pertenecer a una familia respetable y distinguida, e insistió en que no sólo debía ser bella, sino inteligente y cultivada. No faltaron las ofertas, el joven recibía a diario la visita de varias casamenteras llenas de sugerencias. Cuando la candidata no pertenecía a un escalafón social muy elevado, la celestina la llevaba hasta allí para presentarla y someterla a un escrutinio de primera mano. Sin embargo, en el caso de tratarse de una muchacha de familia distinguida, que insistía en guardar las formas y cumplir los rituales, la celestina se las arreglaba para que el joven, como por casualidad, se encontrara con la muchacha en el jardín de uno de los templos o mientras paseaba extramuros.

Todos estos encuentros y viajes de inspección resultaron infructuosos. Un buen número de encomiables jóvenes se vieron

arrancadas innecesariamente de su pacífica vida diaria para ser devueltas a sus hogares con una vanidosa punzada en el corazón. Pese a las muchas candidatas presentadas, ninguna merecía la exigente aprobación del pretendiente.

Sin embargo, una de las casamenteras le dijo al joven:

—Bien, tengo claro que de todas las jóvenes candidatas sólo hay una a quien vale la pena tomar en consideración: la señorita Noble Esencia. Su padre es un erudito conocido en toda la ciudad con el seudónimo de Tieh-fei tao-jen, Guardián de la Puerta Forjada del Tao. Sólo ella puede cumplir con tus rigurosas exigencias. Aunque en su caso existe una complicación: su padre es un viejo maniático, muy estricto con las antiguas costumbres. De ninguna forma permitiría que inspeccionaras a su hija antes del matrimonio. Por eso me temo que incluso debemos descartar esta última posibilidad.

—¿Guardián de la Puerta del Tao? ¿Quién puede tener un apodo tan raro? ¿Por qué no quiere que nadie vea a su hija? Y si la mantiene oculta a ojos del mundo, ¿cómo sabes que es hermosa?

—Como ya te he dicho, el anciano caballero es bastante estudioso; sólo le interesan sus libros y evita el contacto con la sociedad, es un ser huraño. Vive en una maravillosa casa de campo a las afueras de la ciudad, rodeada por cultivos y prados. Es un rico viudo, y su hija es su única descendencia. En cuanto a la belleza de la muchacha, no es exagerado equipararla a una encantadora flor o a una hermosa joya. Además, su padre le ha dado una educación excelente, y tiene la cabecita llena de sabiduría. Como ya habrás deducido, ha sido criada con una férrea disciplina y apenas ha pisado el exterior de sus virginales aposentos. Jamás sale, ni siquiera para los tradicionales servicios durante las celebraciones religiosas en los templos. Tiene dieciséis años y nunca ha sido vista en público. Incluso a nosotros, tres mensajeros y seis casamenteras, se nos han cortado las alas

y no podemos llegar volando a sus aposentos. Ha sido fruto de una pura casualidad que la haya visto no hace mucho tiempo.

»Ayer pasé por delante de su casa mientras el viejo caballero se encontraba frente a la puerta. Me detuvo y me preguntó si era Madre Liu, la que se dedica a concertar matrimonios. Cuando le respondí que sí, me invitó a entrar y me presentó a su hija: «Ésta es la joven señorita, mi única hija —dijo, y prosiguió—. Me gustaría que buscaras a un yerno adecuado que la merezca y tenga las cualidades necesarias para convertirse en mi hijo y sustento para la vejez». Le dije al instante que el joven caballero sería el adecuado. Respondió: «Ya he oído hablar de él, dicen que posee grandes dotes intelectuales así como bienes materiales. Pero ¿qué me dices de su personalidad y su virtud?». A esto respondí: «El joven caballero destaca por una madurez espiritual y unos principios éticos impropios de su edad. Su personalidad carece de cualquier mácula o flaqueza. Sólo hay una cosa: insiste tajantemente en ver a su futura novia antes de los esponsales». En un segundo, la mirada benévola del viejo abandonó su rostro y se tornó feroz: «¡Pamplinas!, ¡que quiere verla antes...! Eso estaría bien para un lechuguino sobornable o para una mula de carga de Yangchow... Pero ¿desde cuándo se acostumbra a exponer a la honorable hija de una buena familia a los ojos de un desconocido? ¡Estaría bueno! Es una exigencia impúdica, que me deja bien claro que ese joven no es el marido que le conviene a mi hija. ¡Hasta aquí hemos llegado!». Con estas palabras interrumpió la entrevista y me despidió. Así que, ya ves, joven muchacho, no hay nada que hacer.

El joven muchacho pensó en la cuestión con detenimiento.

«Si me casara con esa hermosa joven y la llevara a mi casa, yo y nadie más que yo —puesto que vivo sin padres ni hermanos— sería el único que la vigilase. Tendría que quedarme todo el día protegiéndola, no tendría oportunidad de salir. Aunque si voy a vivir a su casa, me libraría de ese problema, porque el

anciano guardián de su virtud, mi suegro, la mantendría bien vigilada en mi ausencia; podría salir tranquilo. Lo único que no me gusta es no verla antes de casarme con ella. ¿Qué confianza merece el parloteo de una casamentera? Porque no hay cosa que las de su calaña no dijeran para halagar a una posible candidata a matrimonio.» Tales fueron sus pensamientos. Le dijo a Madre Liu:

—Si lo que dices es cierto, será una esposa excelente; sí, la esposa que me conviene. Me gustaría pedir sólo una cosa: que encuentres la forma de que pueda verla aunque sea de refilón y escuchar el sonido de su voz. Entonces, si la impresión general es favorable, se convendrá el matrimonio.

—¿Verla antes? Ni hablar. Aunque, si no confías en mí, ¿por qué no acudes a un vidente para que te eche los palillos del destino?

—Me has dado una muy buena idea. Tengo un amigo experto en invocar espíritus y predecir el futuro, y sus presagios siempre se cumplen. Le pediré consejo. Ya veremos qué decide el destino. Luego te mandaré a llamar y te contaré qué ha ocurrido.

Eso acordaron, y Madre Liu se marchó.

Al día siguiente, el joven muchacho desayunó, se bañó y pidió a su amigo el adivino que acudiera a su casa para hacerle una consulta. En el templo doméstico iluminado por velas y lleno de incienso, le explicó con gran solemnidad el asunto que se traía entre manos mientras inclinaba la cabeza con humildad y hablaba con voz apagada, como si estuviera orando a un ser superior.

—El hermano pequeño ha oído hablar de la insuperable belleza de la señorita Noble Esencia, hija de Guardián de la Puerta del Tao, y desearía tomarla como esposa. No obstante sus oídos han sido los únicos en saber de sus encantos, sus ojos no los han contemplado. Por ello se atreve a preguntar al espíritu exaltado si es en realidad tan hermosa y si el espíritu exaltado recomien-

da la unión con ella. Si existiera la más mínima imperfección en la joven, él preferiría desdeñar la idea de contraer matrimonio. Implora con fervor al espíritu exaltado que tenga la cortesía de hacerle una señal, porque no desea renunciar a toda la felicidad por haber confiado en una cotorra holgazana.

Tras formular su petición, realizó las cuatro reverencias de rigor, apoyando la frente en el suelo para honrar al espíritu desconocido. Se levantó y tomó de manos de su amigo un pedazo de madera del mágico árbol *luan*, que simbolizaba el espíritu, se lo apoyó contra el pecho y esperó, conteniendo la respiración, a ver qué ocurriría a continuación. En ese momento escuchó un sonido como un pincel que pasa raudo sobre el papel. Un tirón en la manga lo sacó del trance. Su amigo le extendía una lámina, en ella había escrita una estrofa de cuatro versos:

Número uno:

No pongas en duda este mensaje de los espíritus.

Ella es la primera entre las flores rojas del bosquecillo.

Aunque existe un motivo de preocupación: tanta belleza atrae a los pretendientes.

Sin importar que el matrimonio sea o no feliz, es una cuestión de moralidad.

El joven reflexionó: «Está claro que posee una belleza sin igual. Eso es lo más importante. En cuanto a la segunda parte del mensaje, el espíritu no se anda con rodeos al hablar de los peligros que implica tanta belleza. ¿Acaso el melón ya ha sido cortado? No, eso es poco probable. Esperemos a ver qué dice el segundo mensaje. Debe de haber puesto otro que el primero que se titula «Número uno».

Nuevamente, tomó el pedazo de madera mágica, volvió a escuchar el crujido y recibió el segundo comunicado, que decía así:

Sería presuntuoso confiar en la fidelidad de tu esposa.
Por tanto, si el marido aprecia la armonía en el hogar,
cerrará con llave las puertas y no dejará entrar ni a una mosca.
La insignificante cagarruta del insecto ajaría la joya.
Escrito por Hui-tao-jen, el Retornado Seguidor del Tao.

Los tres ideogramas Hui-tao-jen le resultaban conocidos a nuestro joven muchacho, eran el apellido tras el que se había ocultado el patriarca Lü Shun-yang (Lü Yen, también conocido como Lü Tung-pin, nacido en el 750 d. de C.). También conocía la vida y personalidad del patriarca; en su época, recordó el joven con satisfacción, había sido un gran devoto y conocedor del vino y de las mujeres. Así que fue *su* espíritu el que había poseído a su amigo durante la sesión de espiritismo y había guiado los trazos del pincel. No había duda de que el espíritu aprobaba su elección.

Hizo una reverencia de agradecimiento al aire, dedicada al espíritu del patriarca Lü Shun-yang. A continuación mandó llamar a Madre Liu, la casamentera.

—El espíritu se ha pronunciado a favor de mi unión con la señorita Noble Esencia. La inspección personal no es necesaria. Ve rauda y ultima los detalles.

Así la despidió, y Madre Liu corrió a casa del doctor Guardián de la Puerta Forjada y le informó de que su cliente ya no insistía en una inspección previa de la futura novia.

—Pero sí lo hizo en un principio —refunfuñó el doctor Guardián de la Puerta Forjada—, y al hacerlo demostró que era de una superficialidad deplorable, la clase de hombre que le da más importancia a la apariencia externa que a la personalidad. No es el yerno que me conviene. Necesito a un hombre de intachable rigor moral, que tenga una visión concienzuda de la vida.

Con su remuneración en mente, Madre Liu desplegó todo su ingenio para vencer la resistencia del viejo:

—Si insistió al principio en ver a la joven, fue únicamente por su amabilidad y tacto. Tenía miedo de que ella fuera demasiado frágil y delicada para la vida matrimonial. En cuanto lo tranquilicé, se sintió feliz al escuchar la estricta y cuidadosa educación que poseía ella, y cómo, gracias a los consejos de su padre, se había convertido en la personificación de la virtud virginal. Eso lo hizo decidirse, y me envió a interceder ante usted para que lo honraseis con una invitación a vuestra honorable casa.

Halagado por estos comentarios, el doctor Guardián de la Puerta Forjada asintió con un gesto de aprobación. Entonces ¿era una señal de delicadeza el que hubiera querido verla antes?, ¿y era su notable educación lo que le había hecho decidirse? Parecía algo sensato y decía mucho a favor del joven muchacho. Así pues, dio su paternal consentimiento.

De esta forma, en un afortunado día del calendario, el joven fue recibido en el hogar del doctor Guardián de la Puerta Forjada, y con Noble Esencia postrada sobre la alfombra junto a él, realizó las tradicionales reverencias al cielo y la tierra, a los ancestros y a su suegro. Cuando cayó la noche y por fin estuvo a solas con ella en la cámara nupcial y ella se levantó el velo, clavó la mirada en la novia con expectación febril. Porque hasta el último segundo albergó la duda en algún rincón del corazón; hasta el último momento había pensado que la afirmación de Madre Liu debía ser exagerada, producto de cierta licencia poética. Sin embargo, cuando la vio con sus propios ojos, bajo la brillante luz de las lámparas y las velas, el corazón le dio un vuelco de alegría. Su belleza superaba sus más fantasiosas expectativas.

Sin duda alguna, Noble Esencia era de una belleza incomparable, pero, para decepción de su compañero, era una clamorosa perdedora en el «juego del viento y la luna», y las espe-

ranzas que había albergado para su noche de bodas quedarían insatisfechas como mínimo en una séptima parte, no cabía duda. Gracias a la tradicional educación que había recibido de sus estrictos y ultraconservadores padres, llevaba puesta una coraza de modestia y reserva virginales, contra la cual los tiernos asaltos de su esposo rebotaban sin provocar ni el más mínimo efecto. El joven se sintió bastante decepcionado ante la ausencia de respuesta a sus tentativas. Si permitía que su lenguaje se tornara ligeramente amoroso o frívolo, ella se ruborizaba y se alejaba. Él quería jugar al «juego del viento y la luna» no sólo de noche, sino a plena luz del día, porque le parecía que este placer se veía incrementado en gran medida gracias a la posibilidad de ver ciertos recovecos secretos del cuerpo. En varias ocasiones intentó, por la mañana y por la tarde, meter una mano descarada por debajo de las ropas de su esposa y despojarla de sus más profundos tapujos. Su reacción no era por la que él había pagado. Ella se resistía con uñas y dientes y chillaba como si intentaran violarla. Por las noches, por cierto, lo autorizaba a abrazarla, pero con bastante apatía, como cumpliendo simplemente con su deber. El joven tenía que ceñirse al aburrido y ancestral método, y cualquier intento de introducir variaciones más modernas, más refinadas, se topaba con la inquebrantable oposición de ella. Cuando él intentaba la postura de «en busca del fuego tras la colina», ella decía que era una asquerosidad y que contrariaba todas las normas del comportamiento marital. Cuando él intentaba la postura de «fabricar velas hundiendo la mecha en el sebo», ella protestaba diciendo que esas actividades eran repugnantes y vulgares. Tuvo que utilizar todos sus poderes de persuasión hasta para conseguir que ella le pusiera los muslos sobre los hombros. Cuando su placer se aproximaba al clímax, no escapaba de ella ni el más ligero grito, ni el más leve gemido de felicidad. Incluso cuando él le susurraba tiernos suspiros como «mi corazón, mis entra-

ñas», o «mi vida, mi todo», ella no demostraba más interés que una sordomuda. Eso bastó para sacarlo de quicio. Empezó a burlarse de ella y a llamarla su «santita».

—Las cosas no pueden seguir así. Debo encontrar una forma de educarla y liberarla de esas horribles inhibiciones morales. Lo mejor sería una lectura estimulante. —Con estas palabras se dirigió al barrio de los libreros. Allí, tras una larga búsqueda, compró un volumen de preciosas ilustraciones titulado *Ch'un-t'ang*, El Palacio Primavera. Era un conocido libro sobre el arte de amar, cuyo autor era nada más y nada menos que el Gran Ministro, Tzu-ang. Incluía treinta y seis dibujos de trazos claros y artísticos, de las treinta y seis distintas «posturas» de los escarceos primaverales, sobre las que los poetas de la dinastía Tang habían cantado. Se llevó el libro a casa y se lo entregó a la santita. Mientras pasaban las páginas, él le susurraba:

—Verás que no te he pedido que hicieras tonterías inventadas por mí. Son todas formas de amor marital aceptadas, practicadas por nuestros venerables antepasados. El texto y los dibujos son prueba de ello.

De forma inesperada, Noble Esencia tomó el volumen y lo abrió. Cuando llegó a la segunda página y leyó el gran título en negrita: «*Han-kung yi-chao*», retratos tradicionales del palacio imperial de la dinastía Han (del siglo II a. de C. al siglo II d. de C.), pensó para sí: «Había muchas bellezas nobles y virtuosas en la corte de los antiguos gobernadores Han; el libro debe de contener sus retratos. Bien, veamos cómo eran las venerables damas». Y con avidez volvió otra página. Entonces apareció un dibujo que la hizo retroceder consternada: en medio de un jardín artificial de piedras un hombre y una mujer de sonrosados desnudos, estaban íntimamente entrelazados. Roja de vergüenza e indignación, gritó:

—¡Puaj! ¡Qué asquerosidad! ¿Dónde has comprado una cosa así? Mancilla e infecta el aire de mis castos aposentos.

Tras lo cual llamó a su doncella y le ordenó que quemara la horrible cosa in situ. Pero él la detuvo.

—No puedes hacer eso. El libro es un tesoro de la antigüedad, valorado como mínimo en cien piezas de plata. Me lo ha prestado un amigo. Si quieres pagarle cien piezas de plata por los daños, muy bien, quémalo. Si no, haz el favor de dejar que lo guarde durante un par de días hasta que termine de leerlo. Entonces se lo devolveré a mi amigo.

—Pero ¿por qué tienes que leer algo así, algo que ofende la moralidad y el orden humanos?

—Perdona, pero si fuera tan ofensivo e inmoral como dices, un famoso pintor no se hubiera prestado a ilustrarlo, y un editor apenas se habría molestado en sufragar los costes de producción y distribución del libro. Estás bastante equivocada. Desde la creación del mundo, no ha habido nada más natural y razonable que las actividades descritas en este libro. Por eso, un maestro de la palabra unió sus fuerzas a un maestro del color, para convertir ese material en una verdadera obra de arte. Sin libros como éste, el amor entre ambos sexos perdería poco a poco su encanto y furor; el marido y la mujer morirían de aburrimiento. Desaparecería el placer de procrear, la aburrida indiferencia echaría raíces. No he pedido prestado el libro por simple edificación personal, sino que también he pensado con inteligencia y deliberadamente en tu propia edificación, con la esperanza de que te preparases para la maternidad, de que tu seno fuera bendito y de que pudieras ofrecerme un pequeño niño o una pequeña niña.

Noble Esencia no estaba muy convencida.

—No puedo creer que lo que representa el libro sea muy compatible con la moralidad y la razón. Si así fuera, ¿por qué nuestros antepasados que crearon el orden social no nos enseñaron a hacerlo abiertamente, a la luz del día, ante la mirada de los desconocidos? ¿Por qué lo hacen las personas como si fue-

ran ladrones en la noche, encerrados en sus habitaciones? ¿Acaso no prueba eso que todo esto debe ser incorrecto y prohibido?

El Erudito de Antes de la Medianoche respondió con una sonora risa.

—¡Qué forma tan cómica de ver las cosas! Pero, ¡ay de mí!, si soy yo el que le encuentre un defecto a mi *niang-tzu*, mi querida y pequeña mujer, en ese razonamiento. Todo es culpa de la absurda forma en que tu honorable padre te educó, encerrada en la casa y con la salida al mundo vetada, prohibiéndote que te relacionaras con otras jóvenes como tú que podrían haberte enseñado la luz. Así que has crecido como un ermitaño sin el más mínimo conocimiento del mundo. ¡Claro que los matrimonios lo hacen tanto de día como de noche! Todo el mundo lo hace. Piensa un poco: si no lo hubiera hecho nunca nadie a plena luz del día con otras personas mirando, ¿cómo habría adivinado un pintor las diferentes posturas que aparecen en este libro?, ¿cómo habría representado todas estas formas y variantes de unión amorosa con tanta intensidad que basta con una mirada a sus dibujos para excitarnos a ambos?

—Sí, pero ¿y mis padres?, ¿por qué no lo hacían durante el día?

—Perdona, ¿cómo sabes que no lo hacían?

—Bueno, seguro que los habría pillado haciéndolo. Al fin y al cabo tengo dieciséis años, y en todo este tiempo no he visto nada. Tampoco he escuchado ningún ruido que lo sugiriera...

Una vez más, el Erudito de Antes de Medianoche tuvo que reír con sonoridad:

—¡Ja!, ¡qué tontita eres! ¡Esos menesteres parentales no están pensados para que los vean o los oigan los hijos! Pero seguro que algunas de las doncellas los habrá oído o visto alguna vez. Por supuesto que tus padres jamás han hecho nada que tú pudieras ver u oír; muy sabiamente lo hacían a puertas cerra-

das, por miedo a que una niña como tú se diera cuenta de algo. Tu salud mental habría quedado perturbada por todo tipo de ensoñaciones y pensamientos prematuros.

Tras un momento de silenciosa reflexión, Noble Esencia dijo, como si hablara para sí:

—Es cierto. Recuerdo que de vez en cuando se retiraban a sus aposentos durante el día y cerraban la puerta con llave tras ellos. ¿Lo estarían haciendo?, tal vez. ¡A plena luz del día! ¡Para poder verse completamente desnudos! ¿Cómo es posible? ¡Deben haberse sentido muy avergonzados!

—Perdona, pero que los amantes puedan verse desnudos a plena luz del día es lo encantador del asunto; es diez veces más placentero que hacerlo en la oscuridad.

Noble Esencia ya estaba medio convencida. Pese al modesto «no» de sus labios, estaba casi dispuesta a transigir. Un leve rubor cubrió sus mejillas y reveló su creciente excitación y anticipación de los acontecimientos venideros. A él no se le pasó por alto ese detalle y pensó en secreto: «Cada vez se siente más interesada. Sin duda le gustaría jugar. Aunque sus sentidos apenas han empezado a despertar. El hambre y la sed de amor son muy novedoso para ella. Si empiezo con demasiada brusquedad, sufrirá el destino del glotón que engulle todo lo que ve sin tiempo de masticar. No obtendría mucho placer de un banquete tan indigesto. Será mejor que me tome mi tiempo y le permita vacilar un rato.

Se acercó a un confortable sillón y se sentó. La atrajo hacia así, cogiéndola por la manga y la hizo sentarse en su regazo. A continuación tomó el libro ilustrado y pasó las páginas una a una, dibujo a dibujo.

A diferencia de otros libros del mismo tipo, este volumen estaba tan bien hecho que la parte delantera de cada hoja tenía un dibujo y la trasera, el texto que lo acompañaba. El texto estaba dividido en dos partes: la primera explicaba brevemente

te la postura representada; la segunda contenía una crítica apreciativa de la pintura desde el punto de vista de su valor artístico.

Antes de empezar, el Erudito de Antes de Medianoche aconsejó a su pupila que analizara todas las pinturas con detenimiento en busca de su esencia y significado, porque de esa forma se convertirían en excelentes modelos y ejemplos para su futura aplicación. Entonces empezó a leer el libro, frase a frase.

«Dibujo número uno. La mariposa revolotea en busca de perfumes florales.»

Texto explicativo: «Ella se sienta a la espera con las piernas separadas, sobre una roca, a la orilla del estanque de un jardín. Él, entrando en cuidadoso contacto al principio con el terreno, pone mucho esmero en insertar su inflamado probóscide en las profundidades del cáliz de ella. Como la batalla no ha hecho más que empezar, y la región de la dicha aún queda lejos, ambos lucen una expresión relativamente normal, con los ojos muy abiertos...»

Noble Esencia estudió con obediencia los dibujos y escuchó con paciencia los comentarios. Pero en cuanto él volvió la página y empezó a enseñarle el dibujo número seis, ella apartó el libro de un manotazo con visible agitación y se puso en pie.

—¡Ya basta! —gritó—. ¿Qué tienen de bueno todos estos dibujos? Sólo son molestos. Míralos tú solo, yo me voy a la cama.

—Un poco de paciencia, iremos a descansar pronto. Lo mejor está aún por llegar. En ese momento, ambos nos iremos a la cama.

—Como si mañana no hubiera tiempo suficiente para leer libros. Personalmente, tengo bastante tiempo.

Él la abrazó y le selló la boca con un beso. Y mientras la besaba, notó algo nuevo. Llevaban casados un mes; en todo ese tiempo, ella había mantenido las puertas de sus dientes cerradas a cal y canto cuando él la besaba. Su lengua jamás había con-

seguido abrirse paso más allá de la sólida barrera ni por la fuerza ni retorciéndose. Hasta ese día jamás había entrado en contacto con la lengua de ella; no tenía ni idea de cómo era. Pero entonces, cuando presionó sus labios contra los de Noble Esencia —¡qué sorpresa tan maravillosa!—, tocó con la punta de la lengua la punta lengua de su esposa. Por primera vez, ella había abierto las puertas.

—¡Mi corazón, mis entrañas! —gimió de placer—. ¡Por fin! Y llegados a este punto, ¿para qué molestarnos en ir a la cama? Esta silla nos servirá, sustituirá a la piedra del estanque, y podremos imitar a los amantes del dibujo número uno. ¿Qué te parece?

Noble Esencia respondió con afectada indignación:

—Imposible. No es una actividad propia de seres humanos...

—En eso tienes toda la razón. Es una actividad y un pasatiempo más propio de los dioses. Vamos, juguemos a ser dioses. —Con estas palabras, extendió las manos y empezó a jugar con el nudo del fajín de ella. Y pese a su mueca de desaprobación, ella colaboró y permitió que él la atrajera hacia sí y la despojara de sus más internos ropajes. En el momento en que él lo hizo, realizó un descubrimiento que avivó su excitación hasta convertirla en una encendida llama. «Ajá —pensó—, la contemplación de esos dibujos ha humedecido su pequeña pradera con el rocío del deseo.» Se desató sus ropajes y la situó en la silla con las piernas colgadas sobre sus hombros. Con sumo cuidado guió su barómetro hacia el interior de la casa del placer, y empezó a despojarla poco a poco del resto de prendas.

¿Por qué no lo había hecho hasta entonces?, te preguntarás. ¿Por qué empezó por el final? Permite que te lo explique: este Erudito de Antes de Medianoche era un experto veterano. Pensó que si intentaba quitarle los ropajes exteriores primero, la resistencia que ella hubiera opuesto habría complicado las cosas sin necesidad. Por eso lanzó su primera y osada ofensiva

contra sus partes más sensibles, imaginando que una vez que ella hubiera transigido, cedería con facilidad en todos los demás frentes. En este caso, su estrategia era la del comandante que vence al ejército enemigo haciendo prisionero al general. Y lo cierto es que ella estaba deseosa de que él la desnudara de pies a cabeza —no, no del todo— con excepción de una única prenda de lencería que él mismo le dejó puesta: las medias de seda.

Después de que sus «lirios dorados» de siete centímetros de largo (o de corto) han sido envueltos, nuestras mujeres suelen llevar las medias por encima de las vendas. Sólo así pueden palparse sus dedos y tobillos. De otra forma, sus pies, como flores deshojadas, son desagradables al tacto.

Entonces él también se despojó de sus últimas prendas y se lanzó a la batalla con su lanza erecta. Su barómetro penetró en la casa del placer de ella. Moviéndose a tuestas a derecha e izquierda, mientras se deslizaba y se resbalaba, buscaba un pasadizo hacia la cámara secreta donde el «corazón de flores», el sello privado, permanece oculto. Ella lo ayudó en su búsqueda apoyando las manos en la silla para empujarse, siguiendo el ritmo de sus movimientos, mientras contoneaba y doblaba sus partes medias en dirección a él. Así estuvieron durante un tiempo, siguiendo al pie de la letra la figura número dos del libro de texto.

De repente, muy al fondo, ella experimentó una extraña sensación totalmente nueva. No era dolorosa, no, era más bien un escozor o cosquilleo, casi insoportable, aunque en extremo placentero.

—¡Detente! —gritó, abrumada por la extrañeza de la sensación—. Por hoy basta. Me haces daño. —Y luchó para zafarse.

Como conector a conciencia de esas lides, él se dio cuenta de que había tocado la parte más íntima de ella, su corazón de flor. Accedió con consideración a sus deseos, se alejó del sensible lugar y se conformó con mover su barómetro lentamente

hacia atrás y hacia delante una docena de veces en dirección a la casa del placer de su esposa, a través de los estrechos pasadizos y espaciosos salones. El intruso se sentía como en su casa en la propiedad de Noble Esencia, y a ella le invadió un irresistible deseo de castigarlo por su insolencia. Pensó que la asfixia sería un justo castigo.

Retiró las manos de los brazos del sillón, permitió que él bajara el trasero y le hundió las manos en los cachetes. Eso le permitió atraerlo aún más hacia ella, operación en la que él intervino tomando la esbelta cintura de su esposa con las manos y sosteniéndola con toda la fuerza de la que era capaz. Gracias a la íntima unión así lograda —no estaban exactamente en la postura ilustrada en la figura tres—, ella pudo agarrar su firme y grueso barómetro para empezar a estrangularlo poco a poco. Mientras no escatimaba esfuerzos y respondía a la presión con presión, él se dio cuenta de que ella tenía la mirada nublada y que la firme construcción de sus cabellos estaba deshaciéndose.

—*Hsin-kan*, mi corazón, mis entrañas —jadeó él—. Creo que estás a punto, pero este sillón es muy incómodo, ¿seguimos en la cama?

A ella no le interesó esta sugerencia. Tenía al pícaro intruso justo dónde quería; un instante más y le quitaría la vida. A esas alturas, lo último que deseaba era que la privaran de su placer. Si se iban a la cama, él saldría de su interior. No, ¡ése no era momento para interrupciones! Sacudió la cabeza con decisión. A continuación, al tiempo que cerraba los ojos como si estuviera medio dormida, dijo —y ésa fue su excusa— que estaba demasiado cansada para moverse.

Él se decidió por llegar a un acuerdo mutuo: la dejó en la postura que estaba y colocó las manos por debajo de sus posaderas, de tal forma que no pudiera separarse de él, y le ordenó que le rodeara el cuello con los brazos. Mientras unía sus labios

a los de ella, la levantó con cuidado y, así, entrelazados, la llevó al dormitorio donde siguieron con el juego.

De pronto ella lanzó un grito:

—Amor mío, ¡ay!, ¡ay!

Noble Esencia se aferró más y más a él, y los sonidos que salían de su boca eran como los gemidos y estertores de un moribundo. Él supo que se encontraba en el umbral. ¡Y él también lo había alcanzado al mismo tiempo! Con las últimas fuerzas que le quedaban presionó su hinchado probóscide para penetrar en el santuario del templo floral. Entonces permanecieron entrelazados durante un instante como sumidos en un letargo mortal. Ella fue la primera que se movió; lanzó un profundo suspiro y dijo:

—¿Te has dado cuenta? Acabo de morir.

—Claro que me he dado cuenta. Pero no se le llama «morir». Se le llama «desprenderse de un extracto».

—¿Cómo que «desprenderse de un extracto»?

—Tanto en el hombre como en la mujer una sutil esencia de los humores corporales permanece todo el tiempo escondida. En la cúspide del placer amoroso uno de los recipientes corporales se llena a rebosar y desprende algo de su extracto. Justo antes de que se produzca el flujo, el cuerpo entero, la piel, la carne y los huesos se sumen en un profundo e inconsciente sueño. Nuestro estado físico antes, durante y después del flujo recibe el nombre de *tiu*, «el desprendimiento de un extracto». Está representado en la figura cinco.

—¿Entonces no he estado muerta?

—Por supuesto que no. Te has desprendido de un extracto.

—Si es así, espero poder hacerlo todos los días y todas las noches.

Él estalló en una estrepitosa carcajada.

—Bien, ¿tenía o no razón al recomendarte el libro ilustrado como consejero? ¿Verdad que es inestimable?

—Sí, sin duda. Un tesoro inestimable. Debemos consultarlo siempre. Es una pena que el amigo que te lo prestó quiera que se lo devuelvas.

—No te preocupes. Yo lo compré. La historia del amigo fue una invención.

—Oh, me alegra oírlo.

Desde aquel momento, ambos fueron un mismo corazón y una misma alma. Noble Esencia se convirtió en una asidua lectora de *El palacio primavera* y desde aquel día le faltaron palabras para cantar sus alabanzas. Cual diligente pupila, se esforzaba por llevar a la práctica su aprendizaje y jamás se aburría de experimentar las nuevas formas y variaciones del juego del viento y la luna. La remilgada santita llegó a convertirse en una experta en las artes amatorias. Decidido a mantener sus fuegos primaverales eternamente alimentados, el Erudito de Antes de Medianoche recorrió sin descanso las librerías y compró más libros del mismo tipo, como el *Hsiu-t'a yeh-shih*, El fantástico cuento de las almohadas bordadas de seda, o el *Ju-yi-ch'ün chuan*, El cuento del perfecto pretendiente, o el *Ch'i p'o-tzu chuan*, El cuento de las mujeres enloquecidas de amor, etcétera. En total compró unos veinte libros de ese género y los apiló sobre su mesa.

Juntos devoraban cada una de las nuevas adquisiciones y las colocaban en la estantería para dejar sitio a las nuevas materias de lectura. Ambos tenían una sed tan insaciable de descubrimiento que las trescientas sesenta ilustraciones de las posturas primaverales no les sirvieron ni de aperitivo. Eran como los amantes de las novelas: una orquesta de laúdes y guitarras, un concierto completo de campanas y tambores no habría alcanzado a expresar la armonía y el júbilo de sus corazones.

El despertar de Inanna

La sinceridad de Inanna a la hora de disfrutar del deseo naciente y de su vulva fueron fuentes de inspiración definitivas para la escritura de este libro. Los sumeriólogos afirman que la palabra «vulva», utilizada otrora con toda libertad, tiene un valor positivo. Lamento la pérdida de respeto por este término y su vulgaridad actual.

*L*a virgen Inanna estuvo presente en la inundación.
De aquel lugar salvó un árbol
y lo plantó donde pudiera cuidar de él,
y cuando creció, ella esperó su recompensa
porque aquel había sido un acto de adoración.
Sabía que estaba destinada a ser reina del cielo.
Sabía que su cuerpo había empezado a anhelar el amor
y mientras esperaba preguntó:

¿Cuánto queda para que me sienta en un radiante trono?
¿Cuánto queda para que me pose sobre un radiante lecho?

La diosa se deleitó en sí misma.
Recostada sobre un manzano,
observaba su exquisita vulva.
Cautivada por su exquisita vulva,
ella, la virgen, se deleitó en sí misma.

*Sus compañeras se unieron a ella
mientras se celebraba a sí misma.*

Encontraré un novio,
bailemos, bailemos.
Me deleitaré con mi exquisita vulva,
bailemos, bailemos,
hasta que él se deleite con ella.

Mi vulva, el bendito recipiente de la luna llena,
el hermoso cuerno de la luna nueva,
un campo sin cultivar que crece a placer, un prado de pastoreo
alimentado por la lluvia, curvilíneo, cercado.

Para mí, fertiliza mi vulva.
De la tierra virgen, ¿quién será el cultivador?
Para mi vulva, húmeda y expectante,
¿quién traerá el toro?
Ara mi vulva, mi amado elegido.

Mi vulva está húmeda.
Yo, la sagrada virgen Inanna, digo que mi vulva está húmeda.
Que mi amado elegido pose la mano sobre mi vulva.

No necesitas surcar un canal, yo seré tu canal.
No necesitas labrar un campo, yo seré tu campo.
Granjero, no busques la tierra húmeda.
Mi dulce amor, permíteme ser tu tierra húmeda.

Soy casta.
Mi desnudez es casta.
Es apropiada para príncipes y dioses
que buscan reinos salvajes a los que someter,

que buscan tierras para ampliar sus reinos.
Yo escojo a Dumuzi como dios de mi tierra.

*La madre de Inanna escuchó su canción de deseo,
su hermano y su padre escucharon su canción de deseo,
y concertaron el matrimonio de Inanna con Dumuzi.
Pero antes de que pudieran anunciárselo,
Inanna se encontró con Dumuzi en la ciudad
y él la persiguió hasta la puerta de su casa
mientras ella se dirigía a casa con sus amigas.*

Sin el permiso de mi madre
nos ha seguido
hasta la calle donde vivo.
El joven semental
me ha perseguido hasta aquí.
Me has seguido sin permiso.

Mi padre pronto será el tuyo.
Mi madre pronto será la tuya, también.
Hablemos de ello.

Y tu padre pronto será el mío,
tu madre también será la mía
¿Por qué no permites que te lo cuente todo?

La amigas de Inanna rieron.
Se encuentran sumidas en una deliciosa discusión;
deliciosa para el alma que desea discutir:

Con sus joyas, ¡Dumuzi
quiere plantar los cimientos de una casa!

¡Ojalá sus pequeñas gemas ataviaran nuestros cuellos!
¡Ojalá su grandes joyas se posaran sobre nuestros virginales
pechos!

Inanna se asomó al balcón.
Se estiró hacia donde él se encontraba
y le gritó a Dumuzi, el toro salvaje:
¿Para quién construyes esa casa?
¿Con tus gemas?

La estoy construyendo para la santificada,
para mi esposa, la única.
La estoy construyendo para ella.

*Inanna, la virgen sagrada, está enamorada.
Sólo quiere volver a ver a Dumuzi.
Por ello, cuando ve a la hermana de él, le habla,
y Geshtinanna le comunica el mensaje a su hermano.*

Pasaba por delante de la casa de Inanna
cuando ella me vio.
¿Qué me dijo, hermano Dumuzi?
¿De qué habló?

Habló de su pasión, de tu poder de seducción, de su éxtasis.
Me confió
que te había conocido, querido hermano,
me dijo que se había enamorado de ti
y que se deleita con fantasías sobre ti.

Debo acudir a ella, hermana,
debo acudir, grita Dumuzi.
Por favor, dulce hermana, déjame acudir a ella.

De alta cuna y buena educación,
he ocupado mi tiempo desde ayer.
He intentado pasar el rato bailando,
cantando alegres melodías del alba al ocaso.

¡Y aquí está el! ¡Aquí está él!
Mi amado me toma de la mano.
Mi amado me envuelve en un abrazo.

¡Suelta mi mano, pastor! ¡Déjame ir!
Debo volver a casa.
¿O cómo se lo explicaré a mi madre?
¿Cómo voy a engañarla?
Yo te enseñaré, Inanna.
Yo te enseñaré la astucia de las vírgenes.

Di: Mi amiga y yo íbamos al mercado.
Los músicos callejeros tocaban sus instrumentos.
Bailamos juntos,
cantamos canciones tristes y hermosas
cantamos canciones alegres y hermosas.
Cuéntale a tu madre una mentira así
para que podamos estar juntos
bajo la luz de la luna.
Te haré un lecho digno de tu príncipe.
Liberaré tus cabellos de sus ataduras,
viviré extasiados momentos contigo,
placenteros y armoniosos.

No soy una cualquiera de la calle, respondió Inanna.
Ni te abrazaré ni yaceré contigo aquí.
Debo regresar a la casa de mi madre.

*Dumuzi no desea ofender a Inanna.
Accede a cortejarla honrosamente.*

Mi señor desea visitar a mi madre.
Estoy llena de júbilo.
Me gustaría advertir a mi madre
para que pudiera aromatizar el suelo de cedro.
Su casa está perfumada y desprende una dulce fragancia.
Lo recibirá con alegría.
Pastor, te considero merecedor
del casto abrazo.
Dumuzi, eres glorioso y respetable.
Todos tus dones son gloriosos y fragantes.

*En ese momento apareció el hermano de Inanna, Utu, para
anunciar a su virgen hermana
que iban a prepararle el lecho nupcial.*

Hermana mía, un novio yacerá junto a ti entre las sábanas.
Junto a ti se recostará el igual del dios del cielo.
Junto a ti se recostará el hijo
de un seno sagrado.
Junto a ti se recostará un hombre
educado para ocupar un trono.

¿Será él el hombre de mi corazón?
Es el hombre de mi corazón.
El hombre a quien mi corazón conoce.
No un granjero que amontona ganancias,
sino un pastor que cría ovejas, saludables y algodonosas.

*El día de la boda, Utu acude a visitar a su hermana;
la novia Inanna.*

Hermana mía, ¿te has preparado para la boda?
Pequeña, ¿te has preparado para la boda?

Me he lavado con agua,
he tersado mi piel con jabón,
me he lavado con el agua
de un cántaro de cobre bruñado,
he tersado mi piel con jabón
de un jarro de piedra pulida.
Me he perfumado
con el aromático aceite de un jarro de piedra
y me he puesto la túnica de la soberanía,
la túnica de la soberanía celestial.

He tersado mi pelo,
que estaba enredado.
He dado forma a mis rizos,
que se habían deshecho.
Los he cepillado
y he dejado que me cayeran
sobre los hombros
y el cuello.
Con anillos de oro
he adornado mis dedos.
Con preciosas cuentas
me he cubierto el cuello,
las he dispuesto con cuidado
y las he atado
con un cordón dorado.
Su borla enjoyada me cuelga de la espalda.

Inanna, he buscado un buen marido que complazca a tu
corazón.

Tu tierno corazón es al que he querido complacer.
Tu divina patrona
te ha bendecido.
Flores como la cosecha.
Eres luminosa como la madre de miel dorada
que te dio a luz.
Mi tierna niña, vales por cinco como yo.
Mi tierna niña, vales por diez como yo.
La diosa te ha moldeado,
te hizo perfecta,
para que Dumuzi desee acudir
junto a mi incomparable
y resplandeciente hermana.

Ve a buscar al novio.
A su mansión.
Envía a un hombre
con una canción de invitación.
Permite que empiece a escanciar vino para mi novio.
Así su corazón tal vez se alegre.
Así su corazón tal vez se deleite.
¡Haz que venga, haz que venga!

Hermana mía, permite que te guíe
a tu lecho nupcial.
Que tu amante acuda a ti como el cordero a la oveja.
Oh, que venga.
Hermana mía, deja que te guíe.

Los amigos del pastor son generosos y prósperos.
Las celebraciones del novio son generosas.
Tu pastor los encabeza.
El agricultor es el segundo.

El granjero, el tercero.
El pescador, señor de los juncos,
el cuarto.

El cortejo nupcial deja a un lado el trabajo
para celebrar las nupcias de Inanna.
Le llevan sus mejores productos.
El pastor llega cargado
de ofrendas de cremosa mantequilla.
Trae grandes recipientes de leche
y queso colgados del cuello,
lleva con cuidado sabrosos baldes de leche
equilibrados sobre los hombros.
Llama a la casa de Inanna.

Deprisa, abre la puerta, reina de mi corazón.
Deprisa, abre la puerta.

La casta Inanna se detiene,
escucha el consejo de su madre.

Eres su esposa, él es tu esposo.
Él es para ti, tú eres para él.
Desde ahora, tu padre es un extraño.
Desde ahora, tu madre es una extraña.
Honra a su madre como si fuera la tuya.
Honra a su padre como si fuera el tuyo.

Dumuzi llama: ¡Abre la puerta, reina de mi corazón!
Deprisa, abre la puerta ya.

Inanna, preparada como su madre le había aconsejado,
lavada en agua fresca y bañada en aceites aromáticos,

vestida con sus majestuosas ropas,
se coloca sus amuletos en el pecho,
vuelve a ponerse el collar de lapislázuli,
permanece a la espera
agarrada a su sello soberano.
Dumuzi golpea la puerta y ella,
como el agua iluminada por la luna, fluye hacia él
desde su casa.
Él la mira, se regocija con su visión.
La coge entre sus brazos y la besa.
Dumuzi lleva a Inanna a la capilla
de su divino patrono.

Oh, Inanna, te traigo a la capilla de mi dios,
y te sentarás en estado de gracia en su trono.
Aunque la honró de esta forma,
Inanna se sentó bajo la tarima y dijo:
Debes guiarme. Siempre he acatado las órdenes de mi madre.
Dumuzi abraza con fuerza a Inanna.
No te convertiré en mi esclava.
Comerás en una enorme mesa.
Ay, novia mía, no te contonearás para mí.
Ay, novia mía, no tendrás que hilar el vellón para mí.

Inanna se da la vuelta y abraza a Dumuzi.
Yo, la diosa luminosa, brillo como el oro en el cielo del alba.
Dumuzi, mi pastor, yo, que soy divina,
brillo como el oro en el cielo anochecido,
proyecto reflejos dorados para ti.

Dumuzi está deslumbrado por Inanna y la elogia:

Sagrada reina de lo alto,
yo saludo
a la celestial reina
Inanna.
Yo saludo
a la deslumbrante llama del firmamento,
celestial brillo nocturno que ilumina como la luz del día,
reina celestial.
Yo te saludo.

Santa e imponente reina,
pura entre las puras,
que luces la corona de dos cuernos,
primera hija de la divina luna,
Inanna, yo te saludo.

Su esplendor y su poder,
su alta cuna,
su deslumbrante apariencia,
en el cielo del anochecer
como una tea en llamas,
su ascensión en el cielo nocturno
como la luna,
en el cielo del alba,
como el sol,
adorado por todo el mundo,
éstas son las palabras de mi canción.

Dumuzi, debes jurarme que no tengo rival
que haya besado tus labios
antes de despojarme

de mi espléndida túnica, fina telaraña,
y de que descubra ante ti mi desnudez.
Amado mío, que me seduce y me encanta,
una promesa te pido.

Oh, hermoso hombre,
posa tu mano derecha
sobre mi vulva.
Acuna mi cabeza con tu mano izquierda
mientras tu boca se acerca a la mía
y cierras tus labios sobre los míos.
Prométeme lealtad.

Oh, floreciente mío,
¡cómo me complaces!
Mi jardín de manzanos en flor,
¡cómo me complaces!
Mi columna inmaculada,
¡cómo me complaces!
Mi columna de mármol tachonada de lapislázuli,
¡cómo me complaces!
Hombre de mi corazón, mi querido,
hagamos que tus deliciosas dotes,
miel gloriosa,
sean aún más exquisitas.

Mi amado, mi adalid,
que avanza hacia mí,
me bato en retirada
hacia mi lecho.

Te espero
para que juegues tiernos juegos conmigo.

Mi amado,
cúbreme con tu dulzura de miel.

En el rincón de miel dorada del aposento nupcial
nos deleitaremos, una y otra vez,
con tu gloriosa miel.

Te espero
para jugar tiernos juegos,
mi amado,
juegos que me bañen con tu dulzura de miel.

Cuando me amaste por vez primera,
ojalá te hubiera dejado jugar
dulces juegos conmigo.

Allí, donde pudiste verter
tu dulzura en mí,
dulce miel,
vierte tu ternura
por favor, decántala allí para mí
como cebada en una vasija.
Ay, deposítala allí para mí
como cebada en una vasija.

Con fuerza, él floreció,
con fuerza, floreció y floreció,
y regó mi campo de lechugas.
Desde la negrura fértil de su hierba silvestre,
mi amado
regó la espiga de cebada en mi voluptuoso surco.
Regó mi lechuga,
mi querido, manzano cargado de fruta,
¡regó mi jardín!

Ay, amante mío, que de una sola vez
me llenaste con placer hasta el interior del ombligo.
Mi espesura, melosas entrañas
fertilizaste, mi loma de lechuga.

Ay, mi amor de espléndidos cabellos,
cautivador y robusto
como la palmera datilera,
mi amante, que me besa el pecho para saludarme,
honrado en la asamblea [...]

Eres la joya de mi corona,
el oro que luzco,
mi amuleto labrado
por el ingenioso artesano.

Mi amada novia me ensalza sin límite.
Su alabanza, azucarada como su vulva.
Su vulva, azucarada como su alabanza.

Mi plumaje, como la fronda, él regará
y acariciará los polluelos de su nido.
Mi criada ha cuidado mis plumas,
las ha peinado en una elegante cresta,
las ha acicalado con cuidado
y está adornando mi pecho con joyas.
Permite que él anide en mis pétalos,
deleitabile follaje.
Despertad a Dumuzi, preparadlo
para satisfacer su pasión.

Que mis atractivos le resulten irresistibles,
que me hechice por siempre.

PRIMERA PARTE: EL DESPERTAR

En verdad eres nuestro señor,
forjado de plata engastada de lapislázuli.
En verdad eres el agricultor que nos trae el grano.

Fruto de mis ojos, anhelo de mi corazón,
que veas muchos amaneceres,
que tengas una larga vida.

SEGUNDA PARTE

El deseo

La planta de tabaco
Indios norteamericanos

Izanagi e Izanami
Antiguo Japón

La reina del país del verano
Inglaterra medieval

La búsqueda del amor de Eset
Antiguo Egipto

La balada de Skirnir
Islandia medieval

La planta de tabaco

Ojalá esta tierna historia, en la que se nos relata con sencillez que el amor es el motor del mundo, hubiera sido más larga. En este diminuto fragmento, la «mirada del deseo» obra su extraordinaria magia.

Un hombre joven y una muchacha viajaban juntos, se enamoraron y dejaron el camino en busca de la dicha del placer. Se sintieron tan satisfechos que decidieron casarse. Tiempo después, durante una cacería, el hombre regresó al lugar donde se unieron por primera vez y allí descubrió una bella flor de hojas aromáticas. La llevó consigo para mostrársela a su pueblo y les habló del descubrimiento. Ellos dijeron: «Cuando se seque, la fumaremos y la llamaremos “Donde nos unimos”». Los ancianos de las tribus aseguran que, desde entonces, se fuma en los consejos para fomentar la paz y la amistad entre las tribus, puesto que el hombre y la mujer gozaron de una completa felicidad y armonía cuando se engendró la planta de tabaco.

Izanagi e Izanami

La siguiente historia es un relato japonés sobre el deseo y el primer acto de amor entre los progenitores de la humanidad. Así es como empezó todo.

Los dioses bajaron la vista desde el firmamento y hablaron al dios Izanagi y a la diosa Izanami, quienes se encontraban en el Puente Flotante del Cielo.

—Cerca de vosotros existe una tierra. Es llana y exuberante, repleta de juncas y capaz de producir una cosecha rica y abundante. Es vuestro deber crear orden en ella.

Para facilitarles la tarea encomendada, se inclinaron y dieron a la pareja celestial la lanza de los cielos engastada de joyas. Izanagi e Izanami la aceptaron y removieron con ella las aguas, formaron amplios y profundos remolinos con la lanza en busca de la tierra. Al no encontrar nada, la retiraron y, mientras pendía sobre las aguas, la espuma del océano que goteaba de la punta se abrió en abanico, se esparció y se cristalizó hasta formar una isla.

—Llamaremos Ono-goro-jima a la isla —decidieron Izanagi e Izanami.

Dicho esto, bajaron flotando del puente hasta la isla, que

convirtieron en su morada. Tomaron la lanza engastada del cielo y la plantaron en la tierra, igual que un día plantarían los campos y, a su alrededor, construyeron el palacio en el que vivirían. Era éste tan formidable que lo llamaron el Palacio de las Ocho Brazas. Izanami e Izanagi no deseaban perder sus vínculos con el cielo y el resto de los dioses, por lo que izaron una augusta columna que unía la tierra y el cielo.

Juntos consiguieron implantar el orden en su mundo. Se miraban a los ojos y suspiraban. En sus corazones nacía un sentimiento que ninguno de los dos había experimentando antes, por lo que vacilaban en cuanto a qué hacer o cómo expresarlo. Sin embargo, día a día, cuando emprendían sus tareas, el sentimiento se hacía cada vez más intenso. Izanami experimentaba una oleada de emoción ante la presencia de su compañero; advertía un cosquilleo en la piel cuando estaban juntos. Cuando se tocaban, sentía que un dardo incandescente ardía en el centro de su cuerpo, aquella llama activa en su fuero interno le decía que era una mujer. ¿Izanagi también lo sentía? Izanami tenía que averiguarlo, ya no podía contenerse más.

Por tanto, en la siguiente ocasión que estuvo con él, le dijo:
—¡Qué bello eres! Un joven encantador.

A Izanagi le sorprendió que la diosa hubiera hecho un comentario tan atrevido. No era apropiado. Él, el hombre, debería haber dado el primer paso.

—Hemos de regresar a los cielos —anunció— y contarle a los dioses lo ocurrido.

La pareja celestial subió por la gran columna al cielo y relató su historia a los dioses, quienes escucharon en silencio y luego les comunicaron su parecer.

—Puesto que la mujer habló antes que el hombre e invirtió el orden adecuado, deberéis morar en el cielo durante cierto tiempo. Luego, podréis regresar y comenzar de nuevo.

La segunda vez decidieron no correr ningún riesgo.

Izanagi, el hombre, rodeó la columna por la izquierda, la dirección superior, mientras que Izanami, la mujer, la rodeó por la derecha observando el protocolo. Lentamente, se fueron acercando el uno al otro. La excitación invadía a ambos. A medida que fueron aproximándose, se sintieron desbordados por el gozo y el deseo.

En aquella ocasión, Izanagi no perdió el tiempo.

—¡Qué hermosa eres! Una mujer encantadora.

Se acercaron y se abrazaron. Se exploraron mutuamente, tocándose, besándose, disfrutando de sus cuerpos. No obstante, había algo más. Faltaba algo. Cuanto más se abrazaban y se besaban, más aumentaba su pasión, mayor era su deseo. Izanagi sintió una ardiente llama en la ingle, la savia que hinchaba vertiginosamente su miembro, y deseaba saber si Izanami experimentaba el mismo dolor placentero.

—¿Existe alguna parte de tu ser que posea voluntad propia?
—le preguntó.

—Existe una parte de mí que posee voluntad propia. Es mi parte de mujer.

—Yo también poseo una parte con voluntad propia. Es mi parte de hombre. Y deseo fundir la mía con la tuya.

Se aferraron el uno al otro, resueltos a no separarse, aunque no del todo seguros acerca de lo que debían hacer a continuación. Sus partes de hombre y mujer se rozaron, se acariciaron, se agrandaron y se humedecieron; sin embargo, en vez de sentirse satisfechos, su deseo se inflamó aún más. Entonces, se percataron de otra presencia: vieron dos pájaros de largas colas. Intrigados, observaron a los pájaros saltar unos instantes antes de que uno se aproximara al otro, lo montara y comenzara a agitarse arriba y abajo, adelante y atrás, en un movimiento fascinante y rítmico. Izanagi e Izanami los contemplaban, hipnotizados, con unos ojos que seguían el vaivén

de las colas y las cabezas de los pájaros balanceándose en armonía.

Poco a poco, casi inconscientemente, Izanami e Izanagi comenzaron a emular las acciones de los pájaros, moviéndose al unísono, compenetrados el uno con el otro. Su masculinidad y su feminidad se unieron, sus cuerpos se fundieron y finalmente alcanzaron el éxtasis.

Ahora, ya eran marido y mujer y dieron luz a una gran prole.

La reina de la tierra del verano

¿Lanzarote y Ginebra hicieron el amor en el castillo de Dolorous Garde? La cuestión sigue debatiéndose. Chrétien nunca reveló si los protagonistas de este amor cortés se abstuvieron de mantener relaciones carnales. Ésta es la versión de Rosalind Miles.

—**R**etírate, Ina.
Ina frunció los labios y salió en silencio. «Diosa, Madre —se preguntó—, ¿qué le ocurrirá a la reina?» No era posible que se encontrara tan afligida por sus caballeros. El caballero Bors tenía fiebre, cierto, pero era joven y sano, se recobraría enseguida. Los otros se estaban recuperando de los cortes y las heridas sufridas en el bosque. ¡Y el caballero Lanzarote había acudido en su rescate!

Sin embargo, la reina... Observando a Ginebra con disimulo mientras retiraba las sábanas del lecho con aroma a lavanda, Ina no conseguía comprenderlo. Después de todo lo que habían pasado, ¿estar ahora llorando, trémula y sollozante? Por el temblor de sus manos se hubiera dicho que tenía fiebre y, pese a todo, no toleraba poción o bebedizo balsámico alguno de Ina.

—Retírate, Ina —no decía otra cosa.

Ina refunfuñó para sus adentros. ¿Dejarla allí, junto a la ventana, a la fría luz de la luna, llorosa y sola? La reina, su madre,

nunca lo hubiera permitido. Ina hizo acopio de todo su valor para protestar.

—Mi señora... —comenzó a decir con energía.

La voz de Ginebra fue tan distante como la luna:

—Retírate, Ina. Te llamaré cuando te necesite. Ahora, retírate.

«Debes retirarte.»

Había herido a Ina, lo sabía, con su despedida tajante. Sin embargo, no había podido evitarlo. En aquellos momentos ya no podía evitar nada.

Porque en aquellos momentos sentía el poder de la maldición proferida por Merlín cuando Arturo luchó con Malgaunt a muerte: «Si le perdonáis la vida a este hombre —Merlín había advertido a Arturo—, entonces sufriréis por ello todos los días de vuestra existencia. El destino de Malgaunt es destruir vuestra paz. Os desposeerá de vuestra joya más preciada y dejará una burda imitación en su lugar. Todo eso hará si le perdonáis la vida».

Ella había tratado de evitar el derramamiento de la sangre de su pariente en el lecho nupcial. Deseaba librar de aquella maldición tanto a Arturo como a Malgaunt y, en el día de su boda, transformar la maldad en bondad. Sin embargo, la malicia de su tío ya había entretejido su tela de araña. La paz de Arturo se destruyó cuando las acciones de Malgaunt llevaron a Lanzarote hasta allí.

Ginebra había huido como una criatura del temor que le provocaba el amor de Lanzarote. No obstante, la fuerza del destino lo había atraído hasta allí y, en aquel momento, su amor por Arturo yacía en ruinas.

Su amor había sido la joya de la corona de Arturo. ¿Y qué es lo que restaba salvo una burda imitación?

Sola en el dormitorio, Ginebra se sentó junto a la ventana

sintiendo un dolor demasiado profundo para las lágrimas. Había venido por ella, Lanzarote, su señor, su esperanza, su amor. Había llegado como las celidonias en primavera, como la primera y suave nevada. Y Ginebra le había mentido y lo había enviado lejos de ella.

¿Para salvarle la vida?

Mas, ¿lo sabía él? ¿Lo sabría nunca?

Una vez más, Lanzarote le había ofrecido sus servicios y su confianza había sido traicionada. ¿Volvería él a confiar en su palabra? ¿Por qué debería hacerlo? ¿Lo haría ella en su lugar?

Se puso en pie, agarró los barrotes de hierro del parteluz de la profunda ventana y presionó su frente ardorosa contra el cristal. A sus pies, el jardín comenzaba su letargo a medida que caía la noche. La fragancia de las rosas era más densa en el aire crepuscular y el calor del día comenzaba a abandonar los viejos muros de piedra. Desde su ventana, la luz de las velas proyectaba un brillo apagado hacia la creciente oscuridad. A sus pies, el mundo en su plenitud restaba en paz.

Los barrotes de hierro estaban fríos y eran ásperos al tacto. Dejó escapar un leve quejido. Seguía siendo una prisionera, aun cuando Malgaunt hubiese retirado a sus perros guardianes, puesto que Lanzarote estaba allí. No obstante, aquella estancia protegida por barrotes era un lugar seguro y se había sentido aliviada al refugiarse en ella, lejos del patio, negándose a unirse a Malgaunt y Lanzarote durante la comida en el salón del castillo.

Sin embargo, no podía escapar de sí misma. De aquel amor, de aquella vergüenza, de aquella enfermedad que la aquejaba.

Dejó escapar un gemido.

Su única esperanza era que él no lo supiera.

Lanzarote salió tambaleante al exterior mientras la cabeza le martilleaba de dolor. ¡Dolorous Garde! El lugar hacía honor a su nombre.

Arribar en auxilio de la reina en peligro y luego descubrir que tal peligro no existía, ser tratado con una sonrisa de condescendencia peor que cualquier desdén y luego tener que beber y comer con su pariente, aquel abyecto esclavo de Malgaunt. ¡Diosa, Madre, aquella no era la vida de caballero con la que había soñado!

Alzó su rostro hacia la luna dejando que la fría brisa de la noche acariciara su piel atormentada. Cuando servía a la reina Aifa, ésta mantenía sometidos a todos sus caballeros. Era una tirana severa y los caballeros a su servicio rezongaban por lo mucho que exigía de ellos. No obstante, jamás sufrieron tal confusión.

Un grito ahogado, casi un sollozo, escapó de sus labios mientras vagaba por los jardines del castillo. Cruzó arcadas y puertas hasta llegar a un jardín silencioso cercado por unos viejos muros de piedra. En el centro de un enorme espino, las estrellas parpadeaban reflejadas en la hierba. Atravesó la pequeña puerta de hierro y por fin se sintió a salvo y solo.

Desde los muros, la fragancia de las rosas de junio inundaba el aire. Muy por encima, las estrellas lo contemplaban con indiferencia. Arrancó una rosa de un tallo y la estrujó entre los dedos. El penetrante dulzor de los pétalos exprimidos le manchó el puño cerrado. Alzó la mirada hacia las estrellas, abrió su corazón y lloró.

Lo vio acercarse, como emergido del tiempo anterior al tiempo. Al principio, una vaga forma contra la luz dorada y argentina; luego, la esbelta figura que amaba con tanta desesperación. Instantes después, el balanceo de su capa, el destello de la torques alrededor del cuello y, a continuación, el apagado brillo castaño de su cabello y su alargado y atormentado rostro. Estaba en el jardín, bajo su ventana, con los ojos brillantes a causa de las lágrimas, esperando su llamada, estaba segura.

Mas Lanzarote se mantenía en un silencio que ella no sabía cómo romper. La sangre palpitaba en sus venas y pensamientos alocados cruzaban su mente. «Si hubiera alguien que pudiera llamarlo en mi lugar...»

Desesperada, tocó el vestido de seda verde bosque que no se había cambiado desde su captura. «¡Ojalá llevara algo mejor, ojalá hubiera sabido que estaba de camino!». Aunque, ¿se daría cuenta de lo que llevaba puesto? ¿Acaso le importaría?

Alzó los ojos hacia el cielo distante. A lo lejos, en el horizonte, una luna astada brillaba y todo el firmamento ardía con un pálido fuego.

«Ven...»

Desde las moradas etéreas de la luna y de las regiones remotas del mundo entre los mundos, la estaba llamando. Ginebra oía el suave e insistente murmullo de la vida misma.

«Ven...»

Abrió la ventana y susurró: «¡Lanzarote!».

Se sobresaltó como un ciervo sorprendido; inconscientemente, la mano fue en busca de la espada. Luego dio un paso hacia la luz que se proyectaba desde la ventana y alzó la vista más pálido e impenetrable que un muerto.

—¿Por qué os fuisteis? —la abordó con brusquedad atravesándola con la intensa mirada herida de un niño—. Soy vuestro caballero. ¿Por qué me alejasteis de vos? ¿Por qué abandonasteis Caerleon sin una palabra?

—Creí...

Se volvió hacia ella con fiereza.

—¿Por qué me mentisteis? ¿Me mentisteis y me engañasteis?

Se lanzó contra el muro y arrancó la hiedra desesperado.

—Yo...

Comenzó a trepar, escalando la maciza y anciana planta trepadora, agarrándose a ella sin miedo alguno.

—¡Me enviasteis en pos del rey con un mensaje que no era

tal! Disteis órdenes de que debía permanecer en Caerleon hasta que volvierais. ¡Queríais deshaceros de mí mientras estuvierais fuera! ¿Por qué? ¿Tenéis un amante? ¿Otro rey?

El genio de Ginebra se exaltó hasta equiparar al de su caballero.

—Si sois mi caballero y me habéis jurado amor y lealtad —exclamó poseída por una insensatez furibunda—, ¿por qué estáis aquí cuando ordené que os quedarais?

Lanzarote alcanzó el alféizar de la ventana, desde donde casi podía tocarla, embargado por el deseo y el dolor.

—¡Porque pensé que estabais en peligro... porque necesitaba saber cuál era vuestro propósito... porque no puedo soportar estar alejado de vos!

—Ay, Lanzarote...

Lanzarote sollozaba profusamente; se secó las gruesas lágrimas con gesto brusco.

—Podéis tratar a vuestro caballero con toda la crueldad que deseéis, sin embargo, aún os debo juramento. ¡Allá donde vayáis vos, iré yo!

Alargó la mano hacia ella, a ciegas, como un niño desamparado. Ginebra sintió que sus propias lágrimas acudían a sus ojos como respuesta a las de él.

—¿Cómo me habéis encontrado?

Lanzarote afianzó sus pies en la hiedra y aferró con fuerza los barrotes de hierro con ambas manos. Ginebra apenas conseguía soportar su mirada franca y lacerada.

—¡Señora, os hubiera encontrado allí donde os encontrarais! Cuando llegué a Camelot, me dijeron que os habíais perdido en el bosque. Me dijeron que nadie se encontraba más consternado que el príncipe Malgaunt. Además, sabía que el príncipe era el siguiente en la línea de sucesión a vuestro trono y cuando dijisteis que poseía un castillo más allá del bosque, supe adónde dirigirme. Sabía que os encontraría aquí.

—¿Lo sabíais? ¿Cómo? —Se apoyó en el alféizar. Su proximidad la atormentaba.

Lanzarote sacudió la cabeza con vehemencia, de nuevo como un niño.

—Lo sabía.

Alzó la vista y quedó prendado de la mirada de Ginebra. Ella sabía que estaba contemplando su alma. Los iris marrón violáceo de Lanzarote descubrían unas motas avellana y oro y su rostro estaba humedecido por las lágrimas. Ginebra llevó la mano hacia los labios de él como hiciera la noche que se conocieron, y la dejó caer de nuevo.

El aire era cálido y la tensión entre ellos era como un hilo a punto de romperse. Los inquisidores ojos de Lanzarote preguntaron y ella respondió sin palabras. Con energías renovadas, tiró de los barrotes de la ventana hasta que encontró uno de ellos que no estaba tan firmemente encajado en el muro. Luego se dispuso a tirar de él a conciencia, lo retorció hacia un lado y el otro hasta que su frente se perló de sudor y el hierro se oscureció con lo que parecía su sangre.

Ella quería reír, gritar, bailar.

«Conque esto es el amor... bienvenido seas, amigo, tan cruel como serás y tan dulce como puedas llegar a ser.

»Bienvenido seas amor.

»Que nos sea concedida la dicha de amar y de no perder, de dar y no hastiarse, que se nos permita cultivar lo que acaba de nacer y florecer entre nosotros y convertirse en lo que haya de ser».

Ginebra sintió crecer dentro de sí la mujer con la que había soñado en convertirse, una mujer dirigiéndose hacia el hombre que era todo lo que deseaba en un hombre. Sintió la respiración ronca en la garganta de Lanzarote cuando al fin arrancó el barrote de la argamasa. Resollaba a causa del esfuerzo y ella observó que el metal oxidado le había desgarrado la piel de las

manos. Las venas de la frente le palpitaban y su mirada poseía un brillo de otro mundo; sin embargo, ningún otro hombre le hubiera parecido más bello a sus ojos.

Lanzarote se dio un último impulso y pasó a través de los barrotes restantes, a través del hueco de la ventana, y entró en el dormitorio con un solo movimiento sinuoso. Cuando se acercó a ella, Ginebra vio que sus manos estaban cubiertas de sangre.

Corrió hacia él y alzó los brazos para acariciarle el rostro. La piel de su sien estaba húmeda bajos los dedos de Ginebra. La depresión violácea de sus ojos parecía haber estado esperando sus caricias y deseó trazar la forma de sus pómulos hasta el día de su muerte.

Su mano encontró la nuca de Lanzarote y éste se estremeció, pero no se retiró. Suave, lentamente, Ginebra atrajo su rostro hacia sí y posó un dedo en el surco de los labios de Lanzarote. Él le cogió la mano y se la apretó contra la boca. Luego, la agarró como un hombre sediento, la estrechó entre sus brazos y la besó por primera vez.

Fuera, la luna iluminaba las arboledas de espinos blancos y las rosas de hojas plateadas haciendo cantar a sus ramas. La pálida fragancia de las flores del manzano se suspendía en el aire. Ginebra lo besó sedienta y sintió cómo crecía la sed en Lanzarote. Lo volvió a besar, estaba ávida de él.

«Ay, amor mío, amor mío...»

Lanzarote jadeó y dio un paso atrás para volver a estrecharla con más fuerza que antes.

—¡El esplendor de la primavera tan sólo brilla en vos y el destello de las estrellas vive en vuestros ojos! —gimió—. Sois la mujer de mis ensueños, el amor que siempre he deseado. Sin embargo, estáis casada, ¡sois la esposa del rey! Ay, señora, señora, ¿qué significa todo esto?

—Callad —le urgió ella—. Callad, amor mío.

Besó la sangre que manaba de su mano y lo condujo hacia el lecho.

Se quedaron junto a la cama y se besaron como todo ser ávido el uno del otro desde el principio de los tiempos. Los besos de Lanzarote eran torpes y hambrientos, como los de un doncel, y su pasión aumentaba con cada jadeo, algo que ella sentía. Ginebra, temblando, tomó su rostro entre las manos. La fina barba de tres días de su barbilla le pinchó los dedos, pero la piel era tan suave como el satén de sus sienes y del tierno hoyo de su cuello.

Ginebra deseaba llorar mientras entretejía los dedos en su cabello. La nuca era tan suave que Lanzarote se estremeció ante el contacto. Ginebra lo envolvió entre sus brazos y él la atrajo hacia sí con tal fuerza que la levantó del suelo.

—¡Ay, señora! —susurró—. ¿Acaso es esto un sueño?

Suspirando, hundió la cabeza en su cuello, por donde sus labios recorrieron un camino de besos. Bajo el vestido, la piel de Ginebra ardía en deseos de ser tocada. Lanzarote llevó la mano a sus pechos y encendió su cuerpo.

Ginebra se llevó las manos al tocado y lanzó al suelo el aro de oro y el velo. Cuando alzó el rostro, su cabello cayó a los lados, como la lluvia. Con la respiración entrecortada, Lanzarote exploró su boca y ella saboreó sus labios gruesos y generosos, su lengua fuerte e insistente. Luego la alzó y la depositó en el lecho.

A horcajadas sobre ella, ensimismado, le desabrochó con habilidad los botones del vestido. Un recuerdo en forma de rayo lacerante cruzó la mente de Ginebra: «Arturo desabrochó torpemente mis botones la primera noche que vino a mí». Entonces Lanzarote retiró hacia atrás la seda verde hasta su ombligo, hasta que estuvo tan desnuda como un lirio en su vaina de hojas. Ginebra alzó los brazos hacia el cuello de él, sus

ojos se encontraron con la mirada de Lanzarote y no volvió a pensar en Arturo.

A medida que el vestido se deslizaba hacia abajo y ella quedaba desnuda ante él, Lanzarote dejó escapar un grito mudo desde el fondo de su garganta. Sus ojos se anegaron de lágrimas. Los pechos de Ginebra eran blancos y turgentes, sus pezones rosados y dulces como los besos en la noche, y aún ansiosos por su contacto. En su cuerpo, en sus ojos, en todos y cada uno de sus agitados movimientos y suaves gemidos, Lanzarote sentía el amor y la necesidad de ella llamando a los suyos. El sonido de su nombre llegó tenue a sus oídos. Ginebra lo entonaba suavemente, casi para ella, alzando los brazos hacia él, rodeándole el cuello.

Suspiraba por Lanzarote llamándolo entre jadeos. Se alzó hacia ella hechizado y acarició la parte superior de sus pechos. Los pezones se tensaron en respuesta a sus caricias. Ella alargó la mano en busca de sus dedos y los guió hasta sus pechos para que los presionaran, hasta gemir de dolor. Luego lo atrajo hacia sí, hacia el lecho y lo rodeó con los brazos.

Suavemente, le acarició la espalda, las costillas y la esbelta y musculosa curva de sus costados. Luego, su mano encontró la abertura de su camisa y los dedos le acariciaron el pecho. Lanzarote se estremeció violentamente, se levantó de un salto y, tras desabrocharse el pesado cinturón de cuero, se despojó de la camisa y la túnica y se sacó de una patada los pantalones y las botas.

Desnudo, era blanco y dorado como un dios. Una plateada gota de rocío brillaba en la cima de su sexo. Radiante por el anochecer dorado y argentino, era un ser de otro mundo. Se inclinó hacia delante y la despojó de los últimos vestigio de su pudor tirando del vestido verde hacia abajo sobre sus caderas. Luego, se acostó junto a ella en el lecho y dejó caer una lluvia de dulces besos en su carne trémula.

El contacto de sus labios fue como el sol en primavera tras el invierno más largo que ella había conocido. Con dulzura, Lanzarote exploró el húmedo triángulo entre sus piernas hasta que Ginebra se arqueó bajo su mano. Sintió cómo se humedecía de gozo por él y una cortina de lágrimas anegó sus ojos. Se aferró a él sacudida por una oleada de una emoción, de un amor y de un miedo imposibles de expresar con palabras. El recuerdo de Arturo la atravesó como un cuchillo y contuvo el aliento con dolor. «¿Qué estoy haciendo? —se preguntó—. ¿Por qué estoy aquí?» Entonces, Lanzarote renovó sus caricias y no consiguió pensar en nada más.

Ginebra estaba cabalgando sobre las olas del deseo al tiempo que batían contra ella dejándola sin sentido, atrayéndola hacia las oscuras y arrolladoras profundidades. Lanzarote aceleró el ritmo para seguir el de ella hasta que Ginebra no supo decir dónde finalizaba su cuerpo y dónde comenzaba el de él. Resollaban los mismos jadeos y la mutua necesidad era incontenible. Ginebra abrió los brazos y gritó en su corazón:

«¡Ámame, Lanzarote, ámame, ámame ahora!».

Y él también gritó, y eyaculó dentro de ella, y el rugiente mar ahogó a ambos.

Después, se adormecieron uno en brazos del otro. Lanzarote la estrechó contra él, mas Ginebra detectó la duda y el asombro en su voz.

—¿Cuándo lo supisteis?

Con indolencia, Ginebra acarició la fina piel de sus párpados, los delicados azules de las campánulas en primavera.

—En cuanto vi vuestros ojos.

Lanzarote no contestó de inmediato.

—¿Cómo? ¿La primera vez que nos vimos, en el bosque? ¿Cuándo llegué con Bors y Lionel?

—Allí. Podría haber yacido con vos allí mismo.

Lanzarote quedó en silencio. La angustia la abrasó como una

llama. Él podría haber tenido a cualquier doncella, una de su propia edad, quien jamás hubiera tenido hijos, sin las marcas delatoras de la maternidad. Tal vez odiaba su cuerpo tras haber hecho el amor. Quizás él no la amaba, tal vez nunca lo había hecho... Se obligó a hablar.

—¿Y vos? ¿Cuándo lo supisteis vos?

El silencio se alargó y se intensificó hasta que ella sintió que la tierra se estremecía y un abismo se abría entre ellos. Se aferró a él.

—Lo sabéis, ¿verdad? ¡Decid que lo sabéis!

Lanzarote abrió los ojos.

—Vos lo supisteis —contestó con suavidad devolviéndola a sus brazos—. Eso es suficiente.

Y ella supo que no sería la última vez que sentiría aquella desolación.

La búsqueda del amor de Eset

Eset personifica el erotismo infinito que conlleva el vivo deseo del amante ausente. Su unión sexual con Osiris simbolizaba el bienestar del mundo; la pérdida de éste anunciaba su destrucción y un período de sequía y oscuridad.

Está junto a la orilla del río. Voces —apagadas, fuertes, alegres y tristes— vagan por su mente; nubes oscuras y transparentes se suspenden, enturbian su visión. Mechones de su cabello se arremolinan en torno a sus ojos y se mezclan con las nubes, llora.

—¡Osiris! ¿Dónde estás? —Sus dedos se enroscan en la aureola sombría que rodea su cabeza mientras un gemido emerge de sus profundidades—. ¿Adónde fuiste?

Las mujeres que la rodean contemplan cómo el reflejo de Eset se alza a sus pies, se alarga, se extiende, se prolonga... aterradoramente. Todo lo demás permanece en calma. El reflejo se desdibuja, se desvanece. Eset se golpea el pecho con una mano marfileña, luego con la otra.

—¿Por qué? ¿Por qué? —gime—. ¿Por qué lo escuchaste? ¿Por qué te metiste en el sarcófago? ¿Por qué?

Neftis la coge por los brazos, conteniéndola.

—No formé parte de aquello, hermana. Espero que lo sepas.

Eset parece calmarse de súbito.

—No importa. Ya nada importa.

La vida ha huido de su voz. La vitalidad ha desaparecido del lustre de las hojas. El sol brilla sin calor ni luminosidad. Desde que Osiris se fue y la dejó agonizando, los pájaros han dejado de trinar. Eset llora su pérdida en silencio. Observa el orgullo desmedido de Set mientras se atavía con las vestiduras del esplendor de Osiris, soñando con la corona y el cetro de la realeza para reemplazar al amante de Eset, su hermano.

—Ella no hace nada. Ella no hace nada. Ella no hace nada —murmura el eco susurrante por todo el reino—. Eset no hace nada mientras Set se prepara para subir al trono de Egipto.

Eset alza la cabeza.

—¿Quién dice que no hago nada? —Se levanta del suelo y se recompone el cabello despeinado—. Voy a partir en busca de Osiris. No puedo dejarlo ir así.

Donde una vez estuvo el corazón, ahora hay un agujero, mas está anegado en vapores enfermizos. Sus pechos son como volcanes, por ellos corren ríos de lava abrasadora y fundente. Sus brazos le duelen cuando recuerda que ya no puede abrazarle. De la única manera que podrá sobrevivir a la separación es pensando en los tiempos felices. ¡Ay!, qué tiempos más felices fueron.

Como embriones ya estaban entrelazados, almas gemelas. En la matriz celestial de Nut, arqueada sobre la forma terrestre de Geb, Eset y Osiris descansaban el uno junto al otro, abrazados. Se movían envueltos por las aguas anegadas en estrellas, acariciándose las puntas de los dedos, frotándose la nariz, rozándose los labios. Estaban hechos el uno para el otro. Eset la líder, la activa, lo sujetaba con firmeza cuando emergieron de la luz estelar al amanecer de la tierra. Miró a su otra mitad mientras éste se volvía radiante, lentamente iluminando el cielo y la tierra con una luz que se esparcía abarcándolo todo.

—Hace calor —musitó Eset, abarcando el aire entre sus manos.

Aunque Osiris se alzó alto y majestuoso e iluminó el cosmos con su esplendor, Eset conocía la tierna vulnerabilidad que colmaba el alma de su hermano, su ser. De niños, ella se convirtió en su guardián, lo protegía de su hermano Set. Y cuando el mundo comenzó a poblarse con seres menores, lo escudó. Cuando Osiris asumió el papel de profesor y deambuló por los confines del mundo esparciendo el conocimiento acerca del trigo, llevando la canción a todos los corazones humanos, fue ella quien ahuyentó a sus enemigos. Eset utilizó su inteligencia despierta para defenderlo y su discurso siempre consiguió desviar las acciones de los disidentes. Pero ahora le había fallado. ¿Dónde estaba ella cuando Set finalmente obtuvo éxito en su engaño? Un momento de distracción y Osiris ya no estaba.

El ensueño se rompe. Eset está junto a la orilla, buscando el río donde los hombres de Set han lanzado a la deriva el sarcófago que contiene a Osiris. ¿Cuánto hace de aquello? ¿Hasta donde habría llegado? Ay, Nilo, ay, Nilo, ¿lo has protegido o lo has traicionado? ¿Debía seguirlo a pie o por agua? Eset se lleva las manos a la cabeza y luego comienza a correr en dirección al palacio, lamentándose desesperada.

—Regresa a tu hogar, Osiris, tus enemigos no se encuentran allí. Ay, mi bello músico, regresa a tu palacio.

Pero Osiris no aparece, ni ella oye su voz.

En su habitación, desgarrá sus espléndidas ropas, se desprende de las joyas y los abalorios, se lava el antimonio de los ojos, se limpia el carmesí de los labios. Desnuda, coge un cuchillo afilado y con él cercena mechones de su cabello. Luego se viste con la austeridad del luto. Con la cabeza alta, camina despacio, majestuosamente, a través de la gran sala del palacio sin una mirada al trono que es su esencia, el asiento que acogía a Osiris.

—Mírame, soy tu amada, tu hermana. La Única. No me abandones. Mi corazón llora por ti. Busco con mis ojos. Buen rey, ¿no dejarás que te vea?

¿Dónde está Osiris? ¿Por qué no responde? ¿Acaso cree que ella está enfadada con él? El corazón de Eset se desgarró cuando recuerda la discusión que tuvieron antes de que se marchara camino del banquete de Set. ¿Se dejó engañar porque pensaba que ella no le permitiría volver? Eset debe encontrarlo para conocer las respuestas.

Sin una mirada atrás, Eset se ha ido. Ha dejado el palacio. Su viaje ha comenzado.

—Mientras vea —jura—, te llamaré, clamaré por ti hasta el confín de los cielos.

Es así como Eset se convierte en La Plañidera, recorre todas las distancias, hasta los confines de las tierras que encierran las aguas. Remonta el Nilo, desciende el Nilo, examina las cuevas, busca en los bosques... Por doquier hay señales de Osiris. En el trigo y el maíz balanceante observa sus artes para la agricultura. En la composición de las canciones y las danzas de las festividades locales, oye su voz, sus palabras, sus ritmos. Sin embargo, no lo encuentra por ninguna parte. De vez en cuando, oye un sonido, atisba un movimiento, vislumbra un destello dorado entre la multitud, en la naturaleza, en los templos, y su corazón comienza a latir. ¿Osiris? Sin embargo, nunca es Osiris, sólo un fiel adorador.

Eset alza la cabeza a los cielos. Nut, su madre, le sonríe con un parpadeo de estrellas.

—¿Lo recuerdas, Eset? —le musita—. ¿Recuerdas cuando te dejó antes de venir a mí y abrirte su corazón? También esa vez se fue. Y viniste y descubriste que no te había abandonado. Siempre regresó, siempre con un corazón más lleno que el que le había puesto en el camino. Osiris y tú sois una misma alma. Nunca podréis separaros.

Para Eset, tal consuelo es en vano. Siente que la envuelve la nada. Necesita tocarlo, necesita verlo, necesita oírlo. En éste, su mundo de colores y fragancias, la esencia intangible no tiene valor. Quedan desagravios que reparar, preguntas que formular; una cercanía etérea e intangible de los sentidos no es suficiente. Sin embargo, las palabras de Nut le hacen sonreír.

Corrían entre los matorrales de juncos, las plantas de sus pies desprendían chispas en las arenas; ella corría, él la perseguía, riendo, sin aliento, hasta que el pie de Eset quedó atrapado en una raíz traicionera que dormía oculta entre las capas onduladas de arena. Al instante, él la alcanzó.

—Te pillé —exclamó, exultante.

Ella se agitó, esquivándolo, mientras gritaba sin dejar de reír.

—Eres un tramposo.

—¿Tramposo? —se quejó Osiris—. ¿Por qué?

—Me he caído. Si te caes no cuenta.

—El amor no sabe de protocolos —replicó él—. Aquí no hay reglas.

Los movimientos de Eset se detuvieron. Le cogió el rostro entre las manos y lo miró intensamente. Él le devolvió la mirada, una mirada profunda que sostuvo hasta que ella no pudo soportar más la franqueza de su deseo y cerró los ojos.

—Mírame, Eset —le urgió Osiris—. Dime lo que ves en mis ojos.

Eset volvió la cara hacia un lado. El perfil de su mejilla ocultaba su agitación. Sentía la suave respiración de Osiris contra ella, en su cuello, y sintió un fluido cálido que se derramaba por su cuerpo, como una ola. Hizo que se estremeciera. Con un movimiento fugaz, se revolvió debajo de él tratando de zafarse. Sin embargo, la sujetaba con firmeza.

Eset cerró los ojos con fuerza. Sabía que sus ojos eran un espejo que delataría sus deseos. De súbito, la invadió una timi-

dez desconocida ante él. Algo estaba cambiando. Algo era diferente. Si ella cedía serían diferentes.

—Abre los ojos.

Eset se revolvió de nuevo y consiguió escabullirse de debajo de él, pero cuando se puso en pie volvió a caer con un grito:

—Mi tobillo.

Osiris la cogió y la dejó en el suelo con suavidad.

—Muéstrame dónde te duele. —Tomó el tobillo con firmeza—. Es esbelto y suave, como el tallo de una flor de loto.

Eset sonrió, la risa provocó una nueva oleada de fluido caliente. Deseaba rodear a Osiris con sus brazos, besarle en la boca y beber el dulce vino que de súbito supo guardaba allí. Lo miró a la cara, donde descubrió la misma mirada intensa. Debieron de permanecer sentados de aquella forma durante siglos, con los ojos cerrados, experimentado los estremecimientos y las inseguridades del primer amor. Entonces, Osiris la cogió entre sus brazos y caminó con ella hacia la orilla. La depositó sobre la suave arena y luego comenzó a cavar lentamente hasta que hubo modelado un lecho. Allí la tumbó, temblorosa.

Eset se acurrucó en la cavidad arenosa sintiendo el calor del sol. Las arenas se arremolinaron a su alrededor y cerró los ojos.

Osiris se alejó caminando. Estaba recogiendo flores. Volvió, tejió trenzas de carrizos para el pelo de Eset; luego, suavemente, alzó los mechones de ella, que deslizó por su rostro, por su mejilla, por su cuello, por su pecho, antes de tejerlos con los carrizos verdes recién cortados. Le ofreció ramilletes de flores de la ribera. Le limpió el brillo dorado de la arena del cuello, deslizando sus manos lentamente arriba y abajo por la piel fresca, húmeda de limo y deseo. Eset sintió su corazón latir contra el de Osiris como los tambores antes de la batalla. Su visión se estaba nublando. Vio a Osiris envuelto por una luz deslumbrante, como si cada rayo que tocara su real cabeza estuviera

creando un nuevo sol, sólo para él. Cada caricia de su mano avivaba un fuego convulso en su interior.

«¿Qué voy a hacer? —pensó Eset agitada—. ¿Qué debo hacer?»

Yacía muy quieta, receptiva, pasiva, al tiempo que sentía las manos de Osiris rodeando su cuello como un collar, su imagen desprendía destellos azules como el lapislázuli sobre sus párpados sellados, bordeados de un violáceo desmenuzado. Los cálidos labios de Osiris acariciando su cuello la hicieron gemir de placer.

—Osiris.

—Estoy aquí, mi cielo, mi hermana. Solos tú y yo, juntos, para siempre, hechos el uno para el otro.

Los brazos de Eset se alzaron, las manos se unieron a su alrededor.

—Concebidos juntos —le correspondió— el uno para el otro, desde el principio de los tiempos.

Osiris se apartó y Eset abrió los ojos con un parpadeo. ¿Adónde iba? Lo vio alejarse, un titileo de pánico la recorrió. ¿La iba a dejar? ¿Había hecho algo mal? Pero entonces Osiris colocó sobre sus pechos pequeños racimos de uvas que desprendían traslúcidos destellos morados contra la luz. El sarmiento que las unía acababa en una punta delicada y alegre. Los labios de Osiris lo pellizcaron y jugaron con él. Su respiración entrecortada y jadeante caía sobre los pechos de Eset y se filtraba a través de los pequeños y puntiagudos montículos enviando fuego a través de los tallos. Lentamente, sin prisa, fue atrapando con la boca los frutos morados, uno a uno, hasta que se acabaron. A continuación, sus labios se posaron en la piel de Eset, la punta de la lengua comenzó a dibujar círculos alrededor de la base de sus pechos. Cómo se hincharon e inflamaron. Eset se arqueó, tensa, expectante, hasta que la boca de Osiris se cerró firmemente alrededor de su pezón.

—Vino dulce —murmuró Osiris—. Más dulce que la uva.

Eset trató de hablar, pero su voz jadeante temblaba por la embriaguez. Sus caderas comenzaron a moverse por voluntad propia y trató de ladear el rostro con la esperanza de que Osiris no notara su imperioso deseo cuando éste descansó su cabeza sobre su pecho y ella posó sus manos sobre su rostro, acariciándolo, entretejiendo los dedos en su cabello. Comenzó a sentir cómo la lengua de Osiris trazaba una larga línea descendente antes de detenerse en su suave y redondeado vientre.

«¿Qué me está ocurriendo? —pensó, alarmada—. ¿Qué estamos haciendo?»

Trató de levantarse. Osiris intuyó su preocupación, sujetó las manos de Eset y entrelazó sus dedos con los de ella en una danza íntima mientras seguía avanzando. Con un grito de espanto, Eset lo empujó. Aquel fuego la consumiría. Los consumiría a ambos.

Osiris alzó la vista hacia ella. Sus ojos revelaban una herida profunda.

—¡No! —gritó ella.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Entonces no te resistas.

—Debemos resistir.

—Tú eres el trono, yo soy el rey. Nuestra unión es inevitable.

Eset se incorporó.

—Debemos detenernos, Osiris.

—Eset, es nuestro destino —insistió él—. ¿Qué vergüenza puede haber en nuestra unión?

—¿Unión? —musitó ella.

—Siempre hemos sido inseparables, siempre nos hemos amado así.

—Así no —replicó Eset despacio—. Aunque, sí, siempre nos hemos amado.

—Entonces es nuestro destino, el siguiente paso es la unión eterna.

Los ojos de Eset se anegaron en lágrimas.

—No me obligues, Osiris. Sabes que jamás te he podido negar nada. Sin embargo, esto...

—¿Por qué estás tan preocupada? Siempre nos hemos acariciado. Nos abrazábamos en la matriz.

Eset se vio invadida por el miedo a perderlo. Por una vez en su vida dudaba, dudaba sobre lo que debía hacer.

—Aquello era diferente.

Despacio, Osiris se levantó.

—Entonces, que así sea.

Eset alargó los brazos y le cogió la mano.

—¿Adónde vas?

—No puedo estar contigo como antes, Eset, pero jamás te forzaré.

Eset se aferró a su mano, temblando. Por un instante, pareció que Osiris iba a claudicar, a volver con ella, a acariciarla, a besarla, a consolarla. Sin embargo, con un movimiento brusco, se deshizo de su mano.

Eset lo miró, confundida, las lágrimas saltándole de los ojos. Había ido demasiado lejos. Lo había perdido.

—¡Osiris! —le llamó—. Vuelve.

Osiris se dirigió lentamente hacia la orilla y saltó de un esqui-fe varado a un tocón de árbol.

—¿Adónde vas Osiris?

No respondió.

—¡Osiris! Vuelve. No me dejes. Debemos estar juntos.

Los ojos de Osiris se llenaron de tristeza cuando la miró por última vez. Eset vio el brillo de la determinación, acerado, tras su dolor.

—No como antes, Eset. Ya nunca como antes.

El corazón de Eset se detuvo. Aquello era lo que había temi-

do. Ella había cambiado por dentro, estaba vacía. Si él se hubiera quedado, ella habría hecho lo que le hubiera pedido, pues también lo deseaba en cuerpo y alma. Sin embargo, no podía hacerlo volver con aquella promesa. Si él deseaba volver con ella, debería ser por voluntad propia.

Eset se volvió y regresó a casa. Desde la puerta, miró hacia atrás. Su mirada voló hasta el extremo de la calle. Ni rastro de Osiris. Lo había ofendido y él se había marchado. Con los ojos arrasados por las lágrimas, cerró la puerta de su morada de un portazo y lanzó su peso contra los enormes cerrojos, de modo que traquetearon y chirriaron cuando los corrió. Si Osiris no la visitaba, nadie lo haría. Sus puertas estarían cerradas. Al otro lado, en algún sitio bajo el cielo, quedaba su despreocupada infancia. Detrás de la puerta cerrada, una mujer colmada de dolor a causa de la separación, del anhelo de su amado.

—Y durante todo el tiempo que agonizaste —sonrió Nut—, Osiris estuvo completamente determinado a ganarte. Mientras él se embarcaba para visitarnos, seguía preguntándose si le querías. Sin embargo, estaba concentrado en su viaje.

—Viajaré hacia el norte en la barca, llevando mi hato de juncos, a Menfis. Allí le confesaré a Ptah, el señor de la verdad, que Eset es mi único amor. Le suplicaré: «Entrégame a mi hermana esta noche, señor. El río es como el vino, sus torrentes son poderosos, Ptah, su follaje la gran leona Sejmet, diosas en los brotes y las flores de loto. La dorada Hathor alegremente ilumina la tierra con sus bendiciones. Todo Menfis es un cuenco de frutas colocado ante mi amor, la del bello semblante. Y si, tras obtener la aprobación de la Enéada —los Nueve Grandes— Eset todavía me rechaza, entonces yaceré y caeré enfermo. Mi hermana vendrá, porque es poderosa con la medicina. Los médicos no serán necesarios, sólo ella conoce mi mal».

—Ptah le dijo a Osiris que no erais como los hermanos y hermanas nacidos de los hombres entre los que el amor fraternal está prohibido, que los señores de la creación se rigen por normas diferentes. Para poder transmitir su grandeza, deben procrear. Le recordó a Osiris que erais los hijos de la pareja primigenia: Geb, mi hermano, y yo. Y le recordé cómo nos amábamos y nos abrazábamos hasta que Tefnut, la Atmósfera, nos separó. Luego te concebimos a ti con Osiris y a Set con Neftis. Como parejas, unidos por un cometido cósmico, estabais destinados a hacer el amor. Será vuestro amor el que engendrará a los líderes humanos a los que llamarán faraones. Osiris y tú os reencarnaréis en ellos y ellos, también, se casarán hermanos con hermanas.

—Estaba enferma de amor, Madre —murmuró Eset—. Lo olvidé todo menos el poder y la fuerza de la pasión y la unión. Qué inflexible fui cuando Osiris volvió. No lo dejé entrar. Mi pasión me había sumido en tal confusión que sentí miedo, rabia, deseo y vergüenza, todo a la vez. Sin embargo, él se quedó junto a mi puerta, llamándome, sin preocuparle que alguien pudiera oírlo.

—Estoy en la mansión de mi hermana. Las hojas de las puertas están abiertas, pero el cerrojo está echado. Eset está enfadada conmigo. Si fuera el guardián de su puerta, entraría y haría que descargara su ira en mí.

Eset oyó su voz y se acercó a la ventana.

—¿Cómo te atreves a cantar a mi puerta? —le dijo.

—¿Acaso mis canciones te ofenden? Hubo un tiempo te parecían sonidos dulces. ¿Por qué estás enfadada conmigo?

—Me dejaste. Te alejaste de mí, sin decir adiós. Me abandonaste sin una palabra de explicación.

—¿Que te abandoné? ¡Nunca te he abandonado!

Eset desapareció del alféizar, bajó hasta la puerta, recorrió el cerrojo y se lanzó contra el sorprendido Osiris.

—Te fuiste antes de que acabáramos de hablar. —Le comenzó a arañar como una mujer enloquecida. Osiris deslizó sus brazos a través de los de ella, acunó las mejillas de Eset con sus manos y las acarició, con firmeza, con ternura. Le secó las lágrimas, le apartó los mechones de cabello ondulado de los ojos y los colocó detrás de las orejas.

—Chsss —susurró Osiris—. Escúchame, amor mío. Escúchame. Fui a resolver la cuestión de una vez por todas. Jamás podría abandonarte. ¿No nos concibieron juntos? Las normas del resto no volverán a alejarme de ti. Por eso me fui.

Eset alzó la vista con la boca abierta.

—¿Adónde fuiste? —sollozó—. ¿Y por qué has tardado tanto en volver?

—Fui al norte a ver a Ptah. Quería reclamarte sin ambigüedades y con orgullo ante la Enéada. Quería dejar sentado que tú eres mía y yo soy tuyo. Juntos y separados.

—Juntos —murmuró Eset—, siempre juntos. No puedo estar separada de ti, Osiris. No poseo tu fuerza.

Sin embargo, ahora se encuentra atrapada en una especie de tierra en medio de la nada, deambulando tras sus huellas. En busca de señales —cierta canción, cierta fragancia, cierto icono— en su solitaria inexistencia, un rostro itinerante como el suyo, llorando a su mitad perdida. A medida que pasan los años, Eset tiene la convicción innata de que los niños serán los que le proporcionarán las pistas sobre el paradero de Osiris, los niños, los poseedores de las Cuatro Partes del cuerpo, *Ka* la fuerza vital, *Ba* el espíritu, cuya unión forma *aj*, y *sahu* o *khou*, la sombra inevitable. Sí, ellos están cercanos a la creación, aún ligados a sus instintos, a su ojo interior. Distinguen las sombras, ven a través de la oscuridad. Les inunda la mente de historias que cuentan su anhelo. Ellos le hablan; sin embargo, no le pueden desvelar lo suficiente.

Sigue errando, buscando, indagando, hasta que un día llega a una pequeña aldea desierta. En la distancia, al pie de los escalones del templo, distingue a un niño. Está sentado solo, apartado del resto, con un papiro delante de él.

—Si te cuento una historia, ¿me predecirás el futuro?

El gran rey Sol se estaba preparando para asistir al banquete de su hermano. Eset, su hermana, no lo aprobaba.

—¿Por qué debes ir? —le preguntó—. Nuestro hermano Set no crea más que problemas. ¿Qué es lo que deseas celebrar con él?

Osiris se quedó perplejo.

—Nos está tendiendo la mano de la amistad, Eset. ¿Por qué íbamos a ofenderle? Es nuestro hermano. No quiero ser su enemigo.

Eset ocultó su rabia.

—Tú eres el Rey de Reyes, Osiris, deberías ser mejor juez. ¿Nunca aprenderás a protegerte?

Osiris depositó un fugaz beso sobre su cabello. Fue tan dulce. Osiris parecía perplejo, algo ofendido. Luego se marchó.

«Ay, Osiris —pensó Eset con ternura—. Te he hablado con amor. No puedo estar en todas partes para protegerte. Ve con cuidado, regresa sano y sin demora.»

Osiris entró en el salón de la morada de Set. Estaba abarrotado de rostros desconocidos. Sin embargo, todo el mundo conocía a Osiris, el gran maestro, propagador de sabiduría, cultivador de trigo.

Cuando las celebraciones se encontraban en el punto álgido y la gente disfrutaba de un festín de alimentos exquisitos y degustaba deliciosos vinos, diez hombres entraron acarreado sobre los hombros un baúl magnífico. «¿Qué podrá ser eso?», la pregunta resonaba por toda la sala. «¿Qué sorpresa habrá preparado Set para sus invitados?»

No tuvieron que esperar demasiado. Set tomó posición junto al arcón y dio una palmada con mucha ceremonia.

—Amigos —gritó. Su voz metálica y cortante hacía estremecer de nerviosismo como la de ningún otro rey—. ¿Veis este espléndido arcón? Lo encargué especialmente. Lo encargué para vuestro deleite. Ahora, cualquiera de los aquí presentes tiene la oportunidad de ganar el arcón. Sólo hay una condición. Primero tenéis que yacer en él. Aquél cuyo cuerpo encaje ganará el arcón para su casa.

Enseguida, los invitados de Set comenzaron a entrar y salir del arca. «Set pretende aparentar generosidad, mas sin desprenderse del arcón», murmuraban los participantes contrariados.

A medida que se acercaba la medianoche, la mayoría lo había probado y había descubierto que era demasiado grande. Finalmente, sólo quedó Osiris. Set se le acercó.

—Hermano, ¿has probado suerte?

Osiris rió.

—¿Suerte? No, Set. No necesito un arcón, aunque debo admitir que está bellamente trabajado.

—Es un juego, hermano mío —lo embaucó Set—. ¿Todavía estás demasiado sobrio como para jugar? Recuerdo que de niño siempre tratabas de encontrar un sentido más profundo detrás de un simple juego. Ahora bien, esperaba que la edad te hubiera suavizado, que te hubiera proporcionado un corazón menos atribulado... y que con la deliciosa Eset a tu lado se te hubiera desarrollado el gusto por la diversión. Sin embargo, no tiene ninguna importancia.

Se volvió para alejarse.

Osiris lo cogió del hombro.

—Qué invitado más descortés soy, Set. Por supuesto que jugaré.

Set parecía triunfante. Cogió la mano de Osiris y lo condujo casi a la carrera hacia la tarima donde se encontraba el arcón.

Con un gesto ordenó a sus hombres que abrieran la tapa con bisagras. Seis hombres enormes se agacharon para levantarla y luego dejarla abierta con cuidado.

Osiris dio un paso al frente y miró el hueco oscuro. Sintió una punzada de incomodidad. La caja era como un sarcófago, apenas más grande que su lecho. Bueno, entraría. No era pedir demasiado viniendo de un hermano. Set había sido encantador y atento durante toda la velada. Se alzó sobre el lado del arcón y se tumbó en el fondo.

Una respiración contenida recorrió toda la sala —encajaba a la perfección—, seguida del pensamiento que Set había construido el arcón para acomodar a su hermano porque quería recuperar su favor. Sin embargo, mientras las sospechas usuales circulaban por la sala, los seis gigantes de Set cerraron la tapa y ciñeron la caja con cadenas de hierro y cerrojos con Osiris todavía dentro.

Y, mientras los sorprendidos comensales seguían observando, diez hombres se llevaron el arcón y se encaminaron hacia el Nilo, poniendo cuidado en que el camino no pasara junto al palacio. Set les había dicho a sus hombres que no se preocuparan si todo el pueblo de Egipto era testigo del acto, no tenían poder. Sin embargo, Eset, la eterna guardiana de Osiris, reina de reinas, una maga poderosa, debía permanecer en la ignorancia a toda costa. Una vez que Osiris fuera llevado al Nilo dentro del sarcófago y abandonado, flotando a la deriva en su sitial para fallecer de una muerte lenta por asfixia y así dejar a Set al mando de Egipto, sin duda ella lo descubriría.

Y Eset, la maga, se revolvió y se agitó en el lecho durante toda la noche, atormentada, pensando: «No ha vuelto. Lo he ofendido y ahora se ha alejado de mí. Mañana iré a buscarlo a casa de Set. Le proporcionaré medicinas saludables y le demostraré mi amor. Verá mi puerta abierta y regresará a nuestro palacio».

Sin embargo, Osiris no volvió. Eset oyó la historia al día siguiente. Se vistió de luto, se cortó el pelo y emprendió la búsqueda de su marido. Deambuló de ciudad en ciudad, a través del desierto y junto a las orillas, por montañas y valles y páramos. Había deambulado sin descanso en busca de Osiris durante tantos años que los niños pequeños crecieron oyendo desde su nacimiento la historia de La Plañidera. La Plañidera, la amante cuya búsqueda nunca llega a su fin.

Eset ve sus propios pensamientos reflejados en la mente del niño y sabe que él puede ayudarla si se presta a escuchar con atención. Lo sabe gracias a la sabiduría de aquellos ojos jóvenes, viejos tiempo atrás, en los que el espíritu ancestral aún sobrevive.

—Vi el sarcófago, el mismo que has descrito. Estaba en la ribera de un río, arrastrado por la corriente.

Las manos de Eset se crispan, le coge las muñecas, pero él no se estremece.

—¿El Nilo? —le pregunta—. ¿Qué parte del Nilo?

—No lo sé —responde el niño—. Sólo una orilla en algún sitio, junto a un templo, un sitio adonde la gente del rey va y viene. Está varado entre los juncos. Lo veo descansando contra un árbol joven.

—Eso podría ser cualquier orilla de cualquier río —replicó Eset con suavidad. Se acerca un poco más al niño, lo envuelve entre sus brazos, lo atrae hacia sí hasta que la espalda del pequeño, la curva de su cuerpo, encaja perfectamente con la suya. Ella, el trono, él, el ocupante. Porque ahora él es su Osiris. Le pone una mano en la frente, acariciándolo. Le atrae la cabeza hacia atrás, sobre su hombro, y reposa la otra mano sobre sus ojos. El niño siente como si las olas le lamieran la piel.

—Cierra los ojos y mira con la mente. Escucha con el Ojo de Hathor, absorbe con el Ojo de Amón, el Sol.

El niño obedece.

—Primero dejó el Nilo y se lanzó hacia el Gran Mar.

La vida abandona a Eset.

—¿El mar? Podría estar en cualquier parte del mundo.

El niño atrae todo el poder de los extremos de su cuerpo hacia el centro de su ser.

—El río está en las orillas de un lugar llamado... Biblos.

Eset lo abraza, besa los labios, dulces y todavía cerrados ojos que han visto a su amor.

—Tu vida estará llena de ternura y sabiduría —le dice—. Serás amado por todos aquellos que te miren. Serás un elegido de Eset.

—¿Eset? —Los ojos del niño se abren de golpe—. ¿Tú?

Eset se levanta.

—Tengo que irme.

La Plañidera se sienta en el borde de una fuente junto a un pozo, triste, desesperada. Sus ojos recorren las arenas pobladas de carrizos del río que fluye por aquel estrecho de Biblos. Ha buscado, cómo ha buscado, el sarcófago, el árbol joven contra el que el niño escriba dijo que descansaba... mas no ha encontrado nada. Aun así, el resto encaja con su descripción a la perfección. El templo, la fuente, es una mera cuestión de tiempo que alguien se acerque. Eset se pone en pie, camina arriba y abajo. Ve un montículo enorme, un vasto cráter lleno de raíces e insectos y cubierto de carrizos y juncos. Eset introduce la mano en el cráter, la retira desmenuzando la tierra entre las puntas de los dedos. Con calma se lleva los dedos a la nariz e inhala la rica y penetrante fragancia de la tierra. Es el olor de la ambrosía. Allí debió crecer una vez el árbol que dio cobijo a Osiris. ¿Quién habría retirado el sarcófago? El niño escriba había hablado de la «gente del rey». Quizás ellos hubieran visto el arcón enjoyado y el árbol que lo protegía. La tierra con fra-

gancia a ambrosía le cuenta que el árbol fue bañado en un perfume divino como recompensa por proporcionar cobijo a Osiris. Seguramente habrían decidido trasladarlo a palacio. ¿Quién dejaría aquellas cosas fuera, a la intemperie?

Eset vuelve a la fuente. Ya no le cabe duda de que debe visitar el palacio del rey de Biblos y preguntar por el sarcófago enjovado que contenía a su amante. Les ofrecerá un trato. Ellos se pueden quedar el sarcófago y todas las riquezas de su interior y ella se llevará a Osiris. Su corazón comienza a latir con violencia ante la idea de volver a tocar aquella amada figura y por unos instantes se queda absorta en los recuerdos.

¡Y por allí llegan algunas mujeres! Volubles, risueñas, juguetonas, siguen su camino hacia los escalones del templo. Visten con lujo, los jarros y las vasijas son claramente de gran calidad. «La gente del rey», había dicho el niño.

Poco a poco, Eset se pone en pie. Se desliza hasta la orilla, se lava la cara con agua, se acomoda las ropas, pasa una mano mágica sobre sí misma. Luego se dirige hacia el pórtico del templo. Ellas se quedan en el templo durante una hora o dos. ¿Y qué es eso para Eset, quien ha deambulado durante años en busca de su amor perdido? No se da cuenta del paso del tiempo y espera en su tranquila eternidad. Las mujeres salen y ven a Eset. Se detienen, embelesadas ante la mujer misteriosa, sombría, hermosa y quieta, muy quieta.

Eset sonríe, alza una mano a modo de saludo. Las mujeres se mueven a la vez y forman un semicírculo a su alrededor.

—¿Quién eres tú, hermosa mujer? —pregunta una joven alta y oronda.

—Soy Eset de Filae —responde—. ¿Quiénes sois vosotras?

—Somos las doncellas de la reina. Hemos venido a recoger varios jarros de agua bendita para bañarla y purificarla. Acaba de dar a luz a su segundo hijo.

Eset inclina la cabeza.

—Es afortunada al ser bendecida con dos hijos.

—¿Y qué es lo que te trae aquí, Eset de Filae?

Eset deja escapar una suave, profunda y muda risa que recorre las mujeres y la tierra.

—¿Qué me trae? Ah, una larga y ancestral búsqueda. Soy la Buscadora. Pero acercaos, jóvenes mujeres de la ciudad, y dejadme acicalaros. Dejad que me ocupe de vuestros cabellos y os embriague con mi aliento.

Tiende las manos y una a una las mujeres se acercan y se dejan acicalar y trenzar el cabello, tersar la piel y exhalar ambrosía sobre ellas de modo que desprenden una fragancia mística cuando se mueven. Encantadas, vuelven al palacio del rey Malcathros, llevando los jarros de agua para bañar a la reina.

Cuando se marchan, Eset espera y observa hasta que vislumbra una nube de polvo en la distancia. Se eleva cada vez más, luego, lentamente, se posa. Aparece una figura. Las mujeres que Eset acaba de acicalar se apiñan a su alrededor. Brillan y desprenden destellos, debilitan la luz de la reina mientras conducen a su señora hacia Eset.

—Eres Eset —dice la reina—. He venido a verte.

Eset no se inclina y percibe la sorpresa en el rostro de la reina.

—Soy Astarté, reina de Biblos. Quiero que me acicales como has acicalado a mis doncellas.

Eset sonrío.

—Ven —dice—. Siéntate aquí, a mis pies.

La reina se arrodilla en el suelo sin demora. Está en trance. Eset la tiende. Le peina el cabello, lo aceita y lo trenza, limpia y unge su piel. Dibuja líneas de antimonio sobre sus ojos, le cubre los párpados con el más puro lapislázuli machacado realzado con polvo de oro, le pinta los labios con ungüentos extraídos de la piedra roja y los tintes de plantas y frutas. Cuando ha terminado, envuelve a Astarté en sus brazos y la cubre con su

aliento. La piel de la reina comienza a brillar y el aire se vuelve embriagador gracias al perfume de la ambrosía.

La reina Astarté alza la vista hacia Eset, de ojos azabache.

—Ven conmigo a mi palacio, Buscadora —le ruega—. Tengo trabajo para ti. Debes cuidar a mi nuevo hijo. Mi hijo pequeño.

Eset inclina la cabeza en señal de aceptación. Acepta el puesto de sirvienta, pero su gesto es imperioso, majestuoso.

—Siéntate a mi lado en el carruaje —le indica Astarté.

Sus sirvientas observan, atónitas, cuando le tiende la mano de Eset al cochero y sube tras ella.

—La reina está embrujada —susurran entre ellas.

El niño salta de las manos de su madre a las de Eset, como una ola volviendo al mar y fundiéndose con él, el agua con el agua. El rey y la reina están sorprendidos, pero felices.

—El príncipe niño será feliz —asegura el rey—. Has escogido bien, Astarté.

Eset acerca el niño a su pecho y le invade una oleada de emoción. Estaba escrito que ella sería madre. Ahora, tal vez nunca fuera así. Se da la vuelta para seguir a una mujer que la espera dispuesta a conducirla a la habitación del niño príncipe. El niño agita sus bracitos y el ojo de Eset se ve atraído hacia una de las altas columnas que se alzan hasta el techo del palacio. Es diferente a las demás. Su madera procede del tamarisco mientras que las otras son de cedro. Se desliza hasta él aturdida mientras el pequeño gorjea y balbucea, estirando su cuerpecito hacia la columna. Eset se dirige hacia donde se inclina el niño, quien toca la columna embargado por la alegría, tratando de abrazarla, pero sus bracitos sólo abarcan una parte pequeña del frontal y descansa la boca contra la superficie pulida. La saliva se mezcla con la madera de la columna y desprende un intenso perfume.

—Osiris. —Eset aspira—. Me has conducido hasta Osiris.

Eset no sabe cómo Osiris y el tamarisco están unidos, pero

sabe que contiene su esencia. Premiará al niño por llevarla hasta allí. Le otorgará la inmortalidad. Todas las noches, cuando Eset pondera la cuestión de la presencia de Osiris en la columna, se transforma en un gavilán y vuela en círculos alrededor del niño creando una llama mágica de fuego que calcina su mortalidad. El infante será inmortal, podrá permanecer en este mundo, disfrutar de sus efímeros placeres, mas tendrá un puente hacia el Otro Mundo. Tal vez también será su guía hacia Osiris.

En lo profundo de la noche, cuando el niño duerme, Eset obra su magia. Con paciencia, vuela en círculos a su alrededor quemando la jaula engranada con precisión de hilos intangibles que remolcan y estiran las partes mortales hacia la enfermedad, las dolencias y la vejez. Poco a poco, el capullo que ata su pequeña forma al mundo de fenómenos se disuelve. Al final, tan sólo resta la cáscara interior aferrada a su espalda como la envoltura de un huevo en una telaraña. Eset se sumerge en el ritual final. Siente la sangre latir y cantar en su cuerpo cuando se transforma en pájaro y comienza a volar. Al tiempo que vuela en círculos sobre él, sus lustrosas alas avivan la llamarada mágica tras las plumas de su cola ahorquillada. Antes de que llegue el amanecer, el niño será inmortal. Libre de ataduras, libre de la esclavitud humana, con un brillo eterno.

Un grito interrumpe el ritual.

Astarté cruza el anillo de fuego y coge a su hijo. Eset se queda junto a la cuna, llorando. Nunca habrá de ser. Ve cómo las hebras grises plateadas reaparecen, tejiéndose al instante alrededor del niño, amarrándolo a su mortalidad. Nunca habrá de ser.

—¡Criatura malvada! —grita Astarté—. Te confié a mi hijo, fui buena contigo, te honré y tú estás tratando de matarlo.

En los ojos azabache de Eset ardía el fuego ritual, lanzaban llamas cuando dirigió su mirada hacia Astarté. La insensata mujer se lamenta y llora.

—Mi niño, mi pobre e indefenso niño. Estabas quemando a mi niño, hechicera.

—Insensata, mujer insensata —dice Eset al fin—. Soy Eset, la reina de Egipto, madre de la humanidad. Tu niño habría sido inmortal. Has destruido el rito.

Sin embargo, Astarté no lo entiende. Sus gritos atraen a Malcathros a la estancia. Sus ojos están fijos en Eset, alta, luminosa, una torre de marfil, lapislázuli, plata y oro. El espejismo que ocultaba la identidad se ha desvanecido. Cae de rodillas.

—Eset —grita con la cabeza en el suelo—. La Todopoderosa. La Única, la hermana sin par. Perdona a Astarté. Perdónanos a ambos.

El corazón de Eset se llena de misericordia. Nunca castiga a los arrepentidos.

—Dime cómo puedo expiar nuestros pecados. Toma lo que quieras de mí. Déjame tan sólo a mi familia. ¿Hay algo que pueda ofrecerte que te merezca?

—La columna de tamarisco de tu corte —la voz de Eset es suave.

—¿La columna perfumada?

Eset asiente con la cabeza.

—Es tuya.

—Me marcharé con ella mañana.

—¿Mañana? Pero... gran reina, la columna soporta toda la estructura de mi palacio. Necesitaré tiempo.

Eset sonrío y la estancia se llena con su calidez.

—Tu palacio seguirá en pie, firme, porque así lo ordeno.

Una vez más, el rey Malcathros baja la cabeza ante sus pies.

—Hágase tu voluntad.

En la sala, Eset extrae el pilar sin esfuerzo de su base, corta el tronco del tamarisco que libera una fragancia en el aire. Dentro encuentra el sarcófago sellado. Lo extrae y devuelve el tronco del árbol a su posición original.

—Sabed —dice Eset cuando pasa junto a Astarté y Malcathros, tocando su ser más profundo con su presencia— que vuestro hijo podría haber sido el primer humano que se convirtiera en inmortal, pero qué se le va a hacer... No obstante, la vida le sonreirá.

Instantes después había desaparecido.

El Nilo es tenebroso y fluye lentamente. En su barca, Eset, luminosa como la luna, envuelta en las aguas de su dolor, yace junto al sarcófago abierto. Las gemas del arcón atraen su luz cuando se acerca y le devuelven el brillo como esferas celestiales. Dentro, en las oscuras profundidades, yace Osiris. Su silencio es el fracaso de ella, su quietud su herida. Grita de dolor inclinándose sobre el sarcófago. Le acaricia las mejillas, pero su cuerpo inerte no responde.

—Ay, amor mío —llora acostándose junto a la forma sin vida, tan tranquila y suave.

No está muerto, sólo duerme, no puede haber dejado la vida. Lo siente dentro de ella. El rostro de Eset se inclina sobre el de Osiris. Luego junta su mejilla con la de él y siente aquella energía estática. Alza el rostro, cubre el de él con caricias, lentas, seguras, le roza la frente con los labios, siembra tiernos besos en sus ojos, en sus mejillas; después, agarra el rostro firmemente entre sus manos, le ofrece una firme y lenta bienvenida en su boca.

Su alma llama a la de Osiris. Él responderá. Siempre ha respondido.

—¿Recuerdas cuando me enfadé contigo? Te tendiste y caíste enfermo. Los médicos se apiñaban alrededor de tu lecho y corrió la voz de que Osiris estaba enfermo, el Hermano estaba enfermo. Y en cuanto oí aquellas palabras, lo dejé todo, mi comida quedó en el plato, mi cabello no estaba trenzado, mis pies estaban descalzos, y corrí a tu lado, mi amado esposo. Al

principio, los médicos no se movieron para hacerme sitio. Estaba desesperada. Nut, nuestra madre, me traspasó con su mirada, como un rayo dispuesto a fulminarme. Geb, nuestro padre, frunció el entrecejo como si cientos de nubes de tormenta fueran a descargar sobre mí. Apenas me percaté de todo aquello. Mi corazón latía por estar a tu lado. Sin embargo, se interponían entre los dos. Y entonces tú hablaste. ¿Recuerdas lo que dijiste?

»—Estoy enfermo de amor. Mi hermana está enfadada. Mas ahora está aquí. No necesito ningún médico. Ella conoce mi enfermedad. Ella conoce mi cura.

»Y yo respondí:

»—Yo soy tu cura.

»Ellos partieron y me dejaron llegar a tu lado. Puse mis mejillas junto a las tuyas, te besé la cabeza, los ojos, los labios.

—Y me levanté —la voz de Osiris se hizo eco en el aire.

—¿Te levantarás también ahora?

Eset conoce la respuesta en lo más profundo de su ser.

—No puedo, mi amada.

Eset entierra el rostro en su cuello.

—¿No puedes, Osiris?

—¿Qué no daría yo por estar a tu lado como tú me quieres, Eset!

—¿Tu nuevo mundo te atrae tan fuertemente que no puedes volver a mí?

—Me retiene —respondió con voz desfallecida—. Mi cuerpo está encadenado a ese nuevo lugar con una nueva forma. Pero si supieras, mi amor, mi Eset, que estoy más contigo ahora, en espíritu, en presencia, de lo que lo he estado nunca.

Eset siente el dolor del conflicto de Osiris, la lucha que ella está creando en él. Eset está cuestionando la aceptación de Osiris de su función en el orden cósmico. Sabe que nunca jamás lo volverá a poseer como antes lo hiciera.

—Créeme si te digo que estoy contigo en todas partes, siempre. Si pudieras creerme...

—Déjame curarte las heridas —dice ella—. Mis medicinas siempre te sanaron. Mi magia nunca falló antes.

Eset se incorpora, desnuda el cuerpo maltrecho de Osiris, unge su piel de aceites perfumados, resuelta, con delicadeza, por sus extremidades. Le masajea los pies, las piernas. Sus dedos alcanzan su estómago, de una punta a otra, acaricia, frota, estimula; luego pasa al pecho, lentamente rodea sus pezones dorados. Instintivamente, inclina la cabeza hacia las cicatrices, las besa, las sella con su lengua, observa cómo desaparecen. Está tumbada junto a él, como muchas otras veces antes, recordando cómo Osiris se quedaba inerte tras sus placenteras atenciones con las piernas pesadas por la gratificación del deseo. Y entonces también sintió que él estaba y no estaba allí, en su lecho, tocando su cuerpo, aunque, de alguna manera, etéreo. Con un gemido, medio extático, medio desgarrado por el tormento, Eset cubre su cuello de besos. Osiris responderá. Muy pronto, Osiris se alzaré, se girará hacia ella y le devolverá sus atenciones, exigente, al principio casi con violencia, luego tierno y rítmico como el canto de las olas batiendo contra ella. El deseo de Eset siempre enardece el de Osiris. Eset entierra sus dedos en el cabello de la nuca, lo rodea con sus brazos mientras se estremece contra su cuerpo y espera, a la expectativa.

Osiris no se mueve. Eset se incorpora para mirarlo a la cara apoyando sus antebrazos delicadamente sobre su pecho sanado. ¿Ha visto cómo temblaban sus párpados? ¿El atisbo de una sonrisa en sus labios? ¿Es aquél un nuevo juego de Osiris para prolongar su placer? Estudia su rostro y luego se retira con un respingo. Ha visto un velo estremecerse entre los dos. Un velo sobrenatural que la separa irrevocablemente de él.

—¿Por qué lo atormentas? —pregunta una voz—. ¿Por qué intentas hacerlo volver con tu lástima a la vida terrena?

—¿Eres tú, Neit? —la voz de Eset es un suspiro.

—Sí, heme aquí. Neit del templo de Sais.

—He visto tu velo separándolo de mí.

—Ay, Eset. No has comprendido mi enigma. Si vieras en qué parte del velo te encuentras, no te lamentarías, ni te resistirías de este modo.

—¿Por qué ha de ser apartado de mi lado?

—¿Apartado de tu lado? Osiris viajó por todo el mundo sin ti, enseñando, predicando, civilizando y cambiando el mundo. ¿Pensaste entonces que te había abandonado? No, estaba llevando a cabo su deber, cumpliendo con un cometido predestinado. Esto no es diferente. Y aun así tú te lamentas y deambulas por el mundo sin objetivo, sembrando la devastación, exigiendo su vuelta.

—Pero entonces sabía que estaba vivo y que volvería.

—¿Crees que está muerto?

Eset miró el cuerpo de Osiris.

—¿No lo está?

—Está más vivo, es más libre, más palpitante que nunca.

—No lo entiendo.

—Tu trabajo en la tierra no ha finalizado. Deja de clamar por Osiris y ocúpate de tus deberes. Eres el trono, la protectora de la soberanía de Egipto. Haz tu trabajo.

Los velos de Neit se arremolinaron a su alrededor, sombras diáfanas que atraparon los destellos lunares y que brillaron durante un instante, antes de desvanecerse. Y en el susurro provocado por los ropajes, Eset oye el mensaje críptico y susurrado de Neit: «Cuando resuelvas el enigma, no volverás a añorarlo. La muerte y la distancia son estados de la mente. Aún has de hallar el continuo. Soy todo lo que ha sido, es y será, y ningún mortal ha sido capaz de alzar el velo que me cubre. Pero tú, Eset, un día formarás parte de mis misterios. Cuando finalices tu tarea. Cuando recuerdes que no eres mortal».

Eset se lanza sobre Osiris una vez más. Esta vez lo acuna con ternura entre sus brazos, recuerda los momentos más tiernos que pasaron juntos, las palabras más dulces que se dijeron. En la distancia, un amanecer enojado comienza a manifestarse a regañadientes.

Eset descansa la cabeza de su amante y se levanta mirándolo, cantando las palabras de un conjuro entre dientes. En cuestión de segundos se ha metamorfoseado en un halcón. Sus plumas brillan, sus ojos refulgen como gemas y el aleteo de sus alas es como una canción celestial. Da vueltas y más vueltas y más vueltas y más vueltas sobre Osiris, respira a través de todas las partículas de su cuerpo de ave. Su aliento es como la brisa de la mañana, estimula y reaviva el sueño más profundo con su beso mágico. Osiris se agita. Ella se acerca, sin dejar de dar vueltas. Osiris se ha despertado. Compartirá un nuevo momento con él. Con un suave chillido, coloca su cuerpo junto al suyo. Al fin, ¡al fin!, hay vida en él de nuevo. El cuerpo de Osiris late con fuerza y palpita, crece. Sin embargo, esta vez no se tumba sobre ella, con delicadeza deja que ella se tienda sobre él de modo que están acoplados mientras yacen. Moviéndose, moviéndose al unísono, con su delicado plumaje. Ante los ojos de Eset aparece un fabuloso capullo azul, totalmente cerrado. Ve la cara de Osiris a través de los párpados sellados cuando los estremecimientos del gozo vibran a través de su cuerpo. Ve cómo el capullo se abre con una explosión y expulsa sus semillas. Eset ve que su vientre se ondula. Vuela hacia atrás, se tambalea a causa de las sacudidas de energía que ha experimentado. Cuando baja la vista, Osiris está inmóvil.

Eset vuelve a su forma natural... Eset, la grande. Todavía ha de comprender qué ha ocurrido entre ellos, qué ha pasado. Lo único que sabe es que ha conseguido llevar a cabo parte de la función cósmica de la que Neit habló: su cometido en el mundo de los humanos.

Eset vuelve a su tierra natal, pero se queda en el bosque que bordea el Nilo. Se construye una morada con juncos y hierba, un lecho de hojas y una almohada de plumas. Oculta a Osiris en su sarcófago en un profundo túmulo de arena compacta cubierto de hierba y maleza y esparce sobre él flores que crecen cerca del mar. Se aleja de Set. Busca comida durante el día y por las noches se acuesta despierta, ponderando su siguiente movimiento, recordando el mandamiento de Neit. Esta noche Osiris ocupa sus pensamientos más de lo habitual.

Eset se revuelve en el lecho. Vuelve la cabeza a un lado de la almohada, luego al otro. Sus sonrojadas y calientes mejillas buscan un lugar frío. Ve el Nilo, hostil, castigador, henchirse por momentos. Rugiente. Sobre su furioso rugido, oye una voz grave y musical.

El amor de mi hermana está en la otra orilla
 el río se interpone entre nuestros cuerpos:
 las aguas son impetuosas durante las inundaciones,
 un cocodrilo aguarda en los bajíos.
 Mi hermana ha venido, mi corazón se regocija,
 mis brazos se abren para abrazarla;
 mi corazón salta de alegría,
 como el pez rojo en su estanque.
 Ay, noche, sé mía para siempre,
 ahora que la reina ha vuelto.

—¡Osiris! —grita Eset—. Aquí, Osiris. Estoy aquí.
 Al otro lado de las turbulentas aguas, ahora más calmadas,
 ve a su amante, a su hermano y le tiende los brazos.

—Ven a mí, Osiris. Estoy aquí.

Osiris está oculto entre las sombras cuando ella trata de verlo.

—¿Por qué no vienes, Osiris? Sabes que no puedo llegar hasta ti.

Entro en las aguas y desafío a las olas,
mi corazón es fuerte en su interior;
el cocodrilo no me atemoriza,
la crecida es como tierra bajo mis pies.
Es su amor lo que me da fuerzas,
el que hechiza las aguas para mí;
veo el deseo que inunda mi corazón.
¡Cuando ella está allí, mirándome!

De súbito, el río desaparece y Eset vislumbra a su amado en lo alto de un montículo. La sombra de un peral lo cobija y Eset ve los pétalos de sus flores como gotas de lluvia, caen con delicadeza y crean un velo a su alrededor. Siente el familiar vuelco de su corazón. Cuánto anhela ver su rostro a la luz. Cómo anhela salvar la distancia intensificada por la oscuridad que parece envolverlo.

—Déjame verte, Sol de Egipto —grita su corazón—, déjame verte otra vez.

Cierra los ojos, las lágrimas cálidas se agolpan en ellos y comienzan a resbalar lentamente por sus mejillas. Se frota el frescor que se aferra a sus brazos. De súbito, desaparece. Cierta calidez se vierte sobre ella, como el calor que desprende un brasero. ¿Qué nuevo truco está jugando el destino con ella? Eset abre los ojos, atenta a una nueva desgracia.

Una mano vuela hacia sus ojos. El sol brilla radiante y con fuerza. Los pinos también lo sienten, el calor transporta en el aire su perfume, suavemente, hasta Eset. Y allí, en su apogeo, está Osiris. Ay, cómo llora Eset al ver su dulce rostro... Da unos pasos desfallecidos hacia él, luego retrocede. ¿Y si se desvanece, como un sueño, como el humo? ¿Qué hará ella entonces? Se quedará allí, le transmitirá su ternura, saboreará su forma sustancial. No se acercará demasiado, no desea que la proximidad de nuevo se lo lleve de su lado. Osiris no está a más de tres

metros de ella. Extiende los brazos y Eset desea perderse en ellos. Sin embargo, sigue dudando.

—¿Estás enojada conmigo, hermana?

—¿Enojada? —la voz de Eset detiene un sollozo y una risa—. ¿Enojada contigo? ¿Cómo podría estarlo?

Osiris sonríe como si hubiera adivinado algo.

—¿Estás preñada?

Eset se acaricia el vientre con ternura.

—¿Por qué dices eso?

—Eres como un árbol en todo su esplendor a principios de la primavera... joven, lleno de savia. Tu cabello brilla como el nuevo y tierno follaje. Tus ojos son como las flores que preceden al fruto. Contienes un fruto.

Tiende las manos y deja que un raudal de pétalos se congregate allí, de un blanco cremoso, como plumas.

—Tu hijo. ¿Lo apruebas?

—Ay, Eset, Eset, ¿cómo podría ser de otra manera?

Los ojos de Eset están llenos de dolor. Corre hacia él sin importarle ya si es un espectro o una criatura sustancial, deteniéndose sólo cuando está tan cerca que puede sentir las ráfagas de aire causadas por los movimientos de Osiris. Luego todo es quietud.

—¿Puedo tocarte? —Sus ojos se colman de lágrimas.

—Tócame. —El aliento de Osiris es cálido en la mejilla de Eset—. Tócame, amor mío. Estoy a tu lado.

Eset se derrumba sobre el pecho de Osiris.

—No puedo perderte otra vez.

Osiris la abraza, sus fuertes y familiares brazos la sujetan con firmeza contra él. Durante largo tiempo descansa su mejilla sobre la cabeza de Eset. Le besa el cabello, la frente, los ojos.

—Estás turbada —dice él—. ¿Por qué? He venido a traerte paz.

—Sé que debemos volver a separarnos.

—Ay, amor mío —suspira con el pesar contenido de cientos de separaciones—, sólo morimos una vez. Esa muerte se acabó. Si supieras que siempre estoy contigo. El cuerpo no importa, es la esencia. Y ahora tú la envuelves con tu cuerpo.

Un lamento ahoga la garganta de Eset.

—Lo sé, lo sé —llora—. Lo que dices ha de ser cierto. Pero ahora, aquí, tus palabras parecen vacías. Te quiero así, Osiris, siempre así.

Lo abraza con fuerza sabiendo que está a punto de partir.

—Solo —suspira con los ojos abiertos contra la almohada—, volverás a caminar solo. Sin mí.

—Mas tu presencia me acompaña, amada. —El susurro llega a ella a través del sueño, a través del agua, a través del vacío infinito—. ¿No me sientes aun cuando no puedes verme? Yo te siento. Mi amor, mi esencia siempre está contigo. Como la tuya permanece conmigo.

En la lejanía, una sombra se dispersa rodeada de muchos soles.

No obstante, ahora la almohada está fresca contra su mejilla. Osiris ha estado con ella. En su lecho. Le ha dado nuevas fuerzas. El cometido terrenal de Eset crece en su vientre, el hijo de Osiris, Horus el primer rey, a quien ella entronizará. Luego será libre para viajar por todos los mundos.

El dolor de la separación es bruma sobre el agua, nada ante el sol.

La balada de Skirnir

Es fascinante cómo la gente, en los cuentos de hadas, se enamora de una imagen o de una idea. La agitación y los enormes riesgos que se está dispuesto a correr para alcanzar la unión reflejan la intensidad del deseo por el objeto amado. El elemento erótico reside en la búsqueda.

Freyr, el hijo de Jord, se sentó un día en Hlidskjalf, el trono de Odín, y desde allí contempló todos los mundos. Volvió la vista hacia Jotunheim, la Tierra de los Gigantes, donde vislumbró a una hermosa doncella que salía del palacio de su padre camino a un bosquecillo de flores. Al instante se vio consumido por una ardiente y desbordante pasión. Freyr tenía un sirviente llamado Skirnir. Jord le hizo llamar y le encomendó que hablara con Freyr.

Jord:

¡Partid ahora mismo, Skirnir! Y tratad de conseguir una respuesta de mi hijo.
Preguntadle quién así lo altera,
quién le causa tal enojo.

Skirnir:

Vuestro hijo responderá irritado

si trato de sonsacarle una respuesta
al preguntarle quién así lo altera,
quién le causa tal enojo.

Hablad, por favor, Freyr, el más grande entre los dioses,
deseo saber por qué
os sentáis apartado del resto, entre estos gruesos muros,
mi príncipe, desde hace varios días.

Freyr:

¿Por qué debería confiaros a vos, joven héroe,
mi pesar, tan sombrío
que ni siquiera el rayo de los elfos que se alza
todas las mañanas dispersa mi penumbra?

Skirnir:

Tal vez no sea tan terrible que vuestro pesar
me lo confiéis,
puesto que como infantes fuimos amigos,
tal vez podríamos volver a confiar el uno en el otro.

Freyr:

Saliendo del palacio de Gymir, vi
a una joven muchacha de la que me enamoré.
Sus brazos refulgían y su brillo
hacía que todo el mar y el cielo resplandeciera.

La amo como ningún otro hombre
haya amado a una mujer.
Pero no existe dios ni elfo
que apruebe nuestra unión.

Skirnir:

Entonces dadme un caballo

que haga frente a las danzantes llamas mágicas,
y una espada que se enarbole sola
ante los despiadados gigantes.

Freyr:

Os otorgo el caballo
que hará frente a las danzantes llamas mágicas,
y una espada que luchará sola
cuando sea enarbolada por un héroe que la merezca.

Skirnir:

Ya ha oscurecido y ha llegado el momento
de mi partida a través de las agrestes montañas
que surcan la Tierra de los Gigantes.
Si no vuelvo con ella querrá decir que
el terrible gigante nos habrá destruido a ambos.

Atravesando la Tierra de los Gigantes, Skirnir cabalgó hacia el palacio de Gymir. Allí se encontró con unos perros feroces sujetos con cadenas a las puertas de la muralla que rodeaba la morada de Gerdr. Skirnir se dirigió a caballo hacia un pastor sentado en la cima de la montaña.

Skirnir:

Decidme, pastor sentado en la colina
que contempla los caminos de allá abajo,
¿cómo puedo evitar a los perros de Gymir
y hablar con su hija, que se encuentra dentro?

Pastor:

¿La muerte os acecha o ya estáis muerto?
No existe posibilidad alguna
de que lleguéis jamás a hablar

con la virtuosa hija de Gymir.

Skirnir:

El valor supera los obstáculos
para un hombre resuelto.

Mi muerte, después de todo, se limita a un solo instante.
Hasta entonces, mi vida continúa.

Gerdr:

¿Qué es ese estruendo
que oigo en nuestra morada?
El suelo se estremece y el palacio de Gymir
tiembla a mi alrededor.

Sirvienta:

Allá fuera veo a un hombre
que acaba de apearse de su caballo
y lo ha dejado suelto para que pascie.

Gerdr:

Decidle que entre
y disfrute de nuestro exquisito hidromiel,
aunque temo que el hombre de ahí fuera
acabará siendo el asesino de mi hermano.

¿Sois un elfo, un hijo de los dioses,
o uno de los sabios vanes?
¿Cómo habéis conseguido, con una sola mano,
desafiar al infierno en llamas y entrar en nuestra morada?

Skirnir:

No soy ni elfo, ni hijo de los dioses.
Tampoco uno de los sabios vanes.

Mas he conseguido, con una sola mano,
atravesar el infierno en llamas.

Llevo conmigo once manzanas curativas de oro.
Son vuestras, Gerdr,
a cambio de una sola promesa por vuestra parte:
amar a Freyr sobre todas las cosas.

Gerdr:

Jamás aceptaría esas once manzanas
para complacer a un hombre.
Freyr y yo nunca podremos unirnos
mientras vivamos.

Skirnir:

Entonces os ofrezco el anillo que fue incinerado
junto a Balder, el hijo de Odín, en su funeral.
Ocho más del mismo tael
da a luz cada novena noche.

Gerdr:

No quiero el anillo,
aunque ardiera junto a Balder, el hijo de Odín.
El oro no escasea en la morada de Gymir
ni en las riquezas que posee.

Skirnir:

¿Veis esta afilada y brillante espada, joven doncella,
que sostengo aquí en mi mano?
La usaré para cortaros la cabeza
si os negáis a cumplir mi voluntad.

Gerdr:

De ningún hombre jamás consentiré
tal muestra intimidatoria de fuerza.
Mas no dudo que Gymir sería feliz luchando con vos
si os encontrara aquí.

Skirnir:

¿Veis esta afilada y brillante espada, joven doncella,
que sostengo aquí en mi mano?
Ante su hoja, el viejo gigante se arrodillará.
La muerte de vuestro padre será inevitable.

Os tocaré, joven doncella, con mi bastón mágico,
para doblegaros ante mi petición.
Seréis conducida a un lugar
donde ningún hombre os volverá a ver.

Moraréis para siempre en la Montaña del Águila,
junto a las puertas del Infierno.
Vuestra carne será tan detestable para los hombres
como una serpiente venenosa.

Terrorífico será ver, cuando salgáis,
que atraéis las miradas desdeñosas
del gigante del Hielo, Hrimnir, y de todos los demás,
seréis más conocida que Heimdall, el guardián de los dioses.

Bramaréis contra las cadenas de la ira
anhelando la liberación, lágrimas torturadas manarán
allá donde os halléis, mi maldición os perseguirá
y redoblará vuestra desgracia.

En la morada del gigante, criaturas espantosas serpentearán
a vuestro alrededor
día tras día, sin tregua.
Penaréis sin hallar jamás alivio.
En vez de felicidad, os enfrentaréis al sufrimiento.

Con gigantes de tres cabezas como compañeros eternos
jamás encontraréis marido.
Que os veáis presa del deseo, consumida por el anhelo,
que seáis como el cardo que se arroja a un pajar y se desprecia.

Me dirigiré a los bosques, joven doncella,
a los bosques húmedos,
para encontrar un bastón mágico.
He encontrado un bastón mágico.

Odín, el todopoderoso, está enojado con vos.
Freyr se convertirá en vuestro enemigo,
vos, malvada mujer,
os doblegaréis al atraer la ira de los dioses.

Escuchadme, gigantes del hielo, escuchadme, gigantes,
Hijos de Suttung, y vosotros, dioses, también,
ved cómo desposeo y cómo privo a esta mujer
de las alegres voces de la pasión de los hombres.

En cambio, el gigante envuelto en hielo Hrimgrinnir os
poseerá
en las tenebrosas profundidades del Infierno.
Cada día iréis a las puertas del gigante de la escarcha,
arrastrada por un deseo desesperado.

Criaturas repugnantes, al pie de las raíces del árbol,
os alimentarán con inmundas viandas,
y no hallaréis mayor consuelo en lugar alguno,
joven doncella, si persistís en vuestro empeño.

Conjuraré un encantamiento con tres runas:
Deseo, Locura y Lujuria.
Mas puedo libraros de él
si fuera necesario.

Gerdr:

Entonces sed bienvenido y os ofrezco
una copa helada de hidromiel,
aunque jamás creí que se me permitiera amar a
uno de los vanes.

Skirnir:

Entonces decidme prontamente,
antes de regresar a mi hogar,
cuándo os reuniréis con el poderoso hijo
de Jord para uniros a él.

Gerdr:

El bosque de Barri, que ambos conocemos bien,
es un bosque hermoso y sereno.
En nueve noches desde ahora, me reuniré con el hijo de Jord,
y allí le proporcionaré deleite.

Dicho lo cual, Skirnir volvió a casa a caballo. Freyr se encontraba en las puertas, esperando su regreso. Preguntó a Skirnir qué nuevas traía.

Freyr:

Decidme, Skirnir, antes de que desmontéis
o deis un paso más.
¿Qué habéis logrado en la Tierra de los Gigantes
que alegre mi corazón o el vuestro?

Skirnir:

El bosque de Barri, que ambos conocéis bien,
es un bosque hermoso y sereno,
en nueve noches desde ahora, ella se reunirá con el hijo de
Jord,
y allí le proporcionará deleite.

Freyr:

Una noche se me hace interminable, dos incluso más,
¿cómo conseguiré sobrevivir a tres?
He vivido meses que parecerían más fugaces
que la mitad de una noche envuelto en este ardiente deseo.

TERCERA PARTE
Juegos de amor

Maui
Pacífico Sur

El engaño de Hera
Antigua Grecia

La concepción de Hatshepsut
Antiguo Egipto

El
Antiguo Canaán

El ardid de Aroma
China medieval

Maui

Los triángulos amorosos son un juego de azar de alto riesgo. No obstante, si tiene que darse, no se me ocurre un amante mejor con quien jugarlo que Maui, el fabuloso pícaro del Pacífico Sur.

Pues bien, en el país que hay bajo el mar vivía el Monstruo Anguila, conocido como Te Tuna, que significa «el Pene». En el frígido letargo de su país, Te Tuna era de movimientos lentos, de respuestas lentas, reaccionaba pausadamente, un hecho que no le pasó desapercibido a su hermosa consorte, Hina. De modo que, con el pretexto de partir en busca de alimento para los dos, Hina se marchó un buen día en busca de amantes que estuvieran a la altura de su pasión.

No tardó en llegar a la lejana tierra del Clan del Principio Masculino y allí declaró sus intenciones, anunció que había abandonado al delusorio e insípido Te Tuna y que buscaba una verga para el amor hecha a la medida de una anguila.

—Yo soy la oscura y desvergonzada parcela pública que busca el alivio de su deseo —dijo—. He recorrido un largo camino por ello, conque haced que vuestros garrotes se yergan henchidos y sumerjámonos en la consumación del amor.

—Oh, no —gritaron los hombres del clan—. Te Tuna nos mataría si lo hiciésemos. Ahí tienes el camino... Sigue adelante.

De modo que Hina prosiguió su viaje, encendidas las entrañas, y fue rechazada otras dos veces antes de llegar a la tierra del Clan de Maui, los hacedores de prodigios, y repitió su llamada desafiante. Ahora bien, Maui en persona había sacado las islas del mar, había demorado el paso del sol y había levantado el cielo para separarlo de la tierra con tal de hacer sitio para que vivieran las personas. Había robado el fuego para que su madre lo usara en la cocina, y ella siempre estaba alerta para encontrar formas con las que recompensar sus actos heroicos. De manera que, cuando vio acercarse a Hina, le dijo a Maui que se pusiera en marcha y que se apoderase de la hermosa desconocida.

No hizo falta que se lo dijeran dos veces, Maui reclamó a Hina para sí y vivieron allí juntos y con una intensísima pasión durante muchos días. No obstante, la gente se dio entonces cuenta de que era la esposa de Te Tuna la que retozaba entre ellos y fueron a contárselo al Monstruo Anguila. Te Tuna se limitó a encogerse de hombros en su letargo y les dijo que Maui podía quedársela, pero la gente siguió yéndole con chismes sobre Hina hasta que, al final, se enfadó.

—¿Cómo es ese tal Maui —preguntó con desdén—, ese simple mortal?

—No es muy grande —respondieron los chismosos—, y tiene la punta del pene torcida.

—Bueno, que le eche un vistazo a esto —dijo Te Tuna, sacudiendo el gastado taparrabos que le colgaba entre las piernas—, y echará a correr.

La gente avisó a Maui de que Te Tuna iba a ir a vengarse y él, indiferente, preguntó qué clase de criatura era Te Tuna.

—Un monstruo descomunal —le respondieron.

—¿Es robusto y fuerte como un árbol erguido? —preguntó Maui, y los chismosos le explicaron que era como un árbol

inclinado, siempre encorvado. Sin embargo, continuaban teniendo miedo pues, que nadie recordase, ésa era la primera vez en que alguien le había robado la esposa a otro.

—Nos matará a todos —gimoteaban, pero Maui les dijo que no se preocupasen.

En efecto, los cielos no tardaron en oscurecer, el rayo rasgó el firmamento y el trueno bramó por toda la superficie de la tierra. Te Tuna, el Pene, se presentó furibundo, acompañado de otros cuatro monstruos. Se arrancó el taparrabos repugnante y lo sostuvo en alto y, al hacerlo, el mar se embraveció y un enorme muro de agua se levantó y avanzó hacia la tierra. La gente retrocedió presa del pánico, pero la madre de Maui le gritó a su hijo:

—¡Deprisa! ¡Enséñale el tuyo!

Así que Maui se sacó su pene torcido y lo enarboló ante las aguas embravecidas. La ola se vino abajo y dejó a los monstruos secos en lo alto de unos escollos, y Maui saltó sobre ellos y los despachó... a todos menos a Te Tuna, al que perdonó. No sólo eso, sino que invitó al Monstruo Anguila a que compartiera su hogar.

Disfrutaron de una temporada de armonía pero, claro está, eso no podía durar. Un día, Te Tuna anunció que tenían que batirse en duelo, que el ganador se quedaría con Hina sólo para él.

—Primero —dijo—, tiene que haber una contienda en la que cada uno entre en el cuerpo del otro. Después de eso —siguió—, te mataré y me llevaré a Hina a casa, a mi país de debajo del mar.

De nuevo, Maui se encogió de hombros y le dijo a Te Tuna que fuera él primero.

Conque, cantando una canción, balanceando y haciendo oscilar la cabeza, el Monstruo Anguila se hizo cada vez más y más pequeño y desapareció dentro del cuerpo de Maui, donde

pretendía quedarse para siempre y, así, disfrutar de los encantos de Hina desde su interior. Pero Maui no tardó en expulsarlo y, cantando su propia canción, se encogió y entró en Te Tuna, desgarró la mismísima carne y el nervio del monstruo y lo mató.

Maui salió del monstruo con pasos ligeros, le cortó la cabeza y, por sugerencia de su madre, la enterró cerca de la esquina de su casa. La paz y el amor carnal volvieron a reinar en la tierra de los hacedores de prodigios y, una tarde, Maui vio que crecía un brote verde en el lugar donde había plantado la cabeza de Te Tuna.

La madre de Maui le explicó que aquél era un árbol que daría un coco con una cáscara de color verdemar y le dijo a su hijo que cuidara de él. Cuando el árbol creció y maduró su fruto, Maui lo cogió. Todos comieron de la pulpa del coco y bailaron para celebrar que Maui había matado al Monstruo Anguila y había convertido su cabeza en alimento.

Y así fue como la gente de este mundo recibió el coco para comer.

El engaño de Hera

El talante vengativo de esta historia confiere un intenso escalofrío de emoción a la vida sexual de Hera y cambia el destino de los reinos. Semejantes juegos de amor son el sello distintivo de la relación tempestuosa de su matrimonio con Zeus.

El silencio del terror siempre le provocaba a Hera un cosquilleo en la punta de la nariz, y esa mañana, cuando entró en el aposento de Zeus en el Olimpo, había en el aire una calma fría. Esa clase de silencio era una clara indicación de que Zeus había hecho algo que encendería su cólera y de que los demás dioses lo sabían. Hera disfrutaba del nerviosismo que sentían al preguntarse cómo reaccionaría.

La diosa se entusiasmó con el desafío. Era una de las cualidades emocionantes de su matrimonio con Zeus.

Levantó la barbilla al contemplar a los dioses desde la puerta del aposento y bajó los párpados para que sus espesas pestañas le ocultaran los ojos.

«Zeus está tenso», observó con satisfacción.

Entró con decisión en la sala, se sentó en un lecho ornamentado y contempló de nuevo los rostros de parientes, amigos, admiradores: una mezcla de inquietud y expectación. Se arregló

la caída de la túnica, se atusó el pelo, se ajustó el cinturón y se negó a mirar a nadie.

—Te he visto en el monte Ida esta mañana —dijo al cabo, abriendo más los ojos—. Estabas con Tetis.

Zeus se puso a echar bravatas.

—¿Y qué? Puedo hablar con Tetis si quiero.

—¿Es eso todo lo que hacíais? —El tono de Hera era argentino, sabía que esa cualidad musical de su voz le hacía temblar cuando tenía motivos para sentirse culpable—. Estaba abrazada a tus rodillas.

—Si insinúas que...

—¿He dicho yo nada parecido? —Hera enarcó las cejas. «Tiembra, Zeus —pensó—. Me encanta verte temblar. Con todo tu poder, tu autoridad y tu fuerza, tiembles y te estremeces con mis palabras siempre que quiero.»

—¿Qué es lo que estás dando a entender? —inquirió Zeus.

—Bueno, ambos sabemos cómo es Tetis con estas cosas. Haría...

—¡Silencio, Hera! —tronó Zeus.

—Tan sólo me refería a la maldición, Zeus. —Hera se regodeaba, pese a que su tono aparentaba calmarlo.

¡Pobre Tetis! Se había visto obligada a alejarse de Zeus y de Poseidón, cautivos como eran ambos de la pasión por ella. ¿Cómo se habría sentido Tetis al predecir que el hijo al que diera a luz sería algún día más poderoso que su propio padre? Zeus y Poseidón habían aceptado el rechazo de la nereida sin protestar. Ambos habían presenciado el destronamiento de su abuelo, Urano, a manos de su padre, Cronos. El propio Zeus había destruido a Cronos en aquella ocasión. Cuando había que destronar a un dios supremo, los lazos del amor, la lealtad de las esposas, de las hermanas, de los hermanos, de las hijas, no significaban nada. Zeus recordaba bien las maquinaciones de su madre, Rea, las estrategias de su abuela, Gea, la gran cre-

adora, la doble destructora, responsable de la caída de hijo y esposo. Tetis llevaba esa misma sangre en sus venas: también ella podía ser madre y destructora.

Pues bien, habían resuelto el dilema. Casaron a Tetis con un mortal, Peleo, rey de Tesalia, y de ese matrimonio había nacido el niño Aquiles. Por tanto, puede que Tetis se hubiera visto privada de albergar la semilla de Zeus, pero había muchas otras que sí habían gestado a su progenie humana: Alcmena le dio a Heracles, Alcimeda gestó a Jasón y Dánae dio a luz a Perseo. Y siempre la misma explicación en los labios de Zeus cuando Hera lo descubría: «Es mi deber como dios de la fertilidad. Soy el creador de la humanidad. Los gobernantes de los humanos deben llevar la semilla de la divinidad, sino ¿qué los diferenciaría de los comunes mortales?»

Cierto, pero su falo vibraba en cuanto veía a cualquier joven hembra. Hera sólo podía esperar que a todos esos varones humanos que él había engendrado no los perdiese la carne de la misma forma que a su padre divino. Mientras tanto ella, diosa suprema, tenía que asegurarse de que todas las cosas mantenían un equilibrio. Desde luego, comprendía que él tenía funciones divinas que cumplir. También ella las tenía: parte de su labor era la de generar armonía, una tarea que le había sido asignada puesto que su abuela Gea fue quien creó el cosmos.

A Hera le gustaban los fuegos de artificio que lograba prender con Zeus. Mientras yacían juntos después de haber batallado con rayos y tormentas de relámpagos, reflexionaba sobre cómo el conflicto mantenía vivo el fuego de su matrimonio. Tetis no era rival para ella. No obstante, sabía que la nereida tramaba algo: quería que Zeus apoyara a su hijo Aquiles en la guerra de Troya. ¿Cómo osaba interferir en asuntos de la vida y la muerte? Las guerras, según consideraba Zeus, eran el resultado de estrategias divinas. Su desenlace tenían que decidirlo los dioses. En cuanto a los individuos que luchaban en esas batallas,

¿cómo podían significar nada en un escenario tan inconcebiblemente inmenso como el que manejaban los dioses? Si sus hazañas tenían impacto alguno en la causa, los dioses les conferían títulos —héroe, semidiós—, no podían desear más. ¿Cómo podía Tetis intervenir en un asunto de tamaña importancia?

—Lo que me preocupa, mi señor —prosiguió Hera—, es que nunca me consultas antes de tomar decisiones. Tetis no se habría envuelto alrededor de tus piernas si no hubiese deseado un favor.

—Mis decisiones no son asunto tuyo, Hera. —Zeus volvía a echar bravatas—. A menos que estén relacionadas con el matrimonio y la infidelidad.

Hera se llevó las manos a las mejillas.

—¡Mi señor! ¡Es terrible que digas eso! Soy una buena esposa y me preocupa todo lo que tiene que ver contigo. Además, el rapto de Helena por parte de Paris fue una de las razones por las que comenzó esta guerra, y eso sí es asunto mío, estarás de acuerdo.

Miró en derredor, a la sala, para encontrar aquiescencia, pero todos menos Hefesto bajaron la vista. Éste la miraba suplicante. Como de costumbre, Hera no hizo caso de su hijo. Hefesto era un artesano de talento, de eso no había duda, pero nada más. Tetis le había resultado de provecho para criarlo. Su propio hijo, Aquiles, se habría ido al infierno de no ser por la oportuna intervención de Peleo. En fin, aquello había augurado el final de ese matrimonio.

—Mis alianzas no dependen de tu aprobación —rugió Zeus—. No te metas en asuntos de guerra y paz.

—Creo —declaró ella— que le has prometido a Tetis ayudar a Aquiles en esta guerra atroz. Puede que para ti la santidad del matrimonio no signifique nada, Zeus, pero yo he jurado oponerme a las infames intenciones de Paris. Tengo un papel que interpretar allí. ¿Cuál es el de Tetis?

—De modo que tu intervención proviene de los problemas entre Helena y Menelao, ¿no es así? —dijo Zeus, fulminándola con la mirada—. ¿Imagino que nada tiene que ver con que Paris prefiriera a Afrodita en el concurso y no a ti?

—¿El concurso? —Hera inclinó la cabeza hacia un lado, jugueteando con su collar—. No creo. Un juego estúpido al que jugaste con Eris. El juicio de Paris, lo llaman ahora. Las diosas sólo participamos con ánimo de divertirnos. Pero esta vez Paris ha errado gravemente. Ha desafiado la santidad del matrimonio. Y en cuanto a Tetis... O quizá sea a ti a quien tengo que responsabilizar. Dime, Zeus, ¿cómo justificas intervenir en una guerra porque te lo ha solicitado alguien con poder sobre tu entrepierna?

—Si continúas desafiándome, Hera —bramó Zeus, levantándose—, te castigaré.

—¡Vaya! —Hera se puso en pie de un salto—. ¿Accedes a las patéticas súplicas de una nereida pese a que ponen en peligro las vidas de muchos humanos?

Zeus alzó la mano y Hera se alejó de él. Hefesto se le acercó cojeando.

—Madre, ¿por qué enfurecer tanto a Zeus por unos mortales? Razona con él. Cálmalo para que todos estemos a salvo.

Hera no hacía caso de la copa que le tendía su hijo, de modo que Hefesto cogió las manos de su madre y le puso la copa en ellas.

—Tómala, por favor —rogó—. Que el néctar enfríe tu enfado y te tranquilice.

Hera sonrió. Sintió una desacostumbrada ola de afecto por su hijo al verlo renquear entre los dioses que estaban sentados y llenarles los vasos de la inagotable provisión de su jarro. Se reclinó y le murmuró a Zeus unas palabras de disculpa. Esperaría al momento propicio. La venganza sería más dulce cuanto más se demorase.

Esa noche, mientras Zeus yacía junto a ella, Hera lo contempló de reojo con resentimiento. Sintió que los dedos de él vibraban al recorrer la carne desnuda de los brazos de ella. Los habría apartado, pero la indiferencia era un arma más poderosa. Respirando honda y regularmente le hizo creer que no tenía ningún efecto en ella. Zeus se le acercó, acopló su fuerte cuerpo al de ella, tenía el pene erecto y cargado de energía. Pero Hera se mostró insensible.

Al día siguiente, mientras lo veía en la lejanía, en la cima más alta del monte Ida, contemplando la batalla a pesar de que ella se había opuesto, sintió el mismo desdén. A él se le podía reprochar que hubiese hecho caso a Tetis, pero Tetis aprendería que si desafiaba a Hera se enfrentaría a la derrota. La nereida había disfrutado de la protección de Hera al crecer, ¿era así como se lo agradecía? ¡Y que Zeus tomara parte en la traición! Sin embargo, Hera no tenía por costumbre albergar rencores inútiles, con todo el malestar y la desgracia que comportaban. Prefería tomar medidas. Encontraría una forma de enderezar las cosas.

La diosa rió para sí. Su venganza contendría el sabor de la miel y la fragancia de la rosa, pues la belleza era una de las más poderosas armas de su arsenal. Disponía de ella en abundancia, pero su seguridad y su poder aumentaban cuando se entregaba a toda clase de placenteros cuidados. Sus ojos oscuros se dirigieron raudos hacia las puertas del aposento que Hefesto le había construido. Las cerraría para evitar interrupciones. Después dedicaría tiempo a pensar su plan paso a paso.

Se lavó las extremidades con ambrosía, disfrutando del suave lustre de su piel... celestial su aspecto, sensual su tacto. El perfume del ungüento era embriagador: una ráfaga liberada en un aposento del Olimpo podía elevarse hasta el cielo y bajar revoloteando a la tierra. Un cálido arrebató de deseo le hizo pensar en Zeus. Cómo gustaba él de tocarle la piel. Cómo le

encantaba a ella sentir que la acariciaba y dejar que su esencia se le filtrara en las venas y fluyera con el poder de la intimidad que siempre habían compartido... mucho antes del despertar de la consciencia. Sí, amaba a Zeus; pero cómo lo odiaba.

¡Ay, la ambivalencia del amor! Esa profundidad y esa amplitud de emociones que torturaban, que se apoderaban del pensamiento y colmaban cada aliento con un impulso traicionero. Sin embargo, ésa era la locura que ansiaba Hera: la lucha por recuperar el poder que el amor le había arrebatado. Eso era lo que pretendía prender y avivar hasta obtener las llamas vibrantes de la pasión. Por eso su unión estaba henchida de una energía, un ardor y una vitalidad que hacían girar y florecer al cosmos.

Hera lucía el brillo de la pasión en la frente. Con las manos llenas de unguento de ambrosía se frotó el pelo, cuyo oro luminoso se precipitó en ríos hasta sus rodillas, y se lo recogió enseguida en la nuca. Cuando un mechón descarriado le hizo cosquillas en la piel su risa fue suave y cálida como el aliento de un amante. Reflejava la sensación de la mirada de Zeus en el cuello de ella, la punta de su lengua a la caza de un mechón esquivo. A él le encantaba deshacerle las trenzas, verlas desenredarse como serpientes doradas, resbalando y deslizándose. Entonces le recorría el cuerpo con los labios hasta llegar a la carne de sus muslos, donde empezaba a buscar las puertas del templo del misterio femenino. Allí la ungía y la acariciaba hasta que sabía que se había ganado el derecho a entrar y a ser iniciado, acólito de ella para una eternidad de dicha.

En esos momentos de veneración ella se lo perdonaba todo, dejaba que el pasado se incinerase en el ardor de la pasión que hacía brotar y florecer todas las semillas terrenales. Hera jamás se aprovecharía de Zeus y, al deleitarse en el esplendor de la unión, perdonaba también el futuro y celebraba la esencia que era su amante. Comprendía que los impulsos que lo movían

también preparaban el camino para otras uniones con ella, en las que la derrota se convertía en victoria, en las que la venganza se convertía en perdón, en las que el pensamiento y el sentimiento quedaban suspendidos en la quietud del centro del tiempo.

Se contempló en un estanque de cristal límpido. Vio una imagen perfecta, una compañera sin igual. «Todo esto a cambio de la derrota de un semi mortal. Por el precio de romper una promesa hecha a una nereida.»

Se encogió de hombros; la elegancia personificada. Echó la cabeza hacia atrás; la esencia de la premeditación. Nada estaba conformado por un solo propósito: el objetivo final no era más que la mera culminación de una serie de fines y acontecimientos, cada uno con sus propias secuencias de complejidad.

—Afrodita —canturreó Hera con dulzura—, te necesito. ¿Querrás ayudarme, pequeña?

Siempre se podía confiar en el lado impulsivo y generoso de la naturaleza de Afrodita. Hera lo sabía.

—Reina de los dioses, me siento honrada. Si se trata de un deseo que pueda realizarse, por supuesto que lo haré.

Hera había escuchado con atención las palabras de Afrodita. «Si se trata de un deseo que pueda realizarse.» Afrodita no era ninguna necia; puede que fuese impetuosa y proclive a dar, pero sabía lo que se hacía. No se dejaba llevar por sus pasiones, como suponían muchos, si bien nadie negaría que estaba entregada a su principio, el Amor, y que era constante en sus cuidados.

«Si se trata de un deseo que pueda realizarse.» Hummm. Hera tendría que recurrir a alguna artimaña. ¡Oh, sería aún más divertido de lo que había esperado! No tenía pensado admitir que su intención era vengarse de Zeus, pues Afrodita podía resistirse a usar al Amor para el engaño.

Hera suspiró hondamente mientras jugueteaba con las puntas de sus esbeltos dedos, la mirada gacha.

—Océano y su esposa Tetis se han distanciado... El abismo que los separa se está ensanchando. Quiero ir a visitarlos y terminar con su riña. Puedo razonar con ellos, desde luego, y eso haré, pero si pudieran hacer las paces en el lecho matrimonial cuánto más sencilla no sería mi labor. Y es ahí donde necesito tu ayuda.

—¡Oh, poderosa protectora de la santidad del matrimonio! —exclamó Afrodita riendo, y Hera se aplaudió: había introducido en su petición la justa controversia para hacerla parecer genuina. ¿Precisamente Afrodita apelada para ayudar a preservar la fidelidad? ¡Bueno! Si eso no se oponía a su misión, ¿qué otra cosa lo haría?

—¡El Amor lo conquista todo! —dijo Afrodita riendo—. Incluso el tedio del lecho matrimonial. Sí, claro que te ayudaré a reconciliar a Océano y a Tetis con amor y pasión. Pero no prometo que se limiten el uno al otro.

Hera juntó un poco las cejas con leve reprobación.

—¡Oh, Afrodita!

Afrodita volvió a reír mientras sus dedos desataban una cinta de magníficos bordados del canesú de su vestido.

—En esta pieza están el Amor, el Deseo, el Coqueteo y la Atracción, suficiente para abrumar los sentidos de cualquiera. Llévatela y triunfa en tu noble misión.

Hera agarró la cinta, la aferró contra su pecho y allí se la ató.

—¿Cómo puedo agradecértelo, pequeña? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

En cuanto estuvo sola, Hera se levantó de prisa, se dirigió a la puerta de su palacio y dio un paso fuera. Tendió un delicado dedo del pie y llegó a Pieria, otro paso y ya estaba en la exquisita Ematia, desde donde cruzó las nevadas cumbres montañosas de los jinetes tracios sin que sus pies tocaran el suelo hasta

el Atos. Desde allí avanzó sobre las olas del mar y llegó a la ciudad de Lemnos. Su misión era la de encontrar a Hipnos, hermano de la Muerte, y doblegarlo a su voluntad. No resultaría sencillo, claro estaba. Ya en otra ocasión, cuando Hera había conseguido su apoyo en contra de Zeus, había salido muy escalado.

Hera se rió al recordar su crueldad. Hipnos era un joven soñador. Era como si hubiese heredado un retazo de la oscuridad de su madre para velar y encubrir los peligros que podían acechar tras rincones ocultos. Hera ya había aprovechado antes esa desventura —al querer castigar a uno de los hijos de Zeus— e Hipnos, persuadido por ella, había recubierto a Zeus con su tersura mientras se perpetraba el hecho.

Pero Hipnos recordaría la furia implacable de Zeus y protestaría ante posteriores peticiones de Hera. Bueno, que lo intentara: el pasado siempre tenía que negociarse, no desaparecía. La diosa se había preparado alicientes para derrumbar la reticencia de Hipnos. Se había aplicado en saber todo lo posible acerca de la pasión de él. Ella nunca pasaba por alto ningún chisme... Los almacenaba en los recovecos de la memoria para utilizarlos en caso de necesidad.

La diosa se apareció a su lado, reluciente, celestial, seductora.

—Querido Hipnos —susurró—, me encuentro desesperada y tú eres el único que puede ayudarme. Si lo haces, siempre te estaré agradecida.

Hipnos miró a Hera torvamente, pero ella alzó los dedos antes de que pudiera decir nada.

—Déjame terminar —continuó, jadeando—. Voy a visitar a Zeus al monte Ida, donde lo han visto confraternizando con Tetis. Imagínate, una nereida a la que yo misma crié, a quien confié a mi hijo. Pero voy a recuperarlo. Por favor, ayúdame.

Hipnos retrocedió.

—Espera, Hipnos, escúchame. Todo lo que pido es que, después de que Zeus y yo nos hayamos unido en el amor y la pasión, lo arrulles, por favor, hasta dejarlo dormido. Entonces, mientras yace en mis brazos, yo sabré que todavía está conmigo y que no sale en busca de otra en cuanto hemos hecho el amor.

Habló con voz trémula y se felicitó a sí misma por el efecto que a todas luces tenían sus palabras en Hipnos.

—Y no sólo te ofrezco gratitud eterna —siguió con voz persuasiva—. Te traeré un trono de oro, forjado por Hefesto, y un taburete sobre el que descansar los pies mientras bebes delicioso vino del Olimpo.

Hipnos estaba tentado, Hera lo veía. Sin embargo, el miedo era más fuerte que el deseo.

—Hija de Cronos —suplicó—, con gusto adormecería a cualquier persona, incluso al poderoso Océano y a todos sus tributarios, con tal de hacerte feliz. Pero nunca volveré a dormir a Zeus a menos que sea por orden suya.

Hera hizo un mohín.

—¿Cómo puedes pensar que te haría correr semejante riesgo, Hipnos? Debes de pensar que no tengo corazón.

A Hipnos parecían pesarle las extremidades al cambiar de postura.

—Diosa suprema, me estás pidiendo que viole las instrucciones de Zeus. Pero aún recuerdo la rabia divina de la última vez que lo dormí a petición tuya. Iba a arrojarme a las profundidades de Megara, en la oscuridad y el olvido. Tuve que suplicarle a mi madre que me salvara, porque nadie desea importunar a Nix, ni siquiera Zeus. Sin embargo, ella no me ayudaría dos veces por la misma falta.

—Confía en mí, Hipnos. Yo te protegeré si Nix no lo hace.

—Zeus sólo me perdonó cuando prometí no volver a entrometerme en su aura a menos que él me lo ordenase. No me atre-

vo a ofenderlo. Por mucho que desee ayudarte, Hera, no puedo arriesgarme a ser arrojado al abismo.

Hera había preparado su respuesta. Sabía que Hipnos estaba perdidamente enamorado de una gracia llamada Pasitea.

—Mi petición, y no es más que una petición, querido Hipnos, brota del amor y del deseo. ¿Cómo puede ser cruel? El amor no congela ni endurece, derrite y ablanda. —Se detuvo, y sus pestañas se cerraron en un rizo seductor. Una lágrima se deslizó hasta las puntas de esas pestañas y refulgió como una perla enclavada en un ramillete de algas. Abrió los ojos y se miró con atención las uñas, cada una un pétalo de rosa. Era la viva imagen de la esperanza malograda. No obstante, sintió que Hipnos se debilitaba, sintió que su amor no correspondido palpataba por lo que veía reflejado en ella.

Hipnos hizo un ademán de impotencia.

—Te compadezco, Hera —retumbó—, pero tengo una función en el cosmos. No puedo arriesgarme a atraer otra vez la ira de Zeus.

Hera puso ojos implorantes al alzar la mirada hacia Hipnos. Su voz tembló como una melodía que se iba apagando.

—Tú y yo somos iguales —murmuró—, criaturas atormentadas... El amor nos rehuye. —Bajó la mirada—. Verás, conozco tu pasión secreta por Pasitea. —Buscó sus ojos, como si la hubiese asaltado un pensamiento repentino—. ¿Accederías si yo te prometiese lo mismo a ti? Zeus para mí... —Dejó que sus palabras se arrastrasen como la espuma que se desparrama tras el romper de una gran ola—. No, por supuesto que no.

Hipnos se irguió bruscamente.

—No lo entiendo. ¿Quieres decir...?

—Pasitea. —La voz de Hera sonaba desanimada—. Pero por supuesto que no. ¿De qué sirve una recompensa cuando tu vida está amenazada? Comprendo tu temor.

Hipnos ya no pudo resistirse más. La imagen de Pasitea en

sus brazos le hacía vibrar. Hacía fluir su savia. Estaba dispuesto a arriesgarlo todo. Un beso de los labios de su amada Pasitea le haría soportable una eternidad de tinieblas en el Tártaro.

Se puso en pie de un salto.

—Vamos, Hera. En nombre del Amor, lo arriesgaré todo.

Hera se levantó.

—En nombre del Amor —repitió con satisfacción.

Extendió los brazos y ordenó a las suaves nieblas de Lemnos que los envolvieran a Hipnos y a ella para poder sobrevolar sin ser vistos el océano y la tierra hasta el monte Ida. A medida que se acercaban a los altos bosques de la cima del Ida, Hipnos se detuvo a buscar un escondite entre los árboles hasta que encontró el abeto más alto de la montaña.

—Aquí es donde me quedaré —dijo—, o Zeus me descubrirá.

Después, él mismo se transformó en Calcis, un pájaro de montaña de trino aflautado.

Hera le dio las gracias a Hipnos y se despidió de él. Después siguió camino hacia el Gárgaro, el lugar preferido de Zeus, que se alzaba por encima del resto del Ida.

Zeus la vio llegar. Cuando Hera sintió que miraba hacia ella, el corazón le dio un vuelco: los ojos de él reflejaban la misma expresión que ella había visto la primera vez que habían hecho el amor, hermano y hermana, manifestándose su pasión a escondidas de Gea y Cronos, sus padres. También aquello había sucedido en el monte Ida. Sintió la emoción de lo ilícito mientras caminaba; la pasión y el deseo brillaban en los ojos de él. Descansó la mano sobre la cinta de Afrodita. Ostentaba todo el poder.

—Mi dulce Hera —murmuró él—, ¿cómo es que has venido sin caballo ni carro, como si me visitaras en secreto?

Hera hizo un mohín.

—¿Me acusas de espiarte?

Zeus la acercó hacia sí.

—Ya sabes que no. Y si me hubieses encontrado con otra, la habría despachado al instante. Dánae, Alcmena, Leda, Semele: criaturas exquisitas, pero nada comparadas contigo.

Se le ablandó la mirada. Los abrazó el silencio. La respiración de Zeus hacía que el leve tejido del vestido de Hera se moviese, rozase la piel de él, le hablase con las palabras silenciosas de la sensibilidad. El desafío destellaba en los ojos de Hera, en una mirada que decía: «Te deseo. ¿Podrás estar a la altura de lo que espero?». Sin embargo, dijo:

—Voy a ver a Océano y a Tetis. Una vez me prodigaron amor, ahora quiero corresponderlos. ¿Sabes que su matrimonio tiene problemas?

La mirada que intercambiaban decía: «Te deseo».

—Y ¿por qué has venido al Ida? No está de camino. —Zeus se hizo con el mando por un momento. Ella se lo permitió, paladeando el intercambio de poder.

—Para que no te quejaras de que me voy hasta los confines de la tierra sin decirte nada.

La mirada entre los dos seguía siendo firme. Zeus avanzó, sus ojos clavados en los de ella, y la rodeó con sus brazos. Después habló:

—Jamás te había deseado como ahora. Tengo que hacerte el amor. —Apretó el hombro de ella contra su pecho y inclinó la cabeza para besarlo con brusquedad.

Hera se echó hacia atrás y se llevó una mano a los labios.

—¡Zeus!

Él la asió con más fuerza.

—Sé que tú sientes lo mismo.

Tenía razón. A pesar de las razones ocultas que la impulsaban a seducirlo, más allá de sus ansias de venganza, yacía el conmovedor impulso de abrazarlo tan estrechamente que se fundieran juntos en una gran pasión.

La voz de Hera apenas era más que un suspiro.

—Nos van a ver todos. La pareja suprema entre los dioses, compartiendo lecho en los bosques del Ida, haciendo el amor con desenfreno. ¿Y si se reúnen para mirarnos, como si fuésemos artistas en la arena? ¿Queremos que se rían y se burlen como hicimos todos cuando Hefesto descubrió a Afrodita haciéndole favores a Ares? ¿Por qué no vamos a nuestro aposento, donde podemos estar a solas?

Sintió que Zeus, pegado a ella, se excitaba.

—Ahora —insistió—. Aquí. Nos envolveré en una nube.

Sus manos se movían con impaciencia, soltaban el pelo de Hera recogido con tanto cuidado, lo dejaban escapar de lo alto de su cabeza hacia los hombros y el cuello. Su respiración se convertía en jadeos, pero su voz todavía era tierna.

—Traeré una nube y haré que nos rodee —susurró el turbión de nubes—. Nos protegerá de las miradas curiosas. —Le acarició el pelo—. Una nube dorada, como tus cabellos. Seremos invisibles hasta para el mismísimo sol. De modo que ven, mi dulce esposa, no te resistas más.

Hera había prolongado el éxtasis de la expectativa todo lo que había podido. El corazón le latía con fuerza. Había ideado bien sus planes; a partir de ese momento todo se sostendría por sí mismo y ella se abandonaría a su eterno amante. Se apretó contra su cuerpo. Zeus fue cayendo poco a poco al suelo al tiempo que la sostenía entre sus brazos.

Mientras yacían, Zeus abrazando el cuerpo de Hera, una alfombra verde y exuberante de hierba nueva creció bajo ellos, las flores de loto cobraron vida engastadas de perlas de rocío, los bulbos de azafrán de primavera y jacinto arrojaron sus flores y cubrieron el suelo de explosiones de color y vida. Y ellos quedaron envueltos en una luminosa nube de oro que produjo un chaparrón de refulgentes gotas de rocío.

Éstos, pues, eran las jugadas y los triunfos del *hieros gamos*,

el sagrado matrimonio, el juego divino del amor. Y en esos momentos de distracción y creación, ¿importaba acaso que se perdiera una vida que Zeus había prometido proteger sin consecuencias cósmicas?

La concepción de Hatshepsut

Hatshepsut llevó a cabo su compleja estrategia con un refinamiento asombroso. Con una inteligente jugada estableció su ascendencia divina, otorgó validez a su derecho al trono... y le dio al mundo una magnífica gobernante y un mito muy sexy.

Amón-Ra sostenía su falo divino; acariciaba toda su extensión, su anchura firme y vigorosa. La Enéada lo contemplaba con sobrecogimiento. Ésa era la fuente de su existencia, pese a que no habían presenciado la gran explosión que creó el mundo, sabían que así era. Amón se lo había dicho más de una vez.

—Yo existía primero en la gran Nada, la laguna turbia de la no existencia que fue mi madre, Nu, el agua primigenia. Sentí el deseo. Sabía que debía crear. Me abracé a mi sombra, así mi poderoso falo, cerré sobre él la mano y copulé con él. Supe entonces de las sensaciones y conocí el éxtasis mientras me acariciaba y me frotaba, las palmas de mis manos palpaban, los dedos recorrían raudos toda su extensión hasta que, con la primera explosión, creé el mundo.

»De mi polución nacieron Tefnut, que era la humedad, y Shu, que era el aire. Ellos alumbraron a Geb y a Nut, la tierra y el cielo, de quienes descendieron el espléndido Osiris y la magnifi-

cente Isis, y la otra pareja, Set y Neftis. De la semilla de Osiris, la gran Isis alumbró a Horus, el rey eterno. Cuando, mediante un engaño, Neftis concibió a Anubis con Osiris, yo fui consciente de ello. Fui yo quien guió a Isis en su búsqueda de ese niño perro y llené su corazón con tanta compasión por el pequeño que ella lo hizo suyo. Yo fui el falo divino que Isis moldeó en oro y que Osiris ostentó hasta la eternidad. Fui yo el que supervisó la batalla por la corona entre Set y Horus, yo el que dicté el decreto final a favor de este último. Soy yo el que reside en el cuerpo de todo faraón que reina en la tierra de Egipto. Yo el que nombré a Osiris espíritu de la monarquía y a Isis protectora del trono y la corona. Y éstos son los miembros de la poderosa Enéada.

»Qué magnífica herramienta ésta, este órgano grabado en las mentes por mí creadas, el gran falo que representa mi fuerza y mi poder cuando lo pintan sobre los cuerpos de los faraones. Mi falo consagrado se ve en cientos de imágenes, en la figura de oro que modeló Isis, la gran hechicera. Ahora descansa tras sus grandes logros, inactivo, inútil, anhelando una proeza. Pero ¿qué queda por crear? ¿Dónde queda el placer del clímax cuando de él no va a surgir nada? De modo que he decidido crear la única cosa que no he hecho nunca. Y esto ha requerido de cuidadosas reflexiones, pues al producir este elemento que hasta ahora faltaba también tengo que equilibrar el principio femenino con el mío masculino. He decidido, por tanto, crear a un faraón que sea mujer.

Cuando Amón-Ra le comunicó esta decisión a la Enéada, se enfrentó a un silencio inquisitivo. Sólo Isis respondió abiertamente, haciendo sonar su sistro y riendo de puro deleite.

—Por fin, Amón-Ra —exclamó mientras el dios creador la miraba burlonamente. Ya conocía a Isis lo bastante bien para saber que ella podía conseguir lo que quisiera de él siempre que lo deseara, siendo mujer de magia como era. Los conflictos

entre ellos estaban resueltos, pero él nunca olvidaría cómo se había transformado ella en serpiente para descubrir su nombre inefable, ni tampoco la ocasión en que lo había manipulado a favor de Horus. Aun así, todo había cuadrado con su gran proyecto y todo iba bien en la familia. A Amón-Ra le agradó la aprobación de Isis. Hizo que los demás se mostraran mucho más acomodaticios.

Isis se había puesto a bailar, iba dando piruetas delante de los otros ocho, les sonreía, los incordiaba, los animaba.

—Yo velaré por esa mujer faraón —prometió—. La bendeciré con la sabiduría del trono consagrado. Le otorgaré los dones del canto y la música. Sus instintos serán tan veloces como los de una gacela, su valentía la del tigre en pleno ataque. Y le daré paciencia, la paciencia de la mujer que busca el cumplimiento de su destino. La paciencia de la errante Isis. Será mi protegida en todos los aspectos.

Thoth, concededor del conocimiento y dador de sabiduría, dio un paso al frente.

—Es un plan honorable —dijo—. Esa reina faraón debe ser concebida directamente de tu cuerpo en la reina Ahmose-Nefertari, hermana y esposa del actual buen faraón dios Tutmosis. Es hermosa y noble, digna de la semilla divina. Deberías visitarla, majestad, e implantar en su vientre la gracia de tu semilla, que no ha conocido más forma que la tuya. Ella te aguarda en su lecho.

Ahmose-Nefertari yacía dormida en su lecho, ligera y extendida como una flor que se abre. Amón-Ra jadeó ante la visión de esa bella mujer que iba a ser su fugaz compañera. Admiró el brillo translúcido que la tibia noche confería a su piel. Ella se movió un poco, se colocó boca arriba, con los brazos abiertos, el cuerpo vulnerable, el tobillo izquierdo formando junto con la rodilla derecha la base de un triángulo cuyo vértice estaba en

lo alto de sus muslos. Era una pose de abandono, si bien inocente. «Duerme —observó Amón-Ra—, el sueño de los jóvenes.»

Su mirada se entretuvo en el cuerpo de ella, en la cintura curvilínea, el vientre redondeado y ebúrneo que se elevaba y descendía al respirar. Le parpadearon las pestañas; sus pechos, aplanados y esparcidos, seguían conservando su redondez y desbordaban el tejido diáfano que le cubría el cuerpo, y cuando Amón se le acercó y su hálito cayó sobre ella, los pezones se le endurecieron, luego florecieron.

Amón, por la excitación, casi olvidó que todavía estaba en su forma divina. Dirigió su mirada hacia el faraón que yacía en su espléndido lecho, en la habitación contigua. Aquél era un buen hombre, un verdadero hijo de Amón-Ra, un digno protector terrenal para su hija. Se estiró encima del faraón dormido y un instante después respiraba dentro de él. La Tríada de la Existencia, expulsada de Tutmosis, se reunió a su alrededor por un momento. Amón abrió los ojos de Tutmosis, levantó su cuerpo y fue dentro de él hacia la cámara de Ahmose. Entonces, Ka, el gemelo secreto, yació para remplazar a aquél que Amón había tomado. Atusándose las plumas de su alborotada cabeza de pájaro, el alma, Ba, se colocó junto a la lengua de fuego que era el espíritu, Khou; alma y espíritu, codo con codo, se cernieron sobre Ka en espera del regreso del cuerpo.

Amón-Ra abrió las puertas de cedro ribeteadas de plata y se detuvo un instante para contemplar a Ahmose a través de los ojos de Tutmosis. Era de veras bellísima, una madre de veras digna para la gran hembra que estaba a punto de concebir. Y al acercarse a su cama posó la mano sobre la cabeza de león de uno de sus postes, su aura reluciente se reflejó en las paredes y el cristal de la habitación de Ahmose y la hizo luminosa.

Amón extendió la mano con suavidad y le acarició la mejilla con el dedo índice. Se le había soltado un mechón de pelo

sobre la sien y se dirigía al borde de su rostro como un tallo de junco en una laguna plateada. Amón lo sopló con suavidad y el mechón fue retrocediendo sobre la mejilla de ella, desencadenando un gesto de su boca. Amón volvió a soplar. El tallo de cabello tembló. El dios supremo sonrió a través de los labios de Tutmosis. Qué afortunado era aquel hombre de tener una esposa tan bella. Estaba disfrutando de las costumbres de los mortales. Hacían el amor de otra forma. Demasiado bien sabía él ya en ese momento que, una vez desencadenado, el proceso de la creación tomaba sus propias formas y peculiaridades. No podía esperar seguir la pista de todas ellas... ni tampoco le preocupaba. Su tentativa de controlar las costumbres de los humanos mediante el ojo de Hathor ya había resultado una vez en desastre. El ya sólo se dedicaba a la metafísica. El resto se lo dejaba a otros.

Y ésa era la primera vez que se aventuraba en el mundo físico de la humanidad. Estaba resultando ser intensamente placentero: se tomaría su tiempo, aprendería sus costumbres, paladearía el sabor. Persiguió el mechón de cabello con la lengua.

Ahmo se abrió los ojos, miró a Amón, que la contemplaba a través del rostro de su esposo. Amón relucía en la oscuridad, pero ella estaba demasiado dormida para percatarse de que Tutmosis no solía brillar. Le tocó el rostro levemente, después puso ambas manos bajo una mejilla y volvió a acurrucarse en el sueño. Amón se acercó más. En su interior, la savia empezaba a manarle como nunca antes le había sucedido. Para él, el acto de la procreación era intencionado, bien juzgado, ejecutado con rapidez, un acto necesario. No obstante, estaba aprendiendo que para los mortales era diferente. Se podía disfrutar de un juego de placer prolongado, provocado por un goce lento y pausado en el que participaban todos los sentidos humanos. Se podía bailar una danza de ritmos y supremacías cambiantes; en un instante determinado, él daba, ella rechazaba, ella concedía,

él aceptaba. Se tomaría su tiempo —un tiempo divino, infinito, inmenso y pleno— para explorar todas esas sensaciones humanas del cuerpo y el espíritu. Jugaría ese juego y bailarían esa danza, y saborearía la interacción de cuerpo y alma.

Amón miró largamente y con atención el rostro dormido de Ahmose, después le rozó la nariz con la suya y posó un beso sobre sus labios.

Ahmose se estremeció de placer, su boca se alzó ansiosa por retener el contacto. Amón retrocedió, despacio, y Ahmose avanzó hacia él, como si estuviera atada por una ligerísima hebra de luz. Cuando él se retiró, Ahmose despertó por completo y se sentó. Amón veía el deseo que le brillaba en los ojos. Vio la turgencia de sus senos mientras se levantaba hacia él llena de anhelo. Vio el rubor de melocotón en sus mejillas cuando exclamó con los brazos extendidos:

—Ven a mí, Tutmosis. Yace a mi lado. Deja que te posea.

Amón veía que su fragancia divina le invadía los sentidos de Ahmose, la abrumaba mientras caía hacia atrás, con ojos centelleantes. En ese momento también él experimentó un intenso deseo. Quería que Ahmose lo amara y lo deseara a él, no a su hermano esposo, no al hombre cuyo cuerpo había robado por un rato, sino a él, al creador supremo, al señor de la Enéada. El único, el primero, sin el cual nadie existía. Y por el amor de ella de buen grado lo habría olvidado todo. Amón sentía el miembro colmado y turgente. Tenía el corazón contento y brillaba a la vez que cantaba con sentimientos que nunca había imaginado que existieran.

Sin más vacilación, le quitó el velo de los ojos y se mostró ante ella con todo su esplendor y su fuerza. La mirada de Ahmose pasó rauda por las joyas que lo adornaban —no eran nada a los ojos de una reina— hacia las plumas gemelas que le coronaban la cabeza.

Ahmose se tambaleó como si fuera a desmayarse.

—¡Gran Amón-Ra! —dijo con un grito ahogado.

Amón se acercó más. En voz baja, como la de cualquier amante que temiera perder al objeto de sus deseos:

—¿Todavía me ansías?

Se quedó inmóvil, quieto y callado, y se preguntó si la respuesta de ella lo angustiaría. Podía responder de muchas formas. Podía declarar su fidelidad a Tutmosis. O podía sentirse aterrorizada por la divinidad. ¡Ay, cuánto poder ostentaba ella en ese momento! ¿Sabía acaso que sostenía en la delicada palma de su mano el corazón tembloroso y vulnerable de una poderosa deidad?

La mirada de Ahmose no le decía nada a Amón. Ni tampoco su sonrisa ni su suave risa. Entonces, al fin, llegaron las palabras:

—Te deseo, dios sagrado. Me honras con tu visita.

—No es honor lo que quiero de ti, Ahmose. Es amor. Te he dado mi corazón.

Los ojos de Ahmose se anegaron. Las puntas de sus dedos tocaron como un ala de mariposa las lágrimas con que él le respondió. Destellaron en las yemas de sus dedos y, al mirarlas, Ahmose se dio cuenta de que esa divinidad, el mayor de todos los dioses, le estaba suplicando un favor.

—Estoy encantada de tenerte aquí —repuso—. Rebose de felicidad por tu cercanía, estoy feliz de sentirte, tan cerca y tan fuerte.

—¡Ahmose! —Amón-Ra la estrechó entre sus brazos—. Dime más.

—Acojo tu cuerpo en el mío —continuó Ahmose—. He sentido tu presencia junto a mí muy a menudo, desde el otro lado de los océanos del Ser. Pero me había obligado a contentarme con saber de ti, de tu presencia, aun cuando era remota.

—Ahora estoy aquí. Estoy contigo. Nuestro amor siempre será alabado.

—Pues no esperes más —susurró Ahmose—. Entra en mi cuerpo ya, infúndeme con tu magnificencia, riégame con tu rocío divino.

Amón-Ra, el poderoso dios, echó a Ahmose suavemente hacia atrás hasta que su cabeza reposó sobre los brazos de él. Ella alzó la cabeza y los hombros, y le despojó primero de una de sus esplendorosas joyas, luego de más. Ese atrevimiento lo cautivó y se quedó tumbado y quieto mientras ella iba desposeyéndolo de los símbolos de su esplendor y su poder, y lo dejaba desnudo.

—Ya está —dijo ella riendo, y le iba pellizcando la carne juguetonamente—, ahora ya no tienes lastres. Yo seré tu único adorno. Yo te luciré a ti y tú a mí. Nada se interpondrá entre nosotros.

Amón sintió que se le apergaminaban los pezones, luego se le endurecieron y se irguieron. Ella suspiró hondamente, acto seguido se lanzó sobre él como una criatura hambrienta, lamiendo, chupando hasta que todos y cada uno de los poros de él palpitaron, llenos de vida y receptivos. El dios perdió la cuenta de las horas. ¿Qué lugar ocupaba el tiempo en ese retablo de dicha?

Al fin se levantó y le dio la vuelta a ella. Poco a poco se introdujo en su interior, y ella se movía bajo él, buscándolo, guiándolo en ese ritual exquisitamente humano. El tacto de las manos de Ahmose sobre su falo hacía que le recorrieran extrañas sacudidas de placer. Pero él las contenía, saboreaba las manos que le acariciaban la espalda, le masajearon las nalgas, le arañaban la suave piel del interior de los muslos, los oscuros intersticios de sus puntos tiernos e intactos.

Él le acarició la suave piel del rostro, de los brazos, las piernas. Y ella correspondió cada gesto suyo con pasión, hasta que fue difícil distinguir entre las acciones y los acercamientos de cada uno, dónde empezaban los de él y dónde tomaba ella el relevo.

Amón le cubría los ojos con suaves besos, le soplaba los cabellos azabache, le mordisqueaba los lóbulos perfumados,

respirando con suavidad, seduciéndolos. Y cada gemido de éxtasis que profería Ahmose aumentaba la excitación de él. No fue ése un simple acto de reproducción. Fue el acto más sagrado que Amón-Ra había experimentado desde el momento de ese primer contacto con su propio falo. Mientras su cuerpo se embebía de las sensaciones humanas más exquisitas, se dejó llevar por una cadencia marina prolongada y palpitante, mecido y besando a Ahmose, envolviéndola en sus movimientos hasta que ambos estuvieron rodeados por el gran océano que los había separado antes y que los dividiría de nuevo.

Al unísono cantaron su júbilo. Después se abrazaron y guardaron silencio un largo rato. Al cabo, Amón-Ra admitió que había llegado el momento de marchar.

Con un último abrazo intenso y un largo beso, se levantó y bajó la mirada con ternura hacia Ahmose.

—Tengo que dejarte, pero hemos creado a una hija que crecerá para ser sabia a la vez que hermosa. Gobernará el alto y el bajo Egipto y yo pacificaré el mundo para ella. Dará gloria a tu nombre y al mío. Y se llamará Hatshepsut.

En un futuro no muy distante, cuando Hatshepsut fue faraona, ordenó que la historia fuese narrada en los murales que adornaban el templo que construyó para Amón-Ra en Tebas.

Y fue ésta una acertada decisión, pues cuando Ahmose despertó a la mañana siguiente de la cópula con la divinidad no recordaba nada de la visita de Amón.

Aunque la embargaba un sentimiento de bienestar que no era capaz de explicar.

El

Me resulta tan divertido como sorprendente que el actor que representara a El tuviese que mantener erguido el pene en el escenario a sabiendas de que se exponía al rechazo público. Ese rechazo podría haber resultado en siete años de sequía y hambruna. ¡A eso lo llamo yo riesgo!

Este campo es el campo de los dioses,
el campo de Asherah y la Niña.
Cocinan un cabrito en leche,
un choto en mantequilla.
El campo de los dioses,
el campo de Asherah y Rahmai.
Si las mujeres exclaman: «¡Oh, esposo, esposo!
Tu verga está arriada,
el bastón de tu mano ha caído»,
mientras el ave se asa sobre el fuego,
sí, se tuesta sobre las ascuas,
entonces las mujeres son las esposas de El,
las esposas de El y tuyas para siempre.
Pero si las mujeres exclaman: «¡Oh, padre, padre!
Tu verga está arriada,
el bastón de tu mano ha caído»,

mientras el ave se asa sobre el fuego,
sí, se tuesta sobre las ascuas,
entonces las mujeres son las hijas de El,
las hijas de El y suyas para siempre.
«¡Oh, esposo, esposo!
Tu verga está arriada,
el bastón de tu mano ha caído»,
mientras el ave se asa sobre el fuego,
sí, se tuesta sobre las ascuas,
entonces las mujeres son las esposas de El,
las esposas de El y suyas para siempre.
Él se inclina, besa sus labios.
Ay, qué dulces son sus labios, dulces como granadas...
Del besar, hay concepción;
del abrazar, fecundación.
Se ponen de parto y dan a luz al Alba y al Ocaso.
A El le llevan la noticia:
«Las esposas de El han parido».
«¿Qué es lo que han parido?
Mis hijos, Alba y Ocaso.»
Un labio hacia la tierra,
un labio hacia el firmamento,
para que entren en sus bocas
los pájaros del cielo
y los peces de la mar.
Allí permanecerán entre las piedras y los árboles
siete años enteros,
incluso ocho (años) cíclicos,
hasta que los Dioses Buenos recorran el campo,
pisen incluso los confines de la naturaleza.
Se encontraron con el Guardián de la Siembra
y le gritaron al Guardián de la Siembra:
«¡Oh, Guardián, Guardián, abre!».

Él les abrió un paso y así entraron.

«Si hay pan, danos para que comamos.
Si hay vino, danos para que bebamos.»

El ardid de Aroma

La señorita Aroma accede a compartir su admirador con su vecina, menos agraciada que ella... Sin embargo, lo que está en juego es la reputación de la virilidad del pobre hombre.

En las horas crepusculares, cuando en los hogares ya se prendían todas las lámparas, la vecina cerró con cuidado la puerta de su casa y cruzó corriendo al otro lado de la calle encubierta por la oscuridad.

Aroma estaba de ánimo burlón.

—Qué lástima —dijo, poniendo la cara más larga que fue capaz—. Al final no va a suceder nada. Acaba de enviarme una nota diciendo que no podía venir, tiene una cita urgente, un banquete al que está completamente obligado a asistir. Más vale que tú también des media vuelta y te vayas a casa.

La vecina la escuchó con una decepción que rayaba en ira. Le saltaban chispas de los ojos y de la nariz le salían chorros de vapor. Bullía por dentro. ¿Por qué no se lo había dicho Aroma antes? No se habría tomado tantísimas molestias. En su corazón brotó la sospecha: Aroma, sin duda, se había arrepentido de su promesa. Había decidido que su amiga no haría más que estorbar, que prefería guardarse los placeres de la noche para

ella sola. La vecina ya estaba preparando un sonado berrinche cuando la alegre risa de Aroma dispersó las nubes.

—¡Qué tonta! ¡Cómo puedes ser tan crédula! Sólo quería incordiarte un poco. Quédate tranquila que él vendrá. Vamos, deprisa, tenemos que prepararnos.

Llevó a su amiga a la cocina. Allí dispusieron una caldera llena de agua fresca sobre el hogar y prepararon un baño de asiento en una gran tina. Regresaron al dormitorio y acercaron un confidente tapizado a los pies de la cama. Aroma planeaba ponerse allí cómoda y jugar a escuchar las conversaciones de los otros dos la primera mitad de la noche. Después mandó a su amiga a escuchar tras la puerta de fuera.

—Echa el cerrojo y espera a que llegue. Seguro que nos hará saber que ha llegado llamando con suavidad. En cuanto llame, abre el cerrojo y déjalo entrar. No le des tiempo a que llame otra vez ni más fuerte, podrían oírlo en el vecindario y despertaría sospechas. En cuanto lo hayas dejado entrar, vuelve a correr el cerrojo. Y otra cosa: cuando regreses a la habitación y te metas con él en la cama, habla lo menos posible. Si te hace preguntas y no puedes evitar contestar, hazlo en un susurro. No dejes que la voz te delate, o toda nuestra estratagema se irá al traste.

La vecina prometió seguir sus instrucciones al pie de la letra y se retiró a su puesto de escucha tras la puerta de fuera, mientras Aroma apagaba todas las luces de la casa y se sentaba en el confidente.

Pasó una hora entera. La vecina volvió a entrar, con los pies doloridos de haber estado allí plantada y turbada de tanto aguzar el oído: nadie había llamado. Apenas había abierto la boca para informar a Aroma, cuando de pronto alguien la abrazó y la besó en la oscuridad. Primero pensó que era Aroma. A buen seguro otra de sus bromas. Para cerciorarse, dejó que su mano bajara por el cuerpo de ese alguien. Y, quién lo iba a decir, se encontró con algo largo y duro... ¡Un varón!

—¡Huy! —exclamó, luchando contra el impulso de gritar—. Oh, oh, ¿cómo has entrado?

—Por los tejados.

—¡Oh, qué hombre tan maravilloso! Ven, vamos a la cama.

Se desvistieron. Sin embargo, pese a no mostrarse ni mucho menos reacio, no conseguía seguirle el ritmo a ella, que yacía ya completamente desnuda y boca arriba mientras él seguía quitándose la ropa. Por fin terminó. Se subió, se tumbó encima de ella y le buscó las piernas con la intención de echárselas sobre los hombros como de costumbre, pero sus manos se encontraron con un vacío. Ella ya había levantado las piernas y las había separado bien. Le había preparado una entusiasta bienvenida.

«Desde luego, va directa al grano —se dijo él para sus adentros—. Bueno, tanto mejor. No habrá que perder tiempo andándose con rodeos. También yo iré directo al grano.» Y dispuso su hacha de guerra para un ataque frontal. Sin embargo, ella no estaba preparada para una arremetida tan violenta. ¡Qué guerrero más vigoroso se lanzaba a sus puertas exigiendo que lo admitiera! Y se puso a chillar y a forcejear.

—¡Ah! Con calma, me haces daño —suplicó, jadeando.

Él, puesto que era un caballero, le concedió una tregua que utilizó para palpar el portal de ella, separar con delicadeza las puertas de entrada y frotar sin parar en una y otra dirección. Después embistió de nuevo, pero de nuevo fracasó al intentar penetrar en la fortaleza. La cabeza de su tortuga se introducía unos dos centímetros, mientras que la vanguardia de su ejército era rechazada.

—Nada ganamos con darle largas al asunto —le explicó él—. La mejor estrategia es una ofensiva total. A lo mejor te duele al principio, pero tanto más placer obtendrás después si puedes resistirlo.

Atacó enérgicamente, pero ella volvió a forcejear y a resistirse.

—*¡Shi pu-te!* Así no saldrá bien. Por favor, iría bien un poco de saliva.

—En modo alguno. Eso va en contra de todas las reglas del juego. Tal vez esté permitido cuando hay que rasgar una doncellez, pero en ningún otro caso. —Volvió a intentar otro asalto, pero la resistencia de ella no mermaba.

—*¡Shi pu-te!* No se puede. Si eres demasiado orgulloso para romper las reglas, ya me encargo yo.

La mujer se zafó, se escupió en la palma de la mano y usó la mitad de la saliva para lubricar su puerta, la otra mitad para ungir la cabeza de la tortuga de él.

—Ahora irá mejor. Pero con cuidado, por favor.

Él desoyó su petición. Al contrario, quería demostrarle de lo que era capaz. Le agarró los cachetes del trasero con firmeza y tiró de ella hacia sí con tal brusquedad que la carne se encontró con la carne provocando un fuerte estallido, y atacó con todas sus fuerzas. Esta vez logró atravesar e introducir todo su armamento en la fortaleza.

Ella profirió un leve grito, esta vez menos de dolor que de admiración.

—¡Qué barbaridad! ¡Quién habría esperado que un joven erudito como tú, un ratón de biblioteca hogareño, fuese un guerrero tan portentoso! Ni siquiera le importa si su víctima está viva o muerta. Sólo se abre camino y ya está. Has llegado al fondo, ya no puedes ir más lejos. ¡Así que fuera, y que sea rápido!

—¿Ya? Pero si acabamos de empezar. Bonito jaleo si tuviera que retirarme ahora del negocio... —replicó él con una alegre risa, y empezó a tirar y a empujar con todas las fuerzas que tenía. Al principio, cada una de sus ofensivas ocasionaba un gemido: «ah». Después de cincuenta extrañas embestidas, ella se quedó callada. Cuando pasó de las cien, volvió a gemir de nuevo: los mismos sonidos de «ah» salieron de sus labios. Al principio sus gemidos habían sido de dolor, pero éstos habían

pasado a transmitir arrobamiento. Es en verdad un hecho extraño que las mujeres puedan expresar sentimientos muy diferentes con un mismo sonido: primero es un sonido de sufrimiento y luego se convierte en un sonido de placer. Con su gemido de placer, una mujer hace saber que el éxtasis se acerca a su culminación, que la nube que hay sobre la montaña mágica está a punto de estallar.

Entonces, la vecina de Aroma puso en marcha toda su astucia y su malicia. Su nube ya había estallado dos veces, pero cuando nuestro joven le preguntó si había llegado a ese extremo, ella dijo que no e insistió en que perseverase en sus intentos. ¿Por qué le mintió? Porque sabía que no era más que la suplente de Aroma y que Aroma estaba escuchando. Si admitía que sus gozos habían llegado a un punto álgido, Aroma daría un paso al frente y ocuparía su lugar. La vecina quería disfrutar al máximo de los escasos placeres de esa noche, prolongarlos todo lo posible. Cumplió con la conocida práctica de los funcionarios suplentes que describe el dicho popular:

Estos nobles caballeros son suplentes en funciones:
no te apresures y tómate tu tiempo.
Tal vez el público se harte de esperar, de que no les toque.
¡Qué más da! Mientras, nos ganamos un sueldo.

En esta batalla amorosa había cierta cantidad de mentira por ambas partes. Ella mentía en defensa de sus intereses. Él, por su lado, mentía en defensa de su prestigio. Puesto que, en respuesta a la pregunta de él, ella no hacía más que decir que no, que todavía no había alcanzado ese punto, él se sentía por honor obligado a dar la misma falsa respuesta a la misma pregunta, y a continuar valientemente con sus esfuerzos. No quería decepcionarla, aunque a esas alturas ya tenía serias dificultades y habría agradecido un rato de respiro. En esa fase de la

batalla se parecía mucho a un borracho montado en un burro, con la cabeza tambaleándose de forma alarmante a cada paso.

Ella tuvo que notar la diferencia entre el vigor espontáneo y fácil con el que había empezado y el esfuerzo convulsivo de esos momentos y, compadeciéndose de él, dijo:

—Amor mío, ¿has llegado ya?

Y todavía su orgullo no le dejaba rendirse. Esa pregunta le había producido el mismo efecto que la reprimenda con la que un maestro zarandea a un alumno medio dormido y lo azuza para que vuelva a estar despierto. Redobló su empeño y siguió luchando valerosamente. No obstante, cuando empezó a sudar y a resollar, ella transigió.

—*¡Wo tiu la!* Ya estoy. Para. No puedo seguir. Me muero. Estréchame entre tus brazos y durmamos uno junto al otro.

Con estas palabras le ofreció el armisticio que él había estado anhelando en secreto. Estuvo más que satisfecho de aceptarlo.

Mientras tanto, Aroma había estado escuchándolos. Todo el rato había yacido inmóvil en el confidente que había a los pies de la cama, aguzando el oído.

Al principio, cuando la vecina había chillado y forcejeado y el ataque de él no parecía hacer ningún progreso, se dijo: «Bueno, su utensilio no puede ser tan insignificante; de hecho, tiene que ser bastante imponente y resistente». La mitad de sus dudas se habían disipado ya y, a medida que la batalla progresaba, cuando vio, o más bien oyó, con cuánta perseverancia sostenía él su lanza en alto y cómo, tras un breve instante de fatiga, volvía a reunir sus debilitadas tropas y las dirigía de nuevo a la refriega con renovado vigor, quedó por completo serenada. «Es un conquistador nato de aposentos de señoras, mi héroe elegido —se dijo—. Seré suya con dicha y sin remordimientos.»

Aprovechando el sueño profundo que había conciliado la pareja, Aroma se levantó a hurtadillas del confidente. Se que-

dó un rato de pie en la oscuridad y reflexionó. Podía meterse sin ser descubierta bajo las mantas y unirse sin más cuando la pareja despertara. No obstante, se dijo que él, en la oscuridad, no lograría distinguirla de su vecina: ¿qué iba a impedir que le dedicara sus atenciones a ésta? Eso no iba a salir bien. Y, aunque se volviera hacia Aroma, en la oscuridad no percibiría su belleza. Eso lo privaría justamente de lo que necesitaba para reavivar su pasión y encenderlo para acometer nuevas hazañas. El hombre tenía todo el derecho a estar cansado y, sin la inspiración oportuna, no le proporcionaría a ella nada más que sobras frías e insulsas. No, eso no era ni por asomo lo que quería Aroma. Actuaría de una forma muy distinta.

Se escabulló hasta la cocina, donde vertió varios cazos de agua en una caldera que puso sobre el hogar. Después prendió una pajita en el fuego y encendió una lámpara. Lámpara en mano regresó al dormitorio, se acercó al lecho y alzó la cortina. Retiró la colcha de seda que cubría a la pareja durmiente, iluminó sus rostros con la lámpara y estalló de fingida rabia:

—¡Pero bueno! ¿Qué clase de comportamiento es éste? ¡Irrumpir en la casa de desconocidos en plena noche y acostarse en las camas de otra gente! ¡Arriba los dos! ¡Explicaos!

Nuestro erudito dio un brusco respingo. Adormilado y aturdido por el sueño como estaba, confundió a la intrusa con el marido airado: a buen seguro había estado escondido en la casa todo el rato, esperando atrapar en el acto al amante de su esposa con vistas a hacerle chantaje. Por un momento, nuestro erudito temió por su vida y un sudor frío le recorrió la espalda, pero enseguida se recompuso y, cuando alzó la mirada, vio nada menos que al objeto de su adoración de pie ante él a la luz de la lámpara. Se frotó los ojos. ¿Cómo era posible? ¡Vaya, pero si acababa de dormir con ella!... ¿O tenía acaso una doble? Volvió la cabeza y miró a la mujer que yacía junto a él. Entonces, en el resplandor de la lámpara, distinguió sus facciones

por primera vez y saltó atrás presa del horror. ¡Qué piel ennegrecida y picada de viruelas! ¡Qué nariz chata, qué boca ancha! ¡Qué pelo pajizo y deslustrado! Su mirada fue bajando por todo el cuerpo. Era bastante bien proporcionado, pero también allí su piel estaba cubierta de granos.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy la vecina de enfrente. A petición expresa de madame Aroma he ocupado su lugar sólo por esta vez. Quería que yo te probase. Todo empezó aquel primer día en que estuviste caminando de aquí para allá delante de la tienda... —Con una simplicidad encantadora, le reveló toda la verdad de principio a fin.

Bajó de la cama y se vistió deprisa, aunque con la premura se puso sólo lo estrictamente necesario: los pantalones forrados, la chaqueta de algodón acolchada, las zapatillas de fieltro. Con todo lo demás —medias, ropa interior, túnica, sudadero— hizo un fardo que se echó sobre el brazo. En la puerta se volvió:

—Pese a ser poco agraciada —dijo—, seré para siempre tu humilde servidora. Esta noche he compartido tu colchón como favor a una amiga, pero tal vez estábamos predestinados a yacer juntos por una existencia anterior. ¿Quién sabe? Si alguna vez volvieras y tuvieses unos minutos que dedicarme, tu devota sierva siempre estará a tu disposición. No seas demasiado cruel con ella.

Le hizo una reverencia a él y otra a Aroma, murmuró unas palabras de gratitud por el recibimiento amistoso y se marchó. Aroma la acompañó, la invitó a salir y atrancó la puerta tras ella.

Cuando regresó, nuestro joven seguía bastante desconcertado. Se sentía como si acabara de despertar de un sueño profundo o de un sopor etílico.

—Bueno —dijo Aroma, con afectada frialdad—, ¿por qué sigues ahí tumbado? La otra ya ha saldado mis cuentas. Estamos en paz. Ya has obtenido tu placer. ¿Por qué no te vas a casa?

Él protestó con energía.

—Ni hablar, no estamos ni mucho menos en paz. Más bien al contrario. Me debes una compensación por la injusticia que has cometido defraudándome con una suplente tan inferior. Ya es medianoche, pronto llegará el alba. No tenemos tiempo que perder, deprisa. Arrímate aquí junto a mí ¡y no se hable más!

—¿Lo dices de verdad?

—Desde luego que sí.

—Muy bien. En ese caso, ¿serías tan amable de levantarte y vestirme? Antes de irnos a la cama hay que hacer algo importante.

—¿Qué puede ser tan importante? Por lo que yo veo, lo único importante es que nos metamos juntos en la cama.

—Deja de hacer preguntas y ven.

Él se levantó de un salto y se puso la ropa. Aroma, llevándolo de la mano, lo condujo hasta la cocina a través de varias habitaciones y patios interiores. Allí señaló la tina y la caldera llena de agua hirviendo sobre el hogar. Entonces él comprendió. Tenía que bañarse y, puesto que el camino a la cocina era largo y atravesaba patios abiertos, ella le había pedido que se vistiera por miedo a que pudiera enfermar si se exponía al frío aire de la noche. ¡Qué atento por su parte! Imaginó que se postraba con un reverencial *kowtow* en señal de agradecimiento.

Mientras tanto, ella se sirvió del cazo para llenar media tina de agua fría y el resto de agua caliente. El resultado fue un buen baño tibio, ni demasiado caliente ni demasiado frío.

—Ya está. Ya puedes meterte. Encontrarás jabón y manoplas allí. Coge lo que necesites.

Y prosiguió:

—Todavía te impregna un olor desagradable a mujer extraña. No quisiera que lo transmitieras a mi sensible cuerpo.

—Tienes toda la razón —convino él—. Es sin duda de vital importancia. También me limpiaré la boca para borrar todo rastro de besos.

Y alcanzó el cuenco de agua y el cepillo de dientes que estaban dispuestos en un estante fijado en el exterior de la tina. Quedó sobremanera impresionado al percatarse de que, pese a las intempestivas horas románticas, ella seguía siendo la perfecta ama de casa, atenta a todo detalle doméstico imaginable. ¡Con qué cuidado le había preparado el baño, hasta con jabón, manoplas y humeantes toallas calientes! Cuando hubo terminado de secarse, ella ya había limpiado la estera de baño mojada con un trapo y, para después, ya en el dormitorio, le había preparado un sudadero y lo había dispuesto junto a la almohada, listo para usarlo.

«¡Qué magnífica gobernanta! —se dijo, con callada admiración—. Piensa en todo.»

Aroma apagó la lámpara y se sentó en el borde de la cama. Se desvistió despacio, alisando con cuidado cada prenda y doblándola sobre una silla.

Dejó con elegancia que su amante terminara de desnudarla, que le soltara el corpiño de seda y le quitara las finas bragas de batista. La abrazó, la besó y envió una mano exploradora. Descubrió sus colinas gemelas, tan turgentes y elásticas que se le escapaban de las manos cuando intentaba apresarlas. Su carne era firme por todas partes, pero a la vez era suave y tierna; en ningún lugar encontró durezas. Más abajo, en la depresión de la muralla de su fortaleza, se encontró con la misma firmeza suave, aunque allí la piel parecía aún más tersa y más flexible.

La movió cuidadosamente, le colocó las piernas por encima de sus hombros e inauguró la batalla empleando las mismas tácticas que con su fea precursora: un ataque frontal sin juegos amorosos preliminares. Había calculado que, si bien esa maniobra de aproximación podía hacerle daño al principio, después su placer sería tanto mayor. La ofensiva salió a pedir de boca. No obstante, al contrario de lo que había esperado él, ella per-

maneció por completo apática, como si no hubiese sentido nada, sin dar muestra alguna de placer ni de dolor. Entonces recordó él lo que le había explicado su experimentado amigo, el Rival de K'un-lun, acerca del poderoso calibre de la horma del marido de ella. No era de extrañar que sus fuerzas hubiesen logrado penetrar con tanta facilidad en la fortaleza enemiga, sin encontrar la menor resistencia. No había estado él preparado para un zapato de tales dimensiones. En uno tan profundo y ancho, su horma, que en modo alguno era mediocre, parecía marchitarse y quedarse en nada, se perdía como una aguja en un pajar.

Consciente de que los antiguos métodos no lo llevarían a ninguna parte, decidió cambiar de táctica. Retiró la almohada de debajo de la cabeza de Aroma y la colocó bajo su entrepierna. Al hacer eso, le dejó adrede la cabeza sin ningún otro punto de apoyo. Esto la impresionó y le inspiró una admiración secreta. Hasta ese momento, Aroma no había sentido ningún tipo de placer, pero en esos preparativos vio que él era ducho en técnicas de dormitorio y quedó convencida de que al final todo saldría bien.

Estimado lector, la batalla de los sexos no es en muchos sentidos diferente del arte de la guerra: antes de la declaración de hostilidades, ambos contendientes se espían para tantear los puntos fuertes y flacos de cada uno. Él intenta descubrir si ella es profunda, o no lo es tanto, con tal de planificar en consecuencia su ofensiva y su retirada. Ella intenta obtener información precisa sobre el armamento de él, si es corto o largo, grueso o delgado, para recibirlo con movimientos acertados y adaptarse a éste. El éxito en la batalla depende del conocimiento de los puntos fuertes y flacos del enemigo. La largura y el grosor de los utensilios masculinos varían sumamente, y lo mismo sucede con la profundidad y la amplitud de las casas del placer femeninas. Si ella no es especialmente profunda, un uten-

silio demasiado largo está fuera de lugar; no tendrá sitio, al menos no cabrá entero. Si, de todos modos, él intentara forzarlo y hacerlo entrar por completo, no le causará a ella placer sino dolor. ¿Debería reservarse él todo el placer? Eso sería injusto. No obstante, si ella posee una gruta del placer de profundidad extraordinaria, necesita un compañero con un armamento desacostumbradamente largo y poderoso, de otro modo no obtendrá satisfacción. Pero la largura del órgano masculino viene determinada por la naturaleza de manera definitiva, no sigue creciendo y no hay forma de alargarlo con artificios. En consecuencia, un amante experto recurre a una estratagema, retira la almohada de debajo de la cabeza de su dama y se la remete bajo la cintura. Alzada de este modo, la pelvis de ella queda más llana y el utensilio del amante es capaz entonces de llegar al fondo. No debe entenderse por esto que la almohada bajo la cintura sea indispensable, ni que deba ser usada en todo caso. Está indicada sólo en ocasiones en que la gruta del placer de la dama es demasiado profunda para el armamento de su amante. Vemos entonces que esa deficiencia puede remediarse. Sin embargo, existe otra discrepancia que carece de solución: que el zapato de la dama sea demasiado ancho para la horma de su amante.

El oficio de cirujano itinerante había aumentado de forma considerable el grosor y la resistencia del equipamiento de nuestro joven mancebo, pero no lo había alargado. En el primer intento de penetrar la gruta del placer de Aroma, su utensilio había resultado demasiado corto y no había logrado sondear las profundidades. Al recurrir a la estratagema ya mencionada de remeter la almohada bajo la cintura de ella, la había impresionado con su competencia. Aroma no dijo nada, pero secretamente quedó muy satisfecha.

Este uso de una almohada es un truco simple y muy conocido, pero pocos son los hombres lo bastante atentos para moles-

tarse en aplicarlo y los menos saben cómo hacerlo correctamente. Además de dar apoyo a la cintura, la mayoría de los hombres dejan otra almohada bajo la cabeza de su señora. Es ése un gran error, pues el cuerpo de ella queda entonces levantado por ambos extremos, con el resultado de que está doblada por la mitad. Si, para acabar de empeorarlo, el amante descansa todo su peso sobre ella, es fácil imaginar lo incómoda que debe sentirse. En esa posición tan poco natural, un beso requiere las más dolorosas contorsiones por ambas partes: él debe encorvar la espalda para alcanzar la boca de ella; ella tiene que estirar el cuello y torcer la cabeza hacia atrás antes de que sus labios y su lengua puedan encontrarse con los labios y la lengua de él. Todo eso a causa de la problemática y superflua almohada bajo la cabeza de ella. ¡Por eso digo yo que adiós muy buenas! Que el peinado de nube de la dama yazca directamente sobre la sábana. Así las cabezas y las extremidades de ambas partes se acoplarán con armonía; la noble cola de yac de él penetrará la gruta del placer de ella sin dificultad, la lengüita púrpura de ella encontrará un sencillo camino hasta la boca de él, ninguna desigualdad de postura impedirá que se unan y se fundan interiormente, ninguna incomodidad marchitará su placer.

Tras esta breve digresión, continuemos con nuestra historia. Nuestro erudito, alzando los muslos de jade de Aroma sobre sus hombros y con ambas manos apoyadas en la sábana del lecho, retomó la batalla interrumpida... esta vez con éxito. Su valeroso esbirro no ocultó su naturaleza y sus orígenes en parte caninos. Cuanto más se prolongaba la encarnizada batalla, más imponente se hacía su talla y, con ella, su coraje. La gruta del placer ya no era un pozo sin fondo; tanto a los lados como en las profundidades se estableció el contacto deseado. La actitud de Aroma cambió en consonancia. El primer asalto la había dejado totalmente apática e inerte, no se le había escapado ningún sonido de placer ni de dolor, pero esta vez su cuerpo se puso

a temblar y a estremecerse de forma voluptuosa, y de sus labios salieron gemidos de «ah».

—*Hsin-kan*, mi vida. ¡Ya llega! Noto una sensación agradable.

—¿Tan pronto? Vaya, pero si acabo de empezar —susurró él en respuesta—. Espera a que coja ritmo, entonces sí que sentirás algo, *wo-ti kuai jou*, mi pícaro cachito de carne. —Y se dispuso a tirar y empujar hasta que el cielo y la tierra quedaron aterrorizados y amenazaron con perder el equilibrio. Los gritos sofocados de «Mi vida» y «Oh, muero» que profería ella se hicieron más y más frecuentes, y la hierba y los arbustos que rodeaban su puerta se humedecieron con el rocío del placer. Él alcanzó el sudadero para limpiar el rocío, pero ella se lo impidió. ¿Cómo es eso? Ya se ha afirmado que ella era de natural muy apasionada. Para ella, una batalla de sexos tenía que consistir en un arrebató salvaje, una extática danza sagrada con un enardecedor acompañamiento de gongs y tambores. ¿Interrumpir la danza sagrada con un prosaico sudadero? De ninguna manera. Incluso en el trato cotidiano con su marido había adoptado esa misma actitud. Que la salpicara como quisiera el rocío del placer, ella no se limpiaría hasta más tarde, después de que la nube hubiese estallado. Era ésa una excentricidad suya muy personal. Lo menciono sólo de pasada y —huelga decirlo— ¡sólo para provecho de gourmets y entendidos!

Nuestro joven continuaba todavía con brío cuando ella le echó los brazos al cuello, lo estrechó y gimió:

—¡*Wo yao tiu la!* Mi nube va a estallar. Muramos juntos de dicha.

En realidad para él era demasiado pronto. Le habría gustado seguir un poco más e impresionarla con su vigor y su resistencia, pero ella no quiso permitirlo.

—Para. Estoy por entero convencida de tu fuerza y tu resistencia. Has estado batallando toda la noche, te has ocupado de

dos mujeres y has yacido con ellas. Concédete un pequeño descanso, reserva tu fuerza para la noche de mañana. No quisiera que enfermaras por hacer un esfuerzo excesivo, quiero que estés sano, por mi bien.

Ay, a ella le preocupaba su salud... ¡Qué atenta! ¡Qué conmovedora! Profundamente emocionado, él la envolvió con sus brazos, la estrechó y, cuerpo contra cuerpo, compartieron la dicha inefable de la nube que estalla.

CUARTA PARTE

Cuentos de lujuria y procacidad

La muchacha lozana

Gales

Dahama

Arabia

Moussa

Arabia

La estela de amor de Dagda

Irlanda celta

Un hombre de calidad I y II

Arabia

La muchacha lozana

Disfruté muchísimo del empeño que aquella descarada campesina puso en perder la virginidad. Es evidente que la desesperación por no perderse la experiencia sexual es común a todas las épocas.

Aquel año, mientras caminaba por el bosque, me encontré con una lozana muchacha.

La joven me preguntó sin rodeos:

*«¿Te importaría explicarme qué empresa te ocupa?
¿Vendrías a sentarte junto a mí
bajo las verdes ramas?».*

Contesté a la insinuación de la más bella flor:

«No soy muy bueno conversando.

En un sitio apartado, la vergüenza
me suele turbar,

y así

no puedo resultarte de gran diversión».

*«Escucha la súplica de esta bella campesina,
cuyas tierras no conocen simiente.*

Me asusta la humedad

*y no tengo quien me ayude.
Me hallo en un apuro,
necesito un labrador para mis tierras.»*

Contesté a mi delicada doncella:
«Tampoco yo estoy acostumbrado a labrar.
No introduzco ni extraigo bien mi arado,
mi dulce doncella, ni de noche ni de día,
ni lo guío con pericia
para separar ambos lomos de tierra».

*«Si eso es cuanto te preocupa,
no tienes por qué dudar.
Si inclinas la reja del arado hacia el surco,
no hará ruido bajo la bardana.
Hay una forma ideal:
tú incitas [a los bueyes] y yo sostengo [el arado].»*

«La reja de mi arado, créeme, querida,
no es más que un hierro sin templar,
y soy un muchacho inexperto,
deseoso de hender tus tierras,
de retozar como compañeros,
mas temo que juegues sucio, muchacha.»

*«Entonces adiós, desisto.
Maldigo el día en que nací.
No hay muchacho que acceda a aventurarse
entre mis rodillas, a pesar de su belleza.
No cabe duda de que nací
con mala estrella y me ha tocado sufrir.»*

Dahama y Moussa

DAHAMA

Breve pero sustancial, esta historia narra un pasaje sobre la importancia de besar bien. Pero la ironía del cuento radica en que si no consigues que los besos vayan seguidos de un coito, todo queda en nada. Tal como suena.

Se cuenta que Dahama ben Mesejel se había quejado al gobernador de la provincia de Yamama de que su marido, El Ajaje, era impotente, que no vivía con ella y que ni siquiera se le acercaba. El pueblo de Yamama reprochaba a su padre que defendiera esta causa y le preguntaba si no le avergonzaba exigir el coito para su hija.

—Quiero que tenga hijos —se defendía él—. Si los pierde, Dios le pedirá cuentas; si sobreviven, resultarán útiles.

Dahama presentó su caso ante el emir con estas palabras:

—Éste es mi marido. Hasta el momento no me ha tocado.

—Quizá no muestres buena predisposición —objetó el emir.

—Al contrario. Con mucho gusto me acuesto y abro las piernas.

—¡No, Emir! ¡Miente! Si quiero poseerla, antes tengo que emprender una dura batalla —exclamó el marido.

—Te daré un año para que puedas demostrar la falsedad del alegato —le concedió el emir. Mas obró así movido por la simpatía hacia el hombre.

El Ajaje se retiró.

En cuanto llegó a casa, tomó a su mujer en brazos y empezó a acariciarla y a besarla en la boca, pero hasta ahí llegaban sus denuedos, pues era incapaz de probar su virilidad. Dahama le dijo:

—Deja ya las caricias y los abrazos. No bastan para el amor. Lo que yo necesito es un miembro fuerte y duro cuyo esperma me inunde el útero.

Desesperado, aquella misma noche El Ajaje la repudió y la devolvió a su familia.

Sabed pues, que cuando se trata de satisfacer a una mujer, los besos sin coito no bastan. El pene es su única fuente de placer y entrega su amor al hombre que sabe darle buen uso, sin importar cuan desagradable y deforme sea su poseedor.

MOUSSA

Poder, belleza, riquezas... Todo queda en segundo plano ante la destreza de un amante experimentado. Ésta es otra de las traducciones de Burton de El Jardín Perfumado, que hizo que me partiera de risa.

Se cuenta que Moussa ben Mesab fue un día a casa de una señora que tenía una esclava, una hermosa cantante, para ver si podía comprársela. La señora resultó ser de gran belleza y

muy rica. Al entrar en la casa, Moussa se percató de la presencia de un hombre todavía joven pero muy deforme, que daba órdenes. Le preguntó a la señora quién era aquel hombre y ésta respondió:

—Es mi marido y con gusto daría la vida por él.

—¡Estás sometida a la cruel esclavitud y me das lástima, pero somos hijos de Dios y a Él volveremos! Sin embargo, ¡qué desgracia que una mujer de tanta belleza y tan buena planta pertenezca a ese hombre!

—Mira, hijo, si te hiciera a ti por detrás lo que a mí me hace por delante, venderías todos tus bienes y hasta tu patrimonio. Entonces lo crearías atractivo y su fealdad se transformaría en perfección.

—¡Que Dios te lo conserve! —exclamó Moussa.

La estela de amor de Dagda

La unión anual de Dagda, el promiscuo padre celestial de los celtas, y la guerrera Morrigan en el Unshin era por todos conocida. Sin duda, la técnica de Dagda se ganaba el favor de las mujeres.

La mujer divisaba con claridad el horizonte en dirección al norte de Irlanda. Ese día, el de la batalla del Día de Difuntos, Dagda tenía una cita con ella. Debían encontrarse a poca distancia de su morada en dirección al sur, allí donde el río Unshin ruge a su paso por Connacht. La mujer observó que se estiraba cuan largo era, se echaba al hombro un garrote y lo arrastraba a sus espaldas. El otro garrote, grande y medio levantado, le colgaba por delante. Aquel órgano robusto nunca pendía flácido, pero en esos momentos Dagda parecía pagado de sí mismo al pensar, sin duda, que iba a tener un encuentro con ella —con La Morrigan, tal como la llamaban— y aquello le infundía aún más vigor. Ese día se le balanceaba con picardía mientras avanzaba a grandes zancadas.

La vio desde la distancia, a horcajadas sobre el Unshin, con un pie firme en la orilla norte y el otro en la sur. Nueve mechones rebeldes se le habían soltado y recorrían el horizonte como jirones de nubes. Ay, cuán esplendorosa era... Apenas había

tenido tiempo de acercársele desde atrás cuando su falo se mostró en toda su longitud, duro y erecto por la gran excitación.

Tras el saludo, no hubo necesidad de más palabras. Morrigan estaba preparada para recibirlo y ambos empezaron a moverse con gloriosa delicadeza, mientras las olas del Unshin les lamían los dedos de los pies en una danza original; ora rompían, ora se arremolinaban, ora subían, ora bajaban, aliento con aliento, impulso con impulso. Entonces el agua se volvió blanca y empezó a dar vueltas formando un remolino que absorbió toda la vida a su alrededor, la hizo girar, la retorció y la regurgitó en un vómito masivo que se elevó vertiginosamente e hizo crecer una ola espumosa que acabó doblándose despacio sobre sí misma con espasmos lentos y prolongados una, dos, tres veces. Por fin el agua retomó su flujo y su ritmo normal, y debido a la unión anual de estas dos deidades, el Unshin recibió el nombre de Lecho de la Pareja.

Con honda satisfacción, Morrigan le habló a Dagda:

—Para agradecerte el placer que me has proporcionado, te ayudaré en la lucha contra Indec man De Domnann, el rey de los Formoire. Le arrebataré el valor y la sangre del corazón, y acabaré con él.

Al cabo de poco tiempo, cuando Irlanda en pleno se encontraba movilizada preparándose para la segunda batalla de Moy Tirra, los irlandeses se dispusieron a atacar a los Formoire. Dagda decidió que haría una visita al campamento de los Formoire y pediría una tregua. Aquello los demoraría, proporcionaría tiempo a sus irlandeses y le permitiría echar un vistazo para tratar de descubrir algo que pudiera ayudarle en la lucha.

Los Formoire aceptaron la tregua y lo invitaron a participar en una comida llena de sonrisas falsas que no trascendían más allá de los labios. El voraz apetito de aquel padre de dioses era bien conocido, por lo que Indec, el rey, ordenó llenar el calde-

ro real de leche y manteca, de cabras, cerdos y ovejas, que enriquecieran el puchero que iban a preparar para Dagda. Mientras cocinaban, los Formoire reían y se mofaban ante la sola idea de la existencia de una criatura capaz de devorar aquella cantidad de comida, y hacían apuestas al respecto: ¿se las apañaría Dagda para acabar con toda la comida del caldero o se rendiría a la mitad? No por ello iban a tenerle menos consideración; al contrario, deberían tenerle aún más ya que allí había comida suficiente para todo un ejército. Cuando el puchero estuvo listo, lo echaron en un profundo agujero en la tierra. Entonces Indec, el rey, invitó a Dagda a comer.

—Si no te terminas hasta el último bocado —le dijo—, quedará decir que te burlas de nuestra hospitalidad y desprecias nuestra comida. Por ello tendré que matarte.

Dagda alzó el cucharón, que era lo bastante grande como para que un hombre y una mujer pudieran yacer en él, y empezó a comer. Con la primera cucharada se llevó a la boca varios pedazos de cerdo salado y un cuarto de manteca. Dagda elogió el sabor y la calidad de la comida mientras la engullía. Cuando casi había terminado y ya no podía coger más puchero con el cucharón, metió la mano en la zanja y rebañó los restos con el dedo. Ahíto, se dio unas palmaditas en el vientre y soltó una retahíla de eructos, unos prolongados y otros más breves, se tumbó y se quedó dormido.

A su alrededor, los Formoire le golpeaban los muslos y se reían mientras se mofaban del inmenso dios, de su formidable apetito y del montículo que subía y bajaba en el centro de su cuerpo al ritmo de los hondos resoplidos del sueño profundo. Pero ¿qué sabían ellos del futuro, del trance que los aguardaba y de la promesa de la Morrigan, el gran cuervo guerrero, la diosa suprema?

Tras el descanso, Dagda se levantó del suelo y abandonó el campamento. Andaba a rastras y, en ocasiones, tenía que suje-

tarse el vientre con sus grandes brazos. Los Formoire, como probablemente otros, calcularon su tamaño por el manto, que resultaba tan reducido y le quedaba tan pequeño que ni siquiera le llegaba a los codos. O por la túnica de color indefinido, desvaída y mugrienta, que le colgaba sólo hasta encima de las nalgas, dejando su trasero a la intemperie. O por su gran falo, que orgulloso se mostraba sin tapujos listo para enfrentarse a cualquier reto de amor o de guerra.

Y retos no le faltaron. En esos mismos momentos, por ejemplo, se estaban exaltando los ánimos en el campamento de los Formoire, a sus espaldas, y ante él apareció una muchacha del clan enemigo surgida de la nada. Dagda se fijó en su sonrisa radiante, en su esbelta figura, en su brillante cabellera, y sintió que la deseaba. Pero su vientre abultado era un obstáculo que separaba el pene de su objetivo. El gran órgano permanecía manso y flácido entre las piernas como si tuviera miedo de la montaña que asomaba sobre él.

—¡Vaya! —le provocó la muchacha—. Parece que no te quedan muchas fuerzas, ¿verdad?

—Apártate de mi camino, mujer. Tengo que ocuparme de asuntos importantes.

Mientras Dagda la apartaba para seguir su camino, la muchacha se abalanzó sobre él con una exclamación de protesta.

—¿Quién te crees que eres para apartarme de ese modo? —Y sin más palabras, profirió un grito de guerra y lo arrojó al suelo.

Dagda se cayó de culo, se dio un gran golpe y el peso de su cuerpo al caer hizo que se abriera una zanja en el suelo.

—Procura no ofenderme, muchacha —le advirtió Dagda enfadado. —¿Qué derecho tienes tú a apartarme de mi camino?

—El de hacer que me lleves a hombros hasta casa de mi padre.

—¿Quién es tu padre?

—Indec, rey de los Formoire —respondió, abalanzándose de nuevo sobre él y dándole puñetazos y golpes con tal fuerza que obligó al vientre de Dagda a expulsar su excedente y a llenar la zanja en la que se encontraba sentado.

—¿Accederás ahora a llevarme a casa?

—No si no me llamas por mi nombre, ya que estoy preso de una maldición que me impide llevar a nadie a hombros a menos que pronuncie mi nombre completo.

—Entonces, dime cuál es.

Dagda se sentía ya más ligero y su ingenio era más aguzado. Le tomó el pelo a la muchacha durante un rato, diciéndole un nombre parcial y luego negándose a obedecerla pues no había cumplido las condiciones que exigían que pronunciase su nombre completo. Al final, cuando ya se hubo divertido bastante llevando su paciencia hasta el límite, le reveló todos sus nombres que ascendían nada menos que a veintiocho. La mujer de los Formoire se lo quedó mirando con asombro.

—¿Te parecen demasiados? —le preguntó Dagda—. Entonces quizá no te queden ganas de volver a reírte de mí.

Poco a poco se liberó de la inmundicia de la zanja y se cargó a la mujer al hombro. Ésta quiso que acelerara el paso, así que se inclinó hacia atrás y le asestó un cachete en el trasero. Pero, al hacerlo, la parte delantera de su vestido se abrió, dejando a la vista de Dagda una mata de rizado vello púbico. Esta vez su deseo no encontró impedimento alguno. Se volvió, la deslizó entre sus brazos e hizo lo que mejor sabía hacer. Juntos se zambulleron en una maraña de empellones, tirones, arañazos y mordiscos, descansando de vez en cuando para luego empezar de nuevo hasta quedar completamente satisfechos.

Y al final de sus delirios de placer, la mujer le ordenó a Dagda que no se batiera contra los Formoire, su pueblo.

—Sí que lo haré —fue la respuesta de Dagda.

—Entonces yo seré la roca a la entrada de cada vado que cruces —replicó ella.

—Muy bien, pero yo pisaré todas las rocas y dejaré en ellas para siempre la marca de mis talones.

—Entonces seré el roble gigante que encuentres en cada vado y en cada desfiladero al que llegues.

—Y yo pasaré de largo por tu lado y dejaré en cada roble la marca de mi hacha.

De pronto la mujer sucumbió.

—Entonces permite que los Formoire entren en tus tierras y yo misma pronunciaré hechizos y utilizaré las artes oscuras de mi varita mágica contra ellos. Así tú y tus irlandeses ganaréis la guerra.

Desde las olas del Unshin, la Morrigan, la diosa de la guerra, reía a carcajadas. Su risa se propagó por Irlanda. Reconocía el ansia de placer que había transformado a la mujer de los Formoire de enemiga desdeñosa en muchacha suplicante. ¡Vaya con ese viejo demonio promiscuo, ese viejo verde! Cuando se trataba de proporcionar placer a una mujer, no había nadie mejor que Dagda. Siempre lo conseguía.

Un hombre de calidad

I

Las traducciones modernas de Jim Colville son rotundas e íntegras, como el original árabe. Me pregunto si las mujeres —tal vez las concubinas del sultán— intervinieron en ellas...

Uno de los estimulantes del deseo sexual es el uso de perfume por parte de ambos amantes. Cuando una mujer siente el aroma del perfume en un hombre, se relaja y se desinhibe. El hombre debe, por consiguiente, probar con el perfume como medio para copular con una mujer.

Teniendo presente esto, permítanos relatarle una historia sobre Musaylima ibn Qays —que Dios lo maldiga—, el embustero que proclamaba ser profeta en los tiempos del auténtico Profeta —que Dios lo bendiga— y una banda de beduinos pérfidos —¡que Dios los condene a todos!

Este tal Musaylima tenía por costumbre inventar versiones falsas y tergiversadas de versos coránicos. En una ocasión, una panda de hipócritas y disidentes le llevaron el capítulo del Corán titulado «El elefante», revelado al profeta Mahoma por el ángel Gabriel.

—¡Gabriel me ha revelado uno idéntico! —anunció, y procedió a recitar—: «El elefante, ¿quién te habló del elefante? Tiene una cola que parece una sogá y una nariz muy larga. Es una de las criaturas de Dios.» (*¡Sic!*)

También inventó una versión falsa del capítulo titulado «al-Kawthar», que decía así: «Te hemos dado joyas, así que elige las que prefieras. Pero apresúrate a hacerlo y no seas codicioso». Tergiversó otros capítulos con similar frivolidad.

Algunos integrantes de la tribu de Musaylima habían visto u oído que cuando Mahoma posaba la mano en la cabeza de un hombre calvo, el cabello volvía a brotar en ella, o que si escupía en un pozo seco, éste se colmaba de agua potable. Si escupía al ojo de una persona ciega o aquejada de oftalmia, dicha persona recuperaba la visión, mientras que si posaba la mano en la cabeza de un niño y decía: «¡Que viva cien años!», el niño viviría hasta cumplir los cien años.

—¿Has visto lo que Mahoma es capaz de hacer? —le preguntaban.

—Yo puedo hacerlo mejor —era la respuesta de Musaylima.

No obstante, tratando de imitar al Profeta, este enemigo de Dios posaba la mano en la cabeza de un hombre alopecico y el ralo cabello que quedara en ella se le desprendía. Si escupía en un pozo, el agua desaparecía o bien se tornaba salubre, y al escupir al ojo de alguna persona aquejada de oftalmia, la dejaba ciega de por vida. Cuando posaba la mano en la cabeza de un niño y decía: «¡Que viva cien años!», el niño se desplomaba y moría en el acto.

Ya ven, amigos míos, hasta dónde era capaz de llegar el bri-

bón. Sólo en las manos de Dios reside la capacidad de conceder o arrebatarse.

Pues bien, en aquel entonces vivía una mujer de nombre Sajah, oriunda de la tribu de Banu Tamim, que también proclamaba ser profetisa. Tanto ella como Musaylima sabían el uno del otro. En una ocasión, algún tiempo después de la muerte del profeta Mahoma, ella anunció a todo un destacamento militar: «Los profetas no llegan de dos en dos. O bien él es un profeta y todos deberíamos seguirle, o bien lo soy yo, y él y su tribu deberían seguirme».

Así, le hizo llegar un mensaje, cuyo contenido era el siguiente:

«El don de la profecía no se da en dos personas de forma simultánea. Reunámonos rodeados de una concurrencia formada por nuestras tribus y juntos examinaremos aquello que hemos recibido en forma de revelación. Aquél que diga la verdad será a quien todos sigamos.»

Selló el mensaje y se lo dio al mensajero:

—Lleva esta carta al Yamama y entrégasela a Musaylima ibn Qays. Yo iré después con mi ejército.

Al día siguiente, ella y su tribu levantaron el campamento.

Tras abrir la carta y leer su contenido, Musaylima se alarmó. Pidió consejo a todos los miembros de su tribu sobre qué era lo que debía hacer, pero nadie fue capaz de darle una respuesta satisfactoria. Se encontraba sumido en un estado de notable ansiedad cuando un anciano se le acercó.

—¡Tranquilízate, Musaylima! ¡Relájate! Voy a darte un consejo como lo haría un padre.

—Bien, oigámoslo. Necesito tanta orientación como se me pueda brindar.

—Mañana por la mañana monta una tienda abovedada con brocado de vivos colores justo en el margen del campamento.

Extiende sedas y rocía aguas aromatizadas; de azucena, rosa, clavel, violeta y similares. Llena incensarios con áloes jemerres, ámbar gris y almizcle, y perfuma el interior. Afloja las cuerdas de la tienda para que no se pierda ni un ápice de incienso, toma asiento y manda a buscarla. Invítala a que se reúna contigo a solas en la tienda. Una vez dentro, el aroma del incienso y el perfume la relajará y la desinhibirá, y ella empezará a perder el control. Benefícietela y líbrate de su perversidad y de la de su tribu.

—Bien dicho —exclamó un Musaylima más confiado ya—. Es el mejor consejo que he recibido.

Hizo exactamente lo que el anciano le había sugerido y, cuando Sajah llegó, la invitó a entrar en la tienda para mantener conversaciones privadas. Ciertamente, a medida que hablaban, ella empezó a sentirse más y más aturdida. Consciente de que su distracción era de carácter sexual, él le recitó este poema:

*El dormitorio está preparado; por favor, procedamos.
 Tiéndete de espaldas, pues voy a mostrarte algo.
 Acéptalo en tus manos y en tu regazo, inclinada o acuclillada.
 Toma dos tercios o todo, ¡lo que más te plazca!*

—¡Todo! ¡Sí, todo! —gritó ella—. ¡Muéstrame todo, profeta!

Así, él se encaramó sobre ella y procedió.

—Cuando me haya marchado, pídele a mi pueblo mi mano en matrimonio —le dijo después.

Al cabo, ella lo dejó y regresó a su tribu.

—¿Qué opinas? —le preguntaron.

—Bien, me ha revelado su don de profecía y lo he encontrado íntegro y cabal, por lo que me he rendido a él.

Su pueblo accedió a entregarla en matrimonio a Musaylima y, en respuesta a su demanda de una dote, él les dijo que quedaban exentos de respetar la plegaria vespertina. Desde enton-

ces y hasta el día de hoy, la tribu de Tamin no respeta esa ple-garia, arguyendo que, como dote de su profetisa, tienen derecho legítimo a no hacerlo. Ella fue la única mujer de la historia que aseguraba ser profetisa, y uno de los poetas de Tamin compuso estos versos en su honor:

*Nuestro profeta era mujer y nos congregábamos a su alrededor,
mientras hombres eran todos y cada uno de los profetas de Dios.*

A la sazón, Musaylima fue asesinado durante el reinado del primer califa, Abu Bakr Siddiq. Las opiniones difieren con respecto a quién acabó con su vida. Hay quien afirma que fue Zayd ibn al-Khattab, otro de los acólitos del profeta. Yo creo que fue Wahshi, basándome en la siguiente aseveración por él pronunciada: «maté al mejor de los hombres en la era de la ignorancia previa al Islam, Hamza ibn Abdalmuttalib, y al peor tras el advenimiento del Islam, Musaylima. Que Dios me perdone por el primero en virtud del segundo». Y por lo que respecta a Sajah, advirtió el error de su proceder y se arrepintió, y aceptó el Islam y la propuesta de matrimonio de uno de los acólitos del profeta.

II

Este duelo de ingenio por un brocado simboliza en clave de humor la batalla de los sexos. Asimismo, constituye un atrevido ejemplo de esa lujuria y esa inventiva femenina tan presente en los relatos medievales árabes.

Durante el reinado del califa Mamoun, vivía un personaje llamado Bahloul que era algo bufón y el blanco de las mofas de

la familia real y los cortesanos. Un día, según reza la leyenda, apenas había entrado y sido invitado a tomar asiento cuando el califa le propinó un palmetazo en la nuca.

—¿Qué te trae por aquí, hijo de perra? —se echó a reír.

—He venido a ver a mi señor, Dios le haga victorioso —respondió Bahloul.

—¿Qué tal te entiendes con tus dos mujeres? —preguntó el califa, sabedor de que Bahloul recientemente había contraído segundas nupcias.

—Señor, me siento impotente para controlar a la nueva, la antigua hace lo que le viene en gana, y la pobreza llama a mi puerta.

—Si eres capaz de explicarlo en verso, Bahloul, te escuchamos —dijo el califa.

Y así, Bahloul recitó:

*La pobreza me tiene encadenado, me tortura y me atormenta,
Dios me ha abandonado y los hombres me tratan con indiferencia.*

*Si mi miseria se prolonga y no cambia mi situación,
entonces, sin duda, me quedaré sin hogar y sumido en la perdición.*

—Y ¿a quién recurrirías? —preguntó el califa.

—A Dios, a Su Mensajero y a vos, Adalid de los Fieles.

—¡Así se habla! Acogemos de buen grado a todo aquél que busque amparo en Dios y en Su Mensajero, y en nosotros. Y bien, ¿es posible que hayas expresado también tus apuros maritales en verso, Bahloul?

—Sí, ciertamente, señor.

—Adelante, pues. ¡Oigámoslo!

Y así, Bahloul recitó este poema:

*Con dos mujeres, necio de mí, me he desposado.
Creí que en la cama iba a ser como un cordero mimado,
que iba a yacer con esplendor entre dos pares de senos.
Pero en lugar de eso, a prueba me someten a diario, cuanto
menos,
dos lobas voraces que se alternan todas las noches.
Y, por dar placer a una, la otra estalla en ira y reproches.*

*Todas las noches sufro abuso y vejación,
¡una mujer es suficiente para toda una legión!
Por tanto, sigue mi consejo si quieres vivir con dignidad,
y lleva vida de soltero, sin conflicto ni calamidad.
Pero si de eso ya no hay posibilidad alguna,
y sabiendo esto, ¡despósate sólo con una!*

Tras oír esto, el califa estalló en carcajadas y premió a Bahloul con un regalo: una magnífica túnica dorada. Y así, con un ánimo mucho más alegre que aquél con el que había llegado, Bahloul se ausentó.

De camino a casa, pasó junto a la residencia del gran visir, en cuyo mirador se encontraba Hamduna, la hermana del califa y esposa del visir. Casualmente, ella bajó la mirada y lo vio.

—Ahí está Bahloul, y lleva una túnica dorada —le comentó a su doncella—. ¿Cómo podría arrebatársela?

—No podrá hacerlo, señora.

—A ése sé cómo engatusarlo.

—Bahloul es un hombre sagaz, señora. Todos creen que se ríen de él, pero en realidad es él quien se ríe de ellos. Déjelo tranquilo o será él quien os arroje al foso que hayáis cavado para él.

—¡Quiero esa túnica! —insistió Hamduna, y mandó a la doncella en su busca.

—Mi señora te invita a entrar —dijo.

—No es cortés declinar una invitación —contestó Bahloul, y la siguió al interior del palacio.

—Creo que has venido a oírme cantar, ¿no es así, Bahloul? —comenzó Hamduna. En efecto, era una excelente cantante.

—Así es, señora.

—Y después, te apetecerá un refrigerio, ¿cierto?

—Cierto, señora —convino él.

Y así, ella cantó para él con una voz deliciosa y después ordenó que les sirvieran comida y bebida. Luego prosiguió:

—Bahloul, estoy segura de que te gustaría quitarte esa hermosa túnica que llevas puesta y regalármela, ¿me equivoco?

—Con una condición, señora. Me hice la promesa de que sólo se la regalaría a la mujer que me permita hacer con ella aquello que un hombre hace con su esposa.

—¿Y qué sabes tú de eso, Bahloul?

—¡Ja! ¡Dios me otorgó todos los talentos para complacer! Sé todo cuanto es preciso saber acerca de las necesidades y los deseos de las mujeres. ¡No hay hombre más diestro que yo!

Hamduna era una mujer muy hermosa, la más atractiva de sus días. No en vano los hombres valerosos que la veían agachaban humildemente la mirada por temor a sus encantos divinos, de sirena. Todo hombre que osaba mirarla a los ojos quedaba hechizado y muchos eran los héroes a quienes ella había arruinado. En el pasado, había enviado notas a Bahloul, pero él la había rechazado de forma indefectible, temeroso de que también él acabara hechizado por aquella devoradora de hombres. Y así había permanecido la cuestión..., hasta ese día, claro está.

Entablaron conversación. Unas veces él la observa directamente y otras no aparta la mirada del suelo. Siempre que ella trata de tentarlo para que se desprenda de la túnica, él la martiriza hablándole del precio que tendría que pagar.

—¿En qué consiste? —quiere saber ella.

—¡En tratos carnales, señora! —responde él.

—Y ¿qué sabes tú de eso?

—¡Todo! Las mujeres son mi especialidad. Nadie pone tanto cuidado como yo en la tarea. En esta clase de cuestiones, señora, los motivos y los deseos son muy distintos. Algunos hombres dan y otros toman, algunos hombres compran y otros venden. Yo no. Lo único que me interesa es hacer el amor, satisfacer las necesidades de coños afligidos y saciar la sed de las mujeres.

Esta cháchara despertó en ella la atracción.

—Si has escrito algún verso al respecto, Bahloul, quisiera oírlo —dice.

Y así, Bahloul recita:

Los hombres pueden diferir en cuanto a riqueza y reputación,

en cuanto a gestas, hábitos y proceder.

Algunos disfrutan de buen nombre; otros conocen la humillación;

los hay que poseen fortuna y los que nada tienen en su haber.

Pero a mí no me importan las cosas que a otros rigen, tanto da que sean árabes, turcos o persas.

Sólo me importa la mujer en la cama, casada o virgen, ¡y la maravillosa coyunda en la que queda inmersa!

Profeso gran respeto a vuestro honor y vuestra categoría; como un esclavo ante su señora, quedo postrado.

Pero no esperaba que una mujer como vos rechazaría mi propuesta de un ayuntamiento apasionado.

Como amante, ninguna mujer conoce en mí el desfallecimiento,

de eso debéis de haber tenido noticia.

*¿Acaso no deseáis que aplaque vuestro acaloramiento
con este miembro de espléndidas dimensiones y pericia?*

*Aún más, os maravillaréis de su vigor y su lujuria,
pues no se amilana ante la duda ni la turbación.
Al saciar vuestra sed, cuando os monte y empuje con furia,
sabréis cuál es su única intención.*

*Ahora, permitidme mimaros, no me volváis a rechazar,
no neguéis vuestro amor a aquél que os ama con locura.
Si fuera a hastiaros, ¿por qué entonces implorar
que accedáis a fornicar conmigo hasta la hartura?*

*Así, yaced conmigo y calmad mi verga,
que sufre el dolor del rechazo y la humillación.
No recurriré a trampa alguna, pues está muy enferma.
¡Sed mi nodriza y curad mi erección!*

*Y no hay motivo para que temáis por vuestro honor,
por lo que los demás dirían de saberlo.
No seréis objeto de culpa, injuria, desprecio ni rubor,
¡pues nadie salvo nosotros llegará a conocerlo!*

Escuchando esto, Hamduna empieza a relajarse y se siente incapaz de dejar de contemplar la erección de Bahloul, que se alza tiesa como un mástil frente a ella. No sabe qué hacer, pero pronto la lujuria que va prendiendo entre sus piernas toma el control. El diablo le hace hervir la sangre y la idea de acostarse con él la excita.

«Si me hace todo esto y después se va de la lengua, nadie le creerá», reflexiona.

—Quítate la túnica y ven a mi dormitorio, Bahloul.

—¡Será vuestra cuando obtenga lo que quiero!

Dolorida y trémula por el deseo que siente hacia él, se pone en pie y empieza a subir la escalera; por el camino se desata el cinturón.

«¿Estoy soñando —se pregunta Bahloul al seguirla— o es esto real?»

Tras entrar en el dormitorio, ella se tiende sobre las sábanas de seda que cubren la cama. Con la falda por encima de los muslos y todo su encanto a la vista, empieza a acariciarse en presencia de él. Él contempla la suave depresión de su vientre y la amplitud de su ombligo, mientras respira sobre sus muslos desnudos y sobre la maravilla que reside entre ambos y que oscila palpitante como una bandera a merced de una brisa suave. Desciende sobre ella y la besa repetidamente. Ella se siente desvanecer y empieza a acariciarle arriba y abajo, apenas consciente de lo que está haciendo.

—Señora, ¡vaya cómo os habéis puesto!

—¡Maldito bastardo! —gime ella—. Antes yo era como una yegua en celo y ahora tú has hecho que eso resulte insoportable. Tu cháchara podría corromper a un santo. ¡Tus palabras son letales!

—Pero vos sois una mujer casada. ¿Cómo es posible que os excitéis de tal modo?

—¿Qué tiene que ver el estar casada con esto? A algunas mujeres les excita la plática y a otras, si llevan algún tiempo sin hacerlo, les excita cualquier hombre, tal y como le ocurre a una yegua con un semental. La plática me excita y últimamente no he hablado con mi esposo. ¡Así que más valdrá que te apresures porque suele volver a casa a estas horas!

—Me duele la espalda y no puedo montarte. ¿Por qué no te colocas tú encima y lo haces? Después podrás quedarte con la túnica y dejar que siga mi camino.

Bahloul se tiende de espaldas —tal y como lo haría una

mujer al yacer con un hombre—, con el pene erecto como un mástil. Hamduna se sienta a horcadas sobre él y toma las riendas. Lo admira, maravillada —y encantada— de sus espléndidas dimensiones.

—Esto es la ruina de una mujer —musita ella—. ¡Jamás había visto ninguno tan grande como el tuyo, Bahloul!

Ella lo atrae hacia sí, se lo acerca despacio; luego se desliza hacia abajo, hacia él, y todo el mástil se pierde en su interior.

—¡Que Dios condene a las mujeres! —se ríe Bahloul—. ¡Siempre andan extraviando cosas!

Ella empieza a cabalgar sobre él, lo agita y lo estruja en su interior, hasta que ambos alcanzan el clímax al unísono. Ella vuelve a aferrarlo y lo extrae de sí muy lentamente.

—¡Esto es un hombre! —suspira mientras lo contempla de nuevo.

Se lo limpia; luego él se incorpora y se dispone a marcharse.

—¿Dónde está la túnica?

—Señora, acabáis de montarme. ¿Qué más queréis?

—Me dijiste que te dolía la espalda y que tú no podías hacerlo.

—En ningún momento creí que me lo haríais. Ahora me debéis una y entonces será mi turno de hacerlo. Ése es el precio de la túnica y así os libraréis de mí.

«Bien, ahora ya he llegado hasta aquí —piensa ella, mientras vuelve a encaramarse sobre él—. Se marchará en cuanto lo hayamos hecho por segunda vez.»

—Sólo lo haré si os desnudáis por completo —le dice él.

Hamduna se quita toda la ropa y Bahloul se queda maravillado ante la belleza de su cuerpo íntegramente desnudo. Explora todos sus rincones, de la cabeza a los pies, antes de detenerse de nuevo en ese rincón.

—¡Ay! Esta es la esclavitud de un hombre —susurra él mientras lo lame y lo besa una y otra vez, hasta que el clímax de ella se aproxima.

Ella lo aferra, lo guía hacia su interior y ambos empiezan a moverse de forma acompasada hasta que, al cabo, alcanzan el orgasmo.

—¡La túnica! —grita ella, y él se dispone a marcharse.

—Pero ahora ya estamos en paz.

—¿Te estás burlando de mí?

—La túnica será vuestra cuando hayáis pagado por ella —insiste él.

—¿Cuánto? —pregunta ella, escrutándolo con furia.

—La primera ocasión fue vuestra y la segunda, mía; eso deja la situación en tablas. Una tercera, y habréis pagado por ella —le explica él al tiempo que se quita la túnica, la dobla y la coloca frente a ella.

—¡Haz lo que quieras! —suspira ella, y vuelve a abrir las piernas.

Él se tiende sobre ella y se la introduce, mientras ella, presionando su cuerpo contra el de él, se acopla a todos sus movimientos hasta que alcanzan el orgasmo al unísono. Después él se levanta y se marcha, dejando la túnica tras de sí.

—¿No os había dicho que Bahloul es un personaje astuto —pregunta la doncella— y que no ibais a obtener nada bueno de él? ¿Acaso no me creísteis?

—¡Cállate! —le espetó Hamduna—. Lo que ocurrió, ocurrió y punto. Todo coño lleva inscrito el nombre de su amante, para bien o para mal. Si el mío no hubiese llevado el de Bahloul, él no me habría poseído ni por todo el oro del mundo.

En ese preciso instante alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la doncella.

—Bahloul —fue la respuesta.

La esposa del visir se sorprendió al oír su voz.

—¿Qué quieres? —preguntó la doncella.

—¡Un trago de agua!

La doncella le llevó una jarra con agua pero, cuando se la hubo bebido, Bahloul dejó caer la jarra al suelo y ésta se rompió. En ese momento llegó el visir.

—¿Qué estás haciendo aquí, Bahloul?

—Señor, pasaba por aquí y sentí una sed acuciante, así que llamé a la puerta y la doncella me trajo una jarra de agua pero ésta me resbaló de las manos y se rompió y, a modo de resarcimiento, la señora Hamduna me arrebató la túnica que nuestro señor, el Adalid de los Fieles, me había regalado.

—¡Trae la túnica! —ordenó el visir.

Hamduna asomó a la puerta.

—¿Has hecho pagar a Bahloul por haber roto la jarra con esa inestimable túnica?

—¿Ha sido eso lo que ha ocurrido, Bahloul? —preguntó ella, uniendo ambas manos.

—He explicado lo ocurrido con la tosquedad que me caracteriza, señora. Ahora, ¡explícadlo vos con refinamiento!

Incapaz de articular palabra, ella le tendió la túnica; él se la puso de inmediato y siguió su camino.

QUINTA PARTE

El amor más allá de la vida
(o La mirada extasiada)

Figuras de polvo

Antigua India

Safo

Antigua Grecia

El sacrificio

Antiguos Siria, Irán e Irak

Invierno en Llanddwyn

Antiguo Gales

Yo giro

Turquía medieval

Figuras de polvo

Me encanta la nueva y emotiva versión de Ananda Devi de este mito indio, su enfoque perspicaz de las distintas relaciones de dos mujeres con sus propios cuerpos y la compleja interacción del mundo sexual y el espiritual.

Iluminaron la habitación con lámparas carmesíes y enviaron a los hombres a parajes recónditos del bosque en busca de la flor más fragante, la *kali* nocturna, la flor del amor, que anegaba todos los demás olores con su dulzura irresistible. Con aquella flor engalanaron columnas y arcos, y dibujaron en el suelo figuras propicias con polvos de todos los colores, capaces de despertar y mantener vivo el deseo aun en el más inapetente. Algunas llegaron hasta el extremo de contar la historia que no había ocurrido todavía: seducidas por el poder de los mantras que habían sido recitados en aquella misma habitación sólo momentos antes, dejaron volar la imaginación y, de sus hábiles dedos —acostumbrados a crear formas abstractas y geométricas en los suelos de mármol con ocasión de los numerosos festivales del calendario lunar—, surgieron suaves curvas femeninas, desnudas salvo por el color del amor, así como formas masculinas sombrías y desgarbadas, pero atractivas pese a todo. Las emparejaron de mil maneras distintas, esperando con-

tra toda esperanza que la mujer que entrase en el cuarto al cabo de breves momentos leyese los dibujos y se rindiese ante su fuerza. Colocaron a los músicos en la habitación contigua y les dijeron que tocasen la música más dulce y sugerente que hubiesen interpretado jamás, las tonadas erráticas que debían estimular a los reyes cuando éstos se creían extenuados entre sus concubinas y querían continuar a pesar de todo porque las que quedaban eran tan deliciosas como las que ya habían complacido y sido complacidas, si no más deliciosas que éstas. Concubinas cuya piel se tornaba más oscura con el esfuerzo de la espera, cuyos labios se volvían de color rojo con la mordedura de la impaciencia, cuyas prendas de seda clara mostraban manchas oscuras allá donde el deseo había dejado su impronta, y cuyo olor bastaba para hacer enloquecer al rey, aunque su noble órgano estuviese ya mustio e irritado. Y así, esta música, cuyo fin consistía en hacer revivir al rey durante sus placeres nocturnos para que el alba lo hallase sumido en una nube sofocante de carne, humedad, labios hinchados y olores especiados y agostados, incapaz de saber dónde empezaba y dónde terminaba su cuerpo, ni de quién era el aliento que le palpitaba en la boca ni a quién pertenecían las lomas cálidas que sostenían sus manos ni la boca jugosa que se cerraba sobre su cuerpo... Esa misma música iba ahora a desempeñar un nuevo papel, extraño y del todo antinatural: debía despertar el deseo de una reina.

Entraban y salían sin cesar, ansiosas por seguir las instrucciones de la vieja reina, a pesar de que iban en contra de sus propias inclinaciones, pues sentían predilección por las jóvenes reinas, en especial por la primera. Ella sería la primera en enfrentarse a lo desconocido. Habían visto su rostro cuando oyó la decisión, y habían leído el horror extremo en sus ojos, el primer trazo de una negativa en su boca, en su mano, levantándola como para contener las palabras antes de que se derramaran.

Sin embargo, la razón y el deber terminaron imponiéndose de nuevo. La vieja reina había hablado: no había negativa posible. Todo quedó sellado con un ademán de asentimiento, y fue ella quien se lo dijo a su hermana más joven. Las dos mujeres se hallaban una vez más encerradas en su destino simétrico. Se sentaron, hablaron y suspiraron. La mayor lloró y la joven se rebeló, pero en silencio, como siempre. Tal como habían hecho cuando Bhishma, el príncipe, las había arrancado del hogar paterno y las había reclamado como esposas. Lo habían amado entonces, habían amado su belleza, su coraje, su conducta propia de un guerrero y su tolerancia propia de un sabio, y las marcas de grandeza que le brillaban en la frente y que lo señalaban de entre todos los reyes que aspiraban a la mano de las princesas. Sin embargo, más tarde, después de llevárselas, les había revelado la amarga verdad: no las había escogido para sí, sino para su hermano, el rey, porque él había hecho voto de castidad, con el fin de hacer posible que su padre se casase con la hija de un pescador, la hermosa Satyavati de las mil fragancias, porque ésa era la condición que ella misma había impuesto. Iba a ser reina y sus hijos serían los herederos del reino, de modo que él, Bhishma, el primogénito del rey, había hecho ese terrible voto de castidad hasta que los dioses cediesen y le arrojasen flores de admiración.

Las dos hermanas lloraron y suplicaron, pero no tenían voz ni voto en la cuestión. Tales cosas se decidían y decretaban mucho tiempo antes, como parte de una larga cadena de causas y efectos, propósitos y resultados, y los reyes y los dioses poseían el poder supremo de decidir y decretar. De ellas no dependía semejante elección.

Y así, comparecieron ante el hermano de Bhishma, el rey, como sus esposas, y tuvieron que vivir con aquél a quien siempre habían considerado, arrugando en secreto sus exigentes narices, el hijo de la pescadora. Nunca pudieron amarlo y, pese

a todo, cumplieron con su deber como reinas. Salvo que no le dieron hijos. Hicieron todo cuanto estuvo en su mano: bebieron todo cuanto podía beberse, comieron todo cuanto podía comerse, ayunaron en días alternos hasta convertirse en sombras de sí mismas, pero todo fue en vano. Una vez más maldijeron su destino, que se había llevado al hombre que debería haber continuado el linaje noble de no haber sido por su voto absurdo de no casarse y no tener nunca hijos, y les había dado un marido que ni siquiera podía ofrecerles la dicha de ser madres.

Ahora el rey había muerto sin descendencia y la vieja reina había permanecido noches enteras en vela pensando y cavilando sobre esto, sintiendo que el fin de una dinastía tan ilustre era una carga demasiado pesada para sus hombros, que estropearía su karma para siempre y la condenaría a una reencarnación ignominiosa en forma de sirvienta o de esclava o de buitre atiborrándose de carroña. No podía soportar esa idea. ¡Ella! ¡Que había pasado de ser una simple hija de pescador a convertirse en la esposa de un rey! Entonces, se le ocurrió el plan más estrafalario jamás imaginado. No podía pedirles a las reinas que se acostasen con ningún hombre, aunque éste fuera a ser rey, pues eso sería un pecado que la condenaría a una serie interminable de reencarnaciones aún más inferiores que las anteriores, pero era aceptable que las mujeres puras se acostasen con hombres santos, pues la simiente de éstos era una bendición para el linaje entero. Un *rishi* era más que un hombre y menos que un hombre también, ambas cosas a un tiempo: más espíritu que carne, no se le podía acusar de sentir lujuria por las reinas. Vendría, cumpliría con su deber y las dejaría gloriosamente embarazadas sin que recayera ninguna clase de vergüenza sobre las hermanas. ¿Y quién mejor que el anciano Vyasa para desempeñar dicha tarea? Al fin y al cabo, era un hermanastro del rey.

Durante todo un segundo, la vieja reina se imaginó al *rishi* tal como lo había visto por última vez y sintió un escalofrío.

Más alto que los hombres corrientes, tenía un cuerpo esquelético, sólo llevaba encima un viejo trozo de corteza de árbol, con la piel oscura llena de incrustaciones de tierra, barro, polvo, hojas, estiércol y otras cosas innombrables. Dondequiera que fuese, dejaba tras de sí un reguero de suciedad y olía como un cadáver muerto mucho tiempo atrás. Por su maraña apelmazada de pelo retozaban toda clase de criaturas vivientes, y tenía las uñas de los dedos de los pies retorcidas de forma horrible, por lo que producía un sonido chirriante al andar. Sin embargo, nada de esto era comparable a su cara. El rostro de Vyasa no se parecía a ningún rostro humano: sus siglos de ascetismo lo habían transformado en algo que no era humano ni divino, sino más bien monstruoso. Parecía como si le hubiesen abierto un tercer ojo en mitad de la frente a fuerza de arañazos, la nariz casi había desaparecido a causa de su postura de meditación: tumbado boca abajo durante años interminables. Tenía los labios completamente resecos, como pedazos marchitos de piel. Hacía ya tiempo que se le habían caído los dientes y tenía las encías desnudas de color negro. La barba se le enredaba con el pelo y le cubría el pecho hundido. Y le ardían los ojos. Los mantenía cerrados la mayor parte del tiempo, aun cuando aparecía entre los vivos, pero cuando alguna vez decidía abrirlos se veía que los tenía de color rojo y que ya no percibían el mundo como era, sino como había sido, con capas y más capas de historia, decadencia y falsedad, y en lo más hondo, el significado íntimo que sólo él conocía y comprendía. Nadie podía mirar aquellos ojos. Cualquiera que se atreviese a hacerlo, moriría de pura desesperación, incapaz de soportar el vacío que vería en su propio ser. Todo el mundo era lo bastante sabio como para inclinarse con una reverencia delante del santo y nunca levantar la vista.

No obstante, ¿qué harían las reinas? La vieja reina reflexionó sobre esta cuestión: no quería que muriesen y tampoco que-

ría que mostrasen falta de respeto hacia el santo, pero ¿serían capaces de ocultar su repulsión y su horror? ¿Serían capaces de sobrevivir a su propio miedo? Puso en duda el temple de las reinas. No eran como ella, ella había hecho que sucediesen las cosas, mientras que las otras permitían que las cosas ocurriesen. Se habían sometido a la voluntad de Bhishma, a la voluntad del rey, y esta vez se someterían a sus deseos. ¿Cómo criarían a los futuros reyes? Ya no estaba segura, pero no era momento para incertidumbres. Algo la empujaba a actuar. Pidió a sus ayudantes que fuesen ellas a informar a las reinas de su decisión; no quería ver cómo se retorcían de asco.

Estaban preparando a la hermana mayor. Se había sometido sin protestar y había sido conducida hasta la sala de abluciones, donde unas fragancias milagrosas manaban del baño de leche. Unas rosas abiertas flotaban en él; en cada una de ellas habían encendido una vela diminuta en un soporte para piedras preciosas. Las piedras emitían destellos de color azul, rojo y verde y creaban maravillosas figuras de luz transparente sobre la superficie. Unos pájaros cantores gorjeaban en unas jaulas de oro. Hicieron avanzar a la reina hacia un lecho de pétalos y, de pie frente a una ventana abierta al cielo nocturno, con el movimiento entrante y saliente de la brisa sibilante y primaveral, ella les permitió desvestirla. Retiraron los velos de seda que le envolvían el pelo y le cubrían el corpiño. Acto seguido, desataron los lazos del propio corpiño y liberaron sus pechos blancos y turgentes con unos pezones que evocaban la tonalidad violácea de las rosas. El frescor de la brisa los hizo endurecerse y las jóvenes criadas empezaron a reírse con disimulo, aunque las risas cesaron en cuanto recordaron lo que le aguardaba a la reina. Deseaban consolarla con toda su alma, cubrirla con sus propios cuerpos, protegerla de la terrible prueba que le deparaba el destino, pero no se les permitía mostrar ninguna clase de

compasión. Debían fingir que aquélla era como cualquier otra noche de bodas, donde la reina se reuniría con el rey y en la que debía estar hermosa para él. Y lo estaba, increíblemente hermosa, de pie y desnuda salvo por la exquisitez de las joyas que no se había quitado, colgando entre sus pechos, sobre el vientre redondo, alrededor de la cintura, los brazos, las muñecas y los tobillos... cadenas, acaso, que la esclavizaban a su destino.

Le retiraron los adornos del pelo y dejaron que éste cayese como una cascada negra sobre sus nalgas. La melena le rozó la espalda e hizo que se sintiese repentinamente lánguida. El incienso que ardía en un rincón era embriagador. Pensó que debían de haber puesto algún polvo especial en él para hacer que se sintiese aturdida y mareada. Se sumergió en el baño mientras las muchachas apartaban las velas de su camino. El cálido aroma le ascendió rápidamente hasta la cabeza, y la joven reina se desplomó con pesadez, se echó sobre la superficie curvada de mármol y apoyó la cabeza en los cojines que le habían preparado. Se miró el pelo, que flotaba a su alrededor en tentáculos largos y perezosos, y extendió los brazos y las piernas mientras las chicas empezaban a frotarle el cuerpo con una pasta oleosa. Trabajaron con parsimonia, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, masajeándole los hombros, los brazos, los pechos, todo el cuerpo, incluso entre las piernas y las nalgas, dejando que la joven reina sintiera sus dedos juguetones hasta llegar a excitarla por completo, aunque sin dejar que el placer alcanzase su clímax. Cuando llegaron a los dedos de sus pies, estaba casi insoportablemente dispuesta, pero se detuvieron como si alguien les hubiese hecho una señal, la obligaron a levantarse, con las extremidades completamente relajadas y sin aliento, y la bañaron con agua caliente con aroma a jazmín. La secaron, le restregaron una nueva crema más ligera para que su cuerpo brillara y oliese como un jardín salvajemente en flor, le cepillaron el pelo durante largo rato y con cariño, pero se lo

dejaron suelto, la envolvieron en sus túnicas de seda, tan delicadamente tejidas que casi eran transparentes, y no cubrieron su cuerpo más que con un brillo dorado.

Entonces, así preparada, la llevaron a la habitación donde antes habían realizado su magia y la hicieron tumbarse sobre una cama tan blanda que le susurraba a la espalda, mientras la seda que le rozaba la piel le hablaba en murmullos a la parte delantera del cuerpo. La dejaron cuando empezó la música. Su cuerpo estaba listo, pero su mente estaba aterrada.

«No le muestres ninguna falta de respeto. Recíbelo como recibirías al más bello de los príncipes o de los dioses.»

Había intentado convencerse a sí misma de que era un honor, pero en ese momento, mientras esperaba, mientras la plenitud de su deseo disminuía rápidamente, mientras sus ojos se paseaban, ciegos, por los dibujos —que, de haber podido verlos, habría interpretado como una burla cruel—, era el miedo el que se iba apoderando de su mente. Miedo de mirarlo y morir. Miedo de no mirarlo pero sí de olerlo, oírlo y sentirlo. Miedo de enojarlo. Miedo de excitarlo. Miedo de no excitarlo. Miedo de salir huyendo. Miedo de tener miedo.

Oyó ruidos. Pasos. Una puerta abriéndose. Una puerta cerrándose. Inspiró lentamente y recitó un mantra para tranquilizarse. Cerró los ojos. Ahora que había llegado el momento, sabía lo que tenía que hacer. Había que terminar aquello, no por la orden de la reina, no por la impotencia del rey, no por la obligación de ella, sino porque quería tener un hijo que viviese para convertirse en un gran rey y grabase su nombre y también el de ella en la carne del destino. Ella no se doblegaría ante el destino, sino que formaría parte de él, ayudaría a modelarlo y le daría su marca secreta, se sumergiría en la telaraña atemporal de cosas, personas y sucesos que hacían del mundo lo que era, de modo que sin su insignificante ser, la totalidad de la estructura gigante se viniera abajo.

Él se había detenido frente a la cama y la estaba mirando, lo sabía. Ella sabía que, en algún lugar remoto, estaba tendida en la cama y estaba temblando de repulsión ante la sola idea de pensar que aquella criatura —casi un animal— estaba de pie cerca de ella, oliendo a podredumbre y descomposición, avanzando con el cuerpo lleno de gusanos y liendres, tocándola, manoseándola con sus patas, abriéndola con sus uñas como garras, mezclándose con ella, penetrándola, contaminándola con su suciedad y sus babas y su hedor a muerte. En alguna parte, no sabía dónde, una reina sentía arcadas de asco ante esta ofrenda y este sacrificio a un orden superior y un propósito que nunca había entendido.

Sin embargo, en este lugar, en este ahora, en este aquí, sus ojos seguían cerrados, y la presencia de él era tan inmensa que era como si estuviese mirándolo y, ciertamente, viéndolo como era en realidad, una figura ardiente sin carne, sólo un alma, un alma cegadora que no estaba llena de bondad, porque estaba más allá de eso, sino llena de... ¿de qué? No podía ponerle un nombre. «Llena de ser», pensó entonces. La habitación daba vueltas a su alrededor. No olía nada, no veía ninguna de las imágenes horribles que solían asaltar a aquellos que se atrevían a mirar a Vyasa. Estaba bañada en luz y calor. Una vez más, sintió que estaba preparada.

Algo, sin tocarla en absoluto, le apartó el tejido vaporoso que la cubría, se lo apartó de los pechos, del vientre, de los muslos. Lo oyó crepitar y arder brevemente, y sintió aún más miedo del tacto de él. Y sin embargo, siguió sin moverse. Dejó que los ojos de él le recorriesen el cuerpo desnudo, como si se la estuviera bebiendo con la mirada. Empezó a sentir frío y calor a un tiempo, sus pezones se irguieron mientras esperaba, unas perlas de sudor le centellearon por el cuerpo y sus fluidos empezaron a derramarse por su interior. Y sin embargo, él seguía sin tocarla. Entonces, la joven reina se acordó: él nunca había dormido en una cama.

Aún ciega, se levantó de la cama y se tumbó sobre el suelo de mármol, alzando los brazos por encima de la cabeza, separando las piernas, ofreciéndose por entero.

Él parecía inmóvil, una criatura más allá del tiempo que casi había olvidado la forma de una mujer. Estaba callado y sorprendido. Él, que había considerado aquello como un acto mecánico, una concesión desdeñosa a los deseos insignificantes de unas personas que se llamaban a sí mismos reyes pero que sólo eran peones en manos de los dioses, sabiendo a ciencia cierta adónde conducía todo aquello y cuán breves iban a ser aquellas vidas, apenas una chispa en el vientre suave y fuerte de la Tierra, se veía desconcertado por el poder que encerraba el cuerpo que yacía debajo de él, y por las promesas que le ofrecía. Él también la veía a ella tal como era, una mujer joven asustada y, pese a ello, capaz de ir más allá del miedo para alcanzar algunas verdades eternas. Esta fuerza, en una criatura tan joven, tan niña aún, lo llenó de asombro. También vio las posibilidades de presentar a aquel ser el conocimiento verdadero. Supo entonces por qué los dioses necesitaban aquella cópula que él tanto despreciaba, por qué querían que aquel otro ser, a quien él creía tan fútil, fuese completo: eran dos mitades que necesitaban unirse en aquel momento breve y, pese a todo, perfecto.

Su aliento le lamió todo el cuerpo, por entero: los ojos, los labios, la lengua, las axilas, los pechos, el vientre, el pubis, la vulva, los muslos, los pies... Los dedos de él, sin tocarla, jugaron con todos los lugares que había olvidado y los vieron temblar con aquel despertar. Sus cavidades nasales se inundaron con los olores de ella. Con la lengua saboreó las lágrimas, el sudor y el líquido agridulce de entre sus piernas. Sus oídos escucharon los tonos graves de su canción, mientras los gemidos de ella aumentaban de intensidad hasta convertirse en gritos agudos casi gorjeantes. Un deseo profundo le nacía en el interior, una necesidad violenta de estar con ella y en ella, no

como un dios, al fin, sino sencillamente como un hombre a quien ella pudiera amar. Se sentía cada vez más empujado hacia ella, con una erección completa, le daba vueltas la cabeza, ya no podía esperar más. Se arrodilló y le separó las piernas con urgencia, aún más abiertas, contemplando los pliegues inconmensurablemente suaves y brillantes que lo aguardaban.

La joven reina sintió cómo él se arrodillaba ante ella y entonces percibió, en un movimiento brusco, un calor intenso, una arremetida increíble de dolorosa fuerza entre sus piernas, casi como si la hubiesen levantado y atravesado. Estuvo a punto de soltar un grito, pero se mordió los labios y contuvo las lágrimas, dejando que aquella quemazón se abriera paso en su interior hasta llegar a lo hondo, a lo más hondo, donde se reuniría con aquella parte de ella que estaba lista para recibir y engendrar. Permitió que el calor se le esparciese por dentro del vientre y se sintió unida a él en una felicidad absoluta: «Conviértete en un hijo, conviértete en un rey, conviértete en un dios», pensó.

Pero mientras el ardor seguía avanzando sin cesar, vio a un centenar de hijos naciendo de ese único hijo suyo, y empezaron a correr por todo su cuerpo como si fuera un campo de batalla, y empezaron a matar a otros que eran como hermanos, y a quitarse la vida hasta que lo único que quedó fueron cenizas. Su progenie se malograría.

Ella lo oyó entonces, a pesar de que no había dicho nada.

—Tienes razón, tu progenie se malogrará, pero es necesario enseñar una lección muy importante a la humanidad.

Entonces, un momento más tarde, como producto de una reflexión, la voz añadió:

—Me has dado placer, pero has cerrado los ojos. Por ese motivo, tu hijo nacerá ciego.

Debajo de ella, las figuras de polvo que habían estado copulando frenéticamente durante toda la noche se borraron y quedaron destruidas.

La reina permaneció allí tendida con la triste sonrisa del conocimiento y la aceptación.

Su hermana no cometería semejante error.

También ella había sido preparada, a la noche siguiente, pero los intrincados rituales de la preparación no la conmovieron ni la excitaron. Tenía el cuerpo tenso y le temblaba de energía y furia. No mostraría ningún miedo, ninguna debilidad, ninguna generosa entrega. Se sometería y no cedería ante las elaboradas mentiras del acto amoroso. Estaba ensombrecida y hermosa como una luna nublada. Brillaba, pero interiormente: su cuerpo era ágil y como de serpiente, su mirada no flaqueaba ni halagaba. Su orgullo la arrojaba más que las prendas rojas con las que le habían envuelto el cuerpo, el *dhoti* que le serpenteaba alrededor de los muslos, las nalgas y el vientre y que tendría que ser deshecho con cuidado o arrancado bruscamente, el velo que le cubría los pechos pero que no ocultaba sus puntas endurecidas, gloriosamente hinchadas y violáceas, los encajes de oro fino que le habían atado alrededor de los brazos carnosos y la cintura y que para ella simbolizaban, únicamente, la esclavitud de la condición de mujer.

Habían vuelto a dibujar las figuras en el suelo. Habían mezclado con los polvos esencias extrañas que sólo ellas conocían, para darles aún más potencia. Ya no estaban seguras de lo que estaban haciendo. Aquellos rituales no eran frecuentes, pero no podían soportar ver los restos encogidos de las figuras que habían dibujado anteriormente destrozados por el santo y por su maldición final, pronunciada de una forma tan mecánica, como si tener un hijo ciego no fuese a hacer pedazos también a la reina, y a hacer que se pasase el resto de su trágica vida arrepintiéndose, cada segundo lento y agónico, de ese único acto de cobardía. Querían que aquellos dibujos sustituyesen las formas imperfectas y los rostros angustiados de la vida real. Querían

que aquella cópula fuese más perfecta de lo que podría llegar a ser alguna vez en realidad. Abrieron labios y caderas al máximo, dibujaron el mundo en el interior de los vientres de las formas femeninas y dotaron a los cuerpos masculinos de signos de elevada bondad y santidad. Sin embargo, el miedo que sentían de Vyasa se filtró pese a todo y contaminó aquellas formas con una mezcla de crueldad y violencia gratuita. Las figuras femeninas, aunque exquisita y extáticamente dibujadas, tenían los tonos pálidos de la repulsión, por oscuros que fuesen los colores que mezclasen con sus ágiles dedos.

La joven hermana esperaba. No se tumbó, sino que empezó a deambular por la habitación, ajena por completo a lo peligroso de los movimientos de su cuerpo. Sus pies alheñados, cuyos dibujos aún no se habían secado del todo, dejaron unas manchas oscuras sobre las baldosas de mármol en el espacio circular que permanecía sin adornar alrededor de la cama. Nunca había mirado al santo, pero había oído a la gente describirlo y pensaba que sabía qué debía esperar. «¡Un mendigo hediondo con el cuerpo lleno de bichos!», pensó con una risa áspera. «Lo prolongaré lo menos posible, soportaré lo que tenga que soportar, me someteré a lo que haya de someterme y me iré.» Se quitó restregándose la pasta de olor dulzón del cuerpo, ya que no quería atraerlo y animarlo a demorarse. Se frotó el *kohl* que le ribeteaba los párpados hasta parecer un animal angustiado con ojos en forma de disco. Luego se le ocurrió que todo sería más rápido si estaba desnuda. Empezó a quitarse la ropa.

Y fue entonces cuando él entró y la sorprendió completamente desaliñada: con el pelo revuelto, los labios violentos de ira, el velo medio arrancado, dejando al descubierto un solo pecho hermosísimo, un vientre moreno y desnudo hasta el vello púbico de ensortijados rizos que ocultaba la hendidura roja de debajo, y el *dhoti* a punto de caer al suelo, creando un ajedrezado de rojo y marrón. Tenía una mano levantada por encima

del hombro, una pierna en alto para quitarse el *dhoti*, de manera que empujaba las nalgas aún más hacia atrás, formando una redondez aún más voluptuosa: una postura tan semejante a las estatuas del templo en sus arrebatos amorosos que el santo se sintió encendido por aquella visión.

Colmado aún de la experiencia de la noche anterior, avanzó con un solo paso rápido para unirse a ella en su danza.

Ella, cogida por sorpresa y de improviso, sólo pudo mirar. Su cerebro tardó largo rato en asimilar lo que estaba viendo: una forma, densa y frágil, llena de rasgos angulosos, que surgía de las profundidades de la habitación, iluminadas por la luz de las velas; un ruido como de un millar de ladillas apareándose, crepitando, crujiendo; un olor a fosa fría y húmeda llena de sustancias fétidas y cultivos de toda clase; una sensación de horror y desesperación extremos, que hacía que el pelo se le erizase por completo, que le ponía la carne de gallina por todo el cuerpo y que le abría la boca en un círculo perfecto de puro miedo. Aquella cosa innombrable avanzaba hacia ella, y no podía hacer absolutamente nada. Al bajar la vista, vio las preciosas formas que las mujeres habían dibujado para ella... para ellos. La cópula interminable, todas las posturas posibles que un hombre y una mujer podían adoptar para tocarse el uno al otro verdadera y enteramente, en todos los lugares que podían tocarse y paladearse. La abertura del cuerpo de la mujer, abierta en aquel instante de eternidad, y el afilado vértice del cuerpo del hombre, listo para deslizarse en su interior, para penetrar, para encajar, para liberar, para regenerar. Vio el abandono de las mujeres, expresando en cantos sonoros su placer. La extenuación y flaccidez de los hombres, vacíos y, pese a todo, llenos de la savia de esta energía incesante y eterna. Mentiras, una retahíla infinita de mentiras, más tristes todavía por cuanto eran tan hermosas.

Ahora él estaba muy cerca. Ella, paralizada en aquella posi-

ción vertical, incapaz de retroceder mientras las sombras espesas que lo envolvían arrastrándose la rodeaban a ella también. Su rostro, al alcanzar el de ella, atrapó un fragmento de luz desprendido de una vela agonizante. Y fue así como ella lo vio, a media luz, y fue suficiente: palideció y su rostro se tornó de un azul grisáceo, y su tez se volvió como de pergamino, y el pelo se le encaneció por completo, como si en una fracción de segundo la joven reina hubiese envejecido y perdido toda apariencia de juventud.

Él, divertido en cierto modo por el horror de ella y el rechazo que se escondía tras éste, se limitó a extender una mano y a agarrar uno de los extremos de sus velos, como una madeja sedosa de sangre entre los dedos, y empezó a deshacerlos. Su voluntad se alzó para someter a la de ella y, como un titiritero sosteniendo un ser humano en los extremos de sus cuerdas, la hizo bailar. La movió en danzas gráciles, lentas e inconmensurablemente sensuales. Los brazos levantados y llamándolo con movimientos sinuosos, la cintura balanceándose, los pechos murmurando, el vientre ondulándose, las piernas palpitando con sus propios ritmos densos, los pies repiqueteando... La joven bailó en la tensión de su miedo, oyendo ecos de risa y música de los dioses, atrapada en los ojos terribles que la desgarraban para asomarse al corazón de la fragilidad, la debilidad absoluta y la maleabilidad que habían permanecido ocultas durante años, aun de sí misma.

No dejó de dar vueltas una y otra vez por la habitación, ahora desprovista por completo de sus velos, dejando al descubierto un cuerpo orgulloso de su belleza y a la par avergonzado de su desnudez. Y mientras bailaba, atraía y arrastraba consigo a sus figuras femeninas del suelo, de modo que la habitación entera se mecía con su revoloteo silencioso, los colores borrosos formaban remolinos a su alrededor con dibujos cambiantes de oscuridad y luz.

Perdió la noción del tiempo. No supo en qué momento él se unió a ella y empezó a bailar con ella, ni qué irresistible melodía le tarareó al oído, emitiendo chasquidos como el fluir de un arroyo y susurrando con el aire. Sólo sabía que había gracia, belleza y gozo, y un ansia que no había sentido nunca, de modo que la energía inquieta y airada que la había llenado durante tanto tiempo de un resentimiento amargo se convirtió en el impulso crudo y ardiente del deseo.

Era como una extraña e incongruente representación de la *Ras Lila*, la danza del amor de Krishna y de sus *gopis* enamoradas, pero en la que los intérpretes, tanto humanos como de polvos coloreados, conocían su papel y su propósito, así como el simple hecho de que no existían en absoluto.

Cubrieron toda la gama de uniones juguetonas. Él podía moverse de mil formas inimaginables, estaba en todas partes, encima de ella y dentro de ella, y el cuerpo ágil de ella igualaba al de él en el momento de abrirse para ser alcanzado y para alcanzar, labios y caderas separados al máximo, un mundo de amor en su vientre. Y así, la cópula tuvo lugar, en mitad de aquella danza salvaje, y la reina se entregó de buen grado, y por fin, al cabo de mucho rato, al final de la noche, alcanzó el orgasmo entre risas. Cuando se separaron, ella volvió a mirarlo y sonrió. Él dudó un poco, cogido desprevenido por semejante ternura. Algo tiró de él. Quería quedarse más rato, sólo para oír de nuevo la risa magnífica, triunfante y orgásmica de ella. Al mirar su carne de satén, suave por la humedad digna del rocío de la mañana y púrpura por las caricias de él, al contemplar la satisfacción que emanaban sus miembros extenuados, en algún lugar desconocido de su cuerpo se le removió un sentimiento olvidado. Era su corazón, probablemente, que había permanecido dormido durante mucho tiempo mientras conquistaba, uno a uno, todos los defectos humanos, salvo los del orgullo y la indiferencia.

Sin embargo, había permanecido dormido demasiado tiempo. Y la palidez del rostro de ella, los signos visibles de su horror inicial, se le hicieron patentes una vez más y los antiquísimos y pesados hábitos del poder se asentaron de nuevo sobre sus hombros.

Sin ni siquiera pensarlo, dijo en tonos sordos:

—Eres exquisitamente hermosa, pero palidiciste de repulsión al verme. Por esta razón, tu hijo nacerá albino.

Y se marchó.

La reina miró la puerta con ojos perplejos, y al hacerlo, todas las diminutas formas femeninas del suelo se volvieron e hicieron lo propio.

La reina que alumbraría a Pandu, *el Pálido*, padre de los Pandavas, y que por tanto, sería testigo de la destrucción de la totalidad de la raza de los Kurus por pura rabia fratricida, se puso de pie y dejó que toda la ira de los tres mundos la inundara y se llevara consigo cualquier recuerdo de lo ocurrido aquella noche.

Safo

Esta legendaria poetisa crea una cadena amorosa femenina cuando intenta asegurarse de que su amor terrenal es correspondido, mediante la intervención de su amada divina, Afrodita, diosa del amor. Cuerpo y espíritu se unen.

En el trono de múltiples colores, inmortal Afrodita,
hija de Zeus, maestra en astucias, yo te imploro
que no inflijas a mi espíritu, Reina,
pena ni dolor,

sino que acudas; si antes, todas las veces,
habiendo oído mi voz desde tan lejos
me escuchaste, y, abandonando la casa dorada
de tu padre, acudiste

en tu carro uncido con veloces y hermosísimos
gorriones que te trajeron a la tierra oscura,
con alas de denso plumaje revoloteando
desde el cielo y por el aire,

y llegaste con toda celeridad; tú, bendita,
con una sonrisa en el rostro eternamente joven

preguntando una vez más qué penalidades sufro
y por qué te invoco de nuevo

y qué es lo que mi corazón salvaje desea con más ansia
que me sucedía: «Una vez más, ¿a quién debo persuadir
para que caiga en las redes de tu amor?
Safo, ¿quién te aflige?»

Pues si huye, pronto irá tras de ti,
ella no acepta dádivas, mas pronto las ofrecerá,
si ahora no ama, pronto amará
aun en contra de su voluntad.»

Vuelve ahora junto a mí de nuevo, libérame
de este dolor, todo cuanto mi espíritu anhela
que sea saciado, sácialo, y
sé mi aliada.

El sacrificio

El matrimonio anual de la diosa y el sacrificio del novio era un ritual elaborado y doloroso que reproducía la siega de la cosecha y la fertilización de los campos. La inevitable sensación de tristeza simboliza la incompatibilidad de una unión duradera entre un ser mortal y un dios.

Y allí se sentó, en toda su gloria, la novia inmemorial a la espera de su joven novio. La gente se arremolinó en torno a ella, sirvientas que atendían todos sus caprichos, sacerdotes y sacerdotisas que realizaban ofrendas, adoradores que se postraban ante ella, que le besaban los pies. Sin embargo, Atargatis sabía que no estaban pensando en el esplendor de la novia, sino en el sacrificio que iba a tener lugar a continuación.

Ay, pero no os fijéis en las gallinas, los pescados ni las ofrendas de maíz y trigo. Mirad al novio, Mithras, y el modo en que lo preparan con parsimonia en sus aposentos: la personificación de la primavera, casi intacto por los primeros brotes de la juventud, su cuerpo ágil, grácil y luminoso cubierto de un hermoso vello dorado, como las hebras rubísimas que envuelven la mazorca del maíz. Dorado y, como el sol, reluciente. Todas las miradas se volverían hacia él cuando saliese de su cuarto y recorriese las calles subido a su cuadriga reverberante, bañado en

luz, la ofrenda suprema —la juventud— en el altar de la infinita y eterna Atargatis.

Era la repetición deslumbrante de la vida y la muerte, el magnífico retablo de la continuidad. La vida concebida, la vida sacrificada: una exhibición de la diosa en su infinita magnificencia y generosidad, expandiéndose, inundándose primero con la vida futura y luego derramando sus múltiples obsequios para que el mundo se regocijase y lo celebrase. Cuando los campos estaban repletos de gavillas de mieses meciéndose al viento y el campesino y su familia bailaban su danza de éxito y abundancia, era a ella, a Atargatis, a quien cantaban sus alabanzas y daban gracias mientras se adentraban en tropel en los campos, guadaña en mano, para llenar las cestas con la cosecha. Nunca se detenían a cuestionarse el ciclo de la reproducción: la plantación de la semilla en la Tierra-útero, la concepción del cultivo, su desarrollo hasta el cenit de su gloria y su sacrificio en la cumbre de su perfección. Pues sabían muy bien que, una vez se hubiese alcanzado la perfección, el deterioro le seguiría en breve, de modo que la cosecha debía ser recolectada, el maíz debía ser molido y luego ingerido para nutrir, para traer nueva vida y nueva alegría al mundo. Y ni un solo campesino se olvidaba de separar lo más perfecto de la mies y devolverla a la Tierra para su absorción y su regeneración.

Y así era con Atargatis y su hijo Mithras. Ella era el vientre que concebía la vida de él. Ella era el túmulo que lo contenía y lo calentaba en su muerte. Ella era el recipiente que recreaba y reproducía. No era distinta del maíz, del trigo ni de cualquier otro grano. Cada año ella, la Madre, se deleitaba con la cosecha. El orgullo y el placer inundaban su corazón mientras observaba la culminación, pues la cumbre de aquel colosal juego anual de la concepción y la destrucción era el Sagrado Matrimonio, su matrimonio con Mithras, la joya primordial de su creación, el ser perfecto: el Sol. Su amado hijo. Mithras, el

niño de oro, el hijo de la mies. El maestro de la vida en la Tierra. La vida del cuerpo de ella. Atargatis sabía cómo mantenerlo joven por siempre, inmortal. Él era el Único capaz de ser eternamente joven, de estar eternamente en la flor del desarrollo y la perfección. Más allá del momento de la perfección se hallaba el deterioro, y nunca conocería la humillación de la debilidad, de los dolores, de la vejez. El sacrificio era único.

Sus sumos sacerdotes y sacerdotisas prepararon los rituales y las ceremonias, rezaron las oraciones, acicalaron al joven Mithras durante semanas enteras, embelleciéndolo, fortaleciéndolo, purificándolo en previsión del momento bendito. Y con cada acción alababan a Atargatis, le imploraban su bendición, la calmaban para que fuese feliz la noche crucial de su matrimonio con Mithras. La noche en que debía concebir y garantizar de ese modo la continuidad del mundo durante un año más.

Resultaba curioso pensar que los forasteros y los extraños a veces se mostraban escépticos con respecto al matrimonio anual de Atargatis con su hijo. La llamaban la hembra terrible. Por más diosa que fuese, era vieja y aterradora y... «¿Quién sabe —pensaban, temblando— qué aspecto tiene cuando está a solas en su cámara? ¿Será una arpía repugnante toda llena de arrugas? ¿Estará putrefacta su carne? Y las órbitas de los ojos, ¿las tendrá recubiertas de una película que las tiña del verde del esputo? ¿Será en verdad la misma montaña incandescente de gloria que veían todos o un saco ajado y patético de lujuria y mal?»

La idea era demasiado horrenda para que permaneciera en la mente demasiado tiempo: una vieja bruja horripilante consumida de deseo por un muchacho. Puede que no fuese muy distinta de aquellos monstruos que aguardan cada año el sacrificio de una virgen, y aun así, su poder era tan inmenso que conseguía que los demás la acompañasen en su regocijo. Sí, sí, ya

sabían que la muerte anual de Mithras le garantizaba a éste la vida eterna, que era el hijo de la mies, la simiente separada de la cosecha y devuelta a la tierra. Sin embargo, había algo obsceno en el hecho de que lo llevase cada año en su vientre sólo para tragárselo entero. Aquel *hieros gamos*, aquel juego del matrimonio, aquel ritual sin el que los campos no germinarían, sin el que el sol no se derramaría sobre su munificencia, estaba fuera del alcance de su entendimiento. ¿No era Mithras la personificación del Sol, nacido del vientre de ella y servido ante ella en esta ceremonia? Tal vez fuese mejor llamar funeral a aquel matrimonio. A fin de cuentas, ¿no terminaba en el Festín de Sangre?

Todos cuantos cavilaban sobre estas cuestiones nunca permitían que pasasen de ser meras chispas a convertirse en llamaradas de fuego, pues temían que si Atargatis descubría cuáles eran sus pensamientos, los matase. Tal era la justicia sumaria de la diosa. Podía ser madre, pero no era misericordiosa cuando sus órdenes, sus decretos, se ponían en entredicho. Eso era lo que creían.

Sin embargo, en la enormidad de su ser, Atargatis sabía muy bien lo que pensaban y les perdonaba su falta de comprensión. ¿Qué clase de madre esgrime la ignorancia de sus hijos contra éstos? Dependía de ella revelar y ocultar el conocimiento. Ella era la Tierra, ella era la Madre, la madre universal, responsable de la paz, la vida y la perpetuidad. Sin embargo, su rito más importante seguiría siendo un misterio por siempre, pues los mortales nunca comprenderían el verdadero significado de la eternidad, que la muerte era sencillamente una estación en el camino. El ritual debería haber sido la única explicación necesaria, pero de los millares que acudían todos los años, sólo un puñado, acaso únicamente los iniciados, entendían el verdadero significado de la muerte de Mithras, el Sol, como el secreto de la perpetuación de la vida: que debía desprenderse de su vie-

jo cuerpo a fin de regenerarse. ¿Acaso no veían el sol menor en el invierno, distante, naciente, en desarrollo? ¿Acaso no veían cómo se iba haciendo más fuerte, más poderoso, a medida que se sucedían los meses? ¿No les señalaba eso la importancia de la «muerte», sin la cual su viejo cuerpo se quedaría exhausto, incapaz de contener su energía perdurable?

Sin duda, la verdad era lisa y llana en los campos, que se extendían limpiamente en hileras de aspecto yermo de tierra sembrada, durante los meses de sol menor, y crecían en silencio y ocultos a la vista hasta que empezaban a germinar y a convertirse en una madurez milagrosa. Nueve meses: el período de la creación. ¿De qué servían las espigas tiernas de trigo y maíz si no se las arrancaba del suelo en su apogeo? Cierto era que, durante una temporada, los campos ofrecían un aspecto inhóspito y ruinoso tras cortar las gavillas doradas que los habían adornado durante las semanas anteriores. Sin embargo, lo viejo siempre debía dejar espacio a lo nuevo. Y pese a ello, a la gente le resultaba imposible separarse del presente. No comprendían que siempre y cuando el ciclo de la vida siguiese adelante, trigo, maíz y humanos eran metáforas unos de otros.

No, a Atargatis le resultaba imposible censurar a los no iniciados. Incluso ella, la gran reina, concedora de todos los misterios, era incapaz, llegado el momento, de contener su aflicción ante la pérdida de su amado. No lloraba la pérdida de los campos de maíz y trigo y, sin embargo, cuando ella, fuente de todo ser, se veía obligada a sufrir el dolor de la muerte de su hijo, la muerte de su amante, año tras año, también ella derramaba una lágrima. Pese a saber que su regalo de bodas para Mithras, el propio sacrificio, era el regalo de la vida eterna. La vida en la muerte, la muerte en la vida. Nadie sabría nunca cuán profundamente puede herir saber todo lo que puede saberse a quien lo sabe, ni el dolor desgarrador que siente quien todo lo da para poder dar.

Ya había llegado el momento: el momento para el que vivía y en el que moría cada año. El momento en que su júbilo y perfección alcanzaban su cúspide, y el que temía más que cualquier otro.

Se sentó en su trono, engalanada con los colores de la primavera, el verano y el otoño, y sonrió. Todas las miradas estaban fijadas en ella. Atargatis tenía el alma dividida entre la pena y el regocijo, entre la inmediatez pasajera de la pérdida y el conocimiento triunfal de la vida eterna. Tal vez fuese también que las reglas de los Misterios exigían que contuviese su ambivalencia. O ¿qué habría hecho? ¿Bullir con la risa y la emoción de la anticipación y luego lamentar su pérdida?

Y ahí llegaba Mithras, una neblina de gloria, cabalgando hacia ella a lomos de su toro blanco. Un grito de júbilo retumbó entre la multitud. La gente se hacía visera con las manos para verlo mejor. Por toda Anatolia, las efigies de Atargatis y Mithras eran guiadas por los mismos rituales: ella, la novia; él, el novio, llevados ante el pueblo por los sacerdotes y las sacerdotisas, vestidos con los ropajes de dioses y diosas, representando el drama sangriento con sus propios cuerpos.

Aquí está Mithras, sol dorado, hombre-primavera, hijo de Atargatis y amante divino. Desmonta de su toro y camina hacia ella, con piernas ágiles, enjuto, deslizándose sobre pies alados. Ella se hincha de orgullo al contemplarlo: él se detiene para mirarla, se aproxima, avanzando por la ruta procesional, rezuando luz por los cuatro costados. Ella ve el deseo desnudo reflejado en los rostros de las mujeres de la multitud, jóvenes y viejas. Siente una punzada, aunque no sabe ubicar qué emoción se oculta tras ella. No son celos, eso seguro. Sabe que él sólo tiene ojos para ella y la calidez de su mirada le provoca estremecimientos de arrobamiento por todo el cuerpo. Como en respuesta a los pensamientos de ella, él le sonríe. En verdad son uno solo.

Ahora, él está cerca de ella y extiende la mano para tomar

la suya. La acaricia con los labios mientras se arrodilla ante ella, inclinando la cabeza.

Ella aparta la mano con ternura, demorándose un momento para colocar en su sitio un zarcillo rubio y rizado que al joven se le ha escapado de la coronilla hasta la frente. A continuación, apoyando ambas palmas en las sienes, lo levanta con suavidad del suelo hasta que los brazos de ella lo rodean por encima de los hombros, engalanando su amado rostro.

Ella sólo ve a Mithras. Por primera vez, siente aprensión, pero el ritual debe proseguir. Se arma de valor. La multitud está lista. Que comience la ceremonia.

Se sienta, mientras una oleada de emoción crece en su interior.

—El orden universal por encima de todo —recita—. Estoy aquí para servir al universo y a sus seres. —Las palabras son tanto un recordatorio para sí misma como parte de la ceremonia. Desafío, reto... éstos no son para ella. El cosmos debe continuar y es justo que ella deba pagar el precio más alto.

Los cánticos, las canciones de boda, los festejos, la fanfarria y el entusiasmo la embargan mientras se imbuye de la felicidad que le proporciona el calor envolvente de Mithras. Cada vez que realizan el sagrado matrimonio, los votos son frescos y nuevos para ella, la alegría, la excitación de convertirse en su esposa se apoderan de ella, la convierten en un océano poderoso de éxtasis salpicando su espuma y su sal por todas partes. Gira y salta sin cesar, arrastrando a la multitud a una danza de celebración. Y entonces, finalmente, pronuncia la orden:

—Id a los campos en parejas. Tumbaos juntos en el suelo. Vuestros actos excitarán a la Tierra hasta que ésta se abra y se haga fértil. Vuestros éxtasis se filtrarán hasta penetrarla. Esta noche la Tierra tomará parte en mi divino matrimonio. Esta noche concebirá y, como yo, albergará y nutrirá la semilla que lleva en su vientre para que germine en la cosecha.

Mientras la muchedumbre caminaba hacia los campos, riendo, cantando, abrazándose unos a otros, amantes todos, por una noche, Atargatis condujo a Mithras a sus aposentos. Permaneció de pie junto a su lecho, temblorosa, nerviosa como cualquier novia, expectante ante el amor. Mithras se le acercó. Ella creyó percibir cierta timidez en él y le acarició la mejilla con las yemas de los dedos, rozándole como una pluma la suave barba de oro.

Ella se deslizó hasta el diván y enterró la cabeza de él en su pecho. Él le rodeaba la cintura con los brazos, y sus dedos acariciaban la cordillera de su columna. Su respiración era suave y húmeda. Se acurrucó contra ella, buscando su pezón. Una imagen parpadeó ante ella, la imagen de su rostro de recién nacido, sus rizos, sus manos regordetas de niño palpando a tientas en busca de solaz. Con suavidad, con urgencia, liberó sus pechos y los labios de él se cerraron en torno a ellos como respuesta. Con un gemido, apretó la cabeza de él contra ella. El amor de madre rivalizaba con la pasión, y en su corazón ardían ambos. A continuación, la dulce y suave unión de los dos. Siempre un amor se fusionaba con el otro. Ahora era la madre quien nacía y vivía en el amante. Ella era la madre, ella era la amante consumada. El uno para el otro, lo eran todo.

Mithras desplazó la cabeza de abajo arriba por el cuerpo de ella, llevó las manos a su garganta, agarrando, acariciando... Ella correspondió a su ardor, curvando la espina dorsal, esforzándose por cubrir sus hombros de besos. Y ahora él estaba estirado encima de ella, entrelazando sus pies con los de ella mientras la penetraba y ejecutaban el acto sagrado y celestial de la creación. Al principio, casi con frenesí, luego despacio, como si el tiempo se hubiese detenido. La vibración les recorrió el cuerpo, una explosión atronadora mientras la lluvia se derramaba en estallidos del cuerpo de cielo de él sobre la forma de tierra de ella.

Atargatis sintió cómo la simiente de él le inundaba el vientre, mientras la vida pasaba de él a la diosa.

Más tarde, se arrodilló ante ella mientras permanecía de pie, angustiada. Le apoyó la cabeza en el vientre y ella se aferró a él, apretándolo con fuerza, y él le tendió las manos.

—¿Por qué debo dejarte marchar de nuevo? —murmuró Atargatis.

—¿Marchar? —susurró Mithras, levantando la vista para mirarla con unos enormes ojos dorados—. He vuelto a casa, a mis orígenes. No pienso dejarte... Estaré más cerca dentro de ti, contigo, que en cualquier otro momento.

Él le acarició los ojos húmedos, acallando sus sollozos con un beso que resonó en lo más profundo de su ser.

—Brillas en la oscuridad —le susurró.

Atargatis se echó a reír.

—Siempre dices lo mismo.

Él también se echó a reír.

—Y tú también.

—Es cierto —dijeron ambos al unísono.

Atargatis se levantó, se acercó a la ventana y miró a través de ella. Había luz en la cámara del sumo sacerdote. Corrió las cortinas. El pánico hizo palidecer su rostro de tal modo que los labios y los ojos se recortaban crudos y oscuros contra éste.

—¿Por qué? —bramó—. ¿Por qué siempre tiene que ser así? ¿Por qué tenemos que separarnos?

Mithras sonrió con la sabiduría del mundo.

—Esto no es una separación, amor mío. Es la unión más pura e indisoluble. En ti, tú envolviéndome. Somos indivisibles. Yo respiro tu aliento y como tu alimento. Tú te desarrollas con mi desarrollo. Es la forma de las cosas. El orden. Yo soy el Sol, tú eres la Luna. No podemos compartir el mismo cielo mucho tiempo, pero somos criaturas de la misma luz.

Sabio, tan sabio con el conocimiento de siglos interminables,

y aun así tan joven, extiende sus brazos y ella se adentra en ellos. Pasa una eternidad, condensada en un solo latido del corazón. A continuación, él se tumba en el diván y cruza los brazos bajo la cabeza. Atargatis se tumba junto a él, apoyando la cabeza en sus costillas. Se abrazan el uno al otro hasta que ella coloca su cuerpo serpenteante sobre él, concentrada únicamente en proporcionarle placer. Ahora Mithras es el amante consumado. Asienta las caderas contoneantes de ella con suavidad sobre las palmas de sus manos, ofreciéndole soporte, alentándola hasta que ambos alcanzan el momento de la unión completa.

Fuera se oyen ruidos: la pandereta, la flauta, los tambores... Nunca habían sonado tan crueles, tan implacables. Mithras es su hijo pequeño de nuevo y ella es su madre que llora, sosteniendo su cabecita con el brazo mientras lo mece con ternura, acunándolo contra el pecho, cantándole en voz baja para consolarlo.

«Yo soy la flor —piensa— que nunca consigue inundar su mirada con la belleza del germen de la nueva flor. Consternada por el dolor de no haber oído la advertencia de las campanillas al amanecer. Yaces dormido en los aposentos nocturnos de mi pasión, despertado de improviso por las melodías fugaces del aliento del amor. Y una vez más, esta ráfaga de música sopla en nuestra dirección y nos trae historias de infinidad.»

Los sacerdotes y sacerdotisas hacen su entrada, ataviados con sonrisas, bañados en música, vestidos con ceremonias. Mithras va con ellos.

Atargatis observa, orgullosa, majestuosa, desapasionada, cómo él la abandona para escoger un lugar bajo un árbol en la sombra de su templo solar. Cuando se aproxima al bosquecillo sagrado, vuelve la vista atrás una sola vez, con una sonrisa juguetona bailándole en los ojos. Ella aprieta las palmas de las manos contra su vientre.

—Tu semilla está en mi interior.

De repente, ella es diosa de nuevo. Ya no lamenta su función como madre del dios moribundo. Para ellos, la muerte no es separación, sólo cercanía, unión y perpetuidad. Su esencia se funde con la de ella, propagándose del vientre al alma.

Ella utiliza ese conocimiento para ayudarse a atravesar la ordalía que está por venir. El mundo de Atargatis se queda inmóvil. Aturdida, observa a Mithras escoger un árbol y colocarse frente a él. Respetuosamente, acepta la espada de un sumo sacerdote y la sostiene en alto, muy por encima de su cuerpo desnudo. Entonces, en un solo movimiento, la baja y se secciona los testículos. La sangre empieza a manar. Los sacerdotes y sacerdotisas echan las cabezas hacia atrás para recibir las salpicaduras de color rubí. Extasiados, cierran los ojos y extienden los brazos para atrapar las gotas, y luego caen de rodillas y embadurnan la hierba y el follaje con la sangre sagrada.

Mithras se tumba bajo el árbol donde se desangrará hasta morir. Atargatis sigue contemplando la escena. Ansía abandonar el trono y correr hacia su amado, pero hace un esfuerzo y se queda donde está. Y sin embargo, sólo es su coraza, con la que se cubre para engañar a todas las miradas. Por dentro, su esencia se encuentra al lado de Mithras. Mientras sus lágrimas caen sobre él, el amor de madre cura el dolor abrasador de sus entrañas.

Él coloca la mano sobre los labios de ella para impedirle que hable. Es una mano fuerte y vibrante de vida.

—Calla. Sabes que estoy contigo. Y volveré en primavera, en propia carne. Cuando las colinas se tornen color de miel con mi nueva luz y los campos rebosen como las minas de oro, estaré contigo de nuevo también en cuerpo, no sólo en alma.

Al fin, la canción regresa al corazón de Atargatis.

—Y yo estaré aquí.

Fuera, está despuntando el alba. Los sacerdotes proclaman

que Mithras volverá para redimirlos a ellos y al mundo. Esperarán los primeros signos de su renacimiento al tercer día del sacrificio.

Atargatis sabe más cosas. Cibele, Astarté y Afrodita acarician su vientre. En su interior, la semilla de Mithras ha empezado a germinar. Al cabo de nueve meses, inundará los cielos con su resplandor. Los campos esparcirán su munificencia. Hasta entonces, su amante, su hijo, vivirá y crecerá dentro de ella.

Invierno en Llanddwyn

El sepulcro en ruinas de Dwynwen,
santo patrón de los amantes.
Distrito de Rhosyr

Los sentimientos de pérdida y desilusión se convierten en perdón en esta conmovedora historia en la que una princesa, dividida entre la voluntad de su padre y el deseo de su amado, encuentra refugio y liberación en el amor espiritual.

No hay danzas. Pasar todo el tiempo
bajo la tormenta, bajo la luz del sol,
siempre igual, todo el invierno, caduco.

Con las alas sujetas a los cabos
los cormoranes cuelgan como espantapájaros.
Las islas se hallan muy cerca.

La contienda trepidante de las gaviotas
alcanza la dirección del viento
con un chillido impregnado de melancolía.

Vacía el aire,
este invierno calmo.
Nada hay que pensar.

¿Anunciará el preludeo

un compás acentuado,
un crescendo de entusiasmo?

El telón del tiempo
permanece cerrado, y sólo
se riza por la orilla, como ondas.

¿Desvelarán las propias islas,
tan frías, una escena
o un *pas de deux*?

Una muchacha. Un hombre. Una expectativa.
Era como si en la suave ferocidad del amor
bailasen, rozándose apenas...

Aunque un beso rompió la concentración
de su espera, aunque una mano extendida
los sobresaltó, en un batir de alas.

En el poema de los cuerpos, las aliteraciones
de moverse al unísono, de los espejos...
Una separación inseparable.

El tiempo se creó en los primeros instantes
en que sus ojos se encontraron. Como en una danza
durante su ejecución, nada

anterior cobra importancia. La prehistoria
sólo se insinuaba en el carácter
del gesto, un conocido fósil.

Pero entonces, ella lo quebró.

—¿Por qué?

—Hay respuestas, por supuesto.
Padre se oponía a ello, había que pensar
en una dinastía... ¿O acaso fue
una súbita e inexplicable
falta de fe, una herida,
como un dedo cercenado
a un violinista?

—¿O acaso fue él demasiado ambicioso,
de algún modo, y la ofendió?

—Ella no mostró ira alguna.

—Aunque él sí.

—¿Lo había traicionado ella?

—Los había traicionado a ambos. Él vio cómo ella
escogía reducir a la nada
cuanto ambos habían sido.
Muy bien, pues su cuerpo le daría una lección,
él le diría qué se sentía siendo nada. La forzó,
la arrojó al suelo, la desnudó...

—¿Y ella no gritó?

—Él la dejó, sumida en el desprecio que sentía por ella,
un día y una noche. Impura...
Su padre trató de esconderla

pero no quedaba ninguna parte,
ninguna parte más allá del espejo.

—Fue horrible para ella.

—Pero él quedó destruido por aquello,
enloquecido por el hielo
que le arrancaba la vida a manos llenas.
Habría muerto de hambre...

Fue entonces cuando Dios la escogió,
entonces o al principio
del mundo, en la nada.

Se dice que llegó un ángel
con un nuevo espejo. Le enseñó
a Maelon, su amante, congelado en el hielo.

Dios le concedió tres deseos...

Este invierno calmo
vacía el aire.
Nada hay que pensar.

Aunque en la charca,
las constelaciones de peces
hacen profecías (o eso dicen los amantes).

Y las aves de las islas
viven sus histerismos
apetitivos naturales...

El sarcasmo apocopado de las gaviotas,
los cormoranes...
Las focas ruedan sobre sus lomos y cantan...

Y pese a todo Dios escoge
en la nada,
antes de que caiga el telón,

donde los bailarines, entre bastidores,
esperan para cruzar y adentrarse en el tiempo
mientras se encuentran con Su mirada.

Y no hay nada que pensar
sino en la danza
y la luz vacía.

Yo giro

Los versos de Rumi me abrieron las puertas del erotismo en el sentido más profundo de la palabra. El esfuerzo por alcanzar la unión con el Verdadero Amado, a veces bajo los auspicios de otro ser humano, es la esencia del sufismo, una poderosa fórmula amorosa. Espero haber transmitido parte de su poder.

«Por la sombra del sol sabe el rocío de su muerte; yo, también, existo por el favor de verte.»

Yo no escribí ese pareado, sino que pertenece a un poeta del futuro. Debe de habérmelo arrancado del corazón. Creo que eso lo sabes, Shams. Mi sol, mi sol ardiente y abrasador. ¿Sabes lo que fue enfrentarme, dos veces en la misma vida, a tu repentina y misteriosa marcha?

—Claro que lo sabes.

—Conocías mi esencia y mi substancia. Las conocías mejor que cualquier otro ser vivo.

—Y te fuiste, pese a todo.

Ahora estoy vagando por el mercado, por sus callejones queridísimos y familiares. De alguna parte del bullicio proviene el ruido del golpeteo del metal al chocar contra otro metal, un símbolo auditivo de los movimientos de Zarkub, el orfebre.

Aquí, la gente me conoce. Me señalan o se inclinan para hacer una reverencia. Hay tristeza en los ojos de algunos.

«¡Pobre hombre! —piensan—. Busca encontrar a los muertos.»

Otros me miran con aire interrogador.

«¿Es éste el hombre que nos guía en nuestra búsqueda? —se preguntan—. ¿Se halla atrapado en el torbellino de alguna ilusión profunda? ¿Acaso el remolino de polvo de la imaginación lo engulle en sus entrañas, dándole vueltas y haciéndolo girar hasta envolverlo en una oscuridad granulada y fluida que invade hasta el último rincón de su cuerpo y alma? ¿Sacaremos algún provecho de su supervivencia? ¿Mejoraremos gracias a su experiencia?»

Ésa es la prueba del maestro, como ésa es también su mayor recompensa.

¡Clang-clang! ¡Clang! ¡Clang! Pocos conocían el significado del golpeteo del martillo de Zarkub sobre el oro.

En busca de ti, Shams, he vagado errante a lo largo y ancho de este mundo. He buceado en el interior de rostros extraños y he visto mi devastación. Estaba buscándote, pero no estabas allí. ¿Qué pasó con tu fe en mi convicción de que «ningún amante busca a menos que el amado desee ser buscado»? ¿Qué pasó con mi propia fe? Está tan ligada a ti que se escapa como el agua entre los granos de arena, que desaparece de la vista en un pálpito de segundo, como si te fundieses en la oscuridad, y yo tengo que preguntar: «¿Deseas mi búsqueda?».

—Creo que debes hacerlo, pero aun así, dudo de mis pensamientos, pues muchas veces la necesidad se convierte en una catarata que nubla la visión.

—Dijiste una vez: «Hay algo en mí que mi guía no vio. Nadie lo vio hasta que apareció mi señor, Mevlevi».

—Yo todavía lo veo, Shams, mi sol. Todavía veo esa esencia. Pero ¿dónde estás?

Como un mirlo gigante te abatiste sobre mi vida entonces,

como una criatura fugaz, te deslizaste en la noche, dejando como legado esta búsqueda continua. ¿Acabará alguna vez? ¿Tendrá este viaje un final? ¿O será eterno, como ése que escribe en la arena, ese caminante del desierto, ese gran amante a quien llaman Majnun, locamente enamorado? Lo vi en el tiempo, en el espacio, hecho pasado, ficción pasada. ¿Conoces su dolor?

—Nunca me dijiste que lo habías visto.

—Pero sí viste al Santo, al Profeta de Dios, al amigo de la humanidad.

—Me dijiste que te dio su capa de mendigo. Te libró del culto y de la casta. Conservaste tu fuego salvaje, tus ojos abrasadores.

—Pero he conocido el dolor de Majnun.

—¿Quieres que te hable de él?

Solo en el páramo de su deseo, el vagabundo errante del desierto, locamente enamorado, se sentó a escribir una carta utilizando sus dedos a modo de pluma, y tomando la arena por papel. Me miró; su mente había abandonado sus ojos y era el vacío el que impregnaba su mirada.

—Escribo el nombre de Laila, mi amada —gritó—. Para aliviar mi propio corazón, escribo.

¿Debo sacrificarme por ti, tal como hizo él por ella? Te contaré el final de Majnun, el loco de amor, de Farhad, el que golpeaba la montaña, de todos los grandes amantes y sus amigos. ¿Sabes cómo se unieron, Shams?

Se unieron en la muerte. Mientras se aloja en el cuerpo, el alma sólo puede percibir el alma del otro ser amado. Mediante el cuerpo podemos inhalar su aroma sagrado, podemos vislumbrar su luz velada y oír su música mágica. Podemos adivinar cómo sería tocar y fundirse... pero no experimentamos el tacto ni la fusión. El cuerpo es arcilla, modelado en su forma y su integridad.

¿El alma? Es fuego. Salta y baila, se expande y se encoge... oscila y desprende chispas.

¿La epifanía, Shams? ¿Qué es la epifanía? Un velo, un estallido de luz, una ráfaga de música... signos que dicen que está en otro lugar.

¡Clang-clang! ¡Clang! ¡Clang! ¡Clang! ¡Clang-clang! ¡Clang! ¡Clang!

El martillo de Zarkub golpea el oro. Ahora parece retumbar con mi corazón, ese golpeteo metálico.

Largo-corto/largo-largo/largo-corto/largo-largo/largo-corto/largo-largo/largo-corto-largo.

¡Ah! Ya lo entiendo. Los golpeteos de su martillo reflejan el ritmo de mis versos. Mi prosodia favorita. Ramal... arena, lo llaman, porque se escurre como el agua entre los dedos. ¡Ahí está otra vez! Ahora le oigo nombrar la prosodia. Con maestría, con todo el conocimiento del ritmo en mis venas.

Fai-la-tun/fai-la-tun/fai-la-tun/fa-i-lun.

Estas sílabas son el ritmo, el metro, la gramática del amor. Sus pies caminarán por el vasto desierto de mi vida, por el inmenso páramo de mi amor, sus vibraciones dejarán a la deriva las nubes a través de las cuales volverá a brillar Shams. Iluminarán mi discurso. Pondrán voz a mi pasión. Encenderán los fuegos de mi pasión. Fai-la-tun...

Fai-la-tun... mis deseos. Recuerdo aquellos emocionantes días cuando nos sentábamos en la celda de Zarkub. El mundo nos veía hablar, oía nuestro discurso. Pero ¡cuántas cosas más no hicimos! Tocamos el cielo con la punta de la lengua, miramos al cielo, nos calentamos al calor de los fuegos divinos. Recuerdo ese primer encuentro.

—¿Qué encuentro? —me pregunta la voz de Salahudin Zarkub.

—¿Ya he llegado al orfebre? —pregunto sorprendido—. ¿Y estoy pensando en voz alta?

Los ojos de Zarkub brillan con una hermosa capa de lágrimas. Le entristece mi locura de amor.

—No tienes por qué entristecerte, amigo mío —lo tranquilizo—. Sólo es amor. Nos deleitamos en el amor.

La gente desprecia a mi amigo Zarkub. Lo creen un artesano iletrado, pero Zarkub posee un alma iluminada. Un alma de oro. Él y yo aprendimos juntos del mismo gran Maestro. Vi su alma transmutada en la vasija alquímica de Dios. Sin embargo, los latidos del corazón de Zarkub todavía dicen «yo». Todavía no ha encontrado un «nosotros».

—¿Estás evocando el recuerdo de vuestro primer encuentro? —pregunta.

—Fue en un caravasar. Se estaba escondiendo, pero yo sabía que tenía que encontrarlo.

Me dijiste que habías tenido que pasar por las tres etapas del amor para convertirte en el eje de todos los seres amados y pese a todo, nunca encontraste el amor que buscabas. Y se lo preguntaste a Dios.

—¿No hay nadie, entre los de tu elite, que pueda disfrutar de mi compañía?

—Ve con Rumi —te dijo Su voz.

Si nuestro primer encuentro fue de noche, entonces el segundo fue de día, tan nítido para mí como mi reflejo en el agua fresca y distante de la fuente.

Me senté bañado por el sol suave y cálido de las postrimerías de octubre. Me envolvía la piel, aferrándose como una manta aún caliente de la impronta del juego amoroso entre una madre y su hijo recién nacido. Me sumergí en los libros en mi búsqueda constante de la sabiduría. Busqué la verdad. Indagué las respuestas. Sí, en aquellos tiempos aún buscaba las respuestas en los libros. Pero llegaste tú y me enseñaste a buscar primero las preguntas.

Invadiste mis pensamientos como un ave de presa depreda-

dora de vida. Tus ojos relampagueaban, el pelo flotaba alrededor de tu cuerpo, tus brazos bajo la capa se desplegaban como si fueras un gran pájaro negro mientras me arrebatabas los libros, mi único tesoro, y los tirabas al agua. Yo te miraba, consternado.

—¿Por qué no dices nada? —me gritaste—. ¿No conoces las palabras para formular la pregunta?

Negué con la cabeza en silencio. Vi cómo se disolvía la tinta de años de esfuerzo. Vi cómo se ahogaba toda la sabiduría de Ibn Arabi. Vi cómo desaparecía, arrastrada por la corriente, la sapiencia divina. Las lágrimas me anegaron los ojos. El sol del cielo había perdido su calor.

—¿Lloras por unos simples pedazos de papel? —preguntaste—. Si eso es lo que quieres, los recuperarás.

Recogiste uno de aquellos libros. Estaba seco e indemne. Yo lo miré y lo vi por vez primera. Las palabras estaban intactas, pero ya no eran más que trazos de tinta.

—Déjalos ahí —contesté—. El agua es un buen lugar para el reposo.

Entonces tú sonreíste, con la tibia caricia de los rayos del sol, y me abrazaste. Esta vez, se infiltró en mi alma. Me sentí iluminado desde el interior. Recordé de improviso el significado de tu nombre. Shams: sol. ¡Qué curioso!, ¿verdad? Casi nunca asociamos el significado con los nombres que designan a las personas.

Había tanto que decir... Tanto de qué hablar y de lo que no se había escrito aún... Tantas preguntas que formular al servicio del alma... Tú nos prestaste tu celda, Zarkub, y fue como si hubiésemos estado allí hablando, discutiendo, durante seis meses.

Tú, Shams, hablabas de forma salvaje... para conservar tu fuerte espíritu, creo. Habías recorrido numerosas naciones, descubierto a multitud de sabios, pero no te había impresionado

ninguno. Me hiciste reír con tu brusco desdén por las mentes consideradas por todos como superiores.

Dijiste:

—¿Te he hablado de cuando conocí al Maestro de Kerman? ¿El que dicen que puede ver la belleza verdadera de todas las cosas creadas? Estaba contemplando un cuenco de agua junto a la ventana de su cuarto. Cuando entré, se volvió y me miró, suspirando. «Acabo de ver la luna reflejada en este cuenco de agua —dijo—. ¡Qué hermosura!» «¿Es que tienes un forúnculo en el cuello? —quise saber. Él negó con la cabeza—. Entonces, ¿por qué no miras al cielo?»

»Pero tú, Jelaleddin de Rum, eres un maestro entre maestros —dijiste—. Has escogido contemplar la luna en el cielo, en su libertad, esplendor e infinitud, no su reflejo, encerrado en una vasija de barro. Si Ibn Arabi es un guijarro en las costas del infinito, tú eres una perla.

La gente empezó a mirarnos con mucha curiosidad y atención. Las miradas se convirtieron en murmullos, y los murmullos en calumnia. El susurro de la calumnia es muy ruidoso y su corte profundo. Shams perdió la paciencia. Un día, desapareció.

—No sabéis lo que habéis hecho —les dije.

—No hacías más que hablar con ese hombre —protestaron—. Dejaste de enseñarnos. Ya no ibas a tus clases. No prestabas atención a nuestras necesidades.

—Todo forma parte del proceso de aprendizaje —les contesté—. ¿Acaso no se os ocurrió nunca que un maestro es humano? No puede enseñar sin el beneficio del aprendizaje. Debe nutrir su mente y su alma. Debe sondear los misterios del espíritu, intentar arrancar el velo del Oculto. Vosotros me habéis hecho daño. Habéis invadido el reino de mi inspiración, me habéis tendido una emboscada en mi viaje en pos del conocimiento. Ahora es menester que os abandone para proseguir mi

búsqueda en otra parte. Debo encontrar a Shams y traerlo de vuelta.

Fue entonces cuando me marché a recorrer el ancho mundo.

Fue un gran día cuando volviste de Damasco del brazo de mi hijo y sucesor, el sultán Valad. Para asegurarme de que te quedarías, te casé con Kimiya, que se había criado en mi hogar después de que murieran sus padres. Pasamos muchos años extáticos juntos, explorando las profundidades de lo eterno. Mediante nuestras respectivas familias, el placer y el dolor del mundo fenomenológico nos enriqueció. Juntos reunimos el coraje para aprehender el infinito, para conversar con lo invisible. Si yo hablaba del *sirr-e-nihaan*, el Secreto Oculto, tú me preguntabas: «¿Cuál es el significado de lo oculto? ¿Acaso puede aquello que ya es secreto, ser oculto también?» Me eché a reír. Siempre me dirigías a la pregunta que descubriría la respuesta. La búsqueda del Secreto Oculto no era nada si no conocía la respuesta. ¡Cuántas capas y mundos de conocimiento revelaba esa pregunta! ¡Qué complejidades en la disección de la frase más simple! Sin embargo, los viajes no prosiguen sin interrupción. Aun cuando buscas la pregunta con la mayor sinceridad, los acontecimientos son el enemigo de la concentración.

—¿Por qué andabas distraído en la negrura de esa noche?

—¿Por qué respondiste a esa llamada de la oscuridad? ¿Por qué no seguiste hablando, como habías hecho tantas veces antes, haciendo caso omiso del mundo exterior?

—Nadie se niega a la llamada de Azrafil. —La voz de Zarkub era tan suave que la oí con mi intuición.

—¿Azrafil?

—Dicen que lo asesinaron esa noche. Que lo asesinaron y lo arrojaron a un pozo. Luego sacaron su cadáver del pozo y lo enterraron en una tumba sellada con yeso. Cubrieron la tumba con barro, árboles y hierba. Parecía parte del paisaje. Azrafil,

el Ángel de la Muerte, hizo una visita esa noche, con los demás asesinos.

—Entonces, ¿Sham está muerto? El sol está muerto. ¿Volverá a haber luz?

Pensé en la devastación del mundo sin el sol. Sentí que me faltaba el aliento. Todas mis extremidades perdieron su fuerza a medida que asimilaba la horrible verdad.

—¿Verdad? ¿Otorgas el nombre de Verdad a un fenómeno, a un suceso inevitable y banal?

La voz atronó desde su interior y lo zarandeó con la fuerza de sus vibraciones.

¡Clang-clang! ¡Clang! ¡Clang! ¡Clang! Zarkub ha cogido su martillo.

Te busqué y no pude encontrarte. No encuentras al amigo en el firmamento ni en la tierra. Lo encuentras en el corazón. De mi mente surgió la conclusión de todos aquellos pensamientos fragmentarios del pasado. Las preguntas que había olvidado encontrar antes de encontrar a Shams en aquella búsqueda alocada y frenética. Había preguntado alguna vez: «¿Dónde está Shams?» Había pensado alguna vez, si ningún amante busca a menos que el amado desee ser buscado, ¿por qué no me busca Shams? Ahora me doy cuenta de que dudé de tu amor. Puse en duda tu compromiso sin saberlo siquiera. Me hice tan consciente de este mundo de fenómenos, tan consciente de mi cuerpo y su dolor, que me olvidé de las sensaciones del alma.

—No sabía que ya no necesitabas buscarme.

—Que habías abandonado el «tú y yo» para convertirte en «nosotros».

—Pero ¿ahora?

—Pero ahora te has transformado. Celebro tu liberación. Bebo de nuevo de nuestro vino divino.

Comienzo a hincharme. La cáscara que es mi cuerpo se inun-

da de un calor sensual que me embarga el corazón y el vientre, desbordando mis miembros. El calor enciende una chispa que flota, ebria, hacia arriba. Me estalla la cabeza con un éxtasis mudo. La dicha de la unión. La dicha de no tener que separarse jamás. La dicha de ser Nosotros.

Despacio, empiezo a volverme. Se tuerce una muñeca, la palma gira hacia el suelo como una copa vuelta del revés. Levanto el brazo derecho y hago bocina con la palma hacia el cielo. Mi cuerpo es el tallo que conecta mis palmas, los cuencos del jarrón del Ser. Recibo del cielo, deposito en la tierra. Sigo girando. Mis movimientos continúan. Del cielo a la tierra y de la tierra al cielo. Del cielo a la tierra, las arenas de la divinidad, del tiempo, del espacio, empiezan a fluir.

Tengo los ojos cerrados al mundo exterior. Vuelvo el rostro hacia arriba. Siento la brisa de mi propio ser empezar a agitarse y a acariciarme las mejillas, cálidas por la chispa prendida en mi interior y convertida en una llama que algún día me consumirá por completo.

¡Éxtasis! Eres el espejismo en mi ojo giratorio, la verdadera realidad más allá de esta extraña ilusión a la que llamamos el mundo de los fenómenos.

Percibo cómo se levanta Zarkub, cómo empieza a volverse. Girando.

—Estoy girando, Mevlevi —grita—. Giro contigo. Dime, ¿qué es lo que te hace girar? ¿Es el recuerdo de Shams, ese pájaro negro salvaje?

La risa bulle como lava del suelo de mi ser y entra en erupción a través de mí. ¿Recuerdo? No necesitamos recuerdos de los compañeros constantes.

Y así es como giro.

—Estás en las cuerdas de mi música.

—Estás en los pensamientos de mi canto.

—Eres la corriente de aire que provoca mi danza.

—Eres tanto la quietud como el fuego de mi interior.

—Te he experimentado.

Detengo la mirada sobre los enseres de Zarkub. Ahora sé que has quemado la escoria y te has transmutado en oro puro.

Notas

PRIMERA PARTE: EL DESPERTAR

La ciudad del anhelo

Aamer Hussein reelaboró esta historia a partir de la conocida *Haft Paikar* [Siete Semblantes/Bellezas], del autor persa Nizami Ganjevi de Ganja, cerca de Azerbaiyán, en Irán. Nizami era conocido por su *khamisa*, quinteto, que incluye las populares tragedias amorosas *Shirin Farhad* y *Laila Majnun*, ambas famosas en el mundo islámico.

Aamer escribió la historia especialmente para este libro. Su conocimiento de los textos persas y urdúes es impresionante y sus dos conocidas compilaciones de relatos, *Mirror to the Sun* (Mantra, 1993) y *This Other Salt* (Saqi, 1999) incluyen textos inspirados en cuentos infantiles de la cultura islámica. Por otra parte, su obra aborda en abundancia diversas actitudes eróticas.

Una canción pastoral

La historia de Radha y Krishna se conoce por el poema erótico indio *Geeta Govinda* [La canción de Govinda], de Jayadeva

(siglo XII o XIII). Ambientado en el distrito de Mathura, el texto se centra en el dios pastoral Krishna (también llamado Govinda, el vaquero) y sus juegos románticos con las *gopis*, o lecheras. Sus actividades eróticas, que en su mayoría se desarrollan en el bosque de Vrindavan, simbolizan la búsqueda del alma humana para fundirse con la divinidad. Radha personifica el alma atrapada en la forma humana con todas sus exigencias sociales, físicas y materiales. El viaje en dirección al amado está plagado de dificultades y sacrificios y alimentado tan sólo por el anhelo que sigue a la primera chispa de reconocimiento espiritual, una visión de unión, que se torna obsesiva e innegable. Existen numerosas traducciones de *Geeta Govinda*, la mayoría de ellas mediocres. Otro texto comparable por su contenido data del siglo XIV y fue escrito por Vidhyapati, poeta que escribía en maithili y muy celebrado como uno de los grandes rapsodas de los versos sobre Krishna. Éste fue el texto en el que me inspiré, y lo extraje de mi biblioteca particular. La traducción al inglés es de la doctora Subhadra Jha y se titula *The Songs of Vidhyapati* (Motilal Banarsidass, Benarés, India, 1954).

Las imágenes y elementos eróticos de mi versión se aproximan bastante al tono evocativo del original indio. Los temas de *Geeta Govinda* son muy frecuentes en las canciones de la música vocal clásica india así como en los cánticos populares.

Amaltea y Crise

Extraído de *The Affairs of Zeus*, de Harry Robin, 1st Books, International Online Library, Estados Unidos, 1996. Este libro está escrito desde el punto de vista de Zeus, que recuerda el pasado tras el fin de la era olímpica, y «relata sus relaciones amorosas con diversas diosas, ninfas y mujeres mortales». Las relaciones sexuales eran el pasatiempo favorito de Zeus, pese a la censura de su hermana y esposa Hera, diosa del matrimonio y la fidelidad, por las numerosas infidelidades del dios. Zeus es

famoso por su voracidad y promiscuidad indiscriminada en la búsqueda de sexo, aunque Robin aporta ternura y frescura a sus relatos: Zeus se presenta como el joven inocente, ávido y prodigioso en manos de una mujer de gran experiencia.

El palacio primaveral

Extraído de *The Carnal Prayermat*, de Li Yu (traductor al inglés desconocido), Wordsworth Classics (colección Classical Erotica), págs. 21-41. La señorita Noble Esencia es objeto de intensas y eróticas fantasías: una virgen reprimida a la espera de dar rienda suelta a su furiosa sexualidad. La historia describe al lector las técnicas amatorias de la China medieval. Su autor, Li Yu (1610 a. C.), fue un prolífico escritor y director de una compañía teatral ambulante. Esta novela, llena de diversión y sorpresas, está ambientada entre los años 1280 y 1368, durante el reinado de la dinastía mongola, y habla de la dedicación al erotismo de un estudiante budista. Vio la luz por vez primera en 1634. El fragmento reproducido en este libro pertenece en gran parte al capítulo dos. Los capítulos no tienen título, el título que he puesto yo es el del manual protagonista de la historia.

El despertar de Inanna

Esta diosa sumeria está relacionada con Ishtar, de la mitología acadia. Alrededor del 3000 a. de C. se cantaban himnos en su honor. Las excavaciones sistemáticas, gracias a las que se descubrieron las tablas que reflejaban la sofisticación de las civilizaciones de Sumeria, no empezaron hasta 1842 y el código cuneiforme de las tablas y cilindros no se interpretaron de forma sustancial hasta 1905. A mediados del siglo XX se realizaron nuevos e importantes descubrimientos y Samuel Noah Kramer, tal vez el más popular de los sumeriólogos, «descubrió» el mito del viaje de Inanna al Inframundo, en la década de 1960.

La Inanna de estos poemas es una doncella gentil, una diosa de la fertilidad, cuyo cuerpo responde a los placeres del naciente deseo sexual. Los versos sumerios cuentan con numerosas traducciones al inglés y la versión más conocida es *Inanna, Queen of Heaven and Earth, Her Stories and Hymns from Summer*, Harper & Row, Nueva York, 1983. La folclorista y narradora Diana Wolkstein la tradujo al inglés en colaboración con Kramer y presentó la historia a un amplio público ajeno al ámbito académico, lo cual convirtió a Inanna en una suerte de icono y arquetipo psicológico para las mujeres estadounidenses y británicas (véase también *Descent to the Goddess, A Way of Initiation for Women*, de la psicoanalista jungiana Sylvia Brinton Perera, Inner City Books, Canadá, 1981). El libro de Wolkstein y Kramer tal vez sea la descripción más célebre de cómo Inanna visita el Mundo de Arriba para ser consagrada como diosa y más tarde el Mundo de Abajo para erigirse victoriosa sobre el Inframundo. Al visitar a su abuelo de los cielos, recibe presentes inesperados. A la misma categoría que la vida y la muerte pertenecen «the art of lovemaking» [el arte de hacer el amor] y «the kissing of the phallus» [el beso del falo] (Wolkstein y Kramer, pág. 15), verdadero testamento del valor que los sumerios otorgaban a la destreza sexual.

Para la selección de canciones y versos del libro, que cuentan la historia del despertar e iniciación sexual de Inanna, hice una selección de diversas traducciones al inglés hasta que di con la de Yitschak Sfati, *Love Songs in Sumeria, A Critical edition of the Dumuzi-Innana Songs* (Barllan University Press, Israel, 1998). Su autor había unido las distintas piezas en un ciclo de manera que componían una satisfactoria narración con estructura esencial de relato. Básicamente he reescrito y recompuesto el material extraído de diversas traducciones al inglés. El verso sumerio tiene un ritmo repetitivo, rasgo que comparte con la poesía religiosa de diversas lenguas; en inglés su prosodia es

desconocida. Su lenguaje, traducido en la mayoría de los casos para un público académico interesado en la reproducción exacta, es arcaico, a menudo contiene imágenes tan extrañas que pueden resultar estrambóticas y ridículas. Con algunas frases me sentí incapaz de realizar cambios porque me parecían perfectas tal como habían sido traducidas. Por ejemplo, cuando Inanna se refiere a su novio con la expresión «honey sweetness» [dulzura de miel]. Las referencias al toro, repartidas a lo largo del poema, también han permanecido intactas, ya que la imaginaria del héroe-amante y el toro son inherentes a toda esa área geográfica, en especial en los populares mitos del héroe-sol/realidad sacra. Gilgamesh, Enkidu, Mithras y Adonis han sido comparados con el toro, con toda seguridad para transmitir su poder de forma generalizada, aunque también en relación con sus genitales. En las culturas basadas en la agricultura, el toro es mucho más importante que cualquier otro animal en cuanto a la simbolización de la potencia sexual, tanto como el semental en la actualidad.

Tengo una importante deuda de gratitud con Yitschak Sefati: he utilizado su obra como fuente principal de inspiración para mi versión y sus frases se encuentran repartidas por todo el texto.

SEGUNDA PARTE: EL DESEO

La planta de tabaco

Extraído de la *North American Indian Mythology* de Cotti Burland, Paul Hamlyn, Londres, 1965. Fragmento de la mitología de las tribus del sur de Norteamérica, este pequeño relato ofrece una interpretación del significado del tabaco en el mundo del pueblo indio americano. En una narración distinta, el tabaco se origina a partir de los huesos de la Madre Maíz o

de la Primera Mujer tras haber sacrificado su vida para proveer a su familia con algo de alimento. La hoja de tabaco se erige como una fuente de relax y conciliación. Lo destacable es que la mayor parte de lo que proporciona placer y mejora las relaciones en el mundo procede, de alguna manera, del amor verdadero y de la unión. Estas leyendas sobrevivieron oralmente, a menudo en fragmentos; sin embargo, me pregunto si en algún momento fueron más explícitas en las manos de los narradores quienes, sin duda, contaron muchas versiones a lo largo de los siglos. Demasiado a menudo, cuando los cuentos se transcribían también se retocaban para apaciguar la moral de la época y de este modo, los originales, con el tiempo, se perdieron y olvidaron.

Izanagi e Izanami

Éste es uno de los mitos más conocidos del panteón japonés en el mundo occidental, aun cuando se ve eclipsado, de alguna manera, por la historia de su hija, Amaterasu, la diosa del sol, que hoy en día sigue siendo venerada en Japón. El otro relato conocido sobre Izanagi e Izanami pertenece a la tradición de Orfeo y Eurídice, donde un marido afligido trata de liberar a su mujer del Inframundo. Completa la introducción a la escatología japonesa comenzada en el mito presentado acerca de los reinos celestiales y terrenos con su representación del Inframundo como una fase en el ciclo de la vida.

Mi fuente para esta adaptación fueron el *Kojiki* y el *Nihongi* traducidos. Utilicé elementos de ambos textos, algo que proporciona montañas de versiones sobre este breve «antecedente», poniendo de relieve minúsculas diferencias textuales. He fusionado los pocos elementos variantes de los distintos relatos para ofrecer una versión tan completa como fuera posible. Éstos incluyen, significativamente, la vuelta de la primera pareja de Japón a los cielos para asegurarse de que su interacción

comienza con la adecuada observación de las costumbres y, también, la instrucción de la pareja sobre la copulación a partir de las aves acuáticas. W.J. Aston (George Allen y Unwin Ltd., 1956) recurre a la ornamentación lingüística en este punto, una obra maravillosa de tímida audacia literaria y un recurso habitual de censura. He tratado de reproducir el estilo real y crudo de las narraciones originales, de ahí la brevedad de la pieza. El *Kojiki* es una recopilación basada en una «historia de los emperadores del Japón y de las materias de la alta antigüedad» perdida, encargada en el 682 de nuestra era. El *Nihongi*, también una recopilación, fue presentado en la corte en el 720 de nuestra era.

La reina de la tierra del verano

The Queen of the Summer Country de Rosalind Miles, Simon and Schuster, Londres, 1999, págs. 500-510. El episodio en el Dolorous Garde sigue al rapto de Ginebra a manos de su tío, el caballero Malgaunt. Se trata del tradicional relato sobre la violación de la Dama de las Flores de la pagana Gran Bretaña, aunque también refleja el rapto de Hades de Perséfone del mito helénico. Blathnat y Curoi de Irlanda, igualmente, encajan en el mismo molde, Blathnat —Dama de las Flores— es raptada por Curoi y rescatada por Cu Chullin. La propia Ginebra representa la primavera y las flores primaverales y su rescatador es el caballeroso Lanzarote. Nacer, crecer y reproducirse son elementos importantes de la primavera, por lo que la monogamia en una diosa de la primavera sería contraproducente. Otra Dama de las Flores es Blodeuedd del mito galés, quien traicionó a su marido Llew Llaw Gyffes con un cazador. Malgaunt representa al Salvaje del bosque, un dios lascivo de la fertilidad como Pan, también relacionado con la preservación de la naturaleza en estado salvaje.

Del mismo modo, el amor de Ginebra y Lanzarote entraría

en otra categoría de historias comunes a los mitos y leyendas británicas en la inclusión de un líder que se ve desplazado en los afectos de su mujer o de su prometida por un vasallo mucho más joven y más favorecido. Algunos ejemplos incluyen a Grainne y Diarmuid, a Deirdre y Naoise y, quizá el más famoso, a Tristán e Isolda. En manos de trovadores, estas historias se hicieron populares como ejemplos de un amor tan profundo e imposible que sólo podía consumarse con la muerte. Como tal se incluyó en la categoría de amor «platónico» y se granjeó la comparación con la devoción mística hacia a Dios.

La búsqueda del amor de Eset

Esta versión está basada en el archiconocido mito de Heliópolis, de la búsqueda de la diosa egipcia Isis de su amante gemelo Osiris. Su nombre antiguo era Eset o Au-set. Los griegos acuñaron el sintético «Isis» mucho más tarde para poder fundirla con las divinidades femeninas de su propio panteón. Muchas de las antiguas canciones de amor egipcias incluidas en los tres volúmenes de la *Ancient Egyptian Literature* de Miriam Lichteheim (University of California Press, 1980) me inspiraron. El conjuro en el último sueño de Isis sobre Osiris está extraído de dicha fuente y elementos de otras aparecen en varios lugares del relato: el conjuro de Osiris en su camino hacia los dioses; Eset barrando las puertas; Isis sanando a Osiris. La ambientación de las piezas es muy cercana al *Cantar de los Cantares*, combinando descripciones de la amada y el apasionado anhelo que hierve a fuego lento en ese famoso y fabuloso capítulo bíblico. Me pregunto si compartirían algún origen común.

El motivo de la búsqueda de la diosa de un amado es recurrente una y otra vez en las mitologías de todas las civilizaciones, desde quizá la más conocida versión griega de Démeter. Otras hablan de Pele, la diosa del fuego hawaiana y la islande-

sa Freya. También Izanami e Izanagi, y Orfeo y Eurídice donde la pareja perdida es una mujer (véase pág. 282). Esencialmente, forma parte de un complejo de mitos que simbolizan el ciclo estacional. La desolación de la tierra, el agostamiento y la desaparición de la vegetación es una metáfora del otoño y el invierno, el tercio del año cuando Perséfone *et al.* permanecían en el Inframundo. La vuelta representa la primavera y la regeneración. (Véase también «El sacrificio», pág. 292).

La balada de Skirnir

Este poema forma parte de la poética Edda de Islandia de Snorri Sturluson fechada entre 1177 y 1350. Trabajé con una edición impresa por la American-Scandinavian Foundation: *The Poetic Edda* de Henry Adams Bellows, 1923. Modernicé el lenguaje aunque preservé la estructura de cuarteto. Ocasionalmente, introduje alguna frase explicativa, por ejemplo que el hijo de Odín era Balder, o que los nombres de los gigantes se relacionaban con el hielo. Gerdr, el nombre de la heroína, significa «campo de cebada» y Skirnir es «el Luminoso», el que indica la lucha estacional del invierno (los parientes gélidos de Gerdr) con la primavera o el verano. Es algo que puede observarse en ciertos mitos, por ejemplo: «Caellie Bheur de Escocia» (*The Virago Book of Witches*, pág. 213 y nota 5, pág. 242). Otros ejemplos incluirían la batalla entre St. Columcill y el Señor del Inframundo en Glastonbury Tor.

TERCERA PARTE: JUEGOS DE AMOR

Mauí

Extraído de *God – Myths of the Male Divinity*, de David Leeming y Jake Page (págs. 25-27). Esta historia de las islas del Pacífico Sur nos habla de una diosa en busca de placer sexual.

Maui, el afamado pícaro y héroe cultural de la zona, intentó una vez renacer introduciéndose en el útero de su abuela, la gran diosa Hine, por la vagina de ésta... A Freud le habrían encantado las connotaciones edípicas. En otras versiones, Maui es hijo de Taranga, que lo tiró al mar por no estar bien formado en el momento de nacer. (Se encuentran aquí ecos del Martand védico, el huevo muerto puesto por Aditi. Martand sobrevivió para convertirse en Surya, el Sol, en el mito hindú.) Más tarde, cuando Maui le fue presentado completamente desarrollado, Taranga lo colmó de honores. Maui también fue trotamundos y pícaro, y en ocasiones se le conoce como el Ulises de la Polinesia.

El engaño de Hera

Este relato de la relación entre Hera y Zeus está rigurosamente basada en la secuencia de episodios de la *Ilíada* de Homero. La descripción del final, sobre el *hieros gamos*, la unión tradicional o matrimonio sagrado de Zeus y Hera, es una revisión mía de un pasaje que suele citarse en muchas ocasiones. No estoy segura de dónde se originó la traducción.

La concepción de Hatshepsut

Esta historia se basa en los murales que se pintaron en el templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari, cerca de Luxor, en el Valle de los Reyes, después de que la reina faraón inventara este episodio para legitimar su aspiración al trono. Hatshepsut (1504-1482 a. de C.) fue distinguida por tratarse de la primera mujer faraón relevante. El faraón pasaba por ser el representante de Amón-Ra en la tierra y debía ser, por tanto, un hombre. Tutmosis I, padre de Hatshepsut, la preparó para el gobierno y, tras su muerte, ella se casó con su medio hermano, Tutmosis II, que murió en el 1479 a. de C. y la dejó como regente de su hijo Tutmosis III, menor de edad. En 1472, Hatshepsut se procla-

mó faraón y comenzó un reinado distinguido por enormes avances en los campos del comercio, la arquitectura, la industria y la política. Desapareció de forma misteriosa el 1458 a. de C., cuando Tutmosis III recuperó su calidad de faraón. Al parecer, Tutmosis realizó todo esfuerzo posible por borrar cualquier rastro de su rival. La momia de Hatshepsut no se ha encontrado nunca. Su nombre significa «La mejor entre los nobles».

El

Extraído de *Mythologies of the Ancient World*, traducido por Cyrus H. Gordon, editado por Samuel Noah Kramer, y con una introducción suya, para Anchor, Doubleday, 1961 (págs. 186-190). Este fragmento procede del capítulo sobre mitología cananea. Forma parte de una pieza mayor que en su origen fue una obra dramática en antiguo ugarítico, representada cada siete años. El, un dios vetusto, crea a las dos mujeres, dispara a un ave y la mata, luego se acerca a las mujeres con el pene (vara) arriado. Por increíble que parezca, su éxito o su fracaso al intentar ganarse a las mujeres era improvisado, si bien de ello dependía el bienestar de la nación en los años siguientes. La aceptación del falo de El indicaba la buena fertilización de los campos, pero su rechazo comportaba que la tierra padecería sequía. ¡Menuda responsabilidad tenían los actores!

El ardid de Aroma

Extraído de *The Carnal Prayermat*, de Li Yu (traductor al inglés desconocido), Wordsworth Classics (colección Classical Erotica), págs. 133-145. Resulta obvio que Li Yu se dirigía a un público muy diverso cuando realizó su pícara narración de las travesuras que se daban en su entorno. La jocosa conspiración de la señorita Aroma le proporciona al escritor una excusa para dar una simpática visión del escandaloso comportamiento de las mujeres solas, en especial en cuanto a los juegos de amor en

los que participan, la superficialidad del hombre que sólo se ve atraído por una cara bonita y la importancia de preservar el mito masculino del «mantener el poder» en la cama. Lo bonito radica en que, incluso aunque desafía actitudes preponderantes, esta picarona aventura permite que todo el mundo triunfe al final.

CUARTA PARTE: CUENTOS DE LUJURIA Y PROCACIDAD

La muchacha lozana

Extraído de *Medieval Welsh Erotic Poetry (Canu Maswedd yr Oesoedd Canol)*, recopilado y traducido al inglés por Dafydd Johnstone, Seren, Gales, 1998, págs. 77-79. La imaginería contundente y rural de este poema, escrito en la época medieval, evoca reminiscencias de algunas creencias de las religiones precristianas. La campesina suplica abiertamente ser «arada», haciéndose eco del discurso de la cultura donde se venera a la Madre Diosa en la que la mujer simboliza los campos. Las invitaciones descaradas de la mujer y las timoratas respuestas del muchacho sugieren una dinámica de poder que generalmente no relacionaríamos con este período. Por otro lado, la tentadora insaciable es una clásica fantasía masculina.

Dahama y Moussa

Extraídos de *The Perfumed Garden, A Manual of Arabian Erotology*, traducido al inglés por sir Richard Burton, publicado por la Kama Shashtra Society, 1886. Estos relatos forman parte de la obra de Nafzawi (véase nota siguiente, «Un hombre de calidad»). Las otras dos obras equiparables de Burton, *Kama Sutra* y *Ananga-ranga*, fueron traducidas al inglés de la erótica india. Hasta ahora, únicamente se han traducido para los lectores occidentales selecciones de la obra de Nafzawi. Se dice que

Burton había completado un millar de páginas adicionales de una sección sobre la homosexualidad y la pederastia el día anterior a su muerte, el 19 de octubre de 1890. Su mujer, Isabel, encontró la obra y la quemó. De hecho, toda su obra había sido estrictamente censurada por su mujer, o en provecho de ésta, desde la primera vez que se conocieron en 1850.

La estela de amor de Dagda

Esta nueva adaptación está basada en un extracto de *Cath Maige Turied* (pronunciado Moy Tirra), *The Second Battle of Mag Tuired*, recopilado por Elizabeth A. Gray y publicado por la Irish Texts Society, 1982. Encontré por primera vez este relato en el magnífico libro del doctor Daithi O Hogain, *Myth, Legend and Romance, An Encyclopaedia of Irish Folk Tradition*, Prentice Hall Press, 1991, pág. 145. El Dr. O Hogain, muy amablemente, me facilitó la traducción al inglés del irlandés.

En el ciclo mitológico de Irlanda, el Dagda era el dios padre de la Tuatha de Danaan, los seres fantásticos que invadieron Irlanda tras ganar las dos batallas de Maige Tuired contra sus monstruosos ocupantes, llamados los Fomoiré. Morrigan aparece aquí debido a su papel significativo en la batalla como diosa de la guerra. La promiscuidad de Dagda, que significa «padre», forma parte de su función como dios de la fertilidad. El Dr. O Hogain apunta que este relato, como muchos otros mitos y leyendas de Irlanda, fue recopilado por los misioneros cristianos, quienes hallaron a los viejos dioses deleznable y trataron de desacreditarlos calificándolos de grotescos y reprensibles.

Un hombre de calidad

Extraído de *The Perfumed Garden of Sensual Delight*, traducido al inglés por Jim Colville, Kegan Paul International, Londres, 1999, págs. 6-10 y págs. 10-17. El original en árabe

provenía de la pluma de un erudito tunecino, Umar Ibn Mamad Al-Nafzawi, alrededor de 1510. Escrito en el apogeo del imperio tunecino, durante el cual la capital fue desmedidamente opulenta y dinámica, nos llega como una obra humorística y subida de tono en ocasiones comparada con Boccaccio. Las traducciones modernas reflejan una franqueza y explicitud sexual mucho mayor que los trabajos anteriores y menos auténticos de Burton (véase «Dahama» y «Moussa» en la nota anterior). Nunca ha sido completamente traducida.

QUINTA PARTE: EL AMOR MÁS ALLÁ DE LA VIDA
(O LA MIRADA EXTASIADA)

Figuras de polvo

Este fragmento forma parte de uno de los episodios principales de la epopeya india *Mahabharata*, que data de alrededor del 2000 a. de C. Bhishma, hijo del matrimonio del rey con la diosa Ganga, la encarnación del río Ganges, es la fuerza rectora y unificadora de buena parte de la epopeya. Sobre él recayó la responsabilidad de encontrar una esposa para su hermanastro Vichitra Virya, hijo de la reina Satyavati, que había sido pescadora. Raptó a tres princesas, Amba, Ambika y Amabalika. Cuando descubrió que Amba ya estaba comprometida, se la devolvió a su prometido. Sin embargo, el rey la rechazó y ella juró venganza. Volvió, décadas después, encarnada en un guerrero masculino. Fue ella quien asestó el golpe que mataría al final al invencible Bhishma.

Las dos hermanas restantes se casaron con el rey Vichitra Virya, hijo de Santanu y Satyavati. Ananda Devi retoma la historia en este punto y da vida al extraño pacto entre la suegra y las jóvenes reinas para dar un heredero al reino.

Rishi Vyasa también era hijo de la «vieja reina» Satyavati,

mediante la relación de ésta con un *rishi* (sabio). El hijo ciego de Ambika fue Dritarashtra, padre de los cien Kauravas, mientras que Ambalika engendró a Pandu, de quien los cinco Pandavas tomaron su nombre (aunque, de hecho, la paternidad de éstos fue atribuida a diversos dioses). Estoy en deuda con Ananda Devi por haber respondido tan rápidamente a mi petición de que realizase una contribución para el libro. Ananda Devi es de Mauricio y por lo general escribe en francés. Entre sus muchas novelas se halla una basada en Draupadi, la magnífica fémina poliandro de *Mahabharata*, *The Veil of Dhraupadi*, *Le Voile de Draupadi*, Éditions L'Harmattan, 1993. Su última novela, *Pagli*, está publicada por Gallimard.

Safo

Sappho's Lyre, Archaic Lyric and Women Poets of Ancient Greece, traducción al inglés de Diane J. Rayor, University of California Press, 1991. Safo escribió a finales del siglo VII. La mayor parte de su trabajo, muy admirado en su tiempo, se ha perdido. El poema que aparece en el presente libro, en el que invoca a Afrodita para que le traiga el amor, es el único que ha sobrevivido completo. Vivió y trabajó en Mitilene, en Lesbos. Los expertos creen que es posible que el amor entre mujeres se considerara normal antes del matrimonio en la época de Safo.

El sacrificio

La diosa de esta historia es Atargatis, cuyo hijo-amante era Mithras. También conocida como Dea-Syria, esta diosa se relaciona con otras de la zona de la antigua Anatolia, Babilonia y Mesopotamia, donde los mitos del dúo madre-hijo eran muy frecuentes. En este tipo de historias, una diosa más mayor como Cibeles se enamora de un hombre más joven como Atis. El más famoso de dichos mitos es el de Venus/Afrodita y Adonis, que representa a su hijo. El mito está vinculado a la partenogéne-

sis, la creencia en el renacer del sol, la realeza sacra y la regeneración de las cosechas. Teóricamente, la Gran Diosa es la madre de todas las criaturas vivientes y, por tanto, todo macho es su hijo. En el antiguo Egipto, se exigía que el faraón —que era la encarnación de Dios— se sacrificase de forma ritual, por lo general de manera sangrienta, para que su sangre regenerase el suelo. Su persona representaba la tierra, y el proceso de envejecimiento, acompañado de la enfermedad, la debilidad y el deterioro en general proyectaba su negatividad sobre ésta. En la práctica, el rey muchas veces encontraba un desafortunado sustituto, a quien se alimentaba y se veneraba como a un rey antes de sacrificarlo en su lugar. Los ecos de las costumbres de la realeza sacra están presentes en tierras tan lejanas como las de Irlanda y, sin duda, en todas las zonas en Oriente Próximo de Israel, Sumeria y Anatolia, donde se originó este mito.

El rito de sacrificio que seguía al matrimonio de la diosa con su hijo guarda numerosas similitudes con la historia de Cristo: la muerte por lento desangramiento en la flor de la juventud y el retorno al tercer día para la redención/continuación del mundo. Conviene advertir también las similitudes con Balder en la mitología escandinava y con Lleu Llaw Gyffes en la mitología galesa, ambas asociadas con la luz y el sol y a veces con terminología como «dios sangrante», el «dios suspendido» y el «regreso del dios/héroe». Se sabía que los sacerdotes de Cibeles encargados de la representación del cuadro vivo del matrimonio de la pareja divina y el posterior sacrificio se apasionaban y se castraban a sí mismos en dedicación a la diosa. Mientras rescribía el mito, traté de imaginar la ambivalencia de una mujer dividida entre los sentimientos maternos, el deseo sexual y esa objetividad determinada que se asocia con la divinidad.

Invierno en Llanddwyn

Su autor es Tony Conran, y aparece en *An Anglesey Anthology*, recopilada por Dewi Matthews, Gwasg Carreg Gwalch, Gales 1999, págs. 64-68. El poema apareció posteriormente en la selección propia de Tony Conran, *A Gwynedd Symphony*, Gomer Press, Ceredigion, 1999. Dwynwen fue una princesa galesa que vivió en el siglo V. Según cuenta la leyenda, fue obligada por su padre a poner fin a su relación con su amante, un cacique local llamado Maelon, en favor de un pretendiente más adecuado y pactado por su padre, el rey. Consternado por el rechazo, Maelon la violó y se convirtió en hielo. Dwynwen ingresó en un convento y Dios le concedió tres deseos. Ella pidió que su amado quedase liberado de su estado glacial, que sus oraciones en favor de otros amantes fuesen escuchadas y que nunca más volviese a enamorarse. Las historias tradicionales sobre Dwynwen son muy frecuentes en el norte de Gales, donde se la conoce como la Afrodita galesa y la santa patrona de los amantes.

Yo giro

Jelaleddin Rumi es más conocido en Occidente por haber sido el fundador de la orden mística (sufí) de los derviches giróvagos. Era un monje de Konya, Turquía, adonde su familia huyó de las invasiones mongolas entre 1215 y 1220 y encabezó la escuela de misticismo sufí establecida por su padre. Sus dos obras principales fueron *Mathnawi Maulana Rum* (Pareados del *mevlevi* de Rum) y el *Diwan de Shemsuddin Tabrizi*, poemas líricos dedicados a su compañero y mentor. Su obra ha sido extensamente traducida al inglés y ha sido escogido como uno de los poetas más populares de Norteamérica. Las obras de traducción libre de Coleman Barks se hallan entre las mejores versiones.

MITOS ERÓTICOS
DE TODO EL
MUNDO

SHAH RUKH
HUSAIN

VISÍTANOS PARA MÁS LIBROS:

<https://www.facebook.com/culturaylibros>